



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

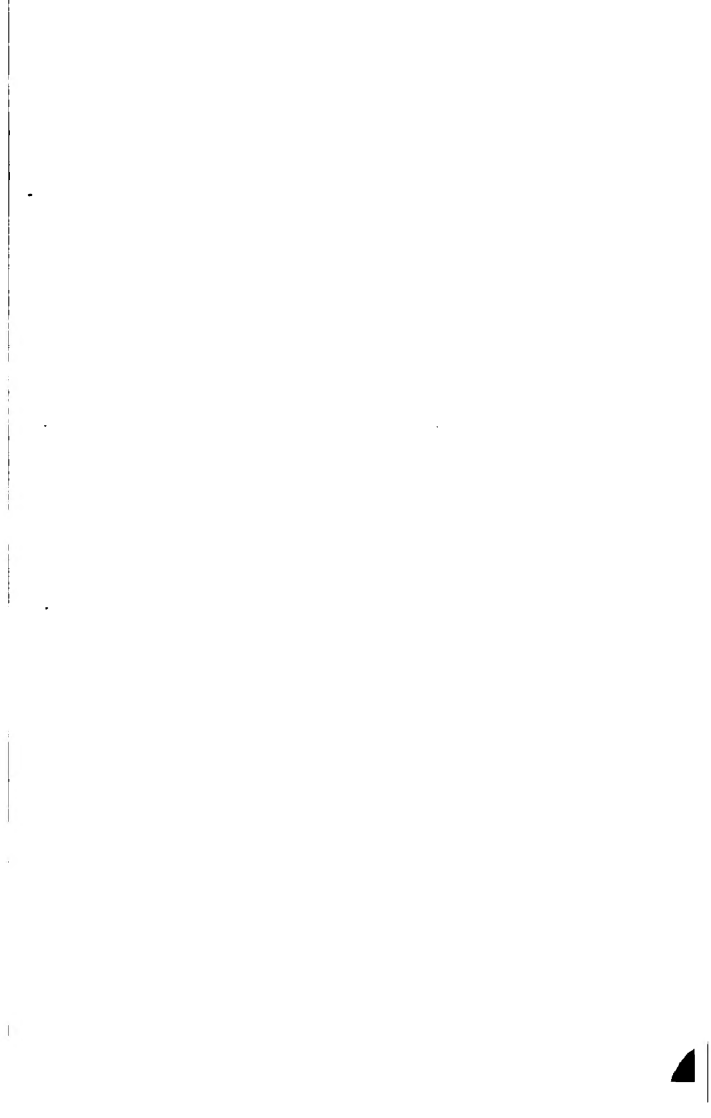
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

















COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON JUAN RUIZ DE ALARCON

Y MENDOZA.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de Ortega y Compañía, 1826.

888702
TILSON FOUNDATION
R.

ALL AT N.Y.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
R 100 L

GANAR
AMIGOS.

PERSONAS.

El Marques don Fadrique.

*Don Fernando de Godoy, amante de
Doña Flor.*

Don Pedro de Luna.

El Rey don Pedro.

*Don Diego, hermano de doña Flor y aman-
te de*

Doña Ana.

Inés, criada de doña Flor.

Encinas, criado de don Fernando.

Ricardo, criado del Marques.

Un Alguacil.

Un Corchete.

Un escudero viejo.

**La escena es en Sevilla, y el traje á la española an-
tigua.**

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de calle.

DOÑA FLOR E INÉS CON MANTOS.

Doña Flor.

¿Qué dices?

Inés.

Digo, señora,
que es él.

Doña Flor.

¡Desdichada soy!

¿Don Fernando de Godoy,
cielos, en Sevilla ahora?

La fortuna me persigue:
cubrete.

Inés.

Yá es escusado;
porque muestra su cuidado,
que conoce lo que sigue.

Doña Flor.

Cuando el Marques prometía,
abrasado de amoroso,
pasar mi estado dichoso
de merced á señoría,
¿viene á ser impedimento
de tanto bien don Fernando?

Inés.

¿Pues por qué lo ha de ser?

Cancion, 20 May 1917

Doña Flor.

Dando,

pues ha de seguir su intento,
ocasionen de zelar
al Marques; y es cierta cosa,
que á su pasion cuidadosa
nada, al fin, se ha de ocultar:
que aunque don Fernando, es llano,
que amante secreto ha sido,
el disgusto sucedido
en Córdoba con mi hermano,
fue público en el lugar;
y lo que entonces pasó,
para sospechar bastó,
si no para condenar:
y esto será impedimento
á la mano que procuro;
que es el honor cristal puro,
que se enturbia del aliento.

Inés

Pues desengáñalo luego,
y pide que no te quiera
á don Fernando.

Doña Flor.

Eso fuera

poner á la mina fuego,
y hacerle esparcir al viento
secretos de amor desnudos;
que ni son los zelos mudos,
ni es sufrido el sentimiento.

Inés.

El llega.

Doña Flor.

Suerte inhumana,
¿como me podré librar?

Inés.

En esta tienda ha de estar
aguardándote doña Ana.

ESCENA II.

DICHAS Y DOÑA ANA CON MANTO.

Doña Ana.

Gracias á Dios, que te veo;
ya tu tardanza acusaba.

Doña Flor.

No imagines que me daba
menos prisa mi deseo;
pues que mi hermano, sabiendo
que á verte, amiga venia....

Doña Ana.

! Oh qué cansada porfia !

ESCENA III.

DICHAS, DON FERNANDO Y ENCINAS.

Don Fernando.

Hablarla ahora pretendo.

Encinas.

Llega, pues.

Doña Flor.

Inés, procura,
mientras hablo, entretener
á doña Ana.

Don Fernando.

Si el poder
igualase á la hermosura,
yo fuera, damas hermosas,
esta ocasion por igual
venturoso, y liberal.

Encinas.

Ellas fueran las dichosas.

Don Fernando.

Mas puesto que no hay hacienda
que iguale á tanta beldad ,
sí lo merezco , tomad
lo que os sirvais de la tienda.

Encinas.

¿Qué es esto? Nunca te vi
ser galan tan de provecho.
Señoras, milagro han hecho
vuestras deidades aquí ;
pero segun tus estrellas ,
que nunca des han dispuesto :
hoy que tu quieres , apuesto ,
que no lo reciben ellas.

Inés.

¿Doña Ana hermosa , no tiene
gracia el bufon?

Encinas.

No me llamo
sino Encinas.

Doña Ana.

La del amo
con mas razon me entretiene ;
sabré al descuido quien es.
Agradado me has de suerte ,
que estimára conocerte ;
porque algunos ratos dés
alivio á tristezas mias.

Encinas.

Harélo yo , si te doy
gusto en eso.

Doña Ana.

Sí ; que soy

sujeta á melancollas.

Encinas.

Oye, pues. Buena ocasion *ap.*
doy á mi señor con esto.

Inés.

Lindamente se ha dispuesto.

Don Fernando.

Dueño de mi corazon...

Doña Flor.

Tu aficion, Fernando mio,
proceda mas recatada;
porque ni de esa criada,
ni de esa amiga me fio.

Don Fernando.

Ya con esa prevencion
á hablarte llegué, mostrando
no conocerte.

Doña Flor.

Fernando,
los nobles amantes son
centinelas del honor
de sus damas.

Don Fernando.

Pues por qué,
si has conocido mi fe,
me previenes eso, Flor?

Doña Flor.

Tú, Fernando, eres testigo
de lo que nos sucedió
cuando en Córdoba te halló
mi hermano hablando conmigo.
Entonces, para aplacar
los bandos y desafíos
entre tus deudos y míos,
prometiste no llegar

á esta ciudad en dos años,
 donde en aquella ocasion,
 á empezar su pretension
 y acabar aquellos daños,
 mi hermano partió conmigo,
 por estar su Magestad
 despacio en esta ciudad.

Don Fernando.

Y tú, Flor, eres testigo,
 que mi palabra, á despecho;
 de mi paciencia, he cumplido.

Doña Flor.

Pues ya que tan noble has sido,
 no deshagas lo que has hecho.

Don Fernando.

¿Cómo?

Doña Flor.

Ocasionando ahora
 nuevos disgustos; y así,
 solo una cosa por mi
 has de hacer, mi bien.

Don Fernando.

Señora,

no mandes, que del amor
 que idolatra tu hermosura
 desista; y píde segura
 el imposible mayor.

Doña Flor.

Tu verás en lo que pido,
 que encamino tu esperanza.

Don Fernando.

Siendo así, de tu tardanza
 está mi amor ofendido.

Doña Flor.

Ya con el Rey sus intentos

tiene en buen punto mi hermano ,
 y de los suyos es llano ,
 que han de pender mis aumentos.—
 Dá fuerza á su pretension ,
 y á su razon calídad ,
 de mi honor y honestidad
 la divulgada opinion ;
 y porque tento , y no en vano ,
 que han de causar tus pasiones
 al lugar murmuraciones ,
 é inquietudes á mi hermano ,
 quiero , que como quien eres .
 me prometas que jamas,
 Fernando , á nadie dirás
 que te quiero , ni me quieres ;
 que vivieron en tu pecho
 secretas nuestras historias ,
 solicitando tus glorias ,
 ó zeloso , ó satisfecho ,
 tan cauto , y tan recatado ,
 que en el mayor sentimiento ,
 solo con tu pensamiento
 comuniques tu cuidado.
 Esto le importa á mi honor ,
 y á tu amor .

Don Fernando.

Yo te prometo ,
 como quien soy , el secreto ,
 mi gloria , de nuestro amor .
 ¿ Estás contenta ?

Doña Flor.

Si estoy .

Don Fernando.

¿ Confías que cumpliré
 mi palabra ?

Doña Flor.

Si ; que sé
que eres sangre de Godoy.

Don Fernando.

¿Dí, pues, ahora qué estado
tiene contigo mi amor?

Doña Flor.

Déjalo á tiempo mejor ;
que estoy aquí con cuidado.

Don Fernando.

¿Dí como el vernos dispones
entre esas dificultades?

Doña Flor.

A conformes voluntades
nunca faltan ocasiones :
búscalas, que yo prometo
hacerlo tambien.

Don Fernando.

A tí

toca el trazarlas, y á mí
el gozarlas con secreto.

Doña Flor.

Fernando, á Dios.

Don Fernando.

Flor, advierte
en la firme fé que tengo
trás tanta ausencia ; y que vengo
á Sevilla solo á verte.

Doña Flor.

Yo soy la misma que fui.
!Nunca, pluguiera á los cielos, *ap.*
vinieras á darle celos
al Marqués, y pena á mí!

Don Fernando.

¿Quién dice que las mugeres. *ap.*

no son firmes ! Peñas son:

Doña Ana.

Doña Ana soy de Leon ,
si por ventura tuvieres ,
que eres forastero al fin ,
alguna necesidad ,
conocerás mi verdad.

Encinas.

Pon en mi boca el chapin.

Inés.

¿Cómo habeis quedado ?

Doña Flor.

Inés,

el medio que pude dar
he dado , para evitar
sentimientos al Marqués.

ESCENA IV.

DON FERNANDO Y ENCINAS.

Encinas.

¿Qué tenemos ?

Don Fernando.

Nada.

Encinas.

¿Nada ?

Don Fernando.

Ya no me trates jamás
de doña Flor.

Encinas.

Bueno estás ;
bien logramos la jornada.

Don Fernando.

Al punto que entienda yo ,
que nadie de ti ha sabido ,

que algun tiempo la he servido,
ni la historia que pasó
en Córdoba, pagarás
con la vida. Así el precepto
ejecuto del secreto.

Encinas.

Que lo diga Barrabás,
supuesto que soy testigo
de la furia de tu acero;
y que sabes dar primero,
que la amenaza, el castigo.

ESCENA V.

EL MARQUES Y RICARDO, DE NOCHE.

Ricardo.

Sin seso estás.

Marqués.

¿No es razon
estar de contento loco,
cuando con mis manos toco
tan dichosa posesion?
Esta noche, ; (ó santo cielo,
permitid que llegue á vella)
gozo de la Flor mas bella!
que dió primavera al suelo.
Esta noche mis empleos
logran su larga esperanza,
y mi firme amor alcanza
el fin de tantos deseos.
En esta vida, ¿qué bien
puede igualar á la gloria,
de conseguir la victoria
de un dilatado desden?

Ricardo.

¡O quien te viera, señor,
libre de estas mocedades!

Marqués.

¡Ahora me persuades?

Ricardo.

Juzgo, que fuera mejor,
cuando te ves tan privado
del Rey don Pedro, gozar
de su favor; y asentar
el paso, tomando estado.

Marqués.

No, mientras viva mi hermano,
Ricardo; á quien justamente,
por honrado, por valiente,
por discreto y cortesano,
como tierno padre quiero.

No quiera Dios, que casado,
á mi casa, ni á mi estado
solicite otro heredero.

Yo tengo por Flor la vida,
por Flor desprecio la muerte;
mas si el amor de otra suerte
con sus glorias me convida,
sin que me case, no es justo
quitar la herencia á mi hermano;
que no siempre con la mano
se debe comprar el gusto.

ESCENA VI.

**DICHOS Y DON FERNANDO ALBOROTADO CON LA ESPADA
DESNUDA Y CAPA DE COLOR.**

Don Fernando.

Si sois nobles por ventura,

mostrad los pechos hidalgos
 en dar favor á quien tiene
 todo el mundo por contrario.
 Dadme esa capa por esta,
 cuyo color es el blanco,
 que siguen mis enemigos;
 dareis vida á un desdichado.

Marqués.

No es menester donde estoy;
 caballero, sosegaos.

Don Fernando.

¿Es el Marqués don Fadrique?

Marqués.

El mismo soy.

Don Fernando.

Vuestro amparo
 es puerto de mi esperanza.

Marqués.

Contadme el caso: fiaros
 podeis de mi.

Don Fernando.

Un hombre he muerto,
 y el lugar alborotado
 cierra las puertas furioso,
 y airado sigue mis pasos.

Marqués.

¿Fué bueno á bueno la muerte?

Don Fernando.

Los dos solos desnudamos
 cuerpo á cuerpo las espadas,
 y el otro fue el desdichado.

Marqués.

Siendo así, yo os libraré.

Don Fernando.

Prosperé Dios vuestros años.

ESCENA VII.

Dichos , la justicia con linterna y un corchete.

Corchete.

Allí hay gente.

Don Fernando.

La justicia
es aquella.

Marqués.

Reportaos;
seguro estais.

Justicia.

Esos hombres
conoced.

Corchete.

Ténganse , hidalgos ,
á la Justicia. ¿Quién es ?

Ricardo.

Escusad el linternazo,
que es el marqués don Fadrique.

Justicia.

¿ Vais , señor , tambien buscando
acaso al fiero homicida
de vuestro infeliz hermano ?

Marqués.

¿ Qué decís ! ¿ Mi hermano es muerto ?

Justicia.

Perdonadme , si os he dado
con tal nueva tal pesar.

Don Fernando.

¿ Qué es esto , cielos ! ¿ Hermano *ap.*
era del Marqués el muerto !

¿ Favor pedí al agraviado !

Marqués.

¿ Cómo sucedió ?

Justicia.

Señor.

dos testigos, que se hallaron
presentes, dicen que un hombre
de color, estaba hablando
á la ventana de Flor.

Marqués.

!Esto mas, crueles hados! *ap.*

Justicia.

Pasó en aquella ocasion
el sin ventura don Sancho;
y sobre el quitarle el puesto,
y defenderlo el contrario,
desnudaron las espadas,
y cuerpo á cuerpo gran rato
riñeron, hasta que el cielo
dió permiso al triste caso.
Huyó luego el homicida:
mas fiad de mi cuidado,
que le tengo de prender,
sino se escapa volando.

Don Fernando.

Aquí es mi muerte. *ap.*

Marqués.

Seguidle,

y no dejéis, hasta hallarlo,
piedra alguna por mover.

Corchete.

Señor, si yo no me engaño, *ap. á la Just.*
las señas del delincuente
tiene aquel, que recatado
detras del Marques se esconde.

Justicia.

Calla, necio. ¿Del hermano
del muerto habia de ampararse?

Corchete.

Indicios dan su recato,
y el color de su vestido.

¿Qué se pierde en preguntarlo?

Justicia.

Bien mereceré perdon,
si por vengar vuestro agravio
ofendo vuestro decoro:
señor Marqués, ese hidalgo
que el cuerpo y el rostro esconde
con sospechoso cuidado,
¿puede saberse quien es?

Don Fernando.

¡Perdido soy! *ap.*

Marqués.

¿No está claro
que no será quien me ofende,
pues qué conmigo le traigo?

Don Fernando.

¡Qué nunca visto valor! *ap.*

Justicia.

Las señales me engañaron:
disculpad mi inadvertencia;
y porque pide este caso
diligencia, perdonad
sino os quedo acompañando.

ESCENA VIII.

Dichos, menos la Justicia.

Don Fernando.

¡Cielo santo, si querrá
vengar él mismo á su hermano,
y por eso me libró
de la justicia.

Ricardo.

¡Qué extraño

suceso ! ¿ Qué hará el Marqués
en lance tan apretado ?

Marqués.

¿ Qué mi hermano es muerto ; y Flor
fue la ocasion de mi agravio ;
y que este fue el homicida !
Déjanos solos ; Ricardo.

Ricardo.

Haberselas quiere á solas : *ap.*
temiendo voy un gran daño.

ESCENA IX.

Dichos menos Ricardo.

Marqués.

¿ O adversa fortuna mia !
ved los tormentos que paso ; *ap.*
noche en que esperé alcanzar
de amor los bienes mas altos ,
de sentimiento me ahogo ,
cuando de zelos me abraso :
disimulando tenerlos ,
me conviene averiguarlos.

Don Fernando.

La espada y el corazon
apercibo á todo.

Marqués.

Hidalgo.

Doña Bernarda.

¿ Señor Marqués ?

Marqués.

Pierdo el seso. *ap.*

¿ Estamos solos ?

Don Fernando.

Si estamos.

Marqués.

Un hermano me habeis muerto.

Don Fernando.

Un hombre he muerto, ignorando
quien era, y ahora sé
que era; Marqués, vuestro hermano.

Marqués.

No os disculpeis.

Don Fernando.

No penseis
que el temor busca reparos,
que inventa el respeto excusas,
ó la obligacion descargos;
porque es verdad os la he dicho,
de que á vos testigo os hago,
pues despues de conoceros,
á vos mismo os pedí amparo;
para que sepais así
á lo que estais obligado.

Marqués.

Si imaginais que os he dicho
no os disculpeis, de indignado;
y resuelto á la venganza,
no doy lugar al descargo,
engañaisos: advertid
que en eso me haceis agravio,
pues mostrais que habeis creído
que por el dolor me aparto
de cumplir la palabra
que os he dado de libraros:
yo os la dí, y he de cumplirla.

Don Fernando.

La tierra que estais pisando
será el altar de mi boca.

Marqués.

Caballero, levantaos; no me deis gracias por esto, supuesto que no lo hago yo por vos, sino por mí, que la palabra os he dado: cuando os la di, os obligué; cumplirla no es obligaros, que es pagar mi obligacion, y nadie obliga pagando. De esto procedió el deciros, no os disculpéis; por mostráros, que sin que estúseis la ofensa, ni disculpéis el agravio, basta, para que yo cumpla mi palabra, haberla dado.

Don Fernando.

Ejemplo sois de valor y de prudencia; y no en vano ocupais en la privanza del Rey el lugar mas alto.

Marqués.

Dejad lisonjas, y ahora, supuesto, que he de libraros, ¿me decid quien sois, y qual fué la ocasion de este caso? ¿Qué empeño tenéis con Flor? para haberos obligado á defender el lugar de su ventana á mi hermano?

Don Fernando.

No señor, no me está bien, cuando así os tengo indignado, decir quien soy; la ocasion ya la oisteis; declararos

de ella mas , es imposible.

Que á Flor la palabra guardo *ap.*
que del secreto la dí ;

y aunque de zelos me abraso ,
no á romper obligaciones
dan licencia los agravios.

Marqués.

Pues no es justo.

Don Fernando.

Yo os suplico ,
pues sois noble , que evitando
mas dilaciones , cumplais
la palabra que habeis dado :
prometido habeis librarme ;
y á vos mismo os he escuchado ,
que el haberlo prometido ,
basta para ejecutarlo.

Advertid , que no lo haceis
en pidiendo nada en cambio ;
que ponerme condiciones
es modo de quebrantarlo.

Marqués.

Es verdad : mas no os las pongo ,
que pidiendo , no obligando ,
pregunté ; porque me importa
saberlo , si á vos callarlo ;
y en prueba de esto , seguidme ,
que aunque en mi valor fiado
me lo querais decir , antes
que lo escuche he de libraros.

Don Fernando.

Ya os sigo.

Marqués.

¡ Ah Dios ! ; qué en un noble ,
cuando de zeloso rabio ,

y de lastimado mnero ,
la palabra pueda tanto !

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Don Diego, doña Flor é Inés, con luz.

Don Diego.

¿ Flor ?

Doña Flor.

¿ Hermano ?

Don Diego.

¿ Inés ?

Inés.

¿ Señor ?

Don Diego.

El cielo me dé prudencia ; *ap.*
cuando anegan la paciencia
tempestades del honor,
ni discurre el pensamiento,
ni sé por donde comience
la averiguacion ; que vence
al discurso el sentimiento.

Doña Flor.

Confusa estoy.

Don Diego.

Entra, Inés,
en esa cuadra.

Inés.

¿ Señor ?

Don Diego.

Entra y calla.

Inés.

De temor *ap.*
muero sin alma los pies.

ESCENA X.

Don Diego y doña Flor.

Don Diego.

Yo pensé, Flor, que los daños,
que otra vez tu liviandad
ocasionó en la ciudad
de Córdoba habrá dos años,
de freno hubieran servido
para no causar aquí
la desdicha, que por tí,
enemiga, ha sucedido.
Esta noche al mas esperto
de Europa, al mejor soldado,
caro hermano del privado
del Rey, por tu causa han muerto.
Mira tú qué fin espero
del daño que ha sucedido,
si es tan fuerte el ofendido,
y es el Rey tan justiciero.
No llores, Flor, que no es eso,
lo que ahora ha de aplacarme:
lo que importa es declararme
la verdad de este suceso;
porque sepa yo, qué medio
tendré para dar seguro
prevencion á lo futuro,
y á lo pasado remedio.
Solos estamos: advierte,
si á tan justa confesion
no te mueve la razon,
que te ha de obligar la muerte.
No te refrene el temor,
y piensa que en caso igual

oye el médico tu mal,
 y tu culpa el confesor.
 Mira, si negar intentas,
 que á informarme obligarás
 de los criados, y harás
 públicas nuestras afrentas;
 y así es mejor informarme
 secretamente de tí,
 y que se resuelva aquí
 lo qué importe, que obligarme
 á una gran demostracion,
 si me doy por entendido
 de que tu locura ha sido
 de este daño la ocasion.

Doña Flor.

Hermano, á quien justamente
 pueden dar nombre de padre
 los honrosos sentimientos
 que acompañan tus piedades;
 sabe (que aunque la vergüenza
 me enfrene, es preciso lance,
 quando amenazan los daños,
 manifestar las verdades)
 sabe, que desde aquel dia,
 dos años ha, que llegaste
 á esta escepcion de los tiempos,
 envidia de las ciudades:
 ¡plugiera á Dios! que primero
 que mirase, y admirase
 de sus altos edificios
 los sobervios omenages;
 ¡plugiera á Dios! que primero
 que en la region de las aves
 contemplase de fortuna
 en la Giralda una imagen,

pues cual diosa habita el cielo,
 y solo el viento mudable
 es la razon imperiosa
 de su movimiento facil:
 ¡plugiera á Dios! que primero,
 que patentes sus humbrales
 diesen permiso á mis pasos,
 y á su ruina hospedage;
 sus altos muros, sirviendo
 á su paraíso del angel,
 tûmulo funesto diesen
 á mis obsequias fatales;
 pues desde aquel mismo dia
 empezaron á engendrarse
 de este incendio las centellas,
 de este daño las señales;
 que apenas la vez primera
 vieron mis ojos sus calles,
 cuando el marqués don Fadrique,
 ese castigo de alarbes,
 ese honor de castellanos,
 rayo de turcos alfanges,
 ese espejo de las damas,
 y envidia de los galanes,
 á combatirme empezó
 con medios tan eficaces,
 que ha usurpado la opinion
 mi corazon al diamante.
 Si al fin sus continuas quejas,
 si al fin sus bizarras partes
 correspondencia engendraron
 en mi pecho, no te espante,
 que por doña Ana te he visto
 de tu valor olvidarte,
 regar la tierra con llanto,

romper con quejas los ayres;
 pues si eres hombre don Diego,
 y la fuerza de amor sabes,
 de sus victorias despojo,
 víctima de sus altares,
 ¿qué mucho que una muger
 contra su poder no baste?
 ¿Y mas si obligan temores,
 y esperanzas persuaden?
 Que el marques, si amante humilde,
 conquistador arrogante
 mezclaba (esta falsa culpa *ap.*
 le imputo por disculparme)
 las amenazas crueles
 á las promesas suaves,
 y el poder, y la ambicion
 igualmente me combaten,
 temo venganzas injustas
 en mi opinion, y en tu sangre;
 espero, que á ser mi esposo
 le obliguen mis calidades:
 y al fin, estas fuerzas todas,
 á empresa mayor bastantes,
 á darle esta noche entrada
 pudieron determinarme.
 No te alteres, oye, hermano;
 que en caso tan importante,
 no en ligeras confianzas
 fundaba mis liviandades.
 Prevenida me arrojaba,
 ordenando, que ocupasen
 tres testigos de mi cuarto
 ciertos ocultos lugares,
 con intencion de pedirle
 palabra de esposo, antes
 que en la fuerza de mi honor

le hiciese el amor alcayde.
Y si la diese, ó movido
de su afición, y mis partes,
ó pretendiendo, fiado
en el secreto, engañarme,
tener testigos, con quien
convencerle, y obligarle
al cumplimiento: que puesto
que su poder me acobarde,
el rey don Pedro es el Rey,
y justicia á todos hace
tan igual, que ha merecido,
que el justiciero le llamen.
Y si á su intento quisiese,
sin obligarse, obligarme,
tener quien diese socorro
á mi resistencia fragil.
Este fue mi pensamiento,
y envuelta en cuidados tales,
esta noche, ántora triste
de lamentoso desastre,
tuve abierta esa ventana,
sin que un punto de ella aparte
la vista, esperando señas,
y temiendo novedades,
cuando hacia la reja un hombre
ví cuidadoso llegarse,
cuyo recato atrevido
me daba de amor señales.
Pensé (¡desdichado engaño!)
que era el marques, y al instante
á hablarle llego, y apenas
el engaño se deshace,
cuando su infeliz hermano,
que por el marques amante,

mas que hermano , fiel amigo
 ronda celoso la calle ,
 le llegó á reconocer ,
 y sobre querer quitarle
 de la reja , sus aceros
 dieron rayos á los aires.
 El oculto pretendiente
 fue mas dichoso , que á nadie
 mas valiente que al difunto
 celebraron las edades.
 Esta es mi culpa : mi pena ,
 ó tu castigo me mate ,
 pues que venturoso muere
 el que desdichado nace.

Don Diego.

¡ Hay mas dura confusion !
 ¡ que aun son mayores mis males
 que pensé ! ¡ que es el marques ,
 y no don Sancho , tu amante !
 ¡ De modo , que tengo ahora
 que librarte , y que librarme
 (demas de lo que amenaza
 una desdicha tan grande)
 de la venganza furiosa
 de los celos que causaste
 al marques , y de la ofensa ,
 que en pretenderte me hace ?
 ¡ Ah Dios ! ¡ qué fuerzas habrá ,
 que con vida y honra , saquen
 mi opinion de entre los brazos
 de tantas adversidades ?
 No puede ser ; pues valor
 heredado de mis padres ,
 para tales ocasiones
 vive en el pecho la sangre :

¿Mas dí, quién fue el homicida?

Doña Flor.

Ni rostro, ni voz, ni talle
conocí.

Don Diego.

¿Cómo es posible?

Doña Flor.

Fueron breves los instantes
del caso: lo mas te he dicho,
y no hay para que callarte
lo demas, si lo supiera.

La verdad quiero negarle; *ap.*
que me adora don Fernando,
y me obliga, aunque me agravie.

Don Diego.

¿Cómo sabré, que tu lengua
me ha referido verdades;
Flor?

Doña Flor.

Si el crédito me niegas,
Inés, y Alberto lo saben;
mas si probanza procuras
mas secreta, por no darte
por entendido, papeles
del marques guarda esta llave;
que de la verdad que digo
podrán mejor informarte. *Dale una llave.*

Don Diego.

Muestra, y piensa que no rompe
mi espada tu pecho infame,
porque no digan que empiezo
por la muger á vengarme.

Doña Flor.

Si mi triste fin deseas,
no importa que no me mate.

tu espada, que espada son
de la muerte mis pesares.

ESCENA XI.

DECORACION DE CAMPO.

El Marqués y don Fernando.

Marqués.

Ya os saqué de la ciudad;
ya en este campo desierto
alcanza seguro puerto
por mí vuestra libertad.
Y para poder seguir
la derrota que os agrada,
teneisostas en Tablada,
barcos en Guadalquivir.
Y porque tengo advertido
que no pudo á intento igual
lo súbito de este mal
hallaros apercibido;
porque no os impida acaso
algo la necesidad,
estas cadenas tomad, *dáselas;*
que os faciliten el paso.

Don Fernando.

Cuando la ocasion que veis
no me obligára á aceptar,
lo hiciera por no agraviar
la largueza que egerceis:
por mil modos dejais presa
mi voluntad.

Marqués.

Ya he cumplido
mi palabra.

Don Fernando. ad sup

Y escudido en el ob
el efecto á la promesa.

Marqués. om sup

Ya, pues, que no me podéis opo-
poner esa excepción, sup
pedir puedo con razón, in sup
que quien sois me deis;
que digais qué os ha pasado;
con mi hermano y Doña Flor,
porque sepa mi valor.

á lo que estoy obligado, sup
que será bien, pues por ella sup
ha sucedido este mal, y al fin
y soy la parte formal, sup
de seguirle ó defendalla, sup
que entre los dos brevemente
la causa aquí substanciada, sup
ó la perdone culpada, sup

ó la disculpe inocente. ad

Así averiguo mis celos, ap.

sin dar á entender más.

Don Fernando. ad sup

El nunca visto valor de
de que os dotaron los cielos, sup
por igual engendra en mí
el recelo y conseq. sup
qué amenaza la venganza, lo
supuesto que os ofendi, y
cuando mi pecho confía, sup
de que le tendreis también, sup
para perdonar á quien
no supo que os ofendia. ad
Y así ó perdonad mi ofensa, sup
Marqués, ó al no declararos, sup

que ha de ser el ocultarme
de vos mi mayor defensa.

Marqués.

Ved que me habeis agraviado;
pues debéis entender
que os engendra mi poder
y no mi valor, cuidado.

Don Fernando.

¿Cómo?

Marqués.

Claro es la razón
en que este argumento fundo:
que si las leyes del mundo
piden la satisfacción,
como fué la ofensa, es llano
que cuerpo á cuerpo los dos
debo vengarme. ¿Pues vos
matasteis así á mi hermano?

Don Fernando.

Es así.

Marqués.

Pues si es así
y que estamos hombre á hombre,
querer ocultarme el nombre,
cuando os tengo á vos aquí,
y decir que de est. muerte,
si no os quiero perdonar
mi ofensa, pensais librar
vuestra vida de la muerte;
¿no es evidente probanza
de que pensais que pretendo
saber quién sois, remitiendo
á otra ocasión mi venganza?
Pues si teniend. os presente,
pensais que no quiero aquí

vengarme de vos por mí,
 dais á entender claramente
 que os pretendo conocer,
 porque pueda en mi ofensor,
 lo que ahora no el valor,
 hacer despues el poder?

Don Fernando.

Vuestro valor solo ha sido
 el que me obliga á ocultarme;
 que supuesto que librarme
 prometisteis, he creido
 que está seguro mi pecho
 esta vez de vos aquí;
 pues se ha de entender así
 la promesa que habeis hecho.

Marqués.

No; de mi palabra es esa
 muy larga interpretacion;
 conforme á la relacion
 se ha de entender la promesa.
 Vos dijisteis, que alterado
 os perseguia el lugar;
 de él os prometí librar,
 y de él os he ya librado;
 y vos mismo ahora aquí
 confesasteis que he cumplido
 mi palabra; y escudado
 á lo que yo os prometí.

Segun esto, no hay razon
 que declararos impida,
 si ha de quedar fenecida
 la causa en esta ocasion.

Don Fernando.

En albricias de eso, os quiero
 besar los heróicos pies.

porque si acaso Marqués,
 aquí á vuestras manos muero,
 me será mas conveniente
 que vivir sobresaltado,
 siempre del turco enridado
 de un contrario tan valiente.
 Y si os mato, á mi valor
 doy cuanto en la fama cupo,
 venciendo á quien nunca supo
 sino salir vencedor;
 y pues ya no me está mal
 decir mi nombre, yo soy
 don Fernando de Gódoz,
 de Córdoba natural.

Marqués.

En vuestro valor advierto
 la sangre que os ha animado.

Don Fernando.

Bien pienso que lo ha probado
 quien á vuestro hermano ha muerto;
 pues si con igual hazaña
 os mato, debéis poder
 que en una noche quebréis
 entrambos ojos á España.
 Con esto os he declarado
 lo que mandáis.

Marqués.

Esta storia

que digáis lo que con Elora
 y don Sancho os ha pasado.

Don Fernando.

De vuestro hermano ya sabéis,
 que por quererme quitar
 de una ventana el lugar
 que ocupaba, le perdisteis.

En cuanto á Flor, lo primero,
 pensad, que jamás su honor
 sufrió la duda menor;
 luego, como caballero,
 y galán, me decid vos,
 ¿si dado caso que fuera
 yo tan dichoso, que hubiera
 secretos entre los dos,
 diera el descubrirlos fama
 á mi honor, si es, segun siento,
 inviolable sacramento
 el secreto de la dama?

Marqués.

¿Pues si callar os prometo,
 el ser quien soy no me abona?

Don Fernando.

No hay escepcion de persona
 en descubrir un secreto.
 En vano estais porfiando.

Marqués.

Advertid, que con callar
 me dais mas que sospechar;
 que podeis dañar hablando;
 si al constante desvario
 en que dais, de doña Flor
 os ha obligado el honor.

Don Fernando.

No me obliga sino el mio,
 ni temo que sospecheis
 de su honor por eso mal,
 que sois noble y como tal
 la sospecha engendrareis;
 y cuando no, de no hablar
 nace sospecha dudosa,
 siendo tan cierta y forzosa

la afrenta de no callar :
y porque más adelante
no paseis , mi pecho es
en este caso , Marqués ,
un sepulcro de diamante.

Marqués

Ya no basta el sufrimiento ;
que añade la resisténcia *ap.*
á los celos impaciencia ,
y furias al sentimiento.
Mas con esta espada yo *acuchillanse.*
el diamante romperé ,
y en vuestro pecho veré
lo que en vuestra boca no.

Don Fernando.

¡ Ah Marqués ! Mucho valor
pusieron en vos los celos. (1)

Marqués.

La espada animan los celos , *ap.*
y el corazon el dolor.

Don Fernando.

Si os ignalo en valentía ,
vos en fuerza me escedeis.

Marqués.

No os espante , cuando veis
la razon de parte mia. (2)

Don Fernando.

¡ Ah celos ! Vencido soy.

Marqués.

¡ Decid , pues lo estais ahora ,
qué os ha pasado con Flora ?

(1) *Abrázanse y luchan.*

(2) *Cae debajo don Fernando.*

Don Fernando.

Resuelto á callar estoy.

Marqués.

¿Qué os resolvéis en efecto,

si con la muerte os obligo,

á no decirlo?

Don Fernando.

Conmigo

ha de morir mi secreto.

Marqués.

Levantad, ejemplo raro

de fortaleza, y valor

alto blason del honor,

de nobleza espejo claro;

vivid, no permita el cielo,

que quien tal valor alcanza,

por una ciega venganza

deje de dar luz al suelo.

Para con vos quedo bien

con esto; pues si sabéis

que sé que muerto me habéis

mi hermano; sabéis también,

que cuerpo á cuerpo os vencí,

y si ya pude matáros,

hago mas en perdonaros

pues también me venzo á mí.

Para con el mundo nada

satisfago, si aquí os diera

muerte, pues nadie supiera,

que fué la autora mi espada,

por el secreto que ofrece

esta muda oscuridad;

y en tanto que la verdad

de mi ofensor se oscurece,

no tengo yo obligacion

de daros muerte, si bien
la tengo de inquirir, quien
hizo ofensa á mi opinion.

Guardaos, si viene á saberse (1);
que fuisteis vos mi ofensor;
porque en tal caso mi honor
habrá de satisfacerse:

mientras no, para conmigo
no solo estais perdonado,
pero os quedaré obligado,
si me quereis por amigo.

Don Fernando.

De eterna y firme amistad
la palabra y mano os doy.

Marqués.

Don Fernando de Godoy,
idos con Dios, y pensad
que puesto que ya la muerte
de mi hermano sucedió,
que más que á mí quise yo,
os estimo de tal suerte,
que aunaco alegre y ufano,
á mi suerte agradecido,
el hermano que he perdido,
por el amigo que gano.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

El Rey, el Marqués y don Pedro.

Rey.

Marqués, cuando solicito
consolaros de este mal,
hallo que yo por igual
de consuelo necesito.
Vos perdisteis un hermano,
yo un amigo verdadero,
por cuya lealtad y acero
dí terror al africano;
y advertireis, que no yerra
la comparación que he hecho,
pues me defendió su pecho,
y mi hermano me hace guerra.
¿Mas teneis del agresor
noticia? Que solamente
la pena del delincuente
dará alivio á mi dolor.

Marqués.

Hasta ahora se ha ignorado
el homicida; mas ya,
puesto que ya sucedió
el daño, y que está probado
que desnudaron los dos
los aceros mano á mano,
y dar á mi triste hermano
menos dicha quiso Dios;

solo me holgára, señor,
 que el agresor pareciera,
 para que á vos os sirviera
 un hombre de tal valor;
 que quien á mi fuerte hermano
 cuerpo á cuerpo matar pudo,
 pondrá á esos pies, no lo dudo,
 todo el imperio otomano;
 y así os pido que los dos
 le perdonemos aquí;
 dadle vos perdon por mí,
 que yo se le doy por vos.

Rey.

Hija de vuestro valor
 solo y de vuestra amistad
 es tal accion: levantad,
 caballerizo mayor.

Marqués.

Pondré donde vos los pies,
 la boca.

Rey.

Así he comenzado
 á pagaros el soldado
 que darne quereis, Marqués.

Marqués.

Tan recto os mostrais, señor,
 que aun los intentos pagais.

Rey.

Y porque á mi cuenta hagais,
 á quien debí tanto amor,
 las exequias funerales,
 las alcabalas os doy
 de Córdoba.

Marqués.

Hechura soy

de esas manos liberales :
pero decidme , señor ,
si habeis perdonado ya
al agresor.

Rey.

Bien está.

Marqués.

¡ Qué justicia !

Don Pedro.

¡ Qué valor !

Mil años , Marqués , goceis
tanto favor.

Marqués.

Mi fortuna ,
señor don Pedro de Luna ,
que es vuestra también sabeis ,

Rey.

Don Pedro , haced prevenir
la caza al punto , que intento
divertir mi sentimiento.

Don Pedro.

Voite , señor á servir. *oase.*

Rey.

¿ Estamos solos ?

Marqués.

Señor ,

solo está tu Magestad.

Rey.

Siempre de vuestra lealtad
fió el secreto mayor.

Marqués , don Pedro de Luna ,
segun informado he sido ,
con mi favor atrevido ,
y fiado en su fortuna ,
quebrantando la clausura

de mi palacio Real,
 entra á gozar desleal
 de una dama la hermosura.
 Pena de la vida tiene;
 mi justicia le condena:
 mas no egecutar la pena
 públicamente conviene;
 que tiene deudos y amigos
 sin número; y de esa suerte
 cobrára con una muerte
 vivos muchos enemigos,
 cuando por las disensiones
 de mi hermano es tan dañoso
 ocasionar riguroso
 en mi reino alteraciones:
 y así, yo os mando y cometo
 á ese valor y prudencia,
 que egecutéis la sentencia
 con brevedad y secreto.

Marqués.

¿ Señor ?

Rey.

No me repliqueis,
 obedeced y callad;
 conozco vuestra piedad,
 mi justicia conoceis.

ESCENA II.

El Marqués.

¿ Qué justicia, qué rigor
 si bien se mira, consiente
 castigar tan duramente
 yerros causados de amor?
 Para egecutor cruel

de la pena del que ha errado
 por amor, han señalado
 á quien yerra mas por él.
 Válgale al menos conmigo
 saber la fuerza de amor,
 ya que en su Alteza el rigor
 hace inviolable el castigo.
 Válgale; peché, trazad
 como tengais igualmente,
 ni piedad inobediente;
 ni egecutiva crueldad;
 que entrambos fines consigo,
 si algun medio puedo hallar
 con que dilate sin dar
 enojo al Rey, el castigo;
 porque humane el tiempo en él
 este rigoroso intento,
 ó ponga otro impedimento
 á la egecucion cruel.
 ¿Ricardo?

ESCENA III.

El Marqués y Ricardo.

Ricardo.

¿Señor?

Marqués.

¿Qué dice

de esa desdicha el lugar?

Ricardo.

Todo es sentir y llorar
 suceso tan infelice;
 ignórase el homicida:
 mas es público, que Flora
 fue del daño causadora.

Marques.

Calla, Ricardo: en tu vida,
sino quieres darme enfado,
me nombres esa muger.

Ricardo.

¿Qué dices?

Marques.

Esto has de hacer.

Ricardo.

¿Estás ahora enojado?

Marques.

Resuelto, Ricardo, estoy;
ni recado, ni papel
de esa liviana infiel
me des ya.

Ricardo.

A los cielos doy
gracias por esa mudanza,
que tú sabes que yo he sido
quien siempre te ha persuadido,
que gozases tu privanza,
sin dar que decir de tí;
y ya que resuelto estás,
para que confirmes mas
este intento, escucha.

Marques.

Dí.

Ricardo.

Otra vez dicen que dió
en Córdoba, habré dos años,
ocasion á grandes daños
doña Flor; porque la halló
su hermano (que ya sabrás
su mucho valor) hablando
de noche con don Fernando.

de Godoy.

Marqués.

No digas mas ;
 ¡qué tan antiguo es el mal !
 Lo dicho dicho, Ricardo,
 no deje este amor bastardo
 en mí la menor señal.
 Ya mi hermano desdichado
 es muerto, casarme quiero ;
 daré á mi casa heredero ,
 daré quietud á mi estado.
 A doña Inés de Aragon
 quiero en palatio servir ,
 que bien puede divertir
 su belleza y distraccion
 el mas firme pensamiento ;
 y si merezco su mano ,
 nunca bien mas soberano
 alcanzó el merecimiento.

Ricardo.

Bien harás.

Marqués.

Para que entiendas
 que arrepentirme no aguardo ,
 toma esa llave, Ricardo,
 y los papeles, y prendas
 de Flor entrega al momento
 al fuego.

Ricardo.

A servirte voy. *vase.*

Marqués.

Lleva sus cenizas hoy ,
 pues lleva su amor, el viento.

ESCENA IV.

*El Marqués y don Diego.**Don Diego.*

Solo está: buena ocasión
de hablarles: es esta. Los pies
os beso, señor Marqués.

Marqués.

¿Señor don Diego?

Don Diego.

Aunque son
tiempos tales, dedicados
solo á sentir y llorar,
no me dejan dilatar
esta ocasión mis cuidados.
No os encarezco, señor,
lo que este caso he sentido,
porque ambos hemos tenido
igual causa de dolor;
que un hermano perdéis vosotros
yo una hermana; ¡A Dios pluguiera,
que de la pérdida fuera
igual el modo en los dos!
Pues es cosa conocida,
que es mas pesada, y mas fuerte,
en quien es noble, la muerte
del honor, que de la vida;
y no sé, cuando os contemplo
de prudencia, de nobleza,
de justicia, y fortaleza
muro fuerte, y vivo ejemplo;
¡cómo es posible que fui
yo solo tan desdichado,
que quien á todos ha honrado,

solo me deshonoré á mí.
 Señor marqués, Flor causó
 la muerte de vuestro hermano:
 pero vuestro amor liviano
 causa á mi deshonra dió.
 Conozco vuestro poder,
 vos conoceis mi valor,
 del Rey los dos el rigor;
 mirad lo que habeis de hacer.

Marqués.

Señor don Diego, testigo
 es el cielo soberano,
 que de mi difunto hermano,
 no pudo el dolor conmigo,
 lo que el pesar, de haber dado
 causa, á que en su deshonra
 se hablase de doña Flor.
 Bien lo mostró mi cuidado,
 pues primero la avisé,
 que no hiciese novedad;
 primero de esta ciudad
 á la justicia encargué,
 que á vuestra casa guardase
 las debidas exenciones,
 y que en las informaciones
 el nombre de Flor callase,
 que del muerto hermano mio,
 causa en mí de tal dolor,
 me llevase el vivo amor
 á ver el cadaver frio.

Don Diego.

Confieso, que ese cuidado
 os tengo que agradecer.

Marqués.

Ya sucedió: no hay poder.

que revoque lo pasado;
 mi culpa yo os la confieso;
 pero si de amor sabeis,
 no ~~dudo~~ que disculpeis
 con su locura mi esceso.
 Solo falta dar un medio,
 con que vos tengais seguro
 prevencion en lo futuro,
 y en lo pasado remedio.

Don Diego.

Eso intento.

Marqués.

Ceda, pues,
 mi pasion á vuestro honor,
 á vuestra amistad mi amor,
 mi gusto á vuestro interes.
 Supuesto que yo conmigo *ap.*
 no ver á Flor proponia,
 con lo que de balde hacia
 quiero ganar un amigo.
 Yo os doy, como caballero,
 palabra, no solamente
 de oprimir mi amor ardiente,
 y de que tendrá primero
 nuevas de mi muerte Flor,
 que indicios de mi cuidado;
 mas de no admitir recado,
 mensagero, ni favor,
 que venga de parte suya;
 y porque si nota ha dado
 lo que mi amor le ha quítado,
 mi poder le restituya,
 haré que su Magestad
 tanto, don Diego, os aumente,
 que hecho un sol resplandeciente,

vuestra hermosa claridad
ilustre á Flor, y en su llama
los rayos vuestros consuman
los vapores, que presuman
quitar la luz á su fama.

Don Diego.

Con esos dos medios voy
seguro, y soy vuestro amigo.

Marqués.

De cumpliros lo que digo
otra vez palabra os doy.

Don Diego.

Pues porque os muestre mi pecho
cuanto de ella se confía,
estos testigos tenia (1)
del daño que me habeis hecho:
tomadlos, no quiera Dios,
si á vuestro valor me obligo,
que quiera yo mas testigo
que á vos mismo, contra vos.

Marqués

Pagaré esa confianza
con amistad verdadera.

Don Diego.

Y la vuestra hasta que muera
vivirá en mi sin mudanza.

ESCENA V.

DECORACION DE CALLE.

Encinas.

Válgate Dios, confusion,
y embeleco de Sevilla:

(1) Saca unos papeles, y dáselos.

¿ es posible , que se encubra
don Fernando tantos dias ,
sin que ni deudos , ni amigos
de él me hayan dado noticia ?
Mas es la corte , y en ella
estas mañas son antiguas.
Un hombre conozco yo ,
que es tahir , y desde el dia
que á un desdichado inocente
en el garito emprestilla ,
se va al de otro barrio , que es
como pasarse á Turquía :
cursá en él hasta pegarle
á otro blanco con la misma ,
y va visitando asi
por sus turnos las hermitas ,
y en acabando la rueda ,
se vuelve á la mas antigua ,
donde , como los tahures
se trasiegan cada dia ,
ó no va ya su acreedor ,
ó él hace del que se olvida ,
ó tiene conchas la deuda ,
del tiempo largo prescripta.

ESCENA VI,

Encinas y don Fernando de peregrino.

Don Fernando.

Encinas está á la puerta *ap.*
de Flor , y no pronostica
estar en ella seguro
mal suceso á mis desdichas.
¿ Hidalgo ?

Encinas. *ap. el*

¿Quién es?

Don Fernando.

Un hombre,

que saber de vos querría
si vivís en esta casa.

Encinas.

¿Señor, señor de mi vida,
es posible que te veo?

Don Fernando.

Quedo. ¿No me conocías?

Encinas.

Tu voz conoció el oído,
que no tu cara la vista:
tanto el disfraz desfigura.

Don Fernando.

Huélgome; que algunos días
importa á ciertos intentos
andar oculto en Sevilla.

Encinas.

¿No me dirás que te has hecho?
¿Así te vas y me olvidas?
¿A Encinas con la traspuesta?
¿Luego querrás que no diga
de los cordobeses mal?

Don Fernando.

Mal discurre, cuando admiras
mi ausencia, y estos disfraces;
que en tanto que se averigua
quien fue del valiente hermano
del Marqués el homicida,
me he de ocultar; que haber sido
yo amante de Flor, me indicia
de culpado; y así, quiero
que en este caso me digas

lo que pasa , qué hay de Flor ,
y qué se dice en Sevilla.

Encinas.

Como vino la mañana ,
y tú , señor , no venías ,
salí á buscarte , ofreciendo
á Dios en hallazgo misas :
hallé toda la ciudad
alborotada , y sentida
de la muerte de don Sancho ,
y que el vulgo discurría
ignorando el agresor ;
si bien la fama pública ,
que fue doña Flor la causa.
De aquí tomó la malicia
ocasion de divulgar
la que en Córdoba ella misma
dió por tí ahora ha dos años
á semejantes desdichas :
mas no por esto á su casa
se ha atrevido la justicia ;
del lastimado Marqués
prevencion bien advertida ,
aunque de ella , y de no haber
faltado algunos que digan ,
que el Marqués mismo ayudó
á escaparse al homicida ,
y que ha pedido á su alteza ,
que de perdonar se sirva
al delincuente ; hay algunos
maliciosos que colijan ,
que quitaron á su hermano
por orden suya la vida
por zelos de doña Flor ;
congetura que confirman

las circunstancias, pues fue
 sobre hablarla la mohina.
 Este es el punto en que están
 estas cosas: de las mias
 sabrás, que desesperado
 de no hallar de tí noticia,
 y apretado, Dios lo sabe,
 de la pobreza enemiga,
 me resolví, y hoy de Flor
 vine á saber si sabía
 de tí, y pedir que socorra
 mi necesidad esquivá:
 halléla triste; y hallé,
 que su noble hermano habia
 tripulado los sirvientes,
 del juego de amor malillas.
 Entró don Diego, y hallóme
 con ella; mas no hay quien finja
 artificiosos remedios
 en de.gracias repentinas,
 como la muger; al punto
 le dió Flor, que yo habia
 tenido, de que buscaba
 un escudero, noticia,
 y entré, por estar sin dueño,
 á pedir que me recibá.
 Conocióme, que los dos
 en la edad poco entendida
 en Córdoba hicimos juntos
 mas de dos garzonerías;
 y con esto quiso Dios,
 que ó nunca supo, ó se olvida
 de que he sido tu criado,
 y el ser de su patria misma
 á justa piedad le mueve,

y á recibirme le obliga.
 Quedé por criado al fin
 de don Diego de Padilla,
 si tan suyo como debo,
 tan tuyo como solia.

Don Fernando.

¿Qué el Marqués pidió á su alteza
 el perdon del homicida?

Encinas.

Así dicen.

Don Fernando.

¡Gran valor!

¡Por cuantos modos me obliga!

¿Y el Rey qué le respondió?

Encinas.

Con severidad esquivá
 dijo solo: bien está;
 yá conoces su justicia.

Don Fernando.

¿Bien está? Pues no está bien.

¿En fin, es don Diego, Encinas,
 tu dueño?

Encinas.

Desde hoy acá;
 mas tu teniente dirias
 mejor: ya ves, fue forzosa
 la ocasion.

Don Fernando.

Que lo prosigas
 lo es también, por evitar
 sospechas.

Encinas.

Bien advertida
 prevencion.

Don Fernando.

Y porque salgas
del empeño en que estos días
te habrás puesto, esa cadena (1)
recibe.

Encinas.

¿Señor, es fina?

Don Fernando.

¿No lo parece?

Encinas.

En el pobre
pasa el oro por alquimia.

Don Fernando.

Si quien me la dió supieras,
su valor no dudarias.

Encinas.

¿Fue muger?

Don Fernando.

No, sino un hombre
á quien le debo la vida.

Encinas.

¿Como, señor?

Don Fernando.

Mas espacio
quiere el caso. Ahora mira
si puedo, porque me importa,
hablar á Flor.

Encinas.

¿No decias,
que renunciabas su amor?

Don Fernando.

Y otra vez lo digo, Encinas:
otro es mi intento,

(1) Dale una cadena de las que le dió el Marqués

Encinas.

¡ Pues entra ;
que ahora no hay quien lo impida ,
que no tienen mas criado
que á mi : sal presto y evita
el peligro de su hermano ,
que yo me pongo en espía. *vase.*

Don Fernando.

Ardiendo , y temblando llego
á mi adorada enemiga ;
que si mis celos me enojan ,
su enojo me atemoriza.

ESCENA VII.

Don Fernando y doña Flor.

Doña Flor.

¿ Es posible que el Marqués , *ap.*
ni me vea , ni me escriba ?
¿ Cielos ! ¿ Se venga zeloso ,
ó agraviado se retira ?
¿ Qué es esto ? ¿ Quién es ?

Don Fernando.

Es , Flor ,
quien de lo que ser solia
solo tiene la memoria ,
porque de infierno le sirva.

Doña Flor.

¿ Es don Fernando ?

Don Fernando.

¿ Hasta ahora ,
cruel , no me conocías ?
¿ Tan del todo tu mudanza
de mi firmeza te olvida ?
¿ Es posible , que en un pecho

¿A quien noble sangre anima,
 ya que la mudanza cupo,
 quepa tambien la mentira?
 ¿Falsa, por qué me engañaste?
 ¿Por qué el infelice dia,
 que tras de tantos de ausencia,
 llegué mas firme á tu vista,
 no me distes desengaños?
 que remedian, si lastiman,
 aprovechan, aunque ofenden,
 y aunque atormentan, obligan.
 Hiciéraslo, si me quierés,
 porque guardase la vida,
 y si no, porque dejasen
 de cansarte mis torpías.
 ¿Fue mas cordura obligarme
 con tus palabras fingidas
 al peligro en que me viste,
 y á la desgracia qué miras?
 ¿Mas como fueras, ingrata,
 como fueras, enemiga,
 como muger, sino fueras
 contraria á la razon misma?

Doña Flor.

Basta, don Fernando; basta,
 que te engañas, si imaginas,
 anticipando tus quejas,
 cerrar el paso á las mias.
 Si tú me cumplieras, falso,
 la palabra prometida,
 mi fama y tu amor gozáran
 mas quietos y dulces dias.
 El secreto me juraste
 y al primer lance, perdida
 ó la memoria ó la fé,

¿me ofendes y lo publicas?

Don Fernando.

¿Yo lo he publicado?

Doña Flor.

Si;

que lo mismo es que lo digan
las obras que las palabras:

¿tu lengua, aleve, podía.

decir mas claro tu amor,

que lo dijo vengativa

tu espada, locos tus celos,

precipitadas tus iras?

Don Fernando.

¡Bien por Dios, lo que hice yo
para obligar desobliga!

¿Para disculpar las tuyas
finges, falsa, culpas mías?

Saqué la espada callando;

puse á peligro la vida

por no descubrirme á quien

conocerme pretendia,

solo por guardarte así

el secreto, ¿y tú lo aplicas

á lo contrario? ¿qué clara

se conoce tu malicia!

Doña Flor.

Evitáras el peligro,

pues la resistencia vias

que á mayor publicidad

daba ocasion tan precisa;

dejáras el puesto, huyeras,

que pues no te conocian,

nada perdieras en ello.

Don Fernando.

Sin duda mi sangre olvidas;

ser secreto prometí,
 no cobarde; que no habia
 de aceptar quien nació noble
 cosas que lo contradigan:
 no importa no conocerme,
 que yo á mi me conocia,
 y la misma sangre noble
 es fiscal contra si misma;
 ¿y si tú me conociste,
 qué mas ocasion querias?
 ¿Hay mas mundo para mí?
 ¿hay mas honra? ¿hay mas estima?

Doña Flor.

Conmigo nada perdieras,
 si por mi opinion lo hacias.

Don Fernando.

Conocida era la fuga,
 la intencion no conocida,
 y accion que es mala por sí,
 en duda la aplicarias
 á lo peor, claro está,
 que conozco mi desdicha;
 y dada ya la sospecha
 de que tu amor merecia
 quien contigo á tu ventana
 de noche hablaba: ¿no miras,
 que á nadie infamára mas,
 huyendo yo, que á tí misma,
 pues con causa te acusáran,
 de que á un cobarde querias?
 ¿Ves mi razon? ¿Ves tu afrenta?
 ¿Ves como quedas vencida?
 ¿Ves como de culpas tuyas
 hoy nacen las penas mias?
 Tus engaños cometieron

el delito que me aplicas,
que á no tener otro amante,
y á no decir , fementida ,
que eras quien fuiste , no hubiera
sucedido esta ruina.

Doña Flor.

¿Yo , otro amante ?

Don Fernando.

Y aun querido ;
que nadie , sin que le admitan ,
celoso guarda la calle ,
furioso arriesga la vida.

Doña Flor.

Desdeñado un poderoso ,
convierte el amor en ira.

Don Fernando.

En vano para conmigo
falsas disculpas maquinas.
Quédate por siempre ingrata ,
liviana , aleve , fingida ,
mudable , tirana , fiera ,
tigre Hircana , y sierpe Livia ;
quédate , que solo vine
á exalar las llamas vivas ,
que de tu ofensa engendradas ,
dentro de mi pecho ardian ,
con decirte sola á ti
tus infamias , tus mentiras ,
mudanzas , y liviandades ;
yá que el ser quien soy , me priva
de romper con publicarlas
la palabra prometida ,
que yo ofendido la guardo ,
y tú obligada la olvidas ;
y así para no ver mas .

falsedades, tan indignas
de quién eres y quién soy, *quiere irse.*
no me verás en tu vida.

Doña Flor.

Véte, ocasion de mis males,
véte, y los cielos permitan
que ni el eco de tu nombre
vuelva otra vez á Sevilla.

Don Fernando.

¡Cómo, traidora, te huelgas
que de tu amor me despida!
¡Mi nombre, ofende tu oído;
y mi presencia tu vista?
pues vive Dios que por eso
aunqué arriesgára mil vidas,
he de ser eternamente
una sombra que te siga;
porque me vengue en lo mismo
con que á venganza me incitas.

Doña Flor.

Pues yo, si en eso te vengas,
sabré hacer.....

ESCENA VIII.

Dichos y Encinas.

Encinas.

Señora, mira
que viene tu hermano.

Doña Flor.

¡Ay, triste!

Véte Fernando.

Don Fernando.

Enemiga,
mi muerte, y la tuya espero.

Encinas.

Pues duélete de la mia :
vete , señora , á tu cuarto ,
y tú señor , te retira
á mi aposento ,

Doña Flor.

¿ Veré ,
antes que muera , algun dia ,
que por tu causa no tenga
alborotos y desdichas ? *case.*

Don Fernando.

¿ Y yo sin mudanzas tuyas
veré alguno ?

Encinas.

Señor , mira
que llega don Diego

Don Fernando.

Llegue ,
y á sus manos vengativas
muera yo , Encinas , primero
que á las de su hermana viva.

Encinas.

Acaba , que á toda ley
es bueno guardar la vida.

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Doña Ana é Inés.

Doña Ana.

¿ Hácete Flor soledad ?

Inés.

Mal puedo , señora mia ,
sentirla en tu compañía.

Doña Ana.

Pagas, Inés, mi amistad.

Inés.

Solo siento la tristeza
que con mi ausencia padece.

Doña Ana.

A fé que no la merece.

Inés.

Es pension de su belleza ;
pero ya viene el Marqués.

Doña Ana.

Bien su palabra ha cumplido.

ESCENA X.

Dichas y el Marqués.

Marqués.

Alegre y desvanecido
vengo á serviros.

Doña Ana.

Los pies

os beso por tal favor.

Marqués.

Comenzad, pues, á mandarme,
que si quereis obligarme,
ese es el medio mejor.

Pedido me habeis que os vea,
advertid, doña Ana hermosa,
que no ha de ser para cosa
que muy difícil no sea.

Doña Ana.

La nobleza y cortesía,
que en vos celebra la fama,
porque es muger la que os llama,
disculpára su osadía ;

y eso mismo me asegura ,
 que tendrá en esta ocasión
 efecto mi pretension ,
 y mi esperanza ventura.
 Señor Marqués , doña Flor ,
 en cuyo constante pecho
 inhumano estrágo han hecho
 vuestra ausencia y vuestro amor ,
 como os habeis retirado
 tan del todo de sus ojos ,
 que aun no alivia sus enojos
 de parte vuestra un recado ;
 está oprimida de suerte ,
 de pesar , y sentimiento ,
 que perdido el sufrimiento ,
 pide remedio á la muerte.

Yo , que estimo su amistad ,
 y en vuestra nobleza fio ,
 he tomado á cargo mio
 amansar vuestra crueldad :
 merezca una vez siquiera
 veros el rostro , por ser
 vos noble , y ella muger ,
 y yo , Marqués , la tercera.

Marqués.

; Ay Flor ! bien saben los cielos , *ap.*
 que á tantos rayos de amor ,
 á no resistir mi honor ,
 no resistieran mis celos :
 dí mi palabra ; ; maldiga
 el cielo al necio imprudente ,
 que con enojo presente
 á lo futuro se obliga !
 Señora , lo que pedís
 á ser difícil lo haria ;

mas es, por desdicha mia,
imposible.

Doña Ana.

¿Qué decis?

Marqués.

Digo.....

ESCENA XI.

Dichos, y al paño don Diego y Encinas.

Encinas.

¿Pues, señor, así
te cuelas?

Don Diego.

Yá á la impaciencia
se rindió la resistencia;
mas el Marqués está aquí.

Encinas.

En Canta-la-piedra has dado.

Don Diego.

Quedo. Pues no me han sentido,
quiero aplicar el oído;
que á zelos toca el cuidado.

Marqués.

Segun esto, no os espante
mi resolución.

Doña Ana.

Señor...

Marqués.

Tratarme ahora de amor,
es ablandar un diamante.

Doña Ana.

Acabad: cesen enojos;
no puedan tanto los zelos.

*

Don Diego.

¡ Por Dios! que le ruega; ¡ Cielos, *ap.*
tal vienen á ver mis ojos!

Marqués.

Doña Ana, en vano os cansais.

Doña Ana.

¿ Rogado os endureceis?
no á la sangre que teneis
la condicion conformais.

Don Diego.

Ello es cierto. *ap.*

Marqués.

Lo que os pido
es que no me trateis mas
de esa materia.

Doña Ana.

Jamás

me hubiera yo persuadido,
si no lo llegára á ver,
y aun lo dudo aunque lo toco,
que con vos puedan tan poco
los ruegos de una muger.
¿ No dareis, Marqués lugar,
á las disculpas siquiera?

Inés.

Esto es justo.

Marqués.

Yo lo hiciera,
si me pudiera mudar.

Doña Ana.

¡ Maldiga Dios á don Diego,
que á una determinacion
tan cruel dió la ocasion!

Encinas.

¿ Oyes esto, señor? ...

Don Diego.

¿Luego
el Marqués por celos míos
la trata con tal rigor?
Hará bien; ya que el amor
no ayudá mis desvaríos,
á un engaño me apercibo,
con que, pues no soy dichoso,
lo que no alcanzo amoroso,
alcanzaré vengativo.
Aquí me importa que dés
á entender, que eres criado
del Marqués.

Encinas.

Ese cuidado
me deja, que fácil es;
que pues hasta aquí por tuyo
no me conocen, saldré
con él, y así pasaré
plaza de criado suyo.

Don Diego.

Pues al punto que él se ausente
vuelve á entrar, y de su parte
estos doblones reparte *dale un bolson.*
en la familia sirviente
de doña Ana; y al que fuere
mas codicioso, dirás;
que el Marqués le ofrece mas,
porque esta noche le espere
á la puerta de doña Ana,
que á deshora quiere hablarle;
y el secreto has de encargarle.

Encinas.

No será tu industria vana
por mi parte.

Don Diego.

Bien de tí
sé lo que puedo fiar:
yo quiero, por no causar
sospechas,irme de aquí,
pues no me han visto. *case.*

Doña Ana.

Bien sé,
que á doña Inés de Aragon
servís ya.

Marqués.

Y en su afición
vive contenta mi fé:
mas con todo, si pudiera,
os dejára mas gustosa.

Doña Ana.

Nunca os pediré otra cosa,
pues he errado la primera.

Marqués

¿Qué decis? Perdon os pido,
y que os quejéis de esa suerte,
si en mi pudiere la muerte
lo que vós no habeis podido.

ESCENA XII.

Doña Ana, Inés y Encinas.

Doña Ana.

¡Terrible rigor!

Encinas.

Inés,
quédate con Dios.

Inés.

¿Aquí
estabas, Encinas?

Encinas.

Sí,
que vine con el Marqués.

Inés.

¿Pues qué le sirves?

Encinas,

Y soy
quien priva mas en su pecho.

Doña Ana.

Dime, Encinas, ¿que se ha hecho
don Fernando de Godoy? (1)

Encinas.

Qué, ¿me llama el Marqués? Sí,
ya voy; ¿qué presto me echó
menos! Juráralo yo;
no vive un punto sin mí.
Perdonad, hasta otro día. *cáse*

Doña Ana.

Buen gusto tiene el Marqués.

Doña Inés.

Siempre con señores es
feliz la bufonería.

ESCENA XIII.

SALON DE PALACIO.

Don Pedro y luego el Marqués.

Don Pedro.

¿Negocio tiene conmigo,
cuando le dá la afición
de doña Inés de Aragon
en mí un oculto enemigo?

(1) *Se asoma Encinas al vestuario.*

El la sirve y yo en secreto
 la gozo y he de caillar,
 no se venga á sospechar
 el delito que cometo.
 ¡Gran tormento! Mas él viene.

Marqués.

¿Señor don Pedro?

Don Pedro.

En cuidado,
 señor Marqués, un recado
 de parte vuestra me tiene;
 ¿hay en que os sirva?

Marqués.

Creed

que pago vuestra amistad,
 y sé con la voluntad
 que en todo me haceis merced.
 Hoy ha llegado un correo
 (ya lo sabreis) de Granada
 de la muerte desdichada
 de don Miguel Carabeo,
 nuestro general valiente;
 y al punto para ocupar
 tan importante lugar
 hallé que era conveniente
 vuestra persona; mirad
 si os disponeis á aceptarlo,
 porque quiero consultarlo
 luego con su magestad.
 Con este piadoso medio *ap.*
 quiero dilatar su muerte;
 porque entre tanto la suerte
 le disponga otro remedio.

Don Pedro.

Darme lo que yo no pido *ap.*

no teniéndole obligado ,
cuando sé que á nadie han dado
carga que no haya pedido ,
no es por bien . ¿ Qué fin tendrá
en ausentarme el Marqués ?
Zelos no de doña Inés ,
que oculto mi amor está ;
mi poder y su raudanza
teme sin duda : alejarme
quiere del Rey , por cortarme
el hilo de mi privanza .
Conozco la obligación ,
Marqués , en que me poneis ;
mas advertid que dareis
de quejas justa ocasion ,
dándome lo que podrán
pretender mil caballeros ,
cuyos valientes aperos
terror á los moros dán .
Yo vivo alegre en mi estado ,
ni mas grande ni mas rico
quiero ser ; y así os suplico
me tengais por escusado .

Marqués.

¿ Triste de vos , que os perdeis ! *ap.*
Esto al servicio conviene
del Rey .

Don Pedro.

Sin número tiene
soldados , en quien podeis ,
tambien como en mi , el baston
emplear .

Marqués.

¿ Decid en quién ?

Don Pedro,

En el señor de Bailén,

Marqués.

Parte á servir á Aragon.

Don Pedro.

En don Sancho Marmolejo.

Marqués.

Lleva á Francia la embajada.

Don Pedro.

En don Francisco de Estrada.

Marqués.

Está enfermo, y es muy viejo.

Don Pedro.

En don Fernando Manrique.

Marqués.

Ocupaciones forzosas

son las tuyas en las cosas

del infante don Enrique.

Yo, en fin, lo he mirado bien;

no me arguyais, aceptad

el cargo, y mi voluntad;

y advertid, que os está bien.

Don Pedro.

Mas parece que os conviene

á vos, segun me apretais.

Marqués.

En eso no os engañais;

que quien es mi amigo, tiene,

don Pedro, en mi corazon

tanta parte, que deseo

como propio lo que veo,

que ha de aumentar su opinion.

Don Pedro.

Yo agradezco la amistad;

pero os advierto, marqués,

que para mí no lo es.

Marqués.

¡O, quien pudiera!... Mirad
que os aconsejo.

Don Pedro

No habéis

misterioso. En su porfía *ap.*
crece la sospecha mía;
y para que no os canséis,
por último desengaño
digo, que estoy satisfecho
de que trazáis mi provecho;
pero yo quiero mi daño.

Marqués.

Cuanto resiste obstinado, *ap.*
tanto piadoso deseo
remediarle, porque veo,
que yerra de enamorado.

Don Pedro.

¿Mandáis otra cosa?

Marqués.

En esto

pido sólo que os mireis;
y á Dios.

Don Pedro.

Pues vos me queréis *ap.*
quitar del dichoso puesto
en que con el Rey estoy,
yo del vuestro os quitaré.

Marqués.

De la muerte os libraré, *ap.*
ó no seré yo quien soy.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DECORACION DE CALLE.

Don Diego , y Encinas , de noche , y despues un escudero.

Don Diego.

Solo aqnel, que tu hidalgo nacimiento,
tu fuerte corazon, tu entendimiento,
y honrado proceder como yo sabe,
confiara de tí caso tan grave.

Encinas.

Tu confianza á mucho mas me obliga.

Don Diego.

Permita amor, que mi intencion consiga;

Encinas.

Estará puntual el escudero:

¿qué gran negociador es el dinero!

Cercaronme al partir de los doblones

como á la flor la vanda de avejones:

con cada escudo, que á cualquiera daba,

un ojo á los demas se les saltaba;

mas este, á quien dí parte de tu intento,

ni ví miron de pintas mas atento;

veré si aguarda.

Don Diego.

Ayuda, noche oscura, *ap.*

á quien vengarse de un desden procura;

pues doña Ana al Marqués adora, intento,

fingiendo serlo, entrar en su aposento,

donde, lo que no amor, me dè el engaño:

loco estoy, remediar quiero mi daño;
y á quien le pareciere esceso grave,
no me condene, si de amor no sabe.

Encinas.

Pues sábeis su poder y su privanza,
tened de grandes premios confianza;
mas sabedle obligar.

Escudero.

¿Cómo? la vida
en servirle daré por bien perdida;
porque de liberal, y agradecido
tiene el nombre, que nadie ha merecido.

Encinas.

Llegad.

Escudero.

¿Es el Marqués?

Encinas.

Si.

Escudero.

Señor mio;

¿qué me quereis mandar?

Don Diego.

De vos me fio;
y vos fiad de mí.

Escudero.

Dejad rodeos,
y probad en mis obras mis deseos

Don Diego.

¿Doña Ana está acostada?

Escudero.

Y recogidos

todos en casa ya.

Don Diego.

Sin ser sentidos

los dos hemos de entrar en su aposento.

Escudero.

¿Qué pretendéis?

Don Diego.

Sin preguntar mi intento
lo haced, para obligarme de este modo;
que mi poder os sacará de todo.

Encinas.

Por él lo haceis, y él mismo os asegura:
no repliqueis, que os busca la ventura.

Escudero.

Yo temo.

Encinas.

El carro gruñe, importaría *á don Diego.*
untarlo.

Don Diego.

Hoy repartí cuanto tenía.

¿Tienes dinero tú?

Encinas.

No tengas pena;
suplir puede la falta esta cadena,
que me dió un amo, á quien serví primero. (1)

Don Diego.

Pagáros parte de mi deuda quiero:
tomad.

Escudero.

¿A quién no vencereis? Callando
venid.

Don Diego.

Las luces mataré en entrandó. *ap.*

Encinas.

Díos nos saque con bien.

Don Diego.

Sí los criados

(1) Dale la cadena á don Diego, y este al Escudero.

vieredes por ventura alborotados,
y quisieren entrar, vos en mi nombre
los detened; y amenazad.

Escudero.

No hay hombre
en esta casa que por vos no muera.

Encinas.

¡Qué engañado se hallára quien lo hiciera!

ESCENA II.

SALON DE PALACIO.

El Rey y el Marqués.

Marqués.

No puede en esta ocasion
ocupar persona alguna
como don Pedro de Luna
de general el baston;
que vistos, y examinados
los demas, en quien podeis
emplearle, los teneis,
donde importan; ocupados;
y la valerosa espada
de don Pedro, solamente
basta á ceñiros la frente
con el laurel de Granada.

Rey.

¿Las órdenes que yo os doy
egecutais de esa suerte?

Marqués.

Dispuesto á darle la muerte,
como habeis mandado, estóy;
mas por la nueva ocasion
os le consulto de nuevo.

Rey.

Marqués, la piedad aprúebo,
condéno la remision.

Marqués.

Vos mandais, que con secreto
le mate, y bien podeis ver,
que no es facil disponer
con brevedad el efecto;
y así, en mí la dilacion
no nace de resistencia;
mas de buscar con prudencia
el tiempo á la ejecucion:
fuera de que, bien mirado,
alguna vez el rigor
de la justicia, señor,
cede á la razon de estado.

Rey.

Es así.

Marqués.

Pues siendo así,
¿donde podrá la razon
derogar la ejecucion
de la ley mejor que aquí?
Con justa causa lo infiero
porque no es mas conveniente
castigar un delincuente,
que ganar un reino entero;
demas, de que no os privais
así de cumplir con todo,
que el castigo de este modo
diferís, no perdonais;
y pues que con ausentárle,
el delinquir cesará,
allá aprovecha, y acá
no daña el no castigarle.

Rey.

Tiene en mí tanto valor
ver en vos esa amistad,
que se dá á vuestra piedad
por vencido mi rigor.
Vaya don Pedro á Granada,
goce el honroso baston
mas por vuestra intercesion,
que por su yaliente espada.

Marqués.

Es el mas alto favor,
que de vuestra Magestad
recibí jamás.

Rey.

Alzad,
mi mayordomo mayor.

Marqués.

Hechura soy vuestra.

Rey.

Quiero
teneros siempre á mi lado,
que pues el mundo me ha dado
renombre de justiciero,
por merecerle mejor,
sin que el esceso me dañe,
es bien que en todo acompañe
vuestra piedad mi rigor.

ESCENA III.

Dichos y don Pedro.

Don Pedro.

En estando solo el Rey *ap.*
le daré del caso cuenta;
que pues derribarme intenta,

la defensa es justa ley.

Marqués.

Don Pedro viene.

Don Pedro.

Los pies
me dé vuestra Magestad,

Rey.

Mi general, levantad.

Don Pedro.

¡Qué clara muestra el Marqués. *ap.*
su envidiosa emulación!

Rey.

Luego os partid á Granada,
que importa allí vuestra espada.

Don Pedro.

Tomada resolución. *ap.*

no hay replicar; mas cordura
es mostrarme agradecido.

De nuevo los pies os pido,
donde hallé tanta ventura.

Dentro.

Detente, muger; aguarda.

ESCENA IV.

Dichos y doña Ana con manto.

Doña Ana.

Los oídos, y las puertas
ha de tener siempre abiertas
un Rey, que justicia guarda.

Rey poderoso, y sábio,
recto, noble, católico, y prudente,
castigo del agravio,
de la virtud amparador valiente,
á quien, por ser tan justo y tan severo,
propios y estraños llaman justiciero;

yo soy, señor invicto,
 doña Ana de Leon, que los blasones
 de mi stirpe acredito,
 con montañas bandas, y leones;
 de aquel árbol soy rama; siempre en ellas
 fulminaron desdichas las estrellas.
 Don Fernando de Castro,
 asombro de las huestes otomanas,
 que á piras de alabastro
 dá prestuncion con sus cenizas vanas,
 me dió el ser, y la dicha, que importuna
 mira al merecimiento la fortuna.
 Su fin arrebatado
 me dejó solo en horfandad funesta
 para elegir estado,
 no la prudencia, sí la edad dispuesta;
 y así mi juventud poco entendida
 pasaba en muda confusion la vida,
 cuando no sé que signo,
 qué adversa estrella, qué planeta airado
 para mi mal previno,
 que el Marques don Fadrique, ese, que al lado
 vuestro es atlante de esta monarquía,
 me fuese á visitar á instancia mia.
 Para un intento ageno
 le llamé, bien lo sabe. ¡Quién creyera,
 que allí el mortal veneno
 de mi opinion, y honestidad bebiere!
 Bien dicen, que la suerte está constante
 en tablas esculpida de diamante.
 Despidióse, encubriendo
 su aleve intento, y ya determinado,
 para el delito horrendo
 se encomendó á la industria de un criado;
 y por su astuta mano, de los mios

con dones conquistó los alvedrios.
 ¿Cómo es posible, cómo,
 cuando ostentais la rigurosa espada,
 desde la punta al pomo
 de incesable suplicio ensangrentada,
 que incurra en mas culpable atrevimiento
 quien mas de cerca mira el escarmiento?
 Las cumbres ya del polo
 pisaba de traicion la negra autora,
 y yo en mi lecho solo
 los rayos aguardaba de la aurora,
 bañándome las urnas de Morfeo
 en las dulces corrientes del Letheo,
 cuando el Marqués tirano
 mis castas puertas abre, poco fuertes
 á su pródiga mano,
 que esparce dones, y amenaza muertes
 á la familia vil, mientras al dueño
 vuestra justicia aseguraba el sueño.
 Oculto de mi fama
 el robador en la tiniebla oscura,
 llegó á mi honesta cama.
 ¡Ojala fuera triste sepultura,
 y publicára la inscripcion sangrienta
 al mundo antes mi fin, que yo mi afrenta!
 De sus brazos apenas
 sentí el inusitado atrevimiento,
 cuando con voces llenas
 de confusion, temor, duda, y tormento,
 pido favor, pregunto quien me ofende:
 nadie responde, nadie me defiende.
 Solo el Marqués aleve,
 en baja voz, que al fin, como traidora,
 tímido aliento mueve,
 el Marqués don Fabrique, soy, señora,

dijo; y porque á defensas me apereibo,
 fuerzas aplica á su furor lascivo.
 Yo á su apetito ciego
 culpo humilde, registro valerosa,
 enternecida ruego,
 amenaza cruel, lloro amorosa,
 vuestro rigor le traigo á la memoria,
 última apelacion de mi victoria.
 Ni amenazas, ni quejas,
 ni ruegos penetraron solo un grado
 por las sordas orejas
 al pecho en sus intentos obstinado,
 antes daba á su indómita violencia
 mas insano furor mi resistencia.
 Al fin, su fuerza mucha,
 débil mi cuerpo, mi defensa poca,
 en la prolija lucha,
 al pecho aliento, y voces á la boca
 negaron; lo demas, si es bien contarlo,
 la vergüenza lo dice con callarlo.
 Luego el traidor Tarquino
 me dejó en cambio la tiniebla obscura;
 yo, con el desatino
 de tan incomparable desventura,
 á tener al ladrón tiendo los brazos,
 y á vanas sombras doy vanos abrazos.
 Así quedé llorando
 sin mi culpa el ageno desvario,
 la suerte blasfemando,
 que á un tirano poder sugetó el mio;
 solo ya el pensamiento en mi venganza,
 fundo en vuestra justicia la esperanza.
 Justicia, Rey, justicia;
 muestre tanto mas vivos sus enojos,
 cuanto es mas la malicia

del que sus aras ofendió á sus ojos ;
 pues vibra Jove el rayo vengativo ,
 mas ardiente al peñasco mas altivo.
 Pruebe el desnudo acero
 este que al cielo se atrevió gigante ;
 y el nombre justiciero ,
 que en el delito despreció arrogante ,
 ya que no fue bastante á refrenarlo ,
 baste para vengarme , y castigarlo.

Marques.

Por el sagrado laurel ,
 que os ciñe la frente altiva ,
 asi coronada viva
 infinitos años de él ,
 que es engaño , y falsedad
 cuanto ha dicho.

Doña Ana.

¿ Podrá ser ,
 gran señor , que su poder
 oscurezca mi verdad ?

Rey.

No , doña Ana ; mi corona
 fundo en tener la malicia
 refrenada. En mi justicia
 no hay escepcion de persona.
 ¡ Ah de mi guarda !

Marqués.

Creed ,
 gran señor.....

Rey.

Marqués , callad.

En juicio , vos le acusad ;
 vos en juicio os defended. (1)

Guardas.

¿Qué mandais?

Rey.

Vaya el Marqués
preso al cuarto de la torre.

Don Pedro.

La fortuna me socorre; *ap.*
mover, venganza, los pies.
La ocasion tengo en la mano
para acomularle ahora,
que él por los celos de Flora
lizo matar á su hermano.

Marqués.

¿Cómo, doña Ana, ha cabido
tan gran traicion en tu pecho?

Doña Ana.

¿Cómo á negar lo que has hecho,
tirano, te has atrevido?

Marqués.

Ella está loca.

Doña Ana.

El se fia

en su poder.

Marqués.

Brevemente
haré mi verdad pateute.

Doña Ana.

Y yo probaré la mia.

ESCENA V.

DECORACION DE CALLE.

*Encinas de donado Francisco, con anteojos, y don
Diego.*

Encinas.

¿Voy bueno?

Don Diego.

Encinas, advierte

si es tu deuda conocida ;
pues cuando puedo mi vida
asegurar con tu muerte ,
tanto de tu pecho fio ,
que dejo en esta ocasion
en tu lengua mi opinion ,
y mi vida en tu alvedrio.

Encinas.

De hidalgos padres nací
en Córdoba , tú lo sabes ,
y que de mil casos graves
honrosamente salí.
Fuera de que te asegura
este disfraz , y mi ausencia.
Si á tan dura contingencia
viniese mi desventura ,
que me prendiesen , de mí
puedes fiar , que primero
mi pecho al verdugo fiero
diera mil almas , que un sí.

Don Diego.

La vida á entrambos nos va.

Encinas.

Gran yerro , por Dios , hiciste .
¿ Cómo , dí , no preveniste
lo que sucediendo está ?

Don Diego.

No pensé que resistiera
doña Ana , cuando empuñé
el engaño ; antes creí ,
que alegre tálamo diera
al Marqués. Veme en sus brazos ,
toqué marfiles bruñidos ,

gusté labios defendidos,
y gocé esquivos abrazos;
creció el apetito, el fuego,
el furor: lo mismo hiciera
si la espada al cuello viera,
ó el amor no fuera ciego.

Encinas.

El fue bocado costoso:
mas paciencia, y al reparo;
que Adán lo comió mas caro,
y á la fé menos gustoso.

Don Diego.

Tú, mi hermana y yo no mas,
sabemos que me has servido;
con que vivas escondido,
estoy seguro y lo estás.

Encinas.

Eso importa, y la mancilla
caiga en el pobre Marqués.

Don Diego.

Poderoso, Encinas, es,
y saldrá al fin á la orilla.

Encinas.

Y la verdad le valdrá.

Don Diego.

Y á nosotros la prudencia,
la industria y la diligencia.

Encinas.

A Dios, que de esta se vá
Fray Bartolo; hasta la vuelta
me arroja tu bendicion:
mas escucha ese pregon;
que anda la corte revuelta.

Pregonan dentro.

“El Rey, nuestro señor, promete dos mil ducados

á quien entregare preso á Juan de Encinas, natural de Córdoba; y á él mismo si se presentare con perdon de todos sus delitos; y manda que nadie le ampare ni encubra, pena de la vida. Mándase pregonar por que, &c."

Encinas.

¿Qué dices del pregoncete,
y de los dos mil?

Don Diego.

De prisa
debe de andar la pesquisa:
Encinas, amigo, vete.

Encinas.

¡Dos mil ducados, y verme
seguro de esta afliccion!
Por Dios que es gran tentacion:
muy cerca está de vencerme.

Don Diego.

¿Qué es lo que dices?

Encinas.

Si puedo
pescar esta cantidad,
y vivir con libertad,
¿quién me mete en tener miedo,
andar retirado y solo,
fugitivo, alborotado,
vandido y sobresaltado,
hecho el hermano Bartolo?
Señor, perdona; allá vá (1)
tu disfraz y tu dinero.

Don Diego.

¿Estás loco? Tente.

(1) *Hace que se desnuda.*

Encinas.

Quiero,
pues Dios su mano me dá,
verme libre de pobreza
y justicia.

Don Diego.

¿ Esta es lealtad ?
¿ esta es ley ?

Encinas.

La caridad,
señor, de sí misma empieza,

Don Diego.

Yo te daré mucho mas
de mi hacienda.

Encinas.

¿ Y el perdon
de mi culpa ?

Don Diego.

¿ Del pregon
te fias ?

Encinas.

Pues qué ¿ dirás
que es engaño ?

Don Diego.

Sí.

Encinas.

En los Reyes
la palabra es ley.

Don Diego.

No hay ley,
Encinas, que obligue al Rey ;
porque es autor de las leyes.

Encinas.

Cuando en público se obliga,

empeña su autoridad. (1)
Resuelto estoy ; libertad ,
libertad.

Don Diego.

¡Suerte enemiga,
mirad de quien me he fiado !
¡muera yo , pues que indiscreto
quise fiar mi secreto !

Encinas.

Lindamente la has tragado.

Don Diego.

¿ Qué dices ?

Encinas.

Tu confianza
probé con este picon.

Don Diego.

Muy pesadas burlas son ;
pero nunca tu mudanza
creí del todo.

Encinas.

Señor ,

tienen los pobres criados
opinión de interesados ,
de poco peso y valor.
Pese á quien lo piensa : ¿ andamos
de cabeza los sirvientes ?
¿ Tienen armas diferentes
en especie nuestros amos ?
¿ Muchos criados no han sido
tan nobles como sus dueños ?
El ser grandes ó pequeños ,
el servir ó ser servido
en mas ó menos riqueza ,

(1) *Hace que se desnuda.*

consiste sin duda alguna,
 y es distancía de fortuna,
 que no de naturaleza.
 Por esto me cansa el ver:
 en la comedia afrentados,
 siempre á los pobres criados,
 siempre huir, siempre temer;
 y por Dios que ha visto Encinas:
 en mas de cuatro ocasiones
 muchos criados leones,
 y muchos amos gallinas.

Don Diego.

Bien dices: vete con Dios,
 y mas peligro no esperes. *vase.*

Encinas.

A Dios, que donde murieres
 hemos de morir los dos.
 Hoy han de ser restaurados
 en su opinion por mi fé
 los que sirven; hoy seré
 un Pelayo de criados.

ESCENA VI.

Encinas, Inés con manto, y don Fernando.

Inés.

Oye, hermano.

Encinas.

Pese á mí, *ap.*

Inés y Fernando son.

Inés.

Tenga.

Don Fernando.

Escuche: ¿qué pregon
 es el que se ha dado aquí?

que importa saberlo.

Inés.

El es

sordo ó tonto.

Encinas.

Que haya sido *ap.*

tan desdichado ! Perdido soy,
si me conoce *Inés.*

Don Fernando.

El cielo en él retrató *ap.*
á *Encinas.*

Encinas.

Aquesto es hecho.

Inés.

Otra vez según sospecho *ap.*
esta cara he visto.

Encinas.

Acabose : el mismo diablo *ap.*
los trajo aquí. De este modo (1)
me escaparé , que del todo
me han de conocer si hablo.

ESCENA VII.

Inés y don Fernando.

Don Fernando.

Tenga.

Inés.

Aguarde.

Don Fernando.

Téntacion

debes de darle sin duda ,
pues hace la lengua muda

(1) *Hácese cruces.*

cruces en el corazón.

Inés.

¿Yo tentación?

Don Fernando.

Juraria
que era Encinas

Inés.

Yo también.

Don Fernando.

Mas á serlo, yo sé bien,
que no se me encubriria.

Inés.

Otro nos informará.

Don Fernando.

Prosigue.

Inés.

Hánle acumulado
la fuerza, que ha mandado
matar su hermano; y está
probado, que ya escondió
él mismo al fiero homicida:
y aun dicen mas, que la vida
al matador le quitó
para encubrirlo.

Don Fernando.

¡Qué engaño!

Inés.

Apretado está el Marqués.

Don Pedro de Luna es
quien le ha hecho todo el daño,
por ser su competidor
en privanza.

Don Fernando.

¿No fué ya
á Granada?

Inés.

Ya estará
dando á los moros temor.

Don Fernando.

¡Qué notables estrañezas
me cuentas!

Inés.

¿Dónde has estado
que esto ignoras?

Don Fernando.

Retirado
me han tenido mis tristezas.

Inés.

Si las ha causado Flor,
muda intento por tu vida;
que el Marqués, aunque la olvida,
es quien la abrasa de amor.

Don Fernando.

Hasta ahora pensé yo
que era su hermano el amante
de Flora.

Inés.

Causa bastante
su muerte á ese yerro dió:
y á Dios, que el tiempo no es mio,
con las desdichas que ves.

Don Fernando.

Lo que en mí has tenido, Inés,
tendrás siempre.

Inés.

Así lo fio.

ESCENA VIII.

Don Fernando.

¿Qué hemos de hacer corazon,

en un tan confuso estado ?
 El que la vida me ha dado ,
 por mi culpa está en prision.
 A Flora perdí por él ;
 ¿ mas él en qué me ofendió ,
 si mi aficion ignoró ?
 Palabra de amigo fiel
 le dí, y me dió, y ha cumplido
 él la suya ; pues mi vida
 será primero perdida ,
 que yo en amistad vencido.

ESCENA IX.

SALON DE PALACIO.

El Rey y el Secretario.

Rey.

Este es justicia.

Secretario.

Señor , ,

¿ por indicios solamente
 ha de morir un pariente
 vuestro , de tanto valor ?

Rey.

No os dé necia confianza
 ser sus delitos dudosos ;
 que contra los poderosos
 los indicios son probanza.
 Contra el Marqués ¿ qué testigo
 quereis vos que se declare ,
 sin que el temor le repare
 de tan valiente enemigo ?
 Fuera de que muchos son
 los indicios, y vehementes ;

y estos dos son accidentes,
 que hacen plena informacion.
 Pruébese, que el mismo día
 á doña Ana visitó,
 que á su gente repartió
 dineros cuando salía.
 La cadena, que al criado
 á abrir obligó la puerta,
 era suya, cosa es cierta;
 tres testigos lo han jurado.
 Demás de esto, le condena
 la pública voz y fama,
 tirano el vulgo le llama,
 y á voces pide su pena;
 que por mas justo que sea,
 siempre aborrece al privado,
 y como ocasión ha hallado,
 hace ley lo que desea.
 Juzgad ahora, si quiero,
 con razon y causa urgente,
 castigar un delincuente,
 y quietar un reino entero.
 Para aclarar la verdad *ap.*
 conviene tanto rigor,
 y hoy la experiencia mayor
 tengo de hacer. Escuchad. (r)

ESCENA X.

El Rey, y don Pedro, con banderas moriscas arrastrando á son de cajas.

Don Pedro.

Vuestra Magestad me dé

(1) *Habla al oído al Secretario, y váse este.*

sus pies.

Rey.

Don Pedro de Luna,

¿qué es esto?

Don Pedro.

Que hoy la fortuna

africana os besa el pie,

Supo el moro de Granada

la muerte del general,

don Miguel; mas por su mal

se le encubrió mi llegada

al campo, que sin cabeza

juzgó engañado; embistió

animoso, mas venció

brevemente vuestra Alteza.

Vuestra es Granada y su tierra;

y así yo á servir os vengo

en la paz, porque no tengo

que hacer ahora en la guerra.

Rey.

Servicio tan escésivo

en extremo me ha obligado,

y así con igual cuidado

á premiaros me apercibo;

y por justo galardón

de la victoria que gano

hoy por vos, os doy la mano

de doña Inés de Aragon.

Don Pedro.

Es el premio sin medida.

Rey.

Lo que en dote quitéaros,

no menos ha de alegraros.

Don Pedro.

Ya lo espero.

*

60702

Rey.

Es vuestra vida.

Don Pedro.

¿Mi vida! ¿cómo Señor?

Rey.

Id al Marqués don Fadrique,
y decidle, que os explique
su piedad, y vuestro error.

Don Pedro.

¿Vos no podeis declararlo?

Rey.

Tanto á castigar me incito,
que sé, si nombro el delito,
que no podré perdonarlo.

Don Pedro.

El Marqués no lo dirá,
si fue entre los dos secreto,
sin un firmado decreto.

Rey.

Este sello lo será; (1)
y hoy conoceis la fe
de quien habeis perseguido.

Don Pedro.

El Rey sin duda ha sabido *ap.*
que el palacio quebranté.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DE DOÑA FLOR.

Don Fernando y doña Flor.

Don Fernando.

Yo sé, hermosa doña Flor,

(1) Dale una sortija.

que al Marqués tu pecho adora ;
no vengo á quejarme ahora ,
de tu mudanza , y su amor ;
que la desesperacion
ha dado muerte al cuidado.

Doña Flor.

Nunca mas rayos ha dado
de su luz tu discrecion.

Don Fernando.

Solo vengo á que me des
relajacion del secreto
que te ofrecí , y te prometo
darte libre á tú Marqués.

Doña Flor.

Pues cuando puedas librarle
de la muerte de su hermano ,
que le imputan , ¿ no está llano ,
que es imposible escusarle
la que espera , condenado
á ella yá por el exceso
de la fuerza ?

Don Fernando.

Flor , en eso
deja el cargo á mi cuidado.

Doña Flor.

Si la libertad así
ha de conseguir , supuesto
que nunca al favor honesto
cuando te quise escedí ;
y que solo te encargué ,
que el amor nuestro callases ;
porque al Marqués no estorvases ;
que la mano que esperé
me diese , y yá lo ha sabido ;
no hay en ello que perder ;

y así, puedes ya romper
el secreto prometido.

Don Fernando.

Yo acepto la permision ;
que hoy pienso al mundo mostrar
de qué modo han de pagar
los nobles su obligacion.

Doña Flor.

Bien vés si cumplo la mia ,
pues que pudiendo librallo
con hablar , padezco y callo
por la que yo te tenia :
librale , y me pagarás
lo que me debes en esto. *vase.*

Don Fernando.

De agradecido , muy presto
la prueba mayor verás.

ESCENA XII.

Don Fernando y don Diego.

Don Diego.

¡ Encinas preso ! Yo soy *ap.*
perdido ; confesará
sin duda... Mas aquí está
don Fernando de Godoy.

Don Fernando.

Con diligencia os buscaba ,
señor don Diego.

Don Diego.

¿ Hay en qué
os sirva ?

Don Fernando.

Oid , y os diré
la ocasion que me obligaba.
Vos no debéis ignorar

del Marqués el triste estado.

Don Diego.

No.

Don Fernando.

Pues la vida me ha dado,
y la vida le he de dar.

Don Diego.

Es justa correspondencia,
¿pero yo qué parte soy
en esto?

Don Fernando.

Informado estoy,
que el revocar la sentencia;
que á muerte le ha condenado
por la fuerza, está no mas
de en probarse, que jamás
Encinas fue su criado.
A mí me consta, que el día
que el delito sucedió,
á que Encinas ayudó,
á vos, don Diego, os servia;
y me consta, que habeis sido
ciego amante de doña Ana;
y así es congetura llana,
que vos lo habeis cometido.

Don Diego.

Quien dijere...

Don Fernando.

Detened

el arrojado furor,
y para prueba mayor
de lo que digo, sabed,
que yo por mis ojos ví
hablar á vuestro criado
en hábito disfrazado

con vos mismo; y aunque allí
 con el disfraz me engañó,
 porque no estaba advertido
 del caso, haberlo sabido,
 del engaño me sacó.
 Mirad lo que habeis de hacer,
 sin fiaros del secreto:
 porque el Marqués en efecto
 por vos no ha de padecer;
 y mas cuando ya ocultar
 no es posible vuestro esceso,
 pues está ya Encinas preso,
 y al fin lo ha de confesar.

Don Diego.

¿Qué he de hacer? La culpa es grave, *ap.*
 noble, y muger la ofendida,
 justiciero el Rey... Perdida
 miro esta mísera nave
 entre fieras tempestades,
 é inevitables bajíos.
 ¡O, terribles desvaríos
 de amorosas ceguedades!

Don Fernando.

¿Don Diego, qué os deteneis
 en discursos sin provecho?
 Disponed el noble pecho,
 que tan sin remedio veis,
 haciendo en esta ocasion
 virtud la necesidad,
 á una bizarra piedad,
 que os dé inmortal opinion.

Don Diego.

¿Cómo?

Don Fernando.

Si os sentís culpado,

pues encubrirlo quereis
 en vano, cuando sabéis,
 que han preso á vuestro criado;
 antes que él venga, haced vos
 lo que yo, y en las historias
 borraremos las memorias
 de agra fama los dos.

Don Diego.

¿Qué lo que vos haga?

Don Fernando.

Si,

Don Diego.

Empezadlo á disponer;
 que vos ¿qué podeis hacer,
 que no me esté bien á mí?

Don Fernando.

Pues venid conmigo.

Don Diego.

Voy.

La fuerza haré voluntad. *ap.*

Don Fernando.

De agradecida amistad
 claro egeemplo al mundo soy.

ESCENA XIII.

El Rey, y un Secretario á una ventana, que dá á la prision.

Secretario.

Don Pedro entró á visitar
 ahora al marqués, señor.

Rey.

De este oculto mirador
 á los dos quiero escuchar:
 vos haced lo que ordené.

Secretario.

Voy al punto. *case..*

Rey.

La experiencia
de la culpa, ó la inocencia
del marqués con esto haré.

ESCENA XIV.

El Marqués y don Pedro.

Marqués.

Pues el sello me enseñais
de su alteza, su decreto
obedezco, y el secreto
os diré, que preguntais.
Supo el Rey, que desleal,
don Pedro, en la noche oscura
quebrantasteis la clausura
de su palacio real;
y por causas que advirtió,
(estas no pienso decirle, *ap.*
que no es justo descubrirle,
que su magestad temió)
determinó su rigor
daros la muerte en secreto;
y así, cometió el efecto
de su intento á mi valor:
mas yo, vuestro firme amigo,
piadoso empecé á trazar
medios para dilatar,
hasta evitar el castigo.
Dios, que ayuda liberal
la bien fundada intención,
quiso entonces, que el baston
vacase de general.

porque mi amistad fiel,
venciendo la voluntad
vuestra, y de su magestad,
os diese la vida en él.

Don Pedro.

Basta, no queráis que el pecho,
me rompa el dolor extraño
antes que remedie el daño,
que sin razon os he hecho.
Marqués, quitadme la vida,
que engañada os ha ofendido,
y como vívora ha sido
de quien se la dá, homicida:
perdonadme, egemplo raro
de valor y de piedad,
símbolo de la amistad,
de nobleza espejo claro:
gloria del nombre español,
perdonadme; que pensando,
que vuestro pecho, envidiando
verme tan cerca del sol,
gozar de los rayos bellos
de su favor, y privanza,
maquinaba mi mudanza,
quando me apartaba de ellos,
os he perseguido: tal
es de la envidia el rigor,
que de ella aun solo el temor
es bastante á tanto mal.

ESCENA XV.

Dichos y don Fernando, don Diego y doña Flor con manto.

Don Fernando.

Esperad; que hablando están.

él, y don Pedro de Luna.

Don Pedro.

Mas ni tiempo, ni fortuna
de vos, marqués, triunfarán,
si yo puedo. Condenado
estais á muerte, severo
rigor del rey justiciero:
vos la vida me habeis dado,
á vos os debo el baston,
y la alcanzada victoria,
y por vos llego á la gloria
de doña Inés de Aragon:
la vida, y la libertad
he de daros.

Marqués.

Para hacello,
¿qué imaginais?

Don Pedro

Pues el sello
tengo de su magestad,
sacaros de la prision
quiero con él, y quedar
yo en ella; para mostrar,
que es amistad, no traicion;
por quien cometer ordeno
tal error contra su alteza.

Rey.

Agradezco la fineza, *ap.*
si la deslealtad condeno.

Don Pedro.

¿Qué decís?

Marqués.

Que ese ha de ser
mayor daño de los dos;
que si quedais preso vos,

¿yo, don Pedro, qué he de hacer?
 sino á la misma prision
 volverme para libraros;
 pues de otra suerte pagaros
 no podré esta obligacion.
 Demás, que estoy confiado,
 de que al fin ha de librarme
 mi inocencia; y ausentarme,
 es confesar me culpado.

Don Pedro.

No es sino el golpe evitar,
 que tan cerca os amenaza.

Marqués.

Pues decidme vos; ¿qué traza
 del Rey me puede librar?
 ¿No ha de volver á prenderme,
 y de esta culpa tendreis
 la pena, sin que logreis
 el fin de favorecerme?

Don Pedro.

¿Pues no hay, Marqués don Fadrique,
 otros reynos? Y está claro,
 que alegre os dará su amparo
 el infante don Enrique.

Marqués.

Don Pedro, no quiera el cielo,
 cuando está toda la tierra
 ardiendo en continua guerra,
 que vaya yo á dar recelo,
 y duda de mi lealtad,
 por huir cierto castigo,
 buscando en reyno enemigo
 de mi Rey la libertad.
 No; muy mal lo habeis mirado,
 que menor inconveniente

será morir inocente,
que vivir mal opinado.

Rey.

¡Gran valor! *ap.*

Don Pedro.

¿Qué hareis, supuesto
que hoy, si el mal no se remedia,
vuestra misera tragedia
verá el teatro funesto?

Marqués.

¿Qué? Morir, si castigar
sufre el cielo la inocencia.

ESCENA XVI.

Dichos, el Secretario, y doña Ana con manto.

Secretario.

Mostrad, marqués, la paciencia,
que el valor suele adornar;
que al punto manda su alteza,
que pues vuestra culpa es llana,
le deis la mano á doña Ana,
y al verdugo la cabeza

Rey.

Si resiste al casamiento, *ap.*
á vista ya de la muerte,
de su inocencia me advierte.

Marqués.

Morir sin casarme intento:
llegue el verdugo inhumano
á ser mi fiero homicida;
que al cielo debo la vida,
mas no á doña Ana la mano.

Doña Ana.

¡Hay tal maldad!

Secretario.

Del suplicio
yá los ministros aguardan.

Marqués.

¿Pues, secretario, que tardan?
Vamos; haced vuestro oficio.

Don Pedro.

Aguardad.

Don Fernando.

No quiera Dios,
que padezca un inocente.

Don Diego.

Muera solo el delincuente.

Secretario.

¿Pues quién lo ha sido?

Don Fernando y Don Diego.

Los dos.

Don Diego.

Yo ciego, loco, abrasado,
fui, doña Ana, el robador
oculto de vuestro honor;
Encinas fué mi criado,
no del Marqués; bien lo sabe
don Fernando de Godoy,
y Flora.

Don Fernando.

Testigo soy.

Doña Flora.

Yo tambien

Don Fernando.

Y porque acabe

esta ciega confusion,
yo á Encinas di la cadena,
por quien al Marqués condena
la vehemente presuncion;

que el Marqués me la dió á mí
 la noche que yo á su hermano
 maté, que fué tan humano,
 cuanto yo inhumano fui:
 pues no solo perdonó
 la ofensa, pero piadoso,
 magnánimo y generoso,
 del péligro me sacó;
 y tal su valor ha sido,
 que el cuchillo ya presente,
 antes morir inocente
 que condenarme ha querido.
 Tanto le debo, y así
 me acuso yo por pagarle,
 muriendo por él, y darle
 la vida que él me dió á mí.
 Yo maté á su hermano, yo;
 y la malicia ha mentido,
 cuando informar ha querido
 de que el Marqués lo ordenó.
 Yo le maté, culpa es mia;
 porque me quiso agraviar,
 echándome del lugar
 que en la ventana tenia
 de doña Flor, á quien sigo
 tres años ha firmemente,
 si mal pagado; presente
 está solo á ser testigo:
 decidlo, Flor.

Doña Flor.

Esta es
la verdad.

Don Fernando.

Pues confesamos;
los dos culpados muramos,

y no sin culpa el Marqués.

Secretario.

¡Gran valor!

Rey.

¡Notable hazaña! *ap.*

Don Pedro.

Libre estais, Marqués.

Marqués.

No estoy.

Ahora, don Pedro, soy,
con fineza tan estraña,
mas preso que antes lo era,
del cuerpo y del alma ya;
que es noble y antes dará
mil vidas que consintiera,
que den la muerte á los dos,
que por mí la vida ofrecen.

Don Pedro.

Ellos con razon padecen,
y estais inocente vos.

Marqués.

Yo, don Pedro, solo veo,
que por mí se han ofrecido;
esta deuda he conocido
y esta pagarles deseo.

Don Fernando.

Los dos somos los culpados.

Don Diego.

El que delinquiró padezca.

Rey.

De mi justicia amanezca
el sol entre estos nublados.

ESCENA XVII.

Dichos menos el Rey.

Doña Flor.

¿Qué pena!

Doña Ana.

¿Qué confusion!

Don Fernando.

Señor Secretario, dad
noticia á su Magestad
de esta nueva dilacion,
y él en todo ordenará
lo que importe.

Marqués.

Deteneos.

Secretario.

Señor Marqués, resuelveos,
que se pasó el plazo ya,
que para la egecucion
señaló su Magestad.

Don Pedro.

Yo voy á hablarle.

ESCENA XVIII.

Dichos y el Rey.

Rey.

Aguardad.

Secretario.

El Rey.

Don Pedro.

Haced relacion,
secretario, de este caso.

Rey.

A todo he estado presente.

Don Pedro.

Sol de España, cuyo Oriente
no teme el obscuro ocaso,
vuestra grandeza mostrad;
ó en el público teatro
dad la muerte á todos cuatro,
ó á todos los perdonad.

Dentro.

Entrad.

Rey.

¿Qué es esto?

ESCENA XIX.

Dichos, y dos guardas con Encinas en hábito de donado.

Guarda.

Este es
Juan de Encinas, el criado
que prender habeis mandado
por el caso del Marqués.
O está loco ó finge estallo;
que desde que le prendimos,
solo á cuanto le decimos,
nos dá por respuesta, callo.

Don Diego.

Yo estoy de tu lealtad,
Encinas, bien satisfecho:
mas ya niegas sin provecho;
decir puedes la verdad,
supuesto que ya mi error
he confesado.

Encinas.

Con eso
yo tambien, señor confieso

*

que es don Diego quien su honor
le robó á doña Ana, y yo
quien fingiendo ser criado
del Marqués, por su mandado
los de su casa engañó.

Don Fernando.

Dí lo que sabes de Flor
y de mí.

Encinas.

Su amante has sido
tres años, y no ha tenido
mas que esperanza tu amor.

Don Pedro.

Así está ya la verdad
bien clara: señor, pues ves
las disculpas de los tres,
muestra en ellos tu piedad.

Doña Flor.

Perdona, amiga, á mi hermano;
queda con honra y casada,
y no sin ella, y vengada.

Doña Ana.

Señor, dándome la mano
don Diego, le doy perdon.

Marqués.

Yo de la muerte le doy
á don Fernando; pues soy
parte formal de esta accion.

Rey.

Caballeros valerosos,
de España gloria y honor,
en cuyos heróicos pechos
cuatro espejos mira el sol,
de justiciero me precio;
no he de serlo menos hoy;

justicia tengo de hacer,
 y premiar vuestro valor.
 Al que es único en un arte,
 útil á las gentes, dió
 la ley, de cualquier delito,
 por una vez remision;
 que el derecho prevenido
 mas conveniente juzgó
 conservar el bien de muchos,
 que castigar un error.
 De vosotros, pues, cualquiera
 es tan único en valor,
 que niega á los mismos ojos
 crédito la admiracion.
 ¿Pues cuál arte puede dar
 á un reino fruto mayor,
 que el valor? Pues por los cuatro
 miro ya en mi sujecion
 las cuatro partes del mundo:
 luego bien pruebo que os doy
 la libertad por derecho,
 y por justicia el perdon.

Marqués.

Dilate el cielo tu imperio.

Don Fernando.

Dés á la envidia temor.

Don Pedro.

Celébre el tiempo tu nombre.

Don Diego.

Y la fama tu opinion.

Rey.

Dad, pues, la mano de esposo,
 don Diego, á doña Ana; y vos
 escoged esposo, Flora;
 que la perdida opinion

es justicia restauraros.

Doña Flor.

El Marqués la causa dió
á que en mi fama tocase
el vulgo murmurador ;
que á quien con poder pretende,
le juzga en la posesion :
y así él es solo quien puede
y debe ilustrar mi honor.

Marqués.

Por pagar así á don Diego,
vuestro hermano , que ofreció
su vida por darme vida :
sin eso os la diera , Flor.

Encinas.

¿ Y á mí me alcanza la ley
de lo del arte y valor ?

Rey.

Por ser único en lealtad,
perdon merece tu error.

Encinas.

Y pues solo por servirós
se ha desvelado el autor ;
siendo nobles , por justicia
os puede pedir perdon.

Ganar Amigos.

Si hubiera de juzgarse del corazón y del carácter de los autores por sus obras, y si es verdad que su fisonomía moral se halla en sus escritos; deberíamos creer que Ruiz de Alarcón fue un hombre digno del mayor aprecio por sus nobles prendas, y por la generosidad de su alma. Basta para formar este concepto la comedia que presentamos al público. En ella luce eminentemente la magnánimidad, la elevación de sentimientos y el heroísmo de la amistad. No habrá quizá otra pieza dramática en ninguna de las lenguas conocidas que pinte con mas verdad y belleza estas prendas, que rara vez se hallan reunidas en un solo individuo; y si se juzga la comedia de *Ganar Amigos* con arreglo á estos principios, es verdaderamente ideal. El Marques don Fadrique manifiesta siempre una generosidad, una fuerza de alma y una bondad consumadas. ¿Será fácil hallar un hombre que no solo perdone al homicida de un hermano querido, le conserve la vida y le liberte de la persecucion de la justicia, sino que se declare su amigo y le ruegue con la amistad? No es ciertamente mas admirable ni mas sublime Augusto, cuando en la tragedia de Corneille dice á Cina: *Soyons amis, Cinna; c'est qui t'en convie*, que el Marqués diciendo á don Fernando.

... para conmigo
no solo estais perdonado;
pero os quedaré obligado,
si me quereis por amigo.

Cesar al fin perdonaba una ofensa personal, un delito que no se habia consumado, y podia hacerlo sin perjuicio de tercero, ó castigarle á su placer. Al hom-

siempre en la mano el helado compás de los preceptistas para juzgar á nuestros antiguos autores, sin atender al tiempo en que escribieron, y á que fueron los primeros que en este género inspiraron el buen gusto á la Europa moderna?

Pero en lo que es sobresaliente Ruiz de Alarcon, es en el language. Ningun escritor español le ha poseído con mas pureza, propiedad y correccion. No tenemos asegurar que es uno de los mejores, sino es el primero de los hablistas castellanos. Es un modelo que debe estudiarse continuamente.

Su versificación, llena, facil y sonora, no es tan pintoresca como la de Tirso, ni tan poética como la de Lope y Calderon; pero no se encuentran en ella los resabios del mal gusto que introdujo Góngora,

Por estas prendas, y otras que daremos á conocer en las comedias suyas que insertaremos sucesivamente en esta Coleccion, creemos que Ruiz de Alarcon merecerá el aprecio de los inteligentes; así como merece un lugar muy distinguido en nuestro parnaso. Algunos le graduan de un poeta de segundo orden en su género. Nosotros no trataremos de probar que pertenece al primero; porque no es este nuestro propósito, y porque en las artes de imitacion, pueden los inteligentes profesar los mismos principios generales, y formar sin embargo distinto concepto del mérito individual de los escritores. Un amigo nuestro dice que todo puede probarse, y en verdad que en ciertas materias tiene razon; y mucho mas en las de puro gusto; porque cada uno tiene el suyo dependiente de la educacion que ha recibido, de sus estudios, y de su organizacion particular.

LA VERDAD
SOSP ECHOSA.

PERSONAS.

Don Garcia , } amantes de
Don Juan , }

Doña Jacinta , sobrina de

Don Sancho.

Don Juan de Luna , anciano, y padre de
Doña Lucrecia.

Don Beltran , padre de don García.

Don Felix.

Un Letrado.

Isabel , criada de doña Jacinta.

Camino , escudero de doña Lucrecia.

Un page.

Tristan , criado de don García,

La escena es en Madrid , y el trage á la española
antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SALA EN CASA DE DON BELTRAN.

Salen por una puerta don García y un Letrado viejo, vestidos de estudiantes y de camino, y por la otra don Beltran y Tristan.

Don Beltran.

Con bien vengas, hijo mio.

Don García.

Dame la mano, señor.

Don Beltran.

¿Cómo vienes?

Don García.

El calor

del ardiente y seco estío
me ha afligido de tal suerte,
que no pudiera llevarlo,
señor, á no mitigallo
con la esperanza de verte.

Don Beltran.

Entra pues á descansar.

Dios te guarde, ¿qué hombre vienes!

¿Tristan?

Tristan.

Señor.

Don Beltran.

Dueño tienes

nuevo ya de quien cuidar:
sirve desde hoy á García;
que tú eres diestro en la corte,
y él bisoño.

Tristan.

En lo que importe
yo le serviré de guía.

Don Beltran.

No es criado el que te doy ;
mas consejero y amigo.

Don García.

Tendrá ese lugar conmigo. *vase.*

Tristan.

Vuestro humilde esclavo soy. *vase.*

Don Beltran.

Déme, señor licenciado ,
los brazos.

Letrado.

Los pies os pido.

Don Beltran.

Alce ya. ¿Cómo ha venido?

Letrado.

Bueno , contento , y honrado
de mi señor don García ,
á quien tanto amor cobré ,
que no sé como podré
vivir sin su compañía.

Don Beltran.

Dios le guarde , que en efeto
siempre el señor licenciado
claros indicios ha dado
de agradecido y discreto.
Tan precisa obligacion
me huelgo que haya cumplido
García , y que haya acudido
á lo que es tanta razon.
Porque le aseguro yo
que es tal mi agradecimiento ,
que como un corregimiento

mi intercesion le alcanzó,
segun mi amor desigual
de la misma suerte hiciera
darle tambien si pudiera,
plaza en el consejo real.

Letrado.

De vuestro valor lo fio.

Don Beltran.

Si, bien lo puede creer;
mas yo me doy á entender,
que si con el favor mio
en ese escalon primero
se ha podido pener, ya
sin mi ayuda subirá
con su virtud al postrero.

Letrado.

En cualquier tiempo y lugar
he de ser vuestro criado,

Don Beltran.

Ya, pues, señor licenciado,
que el timon ha de dejar
de la nave de Garcia
y yo he de encargarme de él,
que hiciese por mí y por él
sola una cosa querria.

Letrado.

Ya, señor, alegre espero
lo que me quereis mandar.

Don Beltran.

La palabra me ha de dar
de que lo ha de hacer, primero.

Letrado.

Por Dios juro de cumplir,
señor, vuestra voluntad.

Don Beltran.

Que me diga una verdad,
le quiero solo pedir.
Ya sabe que fué mi intento,
que el camino que seguia
de las letras don García
fuese su acrecentamiento;
que para un hijo segundo
como él era, es cosa cierta
que es esa la mejor puerta
para las honras del mundo.
Pues como Dios se sirvió
de llevarse á don Gabriel
mi hijo mayor, con que él
mi mayorazgo quedó,
determiné, que dejada
esa profesion, viniese
á Madrid, donde estuviese,
como es cosa acostumbrada,
entre ilustres caballeros
en España; porque es bien
que las nobles casas dén
á su Rey sus herederos.
Pues como es ya don García
hombre que no ha de tener
maestro, y ha de correr
su gobierno á cuenta mia,
y mi paternal amor
con justa razon desea,
que ya que el mejor no sea,
no le noten por peor;
quiero señor licenciado
que me diga claramente
sin lisonja lo que siente,
supuesto que le ha criado,

de su modo y condicion,
de su trato y egercicio
y á qué género de vicio
muestra mas inclinacion.

Si tiene alguna costumbre
que yo cuide de enmendar;
no piense que me ha de dar
con decirlo pesadumbre.

Que él tenga vicio es forzoso
que me pese, claro está;
mas saberlo me será
útil cuando no gustoso.

Antes en nada á fé mia
hacerme puede mayor
placer, ó mostrar mejor
lo bien que quiere á García,
que en darme este desengaño,
cuando provechoso es,
si he de saberlo despues
que haya sucedido un daño.

Letrado.

Tan estrecha prevención,
señor, no era menester
para reducirme á hacer
lo que tengo obligacion.
Pues es caso averiguado,
que cuando entrega al señor
un caballo el picador,
que lo ha impuesto y enseñado,
si no le informa del modo
y los resabios que tiene,
un mal suceso, previene
al caballo, y dueño, y todo.
Deciros verdad, es bien;
que detras del juramento

daros una purga intento ,
 que os sepa mal y haga bien.
 De mi señor don Garcia
 todas las acciones tienen
 cierto acento , en que convienen
 con su alta genealogía.
 Es magnánimo y valiente ,
 es sagáz y es ingenioso ,
 es liberal y piadoso ;
 si repentino , impaciente.
 No trato de las pasiones
 propias de la mocedad ;
 porque en esas con la edad
 se mudan las condiciones.
 Mas una falta no mas
 es la que le he conocido ,
 que por mas que le he reñido
 no se ha enmendado jamás.

Don Beltran.

¿ Cosa que á su calidad
 será dañosa en Madrid ?

Letrado

Puede ser.

Don Beltran.

¿Cuál es ? decid.

Letrado.

No decir siempre verdad.

Don Beltran.

¿ Jesús , que cosa tan fea
 en hombre de obligación !

Letrado.

Yo pienso , que , ó condicion
 ó mala costumbre sea ,
 con la mucha autoridad
 que con él teneis , señor ,

junto con que ya es mayor
su cordura con la edad,
ese vicio perderá.

Don Beltran.

Si la vara no ha podido ,
en tiempo que tierna ha sido ,
enderezarse , ¿ qué hará
siendo ya tronco robusto ?

Letrado.

En Salamanca , señor ,
son mozos , gastan humor ,
sigue cada cual su gusto ;
hacen donaire del vicio ,
gala de la travesura ,
grandeza de la locura ,
hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte mejor
su enmienda esperar podemos ,
donde tan validas vemos
las escuelas del honor.

Don Beltran.

Casi me mueve á reir
ver cuán ignorante está
de la corte ; ¿ luego acá
no hay quien le enseñe á mentir ?
En la corte , aunque haya sido
un extremo don García ,
hay quien le dé cada día
mil mentiras de partido.
Y si aquí miente , el que está
en un puesto levantado
en cosa en que al engañado
la hacienda , ó honor le vá ,
¿ no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto .

al reyno? Dejemos esto
 que me voy á maldiciente.
 Como el toro, á quien tiró
 la vara una diestra mano,
 arremete al mas cercano,
 sin mirar á quién hirió;
 así yo con el dolor
 que esta nueva me ha causado,
 en quien primero he encontrado
 egecuté mi furor.
 Créame, que si Garcia
 mi hacienda de amores ciego
 disipára, ó en el juego
 consumiera noche y día;
 si fuera de ánimo inquieto
 y á pendencias inclinado;
 si mal se hubiera casado;
 si se muriera en efecto,
 no lo llevára tan mal,
 como que su falta sea
 mentir. ¡Qué cosa tan fea!
 ¡qué opuesta á mi natural!
 Ahora bien, lo que he de hacer
 es casarle brevemente,
 antes que esté inconveniente
 conocido venga á ser.
 Yo quedo muy satisfecho
 de su buen celo y cuidado,
 y me confieso obligado
 del bien que en esto me ha hecho.
 ¿Cuando ha de partir?

Letrado.

Querrá.

luego.

Don Beltran.

¿No descansará
algun tiempo, y gozará
de la corte?

Letrado.

Dicha mia
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera,

Don Beltran.

Ya entiendo: volar quisiera,
porque va á mandar. A Dios.

Letrado.

Guarde os Dios. Dolor extraño,
le dió al buen viejo la nueva;
al fin el mas sabio lleva
agriamente un desengaño.

ESCENA II.

EL TEATRO REPRESENTA LAS PLATERIAS.

Don Garcia, vestido de galan, y Tristan.

Don Garcia.

¿Diceme bien este trage?

Tristán.

Divinamente, señor.

¡O bien haya el inventor
de este holandesco follage!

¿Con un cuello apanalado
que fealdad no se enmendó?

Yo sé una dama, á quien dió
cierto amigo gran cuidado
mientras con cuello le via;
y una vez que llegó á verle,
sin él, la obligó á perderle
cuanta aficion le tenia;
porque ciertos costurones

en la garganta cetrina
 publicaban la ruina
 de pasados lamparones:
 las narices le crecieron;
 mostró un gran palmo de oreja,
 y las quijadas, de vieja
 en lo enjuto parecieron.
 Al fin el galan quedó
 tan otro del que solia,
 que no le conoceria
 la madre que le parió.

Don Garcia.

Por esa y otras razones
 me bolgára de que saliera
 premática, que impidiera
 esos vanos cangilones.
 Que demas de esos engaños,
 con su holanda el estrangero
 saca de España el dinero
 para nuestros propios daños.
 Una baloncilla angosta,
 usandose, le estuviera
 bien al rostro, y se anduviera
 mas á gusto, á menos costa.
 Y no que con tal cuidado
 sirve un galan á su cuello,
 que, por no descomponello,
 se obliga á andar empalado.

Tristan.

Yo sé quien tuvo ocasion
 de gozar su amada bella,
 y no osó llegarse á ella
 por no ajar un cangilon.
 Y esto me tiene confuso;
 todos dicen que se holgáran

de que valonas se usaran ,
y nadie comienza el uso.

Don García.

De gobernar nos dejemos
el mundo; ¿qué hay de mugeres?

Tristan.

¿ El mundo dejas , y quieres
que la carne gobernemos?
¿ Es mas fácil?

Don García.

Mas gustoso.

Tristan.

¿ Eres tierno ?

Don García.

Mozo soy.

Tristan.

Pues en lugar entras hoy ,
donde amor no vive ocioso.
Resplandecen d'apenas bellas
en el cortesano suelo ,
de la suerte que en el cielo
brillan luzientes estrellas.
En el vicio y la virtud ,
y el estado hay diferencia ;
como es varia su influencia,
resplandor y magnitud.
Las señoras no es mi intento
que en este número esten ;
que son ángeles , á quien
no se atreve el pensamiento.
Solo te diré de aquellas ,
que son con álmás livianas ,
siendo divinas , humanas ;
corruptibles , siendo estrellas.
Bellas casadas verás ,

conversables y discretas,
 que las llamo yo planetas,
 porque resplandecen mas.
 Estas, con la conjuncion
 de maridos placenteros,
 influyen en estrangeros
 dadivosa condicion.

Otras hay; cuyos maridos
 á comisiones se van,
 ó que en las Indias estan,
 ó en Italia entretenidos.

No todas dicen verdad
 en esto, que mil taimadas
 suelen fingirse casadas,
 por vivir con libertad.

Verás de cautas pasantes
 hermosas recientes hijas;
 estas son estrellas fijas
 y sus madres son errantes.

Hay una gran multitud
 de señoras del tuson,
 que entre cortesanas son
 de la mayor magnitud.

Síguense tras las tusiones
 otras, que serlo desean,
 y aunque tan buenas no sean,
 son mejores que busconas.

Estas son unas estrellas
 que dan menor claridad;
 mas en la necesidad
 te habrás de alumbrar con ellas.

La buscona no la cuento
 por estrella, que es cometa;
 pues ni su luz es perfecta,
 ni conocido su asiento.

Por las mañanas se ofrece
amenazando al dinero ,
y en cumpliéndose el agüero
al punto desaparece.
Niñas salen que procuran
gozar todas ocasiones ;
estas son exalaciones
que mientras se queman , duran.
Pero que adviertas es bien ,
si en estas estrellas tocas ,
que son estables muy pocas ,
por mas que un Perú les den.
No ignores , pues yo no ignoro ,
que un signo el de Virgo es ,
y los de cuernos son tres ,
Aries , Capricornio y Toro
y así , sin fiar en ellas ,
lleva un presupuesto solo ,
y es que el dinero es el polo
de todas estas estrellas.

Don Garcia.

¿ Eres astrólogo ?

Tristan.

Oí ,
el tiempo que pretendía ,
en palacio astrología.

Don Garcia.

¿ Luego has pretendido ?

Tristan.

Eui
pretendiente por mi mal.

Don Garcia.

¿ Cómo en servir has parado ?

Tristan.

Señor , porque me han faltado

la fortuna y el caudal;
aunque quien te sirve, en vano
por mejor suerte suspira,

Don García.

Deja lisonjas, y mira
el marfil de aquella mano,
el divino resplandor
de aquellos ojos, que juntas
despiden entre las puntas
flechas de muerte y amor.

Tristan.

¿Dices aquella señora
que va en el coche?

Don García.

¿Pues cual
merece alabanza igual?

Tristan.

¿Que bien encajaba agora
esto de coche del sol,
con todos sus adherentes
de rayos de fuego ardientes,
y deslumbrante arrebol!

Don García.

La primer dama que ví
en la corte, me agradó.

Tristan.

¿La primera en tierra?

Don García.

No,

la primera en cielo sí;
que es divina esta muger.

Tristan.

Por puntos las toparás
tan bellas, que no podrás
ser firme en un parecer.

Yo nunca he tenido aquí
constante amor ni descó;
que siempre por la que veo
me olvido de la que ví.

Don García.

¿Donde ha de haber resplandores
que borren los de estos ojos?

Tristan.

Míraslos ya con antojos,
que hacen las cosas mayores.

Don García.

¿Conoces, Tristan?

Tristan.

No humanes,

lo que por divino adoras;
porque tan altas señoras
no tocan á los Tristanes.

Don García.

Pues yo al fin, quien fuere sea,
la quiero, y he de servilla;
tú puedes, Tristan, seguilla.

Tristan.

Detente, que ella se apea
en la tienda.

Don García.

Llegar quiero.

¿Usase en la corte?

Tristan.

Si;

con la regla que te di,
de que es el polo el dinero.

Don García.

Oro traigo.

Tristan.

Cierra, España,

que á César llevas contigo;
 mas mira si en lo que digo
 mi pensamiento se engaña.
 Advierte, señor, si aquella
 que tras ella sale agora,
 puede ser sol de su aurora,
 ser aurora de su estrella.

Don García.

Hermosa es tambien.

Tristán.

Pues mira

si la criada es peor.

Don García.

El coche es arco de amor,
 y son flechas cuantas tira;
 yo llego.

Tristán.

A lo dicho advierte,

Don García.

¿Y es?

Tristán.

Que á la muger rogando,
 y con el dinero dando.

Don García.

¿Consista en eso mi suerte!

Tristán.

Pues yo, mientras hablas, quiero
 que me haga relacion
 el cochero, de quien son.

Don García.

¿Dirálo?

Tristán.

Sí, que es cochero.

ESCENA III.

*Doña Jacinta, doña Lucrecia é Isabel con mantos.
Cae Jacinta, y llega don Garcia, y dale la mano.*

Jacinta.

¡Válgame Dios!

Don Garcia.

Esta mano

os servid de que os levante,
si merezco ser atlante
de un cielo tan soberano.

Doña Jacinta.

Atlante debeis de ser,
pues le llegais á tocar.

Don Garcia.

Una cosa es alcanzar
y otra cosa merecer.

¿Que vitoria es la beldad
alcanzar, por quien me abraso,
si es favor que debo al caso
y no á vuestra voluntad?
Con mi propia mano así
el cielo ¿mas que importó,
si ha sido porque él cayó
y no porque yo subí?

Doña Jacinta.

¿Para que fin se procura
merecer?

Don Garcia.

Para alcanzar.

Doña Jacinta.

Llegar al fin, sin pasar
por los medios, ¿no es ventura?

Don Garcia.

Sí.

Doña Jacinta.

¿Pues cómo estais quejoso
del bien que os ha sucedido,
si el no haberlo merecido
os hace mas venturoso?

Don Garcia.

Porque como las acciones
del agravio y el favor
reciben todo el valor
solo de las intenciones;
por la mano que os toqué
no estoy yo favorecido,
si haberlo vos consentido
con esa intencion no fué.
Y así sentir me dejad,
que cuando tal dicha gano,
venga sin alma la mano
y el favor sin voluntad.

Doña Jacinta,

Si la vuestra no sabía,
de que agora me informais,
injustamente culpais
los defectos de la mia.

ESCENA IV.

Los dichos y Tristan.

Tristan.

El cochero hizo su oficio; *ap.*
nuevas tengo de quien son.

Don Garcia.

¿Qué, hasta aquí de mi afición
nunca tuvistes indicio?

Doña Jacinta.

¿Cómo, si jamás os ví?

Don García.

¿Tampoco ha valido ¡ay Dios!
mas de un año, que por vos
he andado fuera de mí?

Tristan.

¡Un año, y ayer llegó *ap.*
á la corte!

Doña Jacinta.

Bueno á fé;
¿mas de un año? Juraré
que no os ví en mi vida yo.

Don García.

Cuando del indiano suelo
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que ví
fue la gloria de ese cielo;
y aunque os entregué al momento
el alma, habeislo ignorado;
porque ocasion me ha faltado
de deciros lo que siento.

Doña Jacinta.

¿Sois indiano?

Don García.

Y tales son
mis riquezas, pues os ví,
que al minado potosí
le quito la presuncion.

Tristan.

¡Indiano! *ap.*

Doña Jacinta.

¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?

Don García.

Al que mas avaro nace
hace el amor dadivoso.

Doña Jacinta.

¿Luego, si decis verdad,
preciosas ferias espero?

Don García.

Si es que ha de dar el dinero
crédilo á la voluntad,
serán pequeños empleos,
para mostrar lo que adoro,
daros tantos mundos de oro
como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer
de esa divina beldad,
ni á mi inmensa voluntad
ha de igualar el poder;
por lo menos os servid
que esta tienda que os franqueo
dé señal de mi deseo.

Doña Jacinta.

No vi tal hombre en Madrid,
Lucrecia; ¿qué te parece
del indiano liberal?

Doña Lucrecia.

Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.

Don García.

Las joyas que gusto os dan
tomad de este aparador.

Tristan.

Mucho te arrojas, señor.

Don García.

Estoy perdido, Tristan.

Isabel.

Don Juan viene.

Doña Jacinta.

Yo agradezco,
señor, lo que me ofreceis.

Don García.

Mirad que me agraviareis
sino lograis lo que ofrezco.

Doña Jacinta.

Yerran vuestros pensamientos,
caballero, en presumir
que puedo yo recibir
mas que los ofrecimientos.

Don García.

¿Pues que ha alcanzado de vos
el corazon que os he dado?

Doña Jacinta.

El haberos escuchado.

Don García.

Yo lo estimo.

Doña Jacinta.

A Dios.

Don García.

A Dios;

y para amaros, me dad
licencia.

Doña Jacinta.

Para querer
no pienso que ha menester
licencia la voluntad. *case.*

ESCENA V.

Don García y Tristan.

Don García.

Síguelas.

Tristan.

Si te fatigas,
señor, por saber la casa
de la que en amor te abrasa,
ya la sé.

Don García.

Pues no las sigas;
que suele ser enfadosa
la diligencia importuna.

Tristan.

Doña Lucrécia de Luna
se llama la mas hermosa,
que es mi dueño, y la otra dama
que acompañándola viene,
sé donde la casa tiene;
mas no sé como se llama:
esto respondió el cochero.

Don García.

Si es Lucrécia la mas bella
no hay mas que saber; pues ella
es la que habló, y la que quiero;
que como el autor del día
las estrellas deja atras,
de esa suerte á las demas
la que me cegó, vencia.

Tristan.

Pues á mi la que calló
me pareció mas hermosa.

Don García.

¡Qué buen gusto!

Tristan.

Es cierta cosa,
que no tengo voto yo:
mas soy tan aficionado
á cualquier muger que calla,

que bastó , para juzgalla
mas hermosa , haber callado.
Mas dado , señor , que estés
errado tú , presto espero
preguntándole al cocheró
la casa , saber quien es.

Don García.

¿ Y Lucrecia donde tiene
la suya ?

Tristan.

Que á la Vitoria
dijo , si tengo memoria.

Don García.

Siempre ese nombre conviene
á la esfera venturosa ,
que dá eclíptica á tal luna.

ESCENA VI.

*Dichos , y don Juan y don Felix , que salen por otro
lado.*

Don Juan.

¿ Música y cena ? ¡ Ah fortuna !

Don García.

¿ No es este don Juan de Sosa ?

Tristan.

El mismo.

Don Juan.

¿ Quien puede ser
el amante venturoso ,
que me tiene tan celoso ?

Don Felix.

Que lo vendreis á saber
á pocos lances confío.

*

Don Juan.

¡Que otro amante le haya dado,
á quien mia se ha nombrado,
música y cena en el rio!

Don García.

¿Don Juan de Sosa?

Don Juan.

¿Quién es?

Don García.

Ya olvidais á don García.

Don Juan.

Veros en Madrid lo hacia,
y el nuevo traje.

Don García.

Despues

que en Salamanca me vistes
muy otro debo de estar.

Don Juan.

Mas galan sois de seglar
que de estudiante lo fuistes.

¿Venís á Madrid de asiento?

Don García.

Sí.

Don Juan.

Bien venido seais.

Don García.

Vos, don Feliz, ¿cómo estais?

Don. Feliz.

De veros, por Dios, contento:
vengais bueno enorabuena.

Don García.

Para serviros. ¿Qué haceis?

¿De qué hablais? ¿En qué entendeis?

Don. Juan.

De cierta música y cena

que en el río dió un galán
esta noche á una señora ;
era la plática agora.

Don García.

¡Música y cena , don Juan !

¿Y anoche?

Don Juan.

Sí.

Don García.

¿Mucha cosa ?

¿Grande fiesta ?

Don Juan.

Así es la fama,

Don García.

¿Y muy hermosa la dama ?

Don Juan.

Dicenme que es muy hermosa.

Don García.

Bien.

Don Juan.

¿Qué misterios haceis ?

Don García.

De que alabeis por tan buena

esa dama y esa cena ;

si no que alabando esteis

mi fiesta y mi dama así.

Don Juan.

¿Pues tuvistes tambien boda

anoche en el río ?

Don García.

Toda

en eso la consumí.

Tristan.

¿Qué fiesta ó qué dama es esta , *ap.*

si á la corte llegó ayer ?

Don Juan.

¿Ya teneis á quien hacer
tan recien venido fiesta?
Presto el amor dió con vos.

Don García.

No ha tan poco que he llegado;
que un mes no haya descansado.

Tristan.

Ayer llegó, voto á Dios; *ap.*
él lleva alguna intencion.

Don Juan.

No lo he sabido á fé mia:
que al punto acudido habria
á cumplir mi obligacion.

Don García.

He estado hasta aquí secreto.

Don Juan.

Esa la causa habrá sido
de no haberlo yo sabido.
¿Pero la fiesta, en efeto,
fué famosa?

Don García.

Por ventura
no la vió mejor el rio.

Don Juan.

Ya de zelos desvarío. *ap.*
¿Quién duda que la espesura
del Sotillo el sitio os dió?

Don García.

Tales señas me vais dando,
don Juan, que voy sospechando
que la sabeis como yo.

Don Juan.

No estoy del todo ignorante,
aunque todo no lo sé;

dijeronme no sé que
 confusamente, bastante
 á tenerme deseoso
 de escucharos la verdad;
 forzosa curiosidad
 en un cortesano ocioso:
 ó en un amante con celos. *ap.*

Don Felix. (1)

Advertid, cuán sin pensar
 os han venido á mostrar
 vuestro contrario, los cielos.

Don García.

Pues á la fiesta atended:
 contaréla, ya que veo
 que os fatiga ese deseo.

Don Juan.

Haréisnos mucha merced.

Don García.

Entre las opacas sombras
 y opacidades espesas,
 que el soto formaba de olmos
 y la noche de tinieblas,
 se ocultaba una cuadrada,
 limpia y olorosa mesa,
 á lo italiano curiosa
 á lo español opulenta.
 En mil figuras prensados
 mantelos y servilletas,
 solo envidiaban las almas
 á las aves y á las fieras.
 Cuatro aparadores puestos
 en cuadra correspondencia.
 la plata blanca y dorada,

(1) *A don Juan aparte.*

vidrios y barroos ostentan.
 Quedó con ramas un olmo
 en todo el sotillo apenas,
 que de ellas se edificaron
 en varias partes seis tiendas.
 Cuatro coros diferentes
 ocultan las cuatro de ellas,
 otra principios y postres,
 y las viandas la sesta.
 Llegó en su coche mi dueño,
 dando envidia á las estrellas,
 á los aires suavidad,
 y alegría á la ribera.
 Apenas el pie que adoro
 hizo esmeraldas la yerba,
 hizo cristal la corriente,
 las arenas hizo perlas;
 cuando en copia disparados
 cohetes, bombas y ruedas,
 toda la region del fuego
 bajó en un punto á la tierra.
 Aun no las sulfureas luces
 se acabaron, cuando empiezan
 las de veinte y cuatro antorchas
 á oscurecer las estrellas.
 Empezó primero el coro
 de chirimías, tras ellas
 el de las vihuelas de arco
 sonó en la segunda tienda:
 salieron con suavidad
 las flautas de la tercera,
 y en la cuarta cuatro voces
 con guitarras y arpas suenan.
 Entretanto se sirvieron
 treinta y dos platos de cena,

sin los principios y postres
que casi otros tantos eran.

Las frutas y las bebidas
en fuentes y tazas, hechas
del cristal que dá el invierno,
y el artificio conserva,
de tanta nieve se cubren,
que manzanares sospecha,
cuando por el soto pasa,
que camina por la sierra.

El olfato no está ocioso
cuando el gusto se recrea,
que de espíritus suaves,
de pomos y cazoletas,
y destilados sudores
de aromas, flores y yerbas,
en el soto de Madrid
se vió la region Sabea.

En un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
que mostrasen á mi dueño
su crueldad y mi firmeza,
al sauce, al junco y al mimbre
quitaron su prehemencia;
que han de ser oro las pajas,
cuando los dientes son perlas.

En esto juntos en folla
los cuatro coros comienzan,
desde conformes distancias,
á suspender las esferas:
tanto que envidioso apolo
apresuró su carrera;
porque el principio del día
pusiese fin á la fiesta.

Don Juan.

Por Dios que la habeis pintado
de colores tan perfectas,
que no trocará el oírlo
por haberme hallado en ella.

Tristan.

¡Válgate el diablo por hombre, *ap.*
que tan de repente pueda
pintar un convite tal,
que á la verdad misma venza!

Don Juan. (1)

¡Rabio de celos!

Don Felix.

No os dieron
del convite tales señas.

Don Juan.

¿Qué importa, si en la sustancia
el tiempo y lugar concuerdan?

Don Garcia.

¿Qué decis?

Don Juan

Que fue el festin
mas célebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.

Don Garcia.

¡Oh! son niñerías estas
ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera
para prevenirme, un día;
que á las romanas y griegas
fiestas, que al mundo admiraron,
nueva admiracion pusiera. (2)

(1) *Aparte á don Felix.*

(2) *Mira adentro.*

Don Felix.

Jacinta es la del estribo (1)
en el coche de Lucrecia.

Don Juan. (2)

Los ojos á don García
se le van, por Dios, tras ella.

Don Felix.

Inquieto está y divertido.

Don Juan.

Ciertas son ya mis sospechas.

Don Juan y don García.

A Dios.

Don Felix.

Entrambos á un punto
fuistes á una cosa mesma.

ESCENA VII.

Dichos menos don Juan y don Felix.

Tristan.

No vi jamás despedida *ap.*
tan conforme, y tan resuelta.

Don García.

Aquel cielo, primer móvil
de mis acciones, me lleva
arrebatado tras sí.

Tristan.

Disimula y ten paciencia,
que el mostrarse muy amante
antes daña que aprovecha:
y siempre he visto que son
venturosas las tibiezas.

(1) *A don Juan aparte.*

(2) *A don Felix aparte.*

Los mugeres y los diablos
 caminan por una senda ,
 que á las almas rematadas
 ni las siguen ni las tñentan ;
 que el tenellas ya seguras
 les hace olvidase de ellas ,
 y solo de las que pueden
 escapárseles , se acuerdan.

Don Garcia.

Es verdad ; mas no soy dueño
 de mí mismo.

Tristan.

Hasta que sepas
 estensamente su estado ,
 no te entregues tan de veras ;
 que suele dar quien se arroja ,
 creyendo las apáriencias ,
 en un pantano cubierto
 de verde engañosa yerba.

Don Garcia.

Pues hoy te informa de todo.

Tristan.

Eso queda por mi cuenta ;
 y agora , antes que rebiente ,
 dime por Dios , ¿ qué fin llevas
 en las ficciones que he oido ?
 Siquiera para que pueda
 ayudarte , que cogernos
 en mentira será afrenta :
 perulero te fingiste
 con las damas.

Don Garcia.

Cosa es cierta ,
 Tristan , que los forasteros
 tienen mas dicha con ellas ;

y mas si son de las Indias,
informacion de riqueza.

Tristan.

Ese fin está entendido :
mas pienso que el medio yerras,
pues han de saber al fin
quien eres.

Don Garcia.

Quando lo sepan
habré ganado en su casa,
ó en su pecho ya las puertas
con este medio ; y despues
yo me entenderé con ellas.

Tristan.

Digo que me has convencido,
señor ; mas agora venga
lo de haber un mes que estás
en la córte ; ¿ qué fin llevas
habiendo llegado ayer ?

Don Garcia.

Ya sabes tú que es grandeza
esto de estar encubierto,
ó retirado en su aldea,
ó en su casa descansando.

Tristan.

Vaya muy enhorabuena ;
lo del convite entra agora.

Don Garcia.

Fingflo, porque me pesa
que piense nadie que hay cosa
que mover mi pecho pueda
á envidia , ó admiracion ,
pasiones que al hombre afrentan :
que admirarse es ignorancia ,
como envidiar es bajeza.

Tú no sabes , á que sabe,
cuando llega un porta-nuevas
muy orgulloso á contar
una hazaña , ó una fiesta ,
taparle la boca yo
con otra tal , que se vuelva
con sus nuevas en el cuerpo ,
y que reviente cen ellas.

Tristan.

Caprichosa prevencion ,
si bien peligrosa treta ;
la fábula de la corte
serás , si la flor te entrevan.

Don García.

Quien vive sin ser sentido ,
quien solo el número aumenta
y hace lo que todos hacen
¿ en que difiere de bestia ?
Ser famosos es grande cosa ,
el medio cual fuere sea ;
nombrenme á mí en todas partes ,
y murmúrenme si quiera ;
pues uno , por ganar nombre
abrasó el templo de Efesta :
y al fin es este mi gusto ,
que es la razon de mas fuerza.

Tristan.

Juveniles opiniones
sigue tu ambiciosa idea ,
y cerrar has menester
en la corte la mollera.

ESCENA VIII.

HABITACION DE DOÑA JACINTA EN CASA DE DON
SANCHO.

*Doña Jacinta é Isabel con mantos, y don Beltran y
don Sancho.*

Doña Jacinta.

¡Tan grande merced?

Don Beltran.

No ha sido
amistad de solo un día
la que esta casa, y la mía,
si os acordáis, se han tenido;
y así no es bien que extrañéis
mi visita.

Doña Jacinta.

Sí me espanto
es, señor, por haber tanto
que merced no nos hacéis,
Perdonadme, que ignorando
el bien que en casa tenía,
me tardé en la platería,
ciertas joyas concertando.

Don Beltran.

Feliz pronóstico dais
al pensamiento que tengo,
pues cuando á casaros vengo
comprando joyas estáis.
Con don Sancho vuestro tío
tengo tratado, señora,
hacer parentesco agora
nuestra amistad; y confío,
puesto que como discreto
dice don Sancho que es justo

remitiese á vuestro gusto,
 que esto ha de tener efecto.
 Que pues es la hacienda mia
 y calidad tan patente,
 solo falta que os contente
 la persona de García,
 y aunque ayer á Madrid vino
 de Salamanca el mancebo,
 y de envidia el rubio Febo
 le ha abrasado en el camino,
 bien me atreveré á ponello
 ante vuestros ojos claros,
 fiando que ha de agradaros
 desde la planta al cabello;
 si licencia le otorgais
 para que os bese la mano.

Doña Jacinta.

Encarecer lo que gano
 en la mano que me dais,
 si es notorio, es vano intento;
 que estimo de tal manera
 las prendas vuestras, que diera
 luego mi consentimiento,
 á no haber de parecer,
 por mucho que en ello gano,
 arrojamiento liviano
 en una honrada muger;
 que el breve determinarse
 en cosas de tanto peso,
 ó es tener muy poco seso,
 ó gran gana de casarse.
 Y en cuanto á que yo lo vea,
 me parece si os agrada,
 que para no arriesgar nada,
 pasando la calle sea.

Que si como puede ser,
y sucede á cada paso,
despues de tratarlo , acaso
se viniese á deshacer ;
¿ de qué me hubiera servido ,
ó que opinion me dárán
las visitas de un galán
con licencias de marido ?

Don Beltran.

Ya por vuestra gran cordura ,
si es mi hijo vuestro esposo ,
le tendré por tan dichoso ,
como por vuestra hermosura.

Don Sancho.

De prudencia puede ser
un espejo , la que oís.

Don Beltran.

No sin causa os remitis ,
don Sancho , á su parecer ,
Esta tarde con García
á caballo pasará
vuestra calle.

Doña Jacinta.

Yo estaré
detrás de esa celosía.

Don Beltran.

Que le mireis bien os pido ;
que esta noche he de volver ,
Jacinta hermosa , á saber
como os haya parecido.

Doña Jacinta.

¿ Tan apriesa ?

Don Beltran.

Este cuidado
no admiréis , que es ya forzoso ;

pues si vine desoso,
vuelvo agora enamorado;
y á Dios.

Doña Jacinta.

A Dios.

Don Beltran.

¿Dónde vais?

Don Sancho.

A serviros.

Don Beltran.

No saldré.

Don Sancho.

Al corredor llegaré
con vos, si licencia dais.

ESCENA IX.

Doña Jacinta é Isabel.

Isabel.

Mucha prisa te dá el viejo.

Doña Jacinta.

Yo se la diera mayor,
pues tambien le está á mi honor,
si á diferente consejo
no me obligára el amor;
que aunque los impedimentos
del hábito de don Juan,
dueño de mis pensamientos,
forzosa causa me dán
de admitir otros intentos,
como su amor no despido,
por mucho que lo deseo,
que vive en el alma asido;
tiemblo, Isabel, cuando creo
que otro ha de ser mi marido.

Isabel.

Yo pensé que ya olvidabas
á don Juan, viendo que dabas
lugar á otras pretensiones.

Doña Jacinta.

Cáusanle estas ocasiones,
Isabel; no te engañabas,
que tomo há tanto que está
el hábito detenido,
y no ha de ser mi marido
si no sale, tengo ya
este intento por perdido.
Y así para no morirme,
quiero hablar y divertirme,
pues en vano me atormento;
que en un imposible intento
no apruebo el morir de firme.
Por ventura encontraré
alguno tal, que merezca
que mano y alma le dé.

Isabel.

No dudo que el tiempo ofrezca
sugeto digno á tu fé;
y si no me engaño yo,
hoy no te desagradó
el galán indiano.

Doña Jacinta.

¿Amiga?

quieres que verdad te diga?
Pues muy bien me pareció,
y tanto que te prometó
que si fuera tan discreto,
tan gentil hombre y galán
el hijo de don Beltran,
tuyiera la boda efeto.

*

Isabel.

Esta tarde le verás
con su padre por la calle.

Doña Jacinta

Veré solo el rostro y talle:
el alma, que importa mas;
quisiera ver con hablalle.

Isabel.

Máblale.

Doña Jacinta.

Hase de ofender

don Juan, si llega á sabello;
y no quiero, hasta saber
que de otro dueño he de ser,
determinarme á perdello.

Isabel.

Pues dá algún medio, y advierte
que siglos pasas en vano;
y conviene resolverte;
que don Juan es de esta suerte
el perro del hortelano.

Sin que lo sepa don Juan,
podrás hablar, si tu quieres,
al hijo de don Beltran;
que, como en su centro, están
las trazas en las mugeres.

Doña Jacinta.

Una pienso, que podria
en este caso importar;
Lucrecia es amiga mia,
ella puede hacer llamar
de su parte á don García;
que como secreta está
yo con ella en su ventaba,
este fin conseguiré.

Isabel.

Industria tan soberana
solo de tu ingenio fué.

Doña Jacinta.

Pues parte al punto, y mi inten...
le dí á Lucrecia, Isabel.

Isabel.

Sus alas tomaré al viento.

Doña Jacinta.

La dilacion de un momento
le dí, que es un siglo en él.

ESCENA X.

Dichos y don Juan, que encuentra á Isabel al salir.

Don Juan.

¿ Puedo hablar á tu señora ?

Isabel.

Solo un momento ha de ser ;
que de salir á comer
mi señor don Sancho es hora.

case.

Don Juan.

Ya, Jacinta, que te pierdo,
ya que yo me pierdo, ya.....

Doña Jacinta.

¿ Estás loco ?

Don Juan.

¿ Quién podrá
estar con tus cosas cuerdo ?

Doña Jacinta.

Reportate, y habla paso,
que está en la cuadra mi tio.

Don Juan.

¿ Cuándo á cenar vás al rio,

cómo haces de él poco caso ?

Doña Jacinta.

¿Qué dices ? ¿Estás en tí ?

Don Juan.

Cuando para trasnochar
con otro tienes lugar ,
¿tienes tío para mí ?

Doña Jacinta.

¿Trasnochar con otro ? Advierte
que aunque eso fuese verdad ,
era mucha libertad
hablarme á mí de eso suerte ;
cuanto mas que es desvarío
de tu loca fantasía.

Don Juan.

Ya sé que fué don García
el de la fiesta del río ;
yá los fuegos , que á tu coche ,
Jacinta , la salva hicieron ,
ya las antorchas , que dieron
sol al soto á media noche ;
ya los cuatro aparadores ,
con bajillas variadas ;
las cuatro tiendas pobladas
de instrumentos y cantores.
Todo lo sé , y sé que el día
te halló , enemiga , en el río ;
dí agora que es desvarío
de mi loca fantasía.

Dí agora que es libertad
el tratarte de esta suerte ,
cuando obligan á ofenderte
mi agravio y tu liviandad.

Doña Jacinta.

¡Plega á Dios...!

Don Juan.

Deja invenciones,
calla, no me digas nada,
que en ofensa averiguada
no sirven satisfacciones.

Ya, falsa, ya sé mi daño,
no niegues que te he perdido;
tu mudanza me ha ofendido,
no me ofende el desengaño.

Y aunque niegues lo que oí,
lo que ví confesarás;
que hoy lo que negando estás,
en sus mismos ojos ví.

¿Y su padre qué queria
agora aquí? ¿Qué te dijo?

¿De noche estás con el hijo,
y con el padre de día?

Yo lo ví, ya mi esperanza
en vano engañar dispones;
ya sé que tus dilaciones
son hijas de tu mudanza.

Mas, cruel, viven los cielos,
que no has de vivir contenta;
abrástate, pues rebienta
este volcan de mis celos.

El que me hace desdichado,
te pierda, pues yo te pierdo.

Doña Jacinta

¿Tú eres cuerdo?

Don Juan.

¿Cómo cuerdo;
amante y desesperado?

Doña Jacinta.

Vuelve, escucha, que si vale
la verdad, presto verás

cuan mal informado estás.

Don Juan.

Voime, que tu tio sale.

Doña Jacinta.

No sale; escucha, que fio
satisfacerte.

Don Juan.

Es en vano,
sí aquí no me dás la mano.

Doña Jacinta.

¿La mano? Sale mi tio.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA,

SALA,

Don García en cuerpo leyendo un papel, Tristan y Camino.

Don García.

La fuerza de una ocasion me hace exceder del orden de mi estado. Sabrála usted esta noche por un balcon que le enseñará el portador, con lo demas que no es para escrito; y guarde nuestra Señor, &c.

¿Quién este papel me escribe?

Camino.

Doña Lucrecia de Luna,

Don García.

*El alma sin duda alguna
que dentro en mi pecho vive.*

*¿No es esta una dama hermosa,
que hoy antes de medio día
estaba en la platería?*

Camino.

Si señor.

Don García.

¡Suerte dichosa!

*Informadme, por mi vida,
de las partes de esta dama.*

Camino.

*Mucho admiro que su fama
esté de vos escondida;*

porque la habeis visto, dejo
de encarecer que es hermosa,
es discreta y virtuosa:
su padre es viudo y es viejo:
dos mil ducados de renta
los que ha de heredar, serán
bien hechos.

Don García.

¿Oyes, Tristan?

Tristán.

Oigo, y no me descontenta.

Camino.

En cuanto á ser principal,
no hay que hablar; Luna es su padre,
y fue Mendoza su madre,
tan finos como un coral.
Doña Lucrecia, en efeto,
merece un Rey por marido.

Don García.

¡Amor, tus alas te pido
para tan alto sugeto!
¿Donde vive?

Camino.

A la Vitoria.

Don García.

Cierto es mi bien. Que sereis,
dice aquí, quien me guieis
al cielo de tanta gloria.

Camino.

Serviros pienso á los dos.

Don García.

Y yo lo agradeceré.

Camino.

Esta noche volveré
en dando las diez, por vos.

Don García.

Eso le dad por respuesta
á Lucrecia.

Camino.

A Dios quedad.

ESCENA II.

Don García y Tristan.

Don García.

¿Cielos, qué felicidad,
amor, qué ventura es esta?
¿Vés, Tristan, cómo llamó
la mas hermosa el cocheró
á Lucrecia, á quien yo quiero?
que es cierto que quien me habló
es la que el papel me envia.

Tristan.

Evidente persuacion.

Don García.

¿Que la otra ¿qué ocasion
para escribirme tenia?

Tristan.

Y á todo mi suceder,
presto de dudas saldrás;
que esta noche la podrás
en la habla conocer.

Don García.

Y que no me engañe es cierto,
según dejó en mi sentido
impreso el dulce sonido
de la voz con que me ha muerto.

ESCENA III.

Dichos , y un page que dá un papel á don García.

Page. .

Este, señor don García ,
es para vos.

Don García.

No esté así.

Page.

Criado vuestro nací ,

Don García.

Cúbrase, por vida mia.

Lee á solas.

“Averiguar cierta cosa
importante á solas quiero
con vos : á las siete espero
en San Blas. Don Juan de Sosa.”
¡ Válgame Dios ! desafío. *ap.*
¿ Qué causa puede tener
don Juan , si yo vine ayer ,
y él es tan amigo mio ?
Decid al señor don Juan
que esto será así.

ESCENA VI.

Don García y Tristan.

Tristan.

Señor

mudado estás de color;
¿ qué ha sido ?

Don García.

Nada Tristan;

Tristan.

¿ No puedo saberlo ?

Don García.

No.

Tristan.

Sin duda es cosa pesada.

Don García.

Dame la capa y espada.

¿Qué causa le he dado yo? *ap.*

ESCENA V.

Don García y don Beltran.

Don Beltran.

¿García?

Don García.

¿Señor?

Don Beltran.

Los dos

á caballo hemos de andar
juntos hoy, que he de tratar
cierto negocio con vos.

Don García.

¿Mandas otra cosa?

ESCENA VI.

Dichos y Tristan, que dá de vestir á don García.

Don Beltran.

¿A dónde

vais cuando el sol echa fuego?

Don García.

Aquí á los trucos me llevo
de nuestro vecino el conde.

Don Beltran.

No apruebo que os arrojeis,
siendo venido de ayer,

á daros á conocer
 á mil que no conoceis.
 Sino es que dos condiciones
 guardeis con mucho cuidado,
 y son, que juguéis contado,
 y habléis contadas razones:
 puesto que mi parecer
 es este, haced vuestro gusto.

Don Garcia.

Seguir tu consejo es justo.

Don Beltran.

Haced que á vuestro placer
 aderezo se prevenga
 á un caballo para vos.

Don Garcia.

A ordenallo voy.

ESCENA VII.

Don Beltran y Tristan.

Don Beltran.

A Dios.

¡Que tan sin gusto me tenga
 lo que su ayo me dijo!

¿Has andado con Garcia,
 Tristan?

Tristan.

Señor, todo el dia.

Don Beltran.

Sin mirar en que es mi hijo,
 si es que el ánimo fiel,
 que siempre en tu pecho he hallado
 agora no te ha faltado,
 me di lo que sientes de él.

Tristan.

¿Qué puedo yo haber sentido
en un término tan breve?

Don Beltran.

Tu lengua es, quien no se atreve;
que el tiempo bastante ha sido,
y mas á tu entendimiento:
dímelo por vida mia
sin lisonja.

Tristan.

Don Garcia,
mi señor, á lo que siento,
que he de decirte verdad,
pues que tu vida has jurado...

Don Beltran.

De esa suerte has obligado
siempre á tí mi voluntad.

Tristan.

Tiene un ingenio excelente
con pensamientos sutiles;
mas caprichos juveniles,
con arrogancia imprudente.
De Salamanca reboza
la leche, y tiene en los labios
los contagiosos resabios
de aquella cacería moza.
Aquel hablar arrojado,
mentir sin recato y modo,
aquel jactarse de todo,
y hacerse en todo estremado.
Hoy en término de una hora
eché cinco ó seis mentiras.

Don Beltran.

¡Válgame Dios!

Tristan.

¿Qué te admiras?

Pues lo peor falta agora;
que son tales, que podrá
cogerle en ellas cualquiera.

Don Beltran.

A Dios.

Tristan.

Yo no te digera
lo que tal pena te dá,
á no ser de tí forzado.

Don Beltran.

Tu fe conozco, y tu amor.

Tristan.

A tu prudencia, señor,
advertir será escusado
el riesgo que correr puedo,
si esto sabe don García,
mi señor.

Don Beltran.

De mí confía;
pierde, Tristan, todo el miedo.
Manda luego aderezar (1)
los caballos. Santo Dios,
pues esto permitis vos,
esto debe de importar
¿A un hijo solo, á un consuelo
que en la tierra le quedó
á mi vejez triste, dió
tan gran contrapeso el cielo?
Ahora bien, siempre tuvieron
los padres disgustos tales;
siempre vieron muchos males,

(1) *Vase Tristan.*

los que mucha edad vivieron.
 Paciencia ; hoy he de acabar ,
 si puedo , su casamiento :
 con la brevedad intento
 este daño remediar ;
 antes que su liviandad ,
 en la córte conocida ,
 los casamientos le impida
 que pide su calidad.
 Por dicha , con el cuidado
 que tal estado acarrea ,
 de una costumbre tan fea
 se vendrá á ver enmendado ;
 que es vano pensar que son ,
 el reñir y aconsejar ,
 bastantes para quitar
 una fuerte inclinacion. (1)

Tristan.

Ya los caballos estan ,
 viendo que salir procuras ,
 probando las herraduras
 en las guijas del zaguan ;
 porque con las esperanzas
 de tan gran fiesta , el overo
 á solas está primero
 ensayando sus mudanzas :
 y el bayo , que ser procura
 émulo al dueño que lleva ;
 estudia con alma nueva
 movimiento y compostura.

Don Beltran.

Avisa , pues , á García.

(1) *Sale Tristan.*

Tristan.

Ya te espera tan galan,
que en la corte pensarán
que á estas horas sale el dia.

ESCENA VIII.

HABITACION DE DOÑA JACINTA.

Doña Jacinta é Isabel.

Isabel.

La pluma tomó al momento
Lucrecia, en ejecucion
de tu agudo pensamiento,
y esta noche en su balcon
para tratar cierto intento
le escribió que aguardaria;
para que puedas en él
platicar con don Garcia:
Camino llevó el papel,
persona de quien se fia.

Doña Jacinta.

Mucho Lucrecia me obliga.

Isabel.

Muestra en cualquier ocasion
ser tu verdadera amiga.

Doña Jacinta.

¿Es tarde?

Isabel.

Las cinco son.

Doña Jacinta.

Aun durmiendo me fatiga
la memoria de don Juan,
que esta siesta le he soñado
celoso de otro galan.

Miran adentro.

Isabel.

¡Ay, Señora, don Beltran,
y el perulero á su lado!

Doña Jacinta.

¿Qué dices?

Isabel.

Digo, que aquel
que hoy te habló en la platería
viene á caballo con él;
mírale.

Doña Jacinta.

Por vida mia,
que dices verdad, que es él;
¿Hay tal? ¿Cómo el embustero
se nos fingió perulero,
si es hijo de don Beltran!

Isabel.

Los que intentan, siempre dan
gran presuncion al dinero,
y con ese medio hallar
entrada en tu pecho quiso;
que debió de imaginar
que aquí le ha de aprovechar
mas ser Midas, que Narciso.

Doña Jacinta.

En decir que ha que me vió
un año, tambien mintió;
porque don Beltran me dijo,
que ayer á Madrid su hijo
de Salamanca llegó.

Isabel.

Si bien lo mñas, señora,
todo verdad puede ser;
que entonces te pudo ver,
irse de Madrid, y agora

*

de Salamanca volver;
y cuando no, ¿qué te admira
que quien á obligar aspira
prendas de tanto valor,
para acreditar su amor
se valga de una mentira?
Demas, que tengo por llano,
sino miente mi sospecha,
que no lo encarece en vano,
que hablarte hoy su padre, es flecha
que ha salido de su mano.
No ha sido, señora mia,
acaso, que el mismo dia
que el te vió, y mostró quererte,
venga su padre á ofrecerte
por esposo á don García.

Doña Jacinta.

Dices bien; mas imagino
que el término, que pasó
desde que el hijo me habló
hasta que su padre vino,
fué muy breve.

Isabel.

El conoció
quien eres; encontraria
su padre en la platería,
hablóle, y él, que no ignora
tus calidades, y adora
justamente á don García,
vino á tratarlo al momento.

Doña Jacinta.

Al fin, como fuere sea;
de sus partes me contento,
quiere el padre, él me desea,
dá por hecho el casamiento.

ESCENA IX.

PASO DE ATOCHA.

*Don Beltran y don García.**Don Beltran.*

¿Qué os parece?

*Don García.*Que animal
no vi mejor en mi vida.*Don Beltran.*

¡Linda bestia!

*Don García.*Corregida
de espíritu racional;
¿qué contento y bazarra?*Don Beltran.*Vuestro hermano don Gabriel,
que perdone Dios, en él
todo su gusto tenía.*Don García.*Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara tu voluntad.*Don Beltran.*Mi pena direis mejor.
¿Sois caballero, García?*Don García.*

Téngome por hijo vuestro.

Don Beltran.¿Y basta ser hijo mio
para ser vos caballero?*Don García.*

Yo pienso, señor, que sí.

Don Beltran.

¡Qué engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
como caballero, el serlo;
¿Quién dió principio á las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores;
sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos:
luego en obrar mal ó bien,
está el ser malo, ó ser bueno.
¿Es así?

Don García.

Que las hazañas
dén nobleza, no lo niego:
mas no negueis, que sin ellas
tambien la dá el nacimiento.

Don Beltran.

Pues si honor puede ganar,
quien nació sin él; ¿no es cierto
que por el contrario puede,
¿quien con él nació, perdello?

Don García.

Es verdad.

Don Beltran.

Luego, si vos
obrais afrentosos hechos,
aunque seais hijo mio,
dejais de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es, que la fama

diga á mis oídos mesmos
 que á Salamanca admiraron
 vuestras mentiras y enredos?
 ¡Qué caballero, y que nada!
 Si afrenta al noble y plebeyo,
 solo el decirle que miente,
 decid, ¿qué será el hacerlo,
 si vivo sin honra yo;
 según los humanos fueros,
 mientras de aquel que me dijo
 que mentía, no me vengo?
 Tan larga teneis la espada,
 tan duro teneis el pecho,
 que penseis poder vengaros
 diciendolo todo el pueblo?
 ¿Posible es que tenga un hombre
 tan humildes pensamientos,
 que viva sugeto al vicio
 mas sin gusto y sin provecho?
 El deleite natural
 tiene é los lascivos presos;
 obliga á los codiciosos
 el poder que dá el dinero,
 el gusto de los manjares
 al gloton, el pasatiempo
 y el cebo de la ganancia
 á los que cursan el juego;
 su venganza al homicida,
 al robador su remedio,
 la fama y la presuncion
 al que es por la espada inquieto;
 todos los vicios al fin
 ó dán gusto ó dán provecho;
 mas ¿de mentir, qué se saca
 sino infamia y menosprecio?

Don García.

Quien dice que miento yo ,
ha mentido.

Don Beltran.

Tambien eso ,
es mentir ; que aun desmentir
no sabeis , sino mintiendo.

Don García.

Pues si dais en no creerme.

Don Beltran.

¿ No seré necio si creo
que vos decís verdad solo ,
y miente el lugar entero ?
Lo que importa es desmentir
esta fama con los hechos ,
pensar que este es otro mundo ,
hablar poco y verdadero ;
mirad que estais á la vista
de un Rey tan santo y perfeto ,
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros ;
que tratais aquí con grandes ,
titulos y caballeros ,
que si os saben la flaqueza
os perderán el respeto ;
que teneis barba en el rostro ,
que al lado ceñis acero ,
que naciste noble al fin ,
y que yo soy padre vuestro ,
y no he de deciros mas ;
que esta sofrenada espero
que baste , para quien tiene
calidad y entendimiento.
Y agora porque entendais
que en vuestro bien me desyelo ,

sabed qae os tengo , Garcia,
tratado un gran casamiento.

Don Garcia.

¡ Ay mi Lucrecia ! *ap.*

Don Beltran.

Jamás

pusieron , hijo , los cielos
tantas , tan divinas partes
en un humano sugeto ,
como en Jacinta , la hija
de don Fernando Pacheco ,
de quien mi vejéz pretende
tener regalados nietos.

Don Garcia.

¡ Ay Lucrecia , si es posible *ap.*
tú sola has de ser mi dueño !

Don Beltran.

¿ Qué es esto ? ¿ No respondeis ?

Don Garcia.

¡ Tuyo he de ser , vive el cielo ! *ap.*

Don Beltran.

¿ Qué os entristeceis ? Hablad ,
no me tengais mas suspenso.

Don Garcia.

Entristézeome , porque es
imposible obedeceros.

Don Beltran.

¿ Por qué ?

Don Garcia.

Porque soy casado.

Don Beltran.

¿ Casado ? ¡ Cielos , qué es esto !

¿ Cómo sin saberlo yo ?

Don Garcia.

Fué fuerza , y está secreto.

Don Beltran.

¡ Hay padre mas desdichado !

Don Garcia.

No os aflijais , que en sabiendo
la causa , señor , tendreis
por venturoso el efeto,

Don Beltran.

Acabad , pues ; que mi vida
pende solo de un cabello.

Don Garcia.

Agora os he menester , *ap.*
sutilezas de mi ingenio.
En Salamanca , señor ,
hay un caballero noble
de quien es la alcuña Herrera
y don Pedro el propio nombre ;
á este dió el cielo otro cielo
por hija , pues con dos soles
sus dos purpúreas megillas
hace claros horizontes.
Abrevio , por ir al caso ,
con decir que cuantas dotes
pudo dar naturaleza ,
en tierna edad la componen.
Mas la enemiga fortuna
observante en su desorden ,
á sus méritos opuesta ,
de sus bienes la hizo pobre ;
que demas de que su casa
no es tan rica como noble ,
al mayorazgo nacieron
antes que ella dos varones.
A esta , pues , saliendo al rio
la ví una tarde en su coche
que juzgara el de Facton

si fuese Erídano el Tormes.
No sé quien los atributos
del fuego en Cupido pone,
que yo de un súbito yelo
me sentí ocupar entonces.
¿Qué tienen que ver del fuego
las inquietudes y ardores,
con quedar absorta un alma,
con quedar un cuerpo inmovil?
Caso fué verla forzoso,
viéndola cegar de amores;
pues abrasado seguirla,
juzguelo un pecho de bronce.
Pasé su calle de día,
rondé su calle de noche,
con terceros y papeles
le encarecí mis pasiones,
hasta que al fin condolida
ó enamorada responde;
porque tambien tiene amor
jurisdiccion en los dioses.
Fuí crecentando finezas
y ella aumentando favores,
hasta ponerme en el cielo
de su aposento una noche.
Y cuando solicitaban
el fin de mi pena enorme,
conquistando honestidades,
mis ardientes pretensiones;
siento que su padre viene
á su aposento: llamóle,
porque jamas tal hacia,
mi fortuna aquella noche.
Ella turbada, animosa,
muger al fin, á empellones

mi casi difunto cuerpo
 detrás de su lecho esconde.
 Llegó don Pedro, y su hija
 fingiendo gusto, abrazóle
 por negarle el rostro, en tanto
 que cobraba sus colores :
 asentáronse los dos,
 y él con prudentes razones
 le propuso un casamiento
 con uno de los Monrois.
 Ella honesta como canta
 de tal suerte le responde,
 que ni á su padre resista
 ni á mí, que la escucho, enoje.
 Despidiéronse con esto,
 y cuando ya casi pone
 en el umbral de la puerta
 el viejo los pies; entonces....
 ¡Mal haya amen el primero
 que fué inventor de relojes!
 Uno que llevaba yo
 á dar comenzó las doce.
 Oyólo don Pedro, y vuelto
 hácia su hija, ¿de dónde
 vino ese relox? le dijo:
 ella respondió, envíole,
 para que se le aderecen,
 mi primo don Diego Ponce,
 por no haber en su lugar
 relojero ni relojes.
 Dádmele, dijo su padre,
 porque yo ese cargo tome:
 pues entonces, doña Sancha,
 que este es de la dama el nombre,
 á quitármele del pecho

cauta y prevenida corre,
antes que llegar él mismo
á su padre se le antoje.
Quitémele yo , y al darle
quiso la suerte que toquen
á una pistola , que tengo
en la mano , los cordones ;
cayó el gatillo , dió fuego ,
al tronido desmayóse
doña Sancha , alborotado
el viejo empezó á dar voces.
Yo viendo el cielo en el suelo ,
y eclipsados sus dos soles ,
juzgué sin duda por muerta
la vida de mis acciones ;
pensando que cometieron
sacrilegio tan enorme ,
del plomo de mi pistola
los breves volantes orbes.
Con esto , pues , despechado
saqué rabioso el estoque ;
fueran pocos para mí
en tal ocasion mil hombres.
A impedirme la salida ,
como dos bravos leones ,
con sus armas , sus hermanos
y sus criados se oponen :
mas , aunque facil por todos
mi espada y mi furia rompen ,
no hay fuerza humana que impida
fatales disposiciones :
pues al salir por la puerta ,
como iba arrimado , asióme
la alcajata de la aldaba
por los tiros del estoque :

aquí para desasirme
 fue fuerza que á tras me torne,
 y entretanto mis contrarios
 muros de espadas me oponen.
 En esto cobró su acuerdo,
 Sancha, y para que se estorve
 el triste fin que prometen
 estos sucesos atroces,
 la puerta cerró anímosa
 del aposento, y dejóme
 á mí con ella encerrado,
 y fuera á mis agresores.
 Arrimamos á la puerta
 baules, arcas y cofres;
 que al fin son de ardientes iras
 remedio las dilaciones.
 Quisimos hacernos fuertes,
 mas mis contrarios feroces
 yá la pared me derriban,
 y yá la puerta me rompen.
 Yo viendo, que aunque dilate,
 no es posible que revoque
 la sentencia de enemigos
 tan agraviados y nobles,
 viendo á mi lado la hermosa
 de mis desdichas consorte,
 y que hurtaba á sus mejillas
 el temor sus arreboles;
 viendo cuan sin culpa suya
 conmigo fortuna corre,
 pues con industria deshace
 cuanto los hados disponen;
 por dar premio á sus lealtades
 por dar fin á sus temores,
 por dar remedio á mi muerte

y dar muerte á mis pasiones,
hube de darme á partido,
y pedirles que conformen
con la union de nuestras sangres
tan sangrientas disensiones.

Ellos, que ven el peligro
y mi calidad conocen,
lo acetan, despues de estar
un rato entre sí discordes.
Partió á dar cuenta al obispo
su padre, y volvió con orden
de que el desposorio pueda
hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocóse
dándote la mejor nuera
que nació del Sur al Norte.
Mas en que tú no lo sepas
quedamos todos conformes,
por no ser con gusto tuyo
y por ser mi esposa pobre:
pero ya que fue forzoso
saberlo, mira si escoges
por mejor tenerme muerto,
que vivo, y con muger noble.

Don Beltran.

Las circunstancias del caso
son tales, que se conoce
que la fuerza de la suerte
te destinó esa consorte;
y así no te culpo en mas
que en callármelo.

Don Garcia.

Temores
de darte pesar, señor,

me obligaron.

Don Beltran.

Si es tan noble,
¿qué importa que pobre sea?
¿Cuanto es peor que lo ignore,
para que habiendo empeñado
mi palabra, agora torne
con eso á doña Jacinta?
Mira en que lance me pones:
toma el caballo, y temprano
por mi vida te recoge;
porque despacio tratemos
de tus cosas esta noche. *case.*

Don Garcia.

Iré á obedecerte, al punto
que toquen las oraciones.

ESCENA X.

Don Garcia.

Dichosamente se ha hecho:
persuadido el viejo va;
ya del mentir no dirá
que es sin gusto y sin provecho;
pues es tan notorio gusto
el ver que me haya creído,
y provecho haber huido
de casarme á mi disgusto.
Bueno fue reñir conmigo,
porque en cuanto digo miento;
y dar crédito al momento
á cuantas mentiras digo.
¡Qué facil de persuadir,
quien tiene amor, suele ser!
¡y qué facil en creer

el que no sabe mentir!

Mas ya me aguarda don Juan.

Ola, llevad el caballo.

(1)

Tan terribles cosas hallô

que sucediéndome vãn,

que pienso que desvarío:

vine ayer, y en un momento

tengo amor, y casamiento,

y causa de desafio.

ESCENA V.

Dichos y don Juan.

Don Juan.

Como quien sois lo habeis hecho,
don García.

Don García.

¿ Quien podia,

sabiendo la sangre mia,

pensar menos de mi pecho?

Mas vamos, don Juan, al caso

porque llamado me habeis:

decid, ¿ que causa teneis,

que por sabella me abraso,

de haer este desafio?

Don Juan.

Esa dama, á quien hicistes,

conforme vos me dijistes,

á noche fiesta en el rio,

es causa de mí tormento;

y es con quien dos años ha,

que, aunque se dilata, está

tratado mi casamiento.

Vos , ha un mes que estais aqui ,
y de eso , como de estar
encubierto en el lugar
todo ese tiempo de mi ,
colijo , que habiendo sido
tan público mi cuidado ,
vos no lo habeis ignorado ,
y así me habeis ofendido.
Con esto que he dicho , digo
cuanto tengo que decir ;
y es , que ó no habeis de seguir
el bien que ha tanto que sigo ,
ó si acaso os pareciere
mi peticion mal fundada ,
se remita aquí á la espada ;
y la sirva el que venciére.

Don Garcia.

Pésame que sin estar
del caso bien informado
os hayais determinado
á casarme á este lugar.
La dama , don Juan de Sosa ,
de mi fiesta , vive Dios ,
que ni la habeis visto vos
ni puede ser vuestra esposa ;
que es casada esta muger ,
y ha tan poco que llegó
á Madrid , que solo yo
sé que la he podido ver.
Y cuando esa hubiera sido ,
de no verla mas os doy
palabra como quien soy ,
ó quedar por fementido.

Don Juan.

Con eso se aseguró

la sospecha de mi pecho,
y he quedado satisfecho.

Don García.

Falta que lo quede yo;
que haberme desafiado
no se ha de quedar así:
libre fué el sacarme aquí,
mas habiendome sacado
me obligastes, y es forzoso,
puesto que tengo de hacer
como quien soy, no volver (1)
sino muerto ó victorioso.

Don Juan.

Pensad, aunque mis desvelos
hayais satisfecho así,
que aun deja cólera en mí
la memoria de mis celos.

ESCENA VI.

Dichos y don Félix.

Don Félix.

Deténganse caballeros,
que estoy aquí yo.

Don García.

¡Que venga
ahora quien me detenga!

Don Félix.

Vestid los fuertes aceros;
que fue falsa la ocasión
de esta pendencia.

Don Juan.

Ya había.

(1) Sacan las espadas y acuchillanse.

díchole así don García;
pero por la obligacion
en que pone el desafio,
desnudó el valiente acero.

Don Felix.

Hizo como caballero
de tanto valor y brio;
y pues bien quedado habeis
con esto, merezca yo
que á quien de celoso erró
perdon y la mano deis. (1)

Don Garcia.

Ello es justo, y lo mandais:
mas mirad de aquí adelante,
en caso tan importante,
don Juan, como os arrojaís.
Todo lo habeis de intentar
primero que el desafio,
que empezar es desvario
por donde se ha de acabar. case.

ESCENA VII.

Don Felix y don Juan.

Don Felix.

Estraña ventura ha sido
haber yo á tiempo llegado.

Don Juan.

¿Qué, en efeto me he engañado?

Don Felix.

Si.

Don Juan.

¿De quién lo habeis sabido?

(1) *Dánse las manos.*

Don Félix.

Súpelo de un escudero
de Lucrecia.

Don Juan.

Decid, pues,
como fue.

Don Félix.

La verdad es,
que fue el coche y el cochero
de doña Jacinta anoche
al Sotillo, y que tuvieron
gran fiesta las que en él fueron;
pero fue prestado el coche.
Y el caso fue que á las horas
que fue á ver Jacinta bella
á Lucrecia, ya con ella
estaban las matadoras,
las dos primas de la Quinta.

Don Juan.

¿Las que en el Carmen vivieron?

Don Félix.

Si, pues ellas le pidieron
el coche á doña Jacinta,
y en él con la oscura noche
fueron al rio las dos;
pues vuestro page, á quien vos
dejastes siguiendo el coche,
como en él dos damas vió
entrar, cuando anochece,
y noticia no tenia
de otra visita, creyó
ser Jacinta la que entraba
y Lucrecia.

Don Juan.

Justamente.

Don Felix.

Siguió el coche diligente,
y cuando en el Soto estaba
entre la música y cena,
lo dejó y volvió á buscaros
á Madrid, y fue el no hallaros
ocasion de tanta pena;
porque yendo vos allá
se deshiciere el engaño.

Don Juan.

En eso estuvo mi daño:
mas tanto gusto me dá
el saber que me engañé;
que doy por bien empleado
el disgusto que he pasado.

Don Felix.

Otra cosa averigüé,
que es bien graciosa.

Don Juan.

Decid.

Don Felix.

Es, que el dicho don García
llegó ayer en aquel día
de Salamanca á Madrid:
y en llegando se acostó,
y durmió la noche toda,
y fue embeleco la boda
y festin que nos contó.

Don Juan.

¿Qué decís?

Don Felix.

Esto es verdad.

Don Juan.

¿Embustero es don García?

Don Felix.

Eso un ciego lo veria ;
 porque tanta variedad
 de tiendas, aparadores,
 bajillas de plata y oro ;
 tanto plato, tanto coro
 de instrumentos y cantores,
 ¿no eran mentira patente ?

Don Juan.

Lo que me tiene dudoso ,
 es que sea mentiroso
 un hombre , que es tan valiente ;
 que de su espada el furor
 diera á Alcides pesadumbre.

Don Felix.

Tendrá el mentir por costumbre ,
 y por herencia el valor.

Don Juan

Vamos , que á Jacinta quiero
 pedille , Felix , perdon ,
 y decille la ocasion
 con que esforzó este embustero
 mi sospecha.

Don Felix.

Desde aquí ,
 nada le creo , don Juan.

Don Juan.

Y sus verdades serán
 ya consejos para mí.

ESCENA VIII.

DECORACION DE CALLE.

*Don Garcia , Tristan y Camino de noche ; y poco des-
 pues en la ventana Jacinta , Lucrecia é Isabel.*

Don Garcia.

Mi padre me dé perdon ,

que forzado le engañé.

Tristan.

Ingeniosa excusa fue;
pero dime, ¿qué invencion
agora piensas hacer
con que no sepa que ha sido
el casamiento fingido?

Don García.

Las cartas le he de coger
que á Salamanca escribiere,
y las respuestas fingiendo
yo mismo, iré entreteniendo
la ficción cuanto pudiere.

Doña Jacinta.

Con esta nueva volvió
don Beltran bien descontento,
cuando ya del casameento
estaba contenta yo.

Doña Lucrecia.

¿Qué el hijo de don Beltran
es el indiano fingido?

Doña Jacinta.

Si, amiga.

Doña Lucrecia.

¿A quién has oido
lo del banquete?

Doña Jacinta.

A don Juan.

Doña Lucrecia.

¿Pues cuando estuvo contigo?

Doña Jacinta.

Al anocheecer me vió,
y en contarmelo gastó
lo que pudo estar conmigo.

Doña Lucrecia.

¡Grandes sus enredos son!

¡Buen castigo te merece!

Doña Jacinta.

Estos tres hombres parece
que se acercan al balcon.

Doña Lucrecia.

Vendrá al puesto don García,
que ya es hora.

Doña Jacinta.

Tú, Isabel,
mientras hablamos con él,
á nuestros viejos espía.

Doña Lucrecia.

Mi padre está refiriendo
bien despacio un cuento largo
á tu tio.

Isabel.

Yo me encargo
de avisaros en viniendo.

Camino.

Este es el balcon adonde
os espera tanta gloria.

ESCENA IX,

Don García, doña Jacinta, doña Lucrecia, y Tristan

Doña Lucrecia.

Tú eres dueño de la historia,
tú en mi nombre le responde.

Don García.

¿ Es Lucrecia?

Doña Jacinta.

¿ Es don' García?

Don García.

Es quien hoy la joya halló
mas preciosa , que labró
el cielo en la platería ;
es quien , en llegando á vella ,
tanto estimó su valor ,
que dió abrasado de amor
la vida y alma por ella.
Soy al fin el que se precia
de ser vuestro , y soy quien hoy
comienzo á ser , porque soy
el esclavo de Lucrecia.

Doña Jacinta.

Amiga , este caballero
para todas tiene amor.

Doña Lucrecia.

El hombre es embarrador.

Doña Jacinta.

El es un gran embustero.

Don García.

Ya espero , señora mía ,
lo que me quereis mandar.

Doña Jacinta.

Ya no puede haber lugar
lo que trataros quería.

Tristan.

¿ Es ella ?

al oído.

Don García.

Si.

Doña Jacinta.

Que trataros
un casamiento intenté
bien importante , y ya sé
que es imposible casaros.

Don García.

¿Por qué?

Doña Jacinta.

Porque sois casado.

Don García.

¿Qué yo soy casado?

Doña Jacinta.

Vos.

Don García.

Soltero soy, vive Dios;
quien lo ha dicho, os ha engañado.

Doña Jacinta.

¿Viste mayor embustero?

Doña Lucrecia.

No sabe sino mentir.

Doña Jacinta.

¿Tal me quereis persuadir?

Don García.

Vive Dios, que soy soltero.

Doña Jacinta.

Y lo jura.

Doña Lucrecia.

Siempre ha sido
costumbre del mentiroso,
de su crédito dudoso,
jurar para ser creído.

Don García.

Si era vuestra blanca mano,
con la que el cielo quería
colmar la ventura mia,
no pierda el bien soberano,
pudiendo esa falsedad
probarse tan fácilmente.

Doña Jacinta.

¿Con qué confianza miente!

¿No parece que es verdad?

Don Garcia.

La mano os daré, señora,
y con eso me creereis.

Doña Jacinta.

Vos sois tal, que la dareis
á trescientas en un hora.

Don Garcia.

Mal acreditada estoy
con vos.

Doña Jacinta.

Es justo castigo;
porque mal puede conmigo
tener crédito, quien hoy
dijo que era perulero
siendo en la corte nacido;
y siendo de ayer venido
afirmó que ha un año entero
que está en la corte, y habiendo
esta tarde confesado
que en Salamanca es casado,
se está agora desdiciendo;
y quien pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el rio la pasó
haciendo fiesta á una dama.

Tristan.

Todo se sabe.

Don Garcia.

Mi gloria,
escuchadme, y os diré
verdad pura, que ya sé
en que se yerra la historia.
Por las demas cosas paso,
que son de poco momento,

por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubierades sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
¿será culpa haber mentido?

Doña Jacinta.

¿Yo la causa?

Don García.

Si señora.

Doña Jacinta.

¿Cómo?

Don García.

Decíroslo quiero.

Doña Jacinta.

Oye, que hará el embustero
lindos enredos agora.

Don García.

Mi padre llegó á tratarme
de darme otra muger hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso escusarme;
que mientras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas
solo para vos soltero.
Y comó vuestro papel
llegó esforzando mi intento,
al tratarme el casamiento,
puse impedimento en él.
Este es el caso, mirad
si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
de mi afición la verdad.

Doña Lucrecia.

Mas si lo fuese. *ap.*

Doña Jacinta.

¡Que buena
la trazó, y qué de repente!
¿Pues cómo tan brevemente
os puedo dar tanta pena?
¿Casi aun no visto me habeis
y ya os mostrais tan perdido?
¿Aun no me habeis conocido
y por muger me quereis?

Don Garcia.

Hoy ví vuestra gran beldad
la vez primera, señora;
que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.

Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es;
que el Dios niño no con pies,
sino con alas camina.

Decir que habeis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.

Decís que sin conoceros
estoy perdido: ¡pluguiera
á Dios que no os conociera,
por hacer más en quereros!

Bien os conosco, las partes
sé bien que os dió la fortuna,
que sin eclipse sois luna,
que sois mudanza sin martes;
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,
que de mil doblones pasa

la renta de vuestro padre.
Ved si estoy mal informado:
¡ojalá, mi bien, que así
lo estuviérais de mí!

Doña Lucrecia.

Casi me pone en cuidado. *ap.*

Doña Jacinta.

¿Pues Jacinta, no es hermosa?
¿no es discreta, rica, y tal,
que puede el mas principal
desealla para esposa?

Don García.

Es discreta, rica, y bella;
mas á mí no me conviene.

Doña Jacinta.

Pues decid, ¿qué falta tiene?

Don García.

La mayor, que es no querella.

Doña Jacinta.

Pues yo con ella os queria
casar, que esa sola fué
la intencion con que os llamé.

Don García.

Pues será vana porfia;
que por haber intentado
mi padre don Beltran hoy
lo mismo, he dicho que estoy
en otra parte casado.
Y si vos, señora mia,
intentais hablarme en ello,
perdonad, que por no hacello
seré casado en Turquía.
Esto es verdad, vive Dios;
porque mi amor es de modo
que aborrezco aquello todo,

mi Lucrecia, que no es vos.

Doña Lucrecia.

¡Ojalá!

ap.

Doña Jacinta.

¡Que me tratéis
con falsedad tan notoria!
Decid, ¿no teneis memoria,
ó vergüenza no teneis?
¿Cómo, si hoy dijistes vas
á Jacinta que la amais,
ahora me lo negais?

Don García.

¿Yo á Jacinta? Vive Dios,
que solo con vos he hablado
desde que entré en el lugar.

Doña Jacinta.

Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.
Sí en lo mismo que yo ví
os atreveis á mentirme,
¿qué verdad podreis decirme?
Idos con Dios, y de mí
podeis desde aquí pensar,
si otra vez os diere oído,
que por divertirme ha sido;
como quien para quitar
el enfadoso fastidio
de los negocios pesados,
gasta los ratos sobrados
en las fábulas de Ovidio. *case.*

Don García.

Escuchad, Lucrecia hermosa.

Doña Lucrecia.

Confusa quedo. *case.*

ESCENA X.

Don García y Tristan.

Don García.

Estoy loco: *ap.*

¡Verdades valen tan poco!

Tristan.

En la boca mentirosa.

Don García.

¡Qué haya dado en no creer
cuanto digo!

Tristan.

¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger?
De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente,
que quien en las burlas miente
pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE DOÑA LUCRECIA.

Doña Lucrecia y Camino que le dá un papel.

Camino.

Este me dió para tí ;
Tristan , de quien don García
con justo causa confía
lo mismo que tú de mí.
Que aunque su dicha es tan corta
que sirve , es muy bien nacido ;
y de suerte ha encarécido
lo que tu respuesta importa ,
que jura que don García.
está loco.

Doña Lucrecia.

¡ Cosa estraña !

¿ Es posible que me engaña
quien de esta suerte porfia ?
El mas firme enamorado
se cansa , si no es querido ,
¿ y este puede ser fingido ,
tan constante y desdeñado ?

Camino.

Yo al menos , si en las señales
se conoce el corazón ,
ciertos juraré que son ,
por las que he visto , sus males :
que quien tu calle pasea
tan constante noche y día ,
quien tu espesa celosia

tan atento brujulea;
 quien ve que de tu balcon,
 cuando él viene te retiras,
 y ni te ve ni le miras
 y está firme en tu aficion;
 quien llora, quien desespera,
 quien porque contigo estoy
 me dá dineros, que es hoy
 la señal mas verdadera;
 yo me afirmo en que decir
 que miente, es gran desatino.

Doña Lucrecia.

Bien se hecha de ver, Camino,
 que no le has visto mentir.
 ; Pluguiera á Dios, fuera cierto
 su amor, que á decir verdad,
 no tarde en mi voluntad
 halláran sus ansias puerto!
 Que tus encarecimientos,
 aunque no los he creído,
 por lo menos han podido
 despertar mis pensamientos;
 que dado que es necedad
 dar crédito al mentiroso;
 como el mentir no es forzoso,
 y puede decir verdad,
 obligame la esperanza
 y el propio amor á creer,
 que conmigo puede hacer
 en sus costumbres mudanza.
 Y así por guardar mi honor
 si me engaña lisongero;
 y si es su amor verdadero,
 porque es digno de mi amor,
 quiero andar tan advertida.

á los bienes y á los daños,
que ni admita sus engaños,
ni sus verdades despida.

Camino.

De ese parecer estoy.

Doña Lucrecia.

Pues dirásle, que cruel
rompi, sin vello, el papel;
que esta respuesta le doy:
y luego tú de tu aljaba
le dí, que no desespere,
y que si verme quisiere,
yaya esta tarde á la octava
de la Madalena.

Camino.

Voy.

Doña Lucrecia.

Mi esperanza fundo en tí,

Camino.

No se perderá por mí,
pues ves que Camino soy.

ESCENA II.

SALA EN CASA DE DON BELTRAN.

Don Beltran, don Garcia y Tristan. Don Beltran saca una carta abierta, y se la dá á don Garcia.

Don Beltran.

¿Habeis escrito, Garcia?

Don Garcia.

Esta noche escribiré.

Don Beltran.

Pues abierta os la daré
porque leyendo la mia,
conforme á mi papel
á vuestro seño escribais,

que determino que: vais
vos en persona á traer
vuestra esposa , que es razon ;
porque pudiendo traella
vos mismo , envlar por ella
fuera poca estimacion.

Don García.

Es verdad; mas sin efeto
será agora mi jornada.

Don Beltran.

¿ Por qué ?

Don García.

Porque está preñada ;
y hasta que un dichoso nieto
te dé, no es bien arriesgar
su persona en el camino.

Don Beltran.

¡ Jesus! fuera desatino,
estando así, caminar.
Mas dime ; ¿ cómo hasta aquí
no me lo has dicho , García ?

Don García.

Porque yo no lo sabia ;
y en la que ayer recibí
de doña Sancha , me dice
que es cierto el preñado ya.

Don Beltran.

Si un nieto varon me dá ,
hará mi vejez felice.
Muestra , que añadir es bien (1)
cuanto con esto me alegro :
mas dí ; ¿ cuál es de tu suegro
el propio nombre ?

(1) *Tómale la carta que le habia dado.*

Don García.

¿De quién?

Don Beltran.

De tu suegro.

Don García.

Aquí me pierdo. *esp.*

Don Diego.

Don Beltran.

O yo me he engañado,
ú otras veces le has nombrado
don Pedro.

Don García.

También me acuerdo
de eso mismo; pero son
suyos, señor, ambos nombres.

Don Beltran.

¿Diego y Pedro?

Don García.

No te asombres,
que por una condición
don Diego se ha de llamar
de su casa el sucesor:
llamábase mi señor
don Pedro antes de heredar,
y como se puso luego
don Diego, porque heredó,
después acá se llamó
ya don Pedro, ya don Diego.

Don Beltran.

No es nueva esa condición
en muchas casas de España:
á escribirle voy. *vase.*

ESCENA III.

*Don García y Tristan.**Tristan.*

Estraña

que esta vez tu confusion,

Don García.

¿Has entendido la historia?

Tristan.

Y hubo bien en que entender;
 el que miente ha menester
 gran ingenio y gran memoria.

Don García.

Perdido me ví.

Tristan.

Y en eso

pararás al fin, señor.

Don García.

Entretanto de mi amor
 veré el bueno, á mal suceso.
 ¿Qué hay de Lucrecia?

Tristan.

Imagino,

aunque de dura se precia,
 que has de vencer á Lucrecia
 sin la fuerza de Tarquino.

Don García.

¿Recibió el billete?

Tristan.

Si;

aunque á Camino mandó
 que diga que lo rompió;
 que él lo ha fiado de mí.
 Y pues lo admitió, no mal
 se negocia tu deseo,
 si aquel epigrama creo

que á Nebia escribió Marcial :
 escribí, no respondió
 Nebia, luego dura está ;
 mas ella se ablandará ,
 pues lo que escribí leyó.

Don Garcia.

Que dice verdad sospecho.

Tristan.

Camino está de tu parte ,
 y promete revelarte
 los secretos de su pecho :
 y que há de cumplillo espero
 si andas tú cumplido en dar ;
 que para hacer confesar
 no hay cordel como el dinero.
 Y aun fuera bueno señor
 que conquistáras tu ingrata
 con dádivas, pues que mata
 con flechas de oro el amor.

Don Garcia.

Nunca te he visto grosero ,
 sino aquí, en tus pareceres ;
 ¿ es esta de las mugeres
 que se rinden por dinero ?

Tristan.

Virgilio dice que Dido
 fue del troyano abrasada ,
 á sus dones obligada
 tanto como de Cupido.
 Y era reyna : no te espantes
 de mis pareceres rudos ;
 que escudos vence, escudos ,
 diamantes labran diamantes.

Don Garcia.

¿ No viste que la ofendió
 mi oferta en la platería ?

Tristan.

Tu oferta la ofendiera ,
señor , que tus joyas no.
Por el uso te gobierna ,
que á nadie en este lugar ,
por desvergonzado en dar
le quebraron brazo ó pierna.

Don García.

Dáme tú que ella lo quiera ,
que darle un mundo imagino.

Tristan.

Camino dará camino ,
que es el polo de esta esfera.
Y porque sepas que está
en buen estado tu amor ;
ella le mandó , señor ,
que te dijese que hoy vá
Lucrecia á la Madalena
á la fiesta de la otava ;
como que él te lo avisaba.

Don García.

¡ Dulce alivio de mi pena !
¿ Con ese espacio me dás
nuevas que me vuelven loco ?

Tristan.

Doftelas tan poco á poco ,
porque dure el gusto mas.

ESCENA IV.

CALLE.

Doña Jacinta y doña Lucrecia con mantos.

Doña Jacinta.

¿ Qué , prosigue don García ?

Doña Lucrecia.

De modo que con saber,

su engañoso proceder,
como tan firme porfía
casi me tiene dudosa.

Doña Jacinta.

Quizá no eres engañada;
que la verdad no es vedada
á la boca mentirosa.
Quizá es verdad que te quiere,
y mas donde tu beldad
asegura esa verdad
en cualquiera que te viere.

Doña Lucrecia.

Siempre tú me favoreces;
mas yo lo creyera así
á no haberte visto á tí,
que al mismo sol oscureces.

Doña Jacinta.

Bien sabes tú lo que vales,
y que en esta competencia
nunca ha salido sentencia,
por tener votos iguales.
Y no es sola la hermosura
quien causa amoroso ardor,
que también tiene el amor
su pedazo de ventura.
Yo me holgaré que por ti,
amiga, me haya trocado,
y que tú hayas alcanzado
lo que yo no merecí.
Porque ni tú tienes culpa,
ni el me tiene obligacion;
pero ve con prevencion,
que no te queda disculpa
si te arrojas en amar,
y al fin quedas engañada.

de quien estas ya avisada
que solo sabe engañar.

Doña Lucrecia.

Gracias, Jacinta, te doy;
mas tu sospecha corrije,
que estoy por creerle, dije,
no que por quererle estoy.

Doña Jacinta.

Obligárate el creer,
y querrás, siendo obligada;
y así es corta la jornada
que hay de creer á querer.

Doña Lucrecia.

¿Pues, qué dirás si supieres
que un papel he recibido?

Doña Jacinta.

Diré que ya le has creído,
y aun diré que ya le quieres.

Doña Lucrecia.

Errarásle, y considera
que tal vez la voluntad
hace por curiosidad,
lo que por amor no hiciera.
¿Tú no le hablaste gustosa
en la platería?

Doña Jacinta.

Si.

Doña Lucrecia.

¿Y fuiste en oírle allí
enamorada, ó curiosa?

Doña Jacinta.

Curiosa.

Doña Lucrecia.

Pues yo con él
curiosa tambien he sido,

como tú en haberle oído ,
en recibir su papel.

Doña Jacinta.

Notorio verás tu error ,
si adviertes que es el oír
cortesía ; y admitir
un papel , claro favor.

Doña Lucrecia.

Eso fuera á saber él
que su papel recibí ;
mas él piensa que rompí
sin leello su papel.

Doña Jacinta.

Pues con eso es cosa cierta ,
que curiosidad ha sido ,

Doña Lucrecia.

En mi vida me ha valido
tanto gusto el ser curiosa.
Y porque su falsedad
conozcas , escucha y mira (1)
si es mentira , la mentira
que mas parece verdad.

ESCENA V.

Dichos , y al paño don Garcia , Tristan y Camino.

Camino.

¿ Veis la que tiene en la mano
un papel ?

Don Garcia.

Si.

Camino.

Pues aquella

1) *Saca un papel , le abre y lee en secreto.*

es Lucrecia.

Don García.

¡O causa bella *ap.*

de dolor tan inhumano!

Ya me abraso de celoso.

¡O Camino, cuanto os debo!

Tristan.

Mañana os vestís de nuevo.

Camino.

Por vos he de ser dichoso. |

Don García.

Llegarme, Tristan, pretendo

adonde, sin que me vea,

si posible fuere, lea

el papel que está leyendo.

Tristan.

No es difícil, que si vas

á esta capilla arrimado,

saliendo por aquel lado

de espaldas la cogeras.

Don García.

Bien dices, ven por aquí. *vanse*

Doña Jacinta.

Lee bajo, que darás

mal ejemplo.

Doña Lucrecia.

No me oirás:

toma y lee para tí. (1)

Doña Jacinta.

Ese es mejor parecer. (2)

(1) *Dá el papel á Jacinta.*

(2) *Salén don García y Tristan por otro lado, cogiendo de espaldas á las damas.*

Tristan.

Bien el fin se consiguió.

Don García.

Tú, si ves mejor que yo,
procura, Tristan, leer.

Doña Jacinta. lee:

*Ya que mal crédito cobras
de mis palabras sentidas,
dime, si serán creidas;
pues nunca mienten, las obras:
Que si consiste el creerme;
señora, en ser tu marido,
y ha de dar el ser creído
materia al favorecerme;
por este, Lucrecia mia,
que de mi mano te doy
firmado; digo que soy
ya tu esposo, don García.*

Don García.

Vive Dios que es mi papel.

Tristan.

¿Pues qué, no lo vió en su casa?

Don García.

Por ventura lo repasa,
regalándose con él.

Tristan.

Como quiera te está bien.

Don García.

Como quiera soy dichoso.

Doña Jacinta.

El es breve y compendioso,
ó bien siente, ó miente bien.

Don García.

d Jacinta.

Volved los ojos, señora,

cuyos rayos no resisto. (1)

Doña Jacinta.

Cúbrete, pues no te ha visto,
y desengáñate agora.

Doña Lucrecia.

Disimula y no me nombres,

Don García.

Corred los delgados velos
á ese asombro de los cielos,
á ese cielo de los hombres.
¿Posible es que os llego á ver,
homicida de mi vida?
Mas como sois mi homicida,
en la iglesia hubo de ser:
si os obliga á retracer
mi muerte, no hayais temor;
que de las leyes de amor
es tan grande el desconcierto,
que dejan preso al que es muerto
y libre al que es matador.
Ya espero que de mi pena
estais, mi bien, condolida,
si el estar arrepentida
os trajo á la Magdalena:
ved como el amor ordena
recompensa al mal que siento,
pues si yo llevé el tormento
de vuestra crueldad, señora,
la gloria me llevo agora
de vuestro arrepentimiento.
¿No me habláis, dueño querido?
¿No os obliga el mal que paso?
¿Arrepentísos acaso

(1) *Tápanse doña Lucrecia y doña Jacinta.*

de haberos arrepentido ?
 Que advertais , señora , os pido ,
 que otra vez me matareis :
 si porque en la iglesia os veis
 probais en mí los aceros ,
 mirad que no ha de valeros
 si en ella el delito haceis.

Doña Jacinta.

¿ Conoceisme ?

Don Garcia.

Y bien por Dios ;
 tanto que desde aquel dia
 que os hablé en la platería ,
 no me conozco por vos :
 de suerte que de los dos
 vivo mas en vos que en mí ;
 que tanto , desde que os ví ,
 en vos transformado estoy ,
 que ni conozco el que soy ,
 ni me acuerdo del que fuí.

Doña Jacinta.

Bien se echa de ver que estais
 del que fuistes olvidado ;
 pues sin ver que sois casado
 nuevo amor solicitais.

Don Garcia.

¿ Yo casado ! ¿ En eso dais ?

Doña Jacinta.

¿ Pues no ?

Don Garcia.

¿ Qué vana porfia !
 Fué por Dios intencion mia ,
 por ser vuestro.

Doña Jacinta.

O por no sellos ;

y si os vuelven á hablar de ello,
sereis casado en Turquía.

Don García.

Y vuelvo á jurar por Dios,
que en este amoroso estado
para todas soy casado,
y soltero para vos.

Doña Jacinta.

¿ Vés tu desengaño ? *á Lucrecia.*

Doña Lucrecia.

¡ Ah cielos , *ap.*

apenas una centella
siento de amor , y ya de ella
nacen volcanes de celos !

Don García.

Aquella noche, señora,
que en el balcon os hablé,
¿ todo el caso no os conté ?

Doña Jacinta.

¿ A mí en balcon ?

Doña Lucrecia.

¡ Ah traidora ! *ap.*

Doña Jacinta.

Advertid que os engañais :
¿ vos me hablastes ?

Don García.

Bien por Dios.

Doña Lucrecia:

¿ Hablaisle de noche vos , *ap,*
y á mi consejos me dais ?

Don García.

¿ Y el papel que recibistes ,
negareislo ?

Doña Jacinta.

¿ Yo papel ?

Doña Lucrecia.

¡ Ved que amiga tan fiel! *ap.*

Don García.

Y sé yo que lo leistes.

Doña Jacinta.

Pasar por donaire puede
cuando no daña, el mentir;
mas no se puede sufrir
cuando ese límite escede.

Don García.

¿ No os hablé en vuestro balcon,
Lucrecia, tres noches ha?

Doña Jacinta.

¿ Yo, Lucrecia? Bueno vá: *ap.*
toro nuevo, otra invencion:
á Lucrecia ha conocido,
y es muy cierto el adoralla;
pues finge, por no enojalla,
que por ella me ha tenido.

Doña Lucrecia.

Todo lo entiendo, ¡ ah traidora! *ap.*
Sin duda que le avisó
que la tapada fui yo;
y quiere enmendallo agora
con fingir que fué el tenella
por mí, la causa de hablalla.

Tristan. á don García.

Negar debe de importalla
por la que está junto della,
ser Lucrecia.

Don García.

Así lo entiendo;
que si por mí lo negára,
encubriera ya la cara;
¿ pero no se conociendo

se habláran las dos ?

Tristan.

Por puntos
suele en las iglesias verse ,
que parlan sin conocerse ,
los que aciertan á estar juntos.

Don García.

Dices bien.

Tristan.

Fingiendo agora
que se engañaron tus ojos ,
lo enmendarás.

Don García.

Los antojos
de un ardiente amor , señora ,
me tienen tan deslumbrado ,
que por otra os he tenido :
perdonad , que yerro ha sido
de esa cortina causado ;
que como á la fantasía
facil engaña el deseo ,
cualquiera dama que veo
se me figura la mia.

Doña Jacinta.

Entendíle la intencion. *ap.*

Doña Lucrecia.

Avisóle la taimada. *ap.*

Doña Jacinta.

Segun eso , ¿ la adorada
es Lucrecia ?

Don García.

El corazon ,
desde el punto que la ví ,
la hizo dueño de mi fé.

Doña Jacinta.

Bueno es esto.

Doña Lucrecia.

¿Qué esta esté *ap.*

haciendo burla de mí?

No me doy por entendida
por no hacer aquí un esceso.

Doña Jacinta.

Pues yo pienso, que á estar de eso
cierta, os fuera agradecida
Lucrecia.

Don García.

¿Tratais con ella?

Doña Jacinta.

Trato, y es amiga mia,
tanto, que me atreveria
á afirmar, que en mí y en ella
vive solo un corazon.

Don García.

Si eres tú, bien claro está. *ap.*

¿Que bien á entender me dá
su recato y su intencion!

Pues ya que mi dicha ordena
tan buena ocasion, señora,
pues sois angel, sed agora
mensagera de mi pena.

Mi firmeza le decid,
y perdonadme si os doy
este oficio.

Tristan.

Oficio es hoy *ap.*
de las mozas de Madrid.

Don García.

Persuadidla que á tan grande
amor ingrata no sea.

Doña Jacinta.

Hacelde vos que lo crea,
que yo le haré que se ablande.

Don Garcia.

¿Por qué no creerá que muero,
pues he visto su beldad?

Doña Jacinta.

Porque, si os digo verdad,
no os tiene por verdadero.

Don Garcia.

Hacelde vos que lo crea;
¿que importa que verdad sea,
si el que la dice sois vos?
Que la boca mentirosa
incurre en tan torpe mengua,
que solamente en su lengua
es la verdad sospechosa.

Don Garcia.

Señora...

Doña Jacinta.

Basta: mirad
que dais nota.

Don Garcia.

Yo obedezco.

Doña Jacinta.

¿Vas contenta?

Doña Lucrecia.

Yo agradezco,
Jacinta, tu voluntad.

ESCENA VI.

Don Garcia y Tristan.

Don Garcia.

¿No ha estado aguda Lucrecia?

¡ Con qué astucia dió á entender
que le importaba no ser
Lucrecia !

Tristan.

A fe que no es necia.

Don Garcia.

Sin duda que no queria
que la conociese aquella
que estaba hablando con ella.

Tristan.

Claro está que no podía
obligalla otra ocasion
á negar cosa tan clara ;
porque á tí no te negara
que te habló por el balcon ,
pues ella misma tocó
los puutos de que tratastes
cuando por él os hablastes.

Don Garcia.

En eso bien me mostró
que de mí no se encubría.

Tristan.

Y por eso dijo aquello :
y si os vuelven á hablar de ello
sereis casado en Turquía.
Y esta conjetura abona
mas claramente el negar
que era Lucrecia , y tratar
luego en tercera persona
de sus propios pensamientos,
diciendote , que sabia
que Lucrecia pagaria
tus amorosos intentos ,
con que tu hicieses ; señor ,
que los llegase á creer.

Don García.

¡Ay Tristan ! ¿que puedo hacer,
para acreditar mi amor ?

Tristan.

¿Tu quieres casarte ?

Don García

Si.

Tristan.

Pues pídelo.

Don García.

¿Y si resiste ?

Tristan.

Parece que no la oiste
lo que dijo agora aquí:
hacedle vos que lo crea
que yo la haré que se ablande;
¿qué indicio quieres mas grande
de que ser tuyá desea ?
Quien tus papeles recibe,
quien te habla en sus ventanas,
muestras ha dado bien llanas
de la aficcion con que vive,
El pensar que eres casado
la refrena solamente,
y queda ese inconveniente
con casarte , remediado.
Pues es el mismo casarte,
siendo tan gran caballero,
informacion de soltero :
y cuando quiera obligarte
á que dés informacion ,
por el temor con que va
de tus engaños, no está
Salamanca en el Japon.

Don Garcia.

Si está para quien desea;
que son ya siglos en mí
los instantes.

Tristan.

¿Pues aquí
no habrá quien testigo sea?

Don Garcia.

Puede ser.

Tristan.

Es facil cosa.

Don Garcia.

Al punto los buscaré.

Tristan.

Uno yo te lo haré.

Don Garcia.

¿Y quién es?

Tristan.

Don Juan de Sosa.

Don Garcia.

¿Quién, don Juan de Sosa?

Tristan.

Si.

Don Garcia.

Bien lo sabe:

Tristan.

Desde el dia
que te habló en la platería
no le he visto, ni él á tí
Y aunque siempre he deseado
saber que pesar te dió
el papel que te escribió,
nunca te lo he preguntado,
viendo que entonces severo
negaste y descolorido:

mas agora que ha venido
tan á propósito, quiero
pensar que puedo, señor;
pues secretario me has hecho
del archivo de tu pecho,
y se pasó aquel furor.

Don Garcia.

Yo te lo quiero contar;
que pues sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas don Juan de Sosa
para un caso de importancia.
Callé, por ser desafío;
que quiere el que no lo calla
que le estorven ó le ayuden:
cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio
donde don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
satisface á su demanda;
y por quedar bien, al fin
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil
le di una fuerte estocada.
Sagrado fue de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba,
que topando en él la punta
hizo dos partes mi espada.

El sacó pies de gran golpe ;
 pero con ardiente rabia
 vino , tirando una punta ;
 mas yo por la parte flaca
 cogí su espada , formando
 un atajo , él presto saca
 (como la respiracion
 tan corta línea le tapa ,
 por faltarle los dos tercios
 á mi poco fiel espada)
 la suya , corriendo filos ;
 y como cerca me halla ,
 porque yo busqué el estrecho ,
 por la falta de mis armas
 á la cabeza furioso
 me tiró una cuchillada :
 recibíla en el principio
 de su formacion y baja ,
 matándole el movimiento
 sobre la suya mi espada.
 Aquí fué Troya , saqué
 un reves con tal pujanza ,
 que la falta de mi acero
 hizo allí muy poca falta ;
 que abriéndole en la cabeza
 un palmo de cuchillada ,
 vino sin sentido al suelo
 y aun sospecho que sin alma.
 Déjéle así , y con secreto
 me vine ; esto es lo que pasa ,
 y de no verle estos dias ,
 Tristan , es esta lo causa .

Tristan.

¡ Qué suceso tan extraño !
 ¡ Y si murió ?

Don García.

Cosa es clara :
porque hasta los mismos sesos
esparció por la campaña.

Tristan.

¡ Pobre don Juan !... ¡ Mas no es este
que viene aquí !

ESCENA VII.

Dichos y don Juan, y por otro lado don Beltran.

Don García.

¡ Cosa estraña !

Tristan.

¿ Tambien á mi me la pegas ?
¿ Al secretario del alma ?
Por Dios que se lo creí , *ap.*
con conocelle las mañas.
¿ Mas á quién no engañarán
mentiras tan bien trobadas ?

Don García.

Sin duda que le han curado
por ensalmo.

Tristan.

Cuchillada ,
que rompió los mismos sesos ,
¿ en tan breve tiempo sana ?

Don García.

¿ Es mucho ? Ensalmo sé yo
con que un hombre en Salamanca ,
á quien cortaron á cercen
un brazo con media espalda ,
volviéndosele á pegar ,
en menos de una semana
quedó tan sano y tan bueno
como primero.

Tristán.

¡Ya escampa!

Don García.

Esto no me lo contaron;
yo lo ví mismo.

Tristan.

Eso basta.

Don García.

De la verdad, por la vida,
no quitaré una palabra.

Tristan.

¡Que ninguno se conozca! *ap.*
Señor, mis servicios paga,
con enseñarme ese ensalmo.

Don García.

Está en dicciones hebráicas,
y sino sabes la lengua
no has de saber pronunciarlas.

Tristan.

¿Y tú sábesla?

Don García.

¡Qué bueno!
mejor que la castellana:
hablo diez lenguas.

Tristan.

Y todas *ap.*
para mentir no te bastan:
cuerpo de verdades lleno
con razon el tuyo llaman,
pues ninguna sale de él
ni hay mentira que no salga.

Don Beltran.

¿Qué decís?

Don Juan.

Esto es verdad;

ni caballero, ni dama
tiene, si mal no me acuerdo
de esos nombres Salamanca.

Don Beltran.

Sin duda que fue invencion *ap.*
de García, cosa es clara;
disimular me conviene.
Goces por edades largas
con una rica encomienda
de la Cruz de Calatrava.

Don Juan.

Creed que siempre he de ser
mas vuestro, cuanto mas valga;
y perdonadme; que ahora
por andar dando las gracias
á esos señores, no os voy
sirviendo hasta vuestra casa. *vase.*

ESCENA VIII.

Dichos menos don Juan.

Don Beltran.

¡Válgame Dios! ¿Es posible
que á mi no me perdonáran
las costumbres de este mozo?
¿Que aun á mí en mis propias canas
me mintiese, al mismo tiempo
que riñéndoselo estaba?
¿Y que le creyese yo
en cosa tan de importancia
tan presto, habiendá ya oído
de sus engaños la fama?
Mas ¿quién creyera que á mí
me mintiera, cuando estaba
reprendiéndole eso mismo?
¿Y qué juez se recelára

que el mismo ladron le robe,
de cuyo castigo trata?

Tristan.

¿Determinaste á llegar?

Don Garcia.

Si, Tristan.

Tristan.

Pues Dios te valga.

Don Garcia.

Padre.

Don Beltran.

No me llames padre,
vil, enemigo, me llama;
que no tiene sangre mia,
quien no me parece en nada.
Quítate de ante mis ojos,
que por Dios, sino mirara....

Tristan.

á Garcia.

El mar está por el cielo;
mejor ocasion aguarda.

Don Beltran.

¡Cielos, qué castigo es este!
¿Es posible que á quien ama
la verdad, como yo, un hijo
de condicion tan contraria
le diesedes? ¿Es posible
que quien tanto su honor guarda,
como yo, engendrase un hijo
de inclinaciones tan bajas?
¿Y á Gabriel, que honor y vida
daba á mi sangre y mis canas,
llevásedes tan en flor?
Cosas son, que á no mirarlas
como cristiano.....

Don García.

¿Qué esto? *ap.*

Tristan.

Quítate de aquí; ¿qué aguardas?

Don Beltran.

Déjanos solos, Tristan;
pero vuelve, no te vayas.
Por ventura la vergüenza,
de que sepas tú su infamia,
podrá en él, lo que no pudo
el respeto de mis canas.
Y cuando ni esta vergüenza
le obligue á enmendar sus faltas;
servirále por lo menos
de castigo el publicallas.
Di, liviano; ¿qué fin llevas?
Loco, di; ¿qué gusto sacas
de mentir tan sin recato?
¿Y cuando con todos vayas
tras tu inclinacion, conmigo
siquiera no te enfrenáras?
¿Con qué intento el matrimonio
fingiste de Salamanca,
para quitarles tambien
el crédito á mis palabras?
¿Con qué cara hablaré yo,
á los que dige que estabas
con doña Sancha de Herrera
desposado? ¿con qué cara,
cuando sabiendo que fué
fingida esta doña Sancha,
por cómplices del embuste
infamen mis nobles canas?
¿Qué medio tomaré yo,
que saque bien esta mancha;

pues á mejor negociar ,
 si de mí quiero quitarla ,
 he de ponerla en mi hijo ;
 y diciendo que la causa
 fuiste tú , ¿he de ser yo mismo
 pregonero de tu infamia ?
 Si algun cuidado amoroso
 te obligó á que me engañaras ,
 ¿que enemigo te oprimia ?
 ¿Qué puñal te amenazaba ,
 sino un padre , padre al fin ?
 Que este nombre solo basta
 para saber de qué modo
 le enternecieron tus ansias.
 Un viejo que fue mancebo
 y sabe bien la pujanza
 con que en pechos juveniles
 prenden amorosas llamas.

Don Garcia.

Pues si lo sabes , y entonces
 para escusarme bastára;
 para que mi error perdones,
 agora , padre , me valga.
 Paréceme que sería
 respetar poco tus canas
 no obedecerte , pudiendo ,
 me obligó á que te engañara.
 Error fue , no fue delito ;
 no fue culpa , fue ignorancia ;
 la causa amor , tú mi padre ;
 pues tú dices que esto basta.
 Y ya que el daño supiste ,
 escucha la hermosa causa ;
 porque el mismo dañador
 el daño te satisfaga.

Doña Lucrecia, la hija
de don Juan de Luna, es alma
de esta vida, es principal
y heredera de su casa.
Y para hacerme dichoso
con su hermosa mano, falta
solo que tú lo consientas,
y declares que la fama
de ser yo casado, tuvo
ese principio, y es falsa.

Don Beltran.

No, no, ¡Jesus! calla : ¿en otra
habias de meterme? basta.
Ya, si dices que esta es luz,
he de pensar qué me engañas.

Don Garcia.

No señor, lo que á las obras
se remite, es verdad clara ;
y Tristan, de quien te fias,
es testigo de mis ansias :
dilo Tristan.

Tristan.

Si Señor,
lo que dice es lo que pasa.

Don Beltran.

¿No te corres de esto? dí:
¿no te avergüenza, que hayas
menester que tu criado
acredite lo que hablas?

Ahora bien, yo quiero hablar
á don Juan; y el cielo haga
que te dé á Lucrecia, que eres
tal que ella es la engañada.

Mas primero he de informarme
en esto de Salamanca;

que ya temo, que en decirme
que me engañaste, me engañas.
Que aunque la verdad sabía,
antes que habiarte llegara,
la has hecho ya sospechosa
tú con solo confesarla. *casc.*

Don García.

Bien se ha hecho.

Tristán.

¿Y cómo bien?
que yo pensé que hoy probabas,
en tí aquel salmo hebreo,
que brazos cortados sana.

ESCENA IX.

SALA CON VISTAS A UN JARDIN.

Don Juan, anciano, y don Sancho.

Don Juan.

Parece que la noche ha refrescado.

Don Sancho.

Señor don Juan de Luna, para el río
este es fresco en mi edad demasiado.

Don Juan.

Mejor será que en ese jardín mío
se nos ponga la mesa, y que gocemos
la cena con sazón, templado el frío.

Don Sancho.

Discreto parecer, noche tendremos
que dar á Manzanares mas templada;
que ofenden la salud estos estremos.

Don Juan.

A dentro.

Gozad de vuestra hermosa convidada
por esta noche en el jardín, Lucrécia.

Don Sancho.

Veáisla, quiera Dios, bien empleada;
que es un angel.

Don Juan.

De mas de que no es necia,
y ser cual veis, don Sancho, tan hermosa,
menos que la virtud la vida precia. (t)

Criado.

Preguntando por vos don Juan de Sosa
á la puerta llegó y pide licencia.

Don Sancho.

¿A tal hora?

Don Juan.

Será ocasión forzosa.

Don Sancho.

Entre el señor don Juan.

ESCENA X.

Dichos, y don Juan con un papel.

Don Juan.

A esa presencia,
sin el papel que veis, nunca llegaré;
mas ya con él faltaba la paciencia:
que no quiso el amor que dilatara
la nueva un punto, si alcanzar la gloria:
consiste en eso de mi prenda cara.
Ya el hábito salió; si en la memoria
la palabra teneis que me habeis dado,
colmareis, con cumplirla, mi victoria.

Don Sancho.

Mi fe, señor don Juan, habeis premiado,
con no haber esta nueva tan dichosa.

(C) *Sale un criado.*

por un momento solo dilatado:
 á darla voy á mi Jacinta hermosa;
 y perdonad, que por estar desnuda
 no la mando salir. *vase.*

Don Juan, anciano.

Por cierta cosa
 tuve siempre el vencer; que el cielo ayuda
 la verdad mas oculta: en ser premiada
 dilacion pudo haber, pero no duda.

ESCENA XI.

Dichos, don Garcia, don Beltran y Tristan, que salen por otro lado.

Don Beltran.

Esta no es ocasion acomodada
 de hablarle, que hay visita; y una cosa
 tan grave á solas ha de ser tratada.

Don Garcia.

Antes nos servirá don Juan de Sosa
 en lo de Salamanca por testigo.

Don Beltran.

¡Que lo hayais menester! ¡qué infame cosa!
 En tanto que á don Juan de Luna digo
 nuestra intencion, podeis entreteneillo.

Don Juan, anciano.

¿Amigo? don Beltran.

Don Beltran.

Don Juan, amigo.

Don Juan, anciano.

¿A tales horas tal esceso?

Don Beltran.

En ello
 conocereis que estoy enamorado.

Don Juan, anciano.

Dichosa la que pudo merecello.

Don Beltran.

Perdon me habeis de dar, que haber hallado la puerta abierta, y la amistad que os tengo, para entrar sin licencia, me la han dado.

Don Juan, anciano.

Cumplimientos dejad, cuando prevengo el pecho á la ocasion de esta venida.

Don Beltran.

Quiero deciros, pues, á lo que vengo.

Don Garcia.

Pudo, señor don Juan, ser oprimida de algun pecho de envidia emponzoñado verdad tan clara; pero no vencida. Podeis por Dios creer que me ha alegrado vuestra vitoria.

Don Juan.

De quien sois lo creo.

Don Garcia.

Del hábito goceis encomendado, como vos mereceis, y yo deseo.

Don Juan anciano.

Es en eso Lucrecia tan dichosa que pienso que es soñado el bien que veo; con perdon del señor don Juan de Sosa, oid una palabra, don Garcia: que á Lucrecia quereis por vuestra esposa me ha dicho don Beltran.

Don Garcia.

El alma mia, mi dicha, honor y vida está en su mano.

Don Juan anciano.

Yo desde aquí por ellá os doy la mia, (1)

(1) *Se dan las manos.*

que como yo sé en eso lo que gano,
 se sabe ella tambien, segun la he oido
 hablar de vos.

Don Garcia.

Por bien tan soberano
 los pies, señor don Juan de Luna, os pido.

ESCENA XH.

Dichos, don Sancho, doña Jacinta y doña Lucrecia.

Doña Lucrecia.

Al fin, tras tantos contrastes,
 tu dulce esperanza logras.

Doña Jacinta.

Con que tú logres la tuya
 seré del todo dichosa.

Don Juan anciano.

Ella sale con Jacinta
 agena de tanta gloria,
 mas de calor descompuesta
 que aderezada de boda:
 dejad que albricias le pida
 de una nueva tan dichosa.

Don Beltran.

Acá está don Sancho; mira
 en qué vengo á verme agora.

Don Garcia.

Yerros causados de amor,
 quien es cuerdo los perdona.

Doña Lucrecia.

¿No es casado en Salamanca?

Don Juan anciano.

Fué invención suya engañosa,

procurando que su padre
no le casase con otra.

Doña Lucrecia.

Siendo así, mi voluntad
es la tuya, y soy dichosa.

Don Sancho.

Llegad, ilustres mancebos
á vuestras alegres novias,
que dichosas se confiesan
y os aguardan amorosas.

Don García.

Agora de mis verdades
darán probanza las obras. (1)

Don Juan.

¿A dónde vais, don García?
Veis allí á Lucrecia hermosa.

Don García.

¿Cómo Lucrecia?

Don Beltran.

¿Qué es esto?

Don García.

Vos sois mi dueño, señora. *á Jacinta.*

Don Beltran.

¿Otra tenemos?

Don García.

Si el nombre
erré, no erré la persona.

Vos sois á quien yo he pedido;
y vos, la que el alma adora.

Doña Lucrecia.

Y este papel, engañoso, (2)

(1) Vanse don García y don Juan á Jacinta.

(2) Saca un papel.

que es de vuestra mano propia ,
lo que decís , ¿ no desdice ?

Don Beltran.

¿ Que en tal afrenta me pongas ?

Don Juan.

Dadme , Jacinta , la mano ,
y dareis fin á estas cosas.

Don Sancho.

Dale la mano á don Juan.

Doña Jacinta.

Vuestra soy.

Don Garcia.

Perdi mi gloria.

(1)

Don Beltran.

Vive Dios , si no recibes
á Lucrecia por esposa ,
que te he de quitar la vida.

Don Juan anciano.

La mano os he dado agora
por Lucrecia , y me la distes ;
si vuestra inconstancia loca
os ha mudado tan presto ,
yo lavaré mi deshonra
con sangre de vuestras venas.

Tristan.

Tú tienes la culpa toda ;
que si al principio dijeras
la verdad , esta es la hora
que de Jacinta gozabas :
ya no hay remedio , perdona ,
y dá la mano á Lucrecia ,
que tambien es buena moza.

Don Garcia.

La mano doy , pues es fuerza.

Tristan.

Y aquí verás cuan dañosa
es la mentira, y verá
el senado, que en la boca
del que mentir acostumbra,
es la verdad sospechosa.

1871
The first of the year
was a very dry one
and the crops were
very poor. The
winter was also very
dry and the crops
were very poor.

La Verdad Sospechosa

Un caballero mozo y de grandes prendas, pero afectado con el vicio de mentir, al otro día de su llegada á la corte ve á dos hermosas damas entrar en una tienda de la calle Mayor. Inmediatamente entabla conversacion con la una de ellas, que le agradó mas que la otra, y parte por seguir su inclinacion natural, parte por contraer mayor mérito á los ojos de su amada, finge que es indiano, que hace un año que ha venido á Madrid y otro tanto tiempo que está enamorado de ella; pero que hasta entonces no ha tenido ocasion de declararle su amor. Poco después encuentra á un amigo, y camarada suyo, apasionado tambien de la misma belleza, que estaba celoso porque creía, que la noche anterior, otro amante habia dado á su dama una gran fiesta en el rio; y el embustero que ignoraba la passion de su amigo, por el gusto de ser admirado supone, que él fue el que dió la funcion. En seguida habla con su padre, y este le propone el casamiento con una señora, dotada de tantas y tan divinas partes, que jamas los cielos las pusieron iguales en ningun sugeto humano. Era esta la misma de quien él estaba prendado; pero como no sabia su verdadero nombre, porque le habian informado mal, queriendo librarse de aquel empeño, se finge casado en Salamanca, y obliga á su padre á deshacer el contrato. De estos tres enredos y otros nacidos naturalmente del asunto, y combinados con la mayor sagacidad, forma Alarcón el tegido de su fábula, cuyo resultado es, que el embustero tiene que reñir con su amigo, queda afrentado en presencia de todos, pierde la mano de la muger que amaba, y se vé forzado á casarse con la que no queria.

mes á la naturaleza ; pero el espectador no tomó parte sino en la suerte de don García. El es el alma de todo el enredo, de todas las situaciones: sus estravagancias son la causa única del interés y de la diversion.

El plan de la Verdad Sospechosa acredita un talento eminente. No se puede combinar una fábula con mas artificio y felicidad. Nada hay ocioso en ella, nada que no produzca un efecto admirable. Sería inútil y prolijo analizar todas sus bellezas; y así solo llamaremos la atención de nuestros lectores, hácia dos rasgos magistrales. El uno es la imperturbabilidad con que el embustero emboca á su padre una cáfila de patrañas á cual mas ridículas, precisamente en el momento en que este acaba de afearle su vicio. El otro, el cuento de la muerte dada á don Juan, que don García refiere á su mismo criado, *al secretario del alma*; y la sorpresa de Tristan, cuando vuelve la cabeza y ve al difunto gozando de cabal salud.

Les gens que vous tuez se portent assez bien.

Las gentes que vos matais
disfrutan buena salud.

En la v. escena del tercer acto, reina alguna oscuridad nacida de la desconfianza que manifiestan los interlocutores unos de otros; y la segunda intencion con que suponen que cada cual habla. La comedia francesa conserva todavía restos de esta oscuridad.

Corneille dió á su Embustero alguna inclinación hacia la dama con quien le casa; y esta correccion es digna de tan gran maestro. Efectivamente, si el principio de la proporcion entre la pena y el delito es aplicable á la justicia dramática, parece excesivo rigor condenar á nadie á casarse con una persona que

de todo punto le desagrada ; por un pecado como el de mentir sin perjuicio de tercero. Por otra parte, es una preocupacion creer que una comedia no es moral, si el vicioso no queda castigado en el desenlace. Aun cuando esto se verifique , los que la oyen ó leen saben demasiado que aquel egemplo es fingido , y que en la sociedad no sucede siempre así. El verdadero castigo del vicio no se efectua al final, sino en toda la estension de la pieza. Los viciosos que asisten á su representacion le experimentan con solo volver la vista al concurso ; con solo observar el efecto que produce en toda reunion de hombres la pintura de sus extravíos. Cada situacion nueva , cada espresion diferente les avisan que sino se corrigen serán el blanco del menosprecio y la indignacion general ; y este infalible resultado de su mala conducta es una de las mayores desgracias que pudieran sucederles. No deja , pues , de ser moral una fábula , porque no se vea en ella castigado materialmente el vicio ; y aun hay quien dice , que lejos de representarle abatido , deberian los poetas fingirle siempre victorioso ; para que los hombres de bien no se durmieran , y tomasen sus precauciones ; pero esto nos parece que seria pecar por el extremo contrario ; porque no se debe añadir fuerza al mal egemplo.

Don Juan Ruiz de Alarcón es uno de aquellos ingenios desgraciados en punto de celebridad. Cuando vivia se atribuían sus obras á otros: despues de muerto nadie se acuerda de él sino los literatos. Es no obstante un poeta digno de sumo aprecio. Tiene varias comedias admirables por la invencion y el interes ; y en casi todas las suyas se nota mas instruccion , artificio , y buen gusto que en las de sus contemporaneos. Su language es siempre correcto , elegante y puro : su versificacion armoniosa y llena ; abunda de sentimien-

tos nobles y de ideas profundas; y finalmente sino se le quiere incluir entre los genios de primer orden, debe colocarse sin duda al frente de los de segundo.

Nuestros lectores no querrán que les hablemos de un saineton que se llama el Embustero engañado, y es una mala copia de la imitacion de Corneille.

EL EXAMEN

Don Juan, en el
Don Juan, en el

Don Juan, en el

Don Juan, en el

Don Juan, en el

Don Juan, en el

EL EXAMEN

Don Juan, en el

DE MARIDOS.

Don Juan, en el

Don Juan, en el

Don Juan, en el

Don Juan, en el

Don Juan, en el

La escena es en Madrid.

PERSONAS.

El Conde Carlos , galan.

El Marqués don Fadrique , galan.

El Conde don Juan , galan.

Don Guillen , galan.

Don Juan Guzman , galan.

El Conde Alberto , galan.

Don Fernando , viejo grave.

Beltran , escudero viejo.

Hermandad de la Cruz.

Ochoan , gracioso.

Doña Inés , dama.

Mencia , su criada.

Doña Blanca , dama.

Clavela , su criada.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

Doña Inés de luto y Mencia.

Mencia.

Ya que tan sola has quedado
por la muerte del Marqués,

sin padre, foroso es,
señora, tomar estado;
que en su casa has sucedido,
y una mujer principal
parece en la corte mal
sin padres, y sin marido.

Doña Inés.

Ni mas puedo responder,
ni puedo mas resolver,
de que mi padre he de ser
tan obediente en la muerte,
como en la vida lo fui;
y con este justo intento
aguardo su testamento
para disponer de mi.

ESCENA II.

Dichas y Beltran de camino.

Beltran.

Dame, señora, los pies

Doña Inés.~~Vengo muy en hora buena,~~

Beltrán, amigo.

Beltrán.

La pena
de la muerte del Marques
mi señor, que esté en la gloria,
me pesa de renuevo, ~~me pesa~~
cuando era bien apartarte
de esta funesta memoria;
mas cumulo lo que ordenó,
cercaño al último aliento:
en lugar de testamento suplico
este pliego me entregó y
sobrescrito, para ~~mi~~ *Dale un pliego.*

Doña Inés.

A recibirla, del pecho
sale en lágrimas desahon
el corazón; dice así:
Antes que te cases mira lo que haces.

Mencía.¿No dice mas? ~~obsequio~~*Doña Inés.* ~~obsequio~~~~obsequio~~ *Mencía*~~obsequio~~ *Beltrán*

Su postrer disposición
cifró todo; en un renglón

Doña Inés. ~~obsequio~~

¡Ay querido padre! ~~lo~~
que no esceda á lo que escribes
mi obediencia; ~~en~~ *en* punto;
y que aun despues de difunto,
présente á mis ojos vivos.

Y vos, si el haber nacido
en mi casa, y á el amor,

que del Marques mi señor
 habeis, Beltrán, merecido;
 si la firme confianza
 con que en vuestra fe, y lealtad
 resignó su voluntad,
 asegura mi esperanza,
 sed de mi justa intencion
 el favorable instrumento,
 con que de este testamento
 disponga la ejecución.
 Solo de vuestra verdad
 he de fiar el efecto;
 y la elección del sugeto,
 á quien de mi libertad
 entregue la posesion,
 de vos ha de proceder,
 y obligarme á resolver
 sola vuestra informacion.

Beltrán.

No tengo que encarcerte
 mi obligacion y mi fe;
 pues ellas, según se ve,
 son las que pueden moverlo
 á hacerme tu consejero.

Doña Inés.

Venid conmigo á saber,
 Beltrán, lo que habeis de hacer,
 que elegir esposo quiero
 con tan atentos sentidos,
 y con tan curioso examen
 de sus prendas, que me llamen
 el examen de maridos.

ESCENA III.

SACA, EN CASA DE DON FERNANDO.

Don Fernando y el Conde Carlos.

Don Fernando.

Pensar que solo sois vos
dueño de su voluntad,
y segun vuestra amistad,
una alma vive en los dos,
de vos me obliga á fiar,
y pidiros una cosa,
que por ser dificultosa,
podreis vos solo alcanzar.

Conde.

Si como habeis entendido,
don Fernando, esa amistad,
conoceis la voluntad,
con que siempre os he servido;
seguro de mi os fiais,
pues ya, segun mi afición,
solo con la dilación,
puede ser que me ofendais.

Don Fernando.

Ya, pues, Conde, habeis sabido,
que el Marqués á Blanca adora,

Conde.

De vos, don Fernando, ahora
solamente lo he entendido.

Don Fernando.

Negaréislo como amigo,
y secretario fiel
del Marqués,

...
 tome iv sup Jamés con el
 he llegado, mi amigo, y
 á quede las mentes, y
 participas, nos hagamos,
 ó sea por que a doramps,
 tan soberanos sujetos,
 que con, darme de la amistad
 nombre de, sacra y divina,
 aun no la juzgamos digna
 de atreverse á su deidad,
 ó porque el zelo ó rigor
 de esta amistad es tan justo,
 que niega culpa al gusto,
 y delitos del amor;
 ó porque de ese cuidado
 vivimos, y á los dos,
 y en lo que os ha dicho á vos
 acaso os han engañado.

Don Fernando.
 No importa para el intento
 haberlo sabido, ó no,
 ser así y saberlo yo,
 es la causa y fundamento,
 que me obligó á resolverme
 á que demuestra amistad,
 nobleza y autoridad
 en esto venga á valenme
 Y así, supuesto, señor,
 que si el Marqués pretendiese,
 que Blanca su esposa fuese,
 no me encubriras su amor;
 pues si sus méritos son
 tan notorios, no podría
 prometer, que ademas de

por concierto su intención:

De aquí arguyo; que su amor
solo aspira á fin injusto,
y quiere alcanzar su gusto
con ofensa de mi honor.
Vos, pues, de caya cordura,
grandeza, y valor confío,
remediad el honor mio,
y corregid su locura;
que en los dos evitareis
con esto el lance postrero;
pues lo ha de hacer el acero,
si vos, Conde, no lo hacíais.

Conde.

Fernando, bien sabéis vos,
que por no sugeto á ley
el amor, le pintan Rey,
miño, ciego, loco, y Dios.
Y así, en este caso yo,
si he de hablar como discreto,
el intentarlo os prometo,
pero el conseguirlo, no;
que por locura condeno,
que se prometa el valor,
ni poder mas que el amor,
ni asegurar hecho ageno;
mas esto solo fad,
pues de mí os quereis valer,
que el Marqués ha de perder,
ó su amor, ó mi amistad.

Don Fernando.

Esa palabra me anima
á pensar que vencereis,
que sé lo que vos valeis,
y sé lo que él os estima.

Conde.

No admite comparacion
 nuestra amistad, mas yo sigo
 en las finezas de amigo
 las leyes de la razon:
 en esto la teneis vos,
 y de vuestra parte estoy.

Don Fernandó.

Seguro con ese voy.

Conde.

Dios os guarde.

Don Fernando.

Guárdeos Dios.

ESCENA IV.

El Conde, el Marqués y Ochovo.

Ochovo.

¡El es un capricho extraño!

Marqués.

Examen hace curiosa
 de pretendientes.

Ochovo.

¿Qué cosa
 para los mozos de engaño!

Marqués.

¿Conde?

Conde.

¿Marqués?

*Marqués.**Escuchad.*

el mas nuevo pensamiento,
 que en humano entendimiento
 puso la curiosidad.

Conde.

Decid. *Conde.*

Marques.

Vuelve a referirlo
con todas sus circunstancias.

Ochava.

Perdonad mis ignorancias,
pues de mí queréis oírlo.
La sin igual doña Inés,
á cuyas divinas partes,
se junta ya el ser Marquesa,
por la muerte de su padre,
abriendo su testamento,
con resolución de darle
el cumplimiento debido
á postreras voluntades,
halló, que era un pliego á ella
sobrescrito, y que no trae
mas que un renglon todo
en que le dice su padre:
Antes que te cases mira lo que haces.
Puso en ella este consejo
un ánimo tan constante
de egecutarlo, que intenta
el capricho mas notable
que de romanas Matronas
cuentan las antigüedades.
Cuanto á lo primero, á todos,
gentiles hombres, y páges,
y criados de su casa,
orden ha dado inviolable,
de que admitan los recados,
los papeles, y mensajes
de cuantos de su hermosura

pretendieren ser galanes.
 Con esto en un blanco libro,
 cuyo título es: *Examen*
de maridos, va poniendo
 la hacienda, las calidades,
 las costumbres, los defectos,
 y excelencias personales
 de todos sus pretendientes,
 conforme puede informarse
 de lo que la fama dice,
 y la inquisición que hace.
 Estas relaciones llama
 consultas, y memoriales
 los billetes, y recuerdos,
 los paseos y mensajes.
 Lo primero notifica
 á todo admitido amante,
 que sufre la competencia,
 sin que el limpio acero saque;
 y al que por este, ó por otro
 defecto una vez borraré
 del libro, no hay esperanza
 de que vuelva á consultarle.
 Declara, que amor con ella
 no es mérito, y solo valen,
 para obligar su alvedrío,
 propias y adquiridas partes;
 de manera, que ha de ser
 quien á su gloria aspirare,
 por elección venturoso,
 y elegido por examen.

Conde.

¡Estraña imaginación!

Marqués.

¡Paradógico dislate!

Ochavo.

¡Caprichoso desatino!

Conde.

¡Ah, ingrata, qué novedades
inventas para fenderme,
y trazas para matarme!

¿Qué me ha de valer contigo,
si tanto amor no me vale?

¿Posible es, cruel, que intentas
contra leyes naturales,
que sin amor se merezcan,
y que sin celos se amen?

Marqués.

Ya con tan alta ocasion
imagino en los galanes
de la corte mil mudanzas
de costumbres, y de trages.

Conde.

Lá fingida hipocresía,
la industria, el cuidado, el arte,
á la verdad vencerán;
mas valdrá quien mas engañe.
Ochavo, déjanos solos,
que tengo un caso importante
que tratar con el Marqués.

Ochavo.

Si es importante, bien habes
en ocultarlo de mí,
que cualquiera que fiare
de criados su secreto,
vendrá á arrepentirse tarde.

ESCENA V.

El Conde y el Marqués.

Marqués.

Cuidadoso espero ya
lo que teneis que tratarme.

Conde.

Retóricas persuasiones,
y proemios elegantes
para pedir, son ofensas
de las firmes amistades;
y así, es bien que brevemente
mi pensamiento declare.
De don Fernando de Herrera
la noble, y antigua sangre,
ni puede nadie ignorarla,
ni ofenderla debe nadie,
y el que es mi amigo, Marqués,
no ha de decirse que hace
sinrazon, mientras un alma
ambos pechos informare.
Una de tres escoged,
ó no amar á Blanca, ó darle
la mano, ó dejar de ser
mi amigo por ser su amante.

Marqués.

Primero que me resuelva
en un negocio tan grave,
los zelos de mi amistad,
que al encuentro, Conde salen,
me obligan á que averigüe
mis quejas, y sus verdades.
¿Cómo si de agena boca
supisteis que soy amante.

de Blanca, no teneis zelos
de que de vds lo ocultase?

Conde.

Porque los cuerdos amigos
tienen razon de quejarse
de que la verdad les nieguen,
mas no de que se la callen;
y así, de vuestro silencio
no he formado zelos, antes
os estoy agradecido,
que presumo que el callarme
vuestra aficion, fué recelo
de que yo la reprobase,
porque no consienten culpas
las honradas amistades;
y así, Marqués, resolvéos
á olvidarla, ó á olvidarme,
que la razon siempre á mí
me ha de tener de su parte.

Marqués.

Puesto, Conde, que el mas rudo
el imperio de amor sabe,
con vos, que prudente sois,
no trato de disculparme.
Dar la mano á doña Blanca
no es posible, sin que pase
el mayorazgo que gozo
al mas cercano en mi sangre,
que obliga de su ereccion
un estatuto inviolable
á que el sucesor elija
esposa de su linage.
Yo, pues, antes de escucharos,
viendo estas dificultades,
procuraba ya remedios

de olvidarla, y de mudarme
y ha sido el mandar lo vos
el mayor; pues es tan grande
mi amistad, que lo imposible
por vos me parece fácil.

Conde.

Supuesto que no hay fuerzas
que á la vuestra se aventajen,
os las prometo á lo menos
mi agradecimiento igual,
y á Dios, Marqués, porque quiero
dar al cuido de su padre
de Blanca esta feliz nueva.

Marqués.

Bien podéis asegurarle,
que no hará la muerte oscura,
que esta palabra os quebrante.

Conde.

Cuando me vuestro amistad,
me asegura vuestra sangre.

Conde.

ESCENA VI.

El Conde Alberto por una parte, y por otra don Juan.

Don Juan.

Conde.

Alberto.

Don Juan.

Don Juan.

Con hallaros
en esta casa, me dais
indicio de que intentais
de marido conminar.

Alberto.

Dado que no tengo amor,

por curiosidad deseo
de este examen de Himeneo
ser tambien competidor;
mas lo que pensais de mí,
por el lugar en que estoy,
de vos presumiendo voy,
pues tambien os halla aquí.

Don Juan.

Siendo en tan alta ocasion
de méritos la contienda,
pienso que quien no pretenda,
perderá reputacion.

ESCENA VII.

Dichos y don Guillen.

Don Guillen.

Copiosa está de guerreros
la estalada.

Alberto.

¡ Don Guillen,

sois opositor tambien?

Don Guillen.

Con tan nobles caballeros;
si es que aspirais á elegiros,
fuerza es probar mi valor;
que si es tal el vencedor,
no es deshonra ser vencidos.

Alberto.

¡ Que en novedad tan extraña
diese la Matquesa hermosa!

Don Guillen.

Por ella será famosa
eternamente en España.

Don Juan.

Al fin quiere voluntades,
á la usanza de Valencia,
que sufran la competencia
sin zelos ni enemistades.

Alberto.

Nueva Penélope ha sido.

ESCENA VIII.

Dichos y Ochovo.

Ochovo.

¡Plegue á Dios no haya en la corte *ap.*
algun Ulises que corte
en cierge tanto marido!

Don Juan.

Beltran sale aquí.

Alberto.

Y él es;
segun he sido informado,
el secretario y privado
de la hermosa doña Inés.

Ochovo.

Ya sé que es del tiempo vario
efecto bien peregrino,
que no siendo Vizcaino,
llegase á ser secretario.

ESCENA IX.

Dichos y Beltran.

Beltran.

Al cebo de doña Inés *ap.*
pican todos; que es gran cosa
gozar de muger hermosa.

y un título de Marqués.

Alberto.

Señor Beltran, la intencion
de la Marquesa, que ha dado,
como á los pechos cuidado,
á la fama admiracion,
causa el concurso que veis:
mis prendas, y calidades
son estas, y son verdades,
que presto probar podria. (1)

Don Juan.

Este mis prendas refiere. (2)

Beltran.

La Marquesa mi señora
saldrá de su cuarto ahora,
que veros á todos quiere,
á ella dad los memoriales;
porque informarse procura
de la voz, la compostura,
y las prendas personales
de cada cual por sus ojos.

Ochavo.

Es prudencia, y discrecion
no entregar por relacion
tan soberanos despojos.

Beltran.

Ella sale. (3)

Ochavo.

Gusto es vellos

ap.

cuidadosos, y afectados,
compuestos, y mesurados,

(1) Le presenta un papel.

(2) Le presenta un papel.

(3) Componen los textos.

áltar vigotes, y cuellos.
 Paréceme propiamente
 en sus aspectos, é indicios,
 los pretendientes de oficios,
 cuando ven al presidente;
 mas por Dios, que es la criada
 como un oro. Oye, doncella.

ESCENA X.

Dichos, doña Inés y Mencía.

Mencía.

¿Qué quiere?

Ochoa.

El amor por ella
 me ha dado una cabezada.

Mencía.

Aun bien que hay en el lugar
 albeytares.

Ochoa.

¿Pues traidora,
 tan bestia es el que te adora,
 que albeytar le ha de curar?

Alberto.

Puesto que el alma confiesa,
 que no hay méritos humanos,
 que á los vuestros soberanos
 igualen, bella Marquesa,
 si alguno ha de poseeros,
 hacer esto, es competir
 con todos, no presumir,
 que he de poder mereceros;
 y á este fin he reducido
 mis prendas á este papel

humilde, corto y fiel. (1)

Doña Inés.

¡Qué retórico marido! *ap.*

Yo atenderé, como es justo,
á vuestros méritos, Conde.

Ochavo.

Como Rey, por Dios, responde: *ap.*
ella es loca de buen gusto.

Don Juan.

Yo soy, señora, don Juan
de Guzman; aquí vereis *dale.*
lo demas, si en mí quereis
mas prendas, que ser Guzman.

Doña Inés.

¡Qué amante tan encantado! *ap.*
Yo lo veré.

Ochavo.

¡Linda cosa, *ap.*
la voz sutil, y melosa
en un hombre muy barbado!

Don Guillen.

Don Guillen soy de Aragon,
que si por amor hubiera
de mereceros, ya fuera
mi esperanza posesion.
Este os puede referir *dale.*
mis méritos verdaderos,
pocos para mereceros,
muchos para competir.

Doña Inés.

¡Qué meditada oracion! *ap.*
Yo veré el papel.

Ochava.

¡Qué bien *ap.*
trajo el culto don Guillen
la tal contraposición!

Doña Inés.

Con vuestra licencia quiero
retirarme.

Alberto.

Loco estoy. *vase.*

Don Juan.

Libre vine, y preso voy. *vase.*

Don Guillen.

Por vos vivo, y sin vos muero. *vase.*

ESCENA XI.

Doña Inés, Beltran, Ochava y Mencia.

Doña Inés.

Tened esas memorias; *Beltran.*
¿mas qué busca este manco?

Ochava.

Por ver capricho tan nuevo
me atrevi á vuestros umbrales;
y aunque de esta mocedad,
y paradógico intento,
os alabe el pensamiento,
tengo una dificultad;
y es, que en vuestros pretensores
me han dicho, que examináis
lo visible, y no tratáis
de las prendas interiores,
en que muchas veces vi
disimulados engaños
que causan mayores daños
al matrimonio.

quiero saber , ¿ qué invencion ,
ó industria pensais tener ,
ó qué examen ha de haber
para su averiguacion ?

Doña Inés.

¿ No hay remedio ?

Ochoa.

Uno de dos

en dificultad tan nueva ,
recibir la causa á prueba ,
ó encomendársele á Dios.

Doña Inés.

De buen gusto es la advertencia :
¿ quereis otra cosa aquí ?

Ochoa.

Un nuevo amante , por mí ,
Marquesa , os pide licencia
para veros , y informaros
de sus méritos : que puesto
que á todos la dais , en esto
quiere tambien obligaros.

Doña Inés.

¿ Quién es ?

Ochoa.

Señor , el Marqués
vuestro deudo.

Doña Inés.

Ya ha ofendido ,
su valor , pues ha peilido
lo que á todos comun es.

Ochoa.

Tiene el ser desconfiado
de discreto ; y de parota ,
Marquesa , que ama no mereos
ser de vos examinado.

Doña Inés.

Pues yo no solo le doy
licencia, pero juzgára
por agravio, que no honrára
el examen.

ESCENA XII.

Ochavo y Mencia.

Ochavo.

Pues yo voy
con nueva tan venturosa,
y tanto vos lo seais,
pues cual sábia examináis,
que no elijais como hermosa.
Y tú, enemiga, haz también
un examen; y si acaso
te merezco, pues me abraso,
trueca en favor el desden.

Mencia.

¿Bebe?

Ochavo.

Bebo.

Mencia.

¿Vino?

Ochavo.

Puro.

Mencia.

Pues ya queda reprobado,
que yo quiero esposo aguado.

ESCENA XIII.

Ochavo.

Escucha: en vano procure

detenerla. Bueno quedo ,
 vive Dios; que estoy herido ;
 pero si mi culpa ha sido
 beberlo puro , bien puedo
 no quedar desesperado.
 Aguado soy , que aunque puro ,
 siempre beberlo procuro ,
 siempre al fin lo bebo agnado ;
 pues todo , por nuestro mal ,
 antes de salir del cuero ,
 en el Adán Tabernero
 peca en agua original.

ESCENA XIV.

DECORACION DE CALLE.

Doña Blanca y Clavela con mantos.

Clavela.

Pienso que no te está bien
 mostrar al Marqués amor ,
 porque es la contra mejor
 de un desden , otro desden ,
 si su mudanza recetas ,
 tu firmeza te destruye ,
 porque el amante que huye ,
 seguirlo , es ponerle espuelas.

Doña Blanca.

Yá que pierdo la esperanza ,
 que tan segura tenia ,
 saber al menos querria
 la ocasion de su mudanza ,
 y por esto le he citado ,
 sin declararle quien soy ,
 para el sitio donde estoy .

Clavella.

El vendrá bien desconfiado
de que eres tú quien le llama.

ESCENA XV.

Dichas, el Marqués y Ochoavo.

Ochoavo.

Su hermosura, y su intencion
son tan nuevas, que ya son
la fábula de la fama;
y al fin, no solo te ha dado
la licencia que has pedido,
pero se hubiera ofendido
de que no hubieras honrado
el concurso generoso,
que al examen se le ofrece.

Marqués.

Locura, por Dios, parece
su intentu; mas ya es forzoso
seguir á todos en eso.

Ochoavo.

Un aguacero cayó
en un lugar, que pidió
á cuantos mojó, de seso;
y un sabio, que por ventura
se escapó del aguacero,
viendo que al lugar entero
era común la locura,
mojóse, y enloqueció,
diciendo: ¿en esto que pierdo?
aquí, donde nadie es cuerdo,
¿para que he de serlo yo?
Así ahora no se escusa,
supuesto que á todos ves

examinarse, que des
en seguir lo que se usa.

Marqués.

Bien dices, que era el no hacerlo
dar al mundo que decir:
pero quierote advertir,
de que nadie ha de entenderlo
hasta salir vencedor;
porque si quedo vencido
no quiero quedar corrido.

Ochoavo.

Mármol soy.

Marqués.

Este temor
me obliga así á recatar,
aunque mi pecho confía,
que doña Inés será mía
si me llego á examinar.

Doña Blanca.

¿Que doña Inés será vuestra
si á examinaros llegais?

Marqués.

¿O, Blanca, vos me escuchais?

Doña Blanca.

¿Quien tanta inconstancia muestra
como vos, tiene esperanza
de que saldrá vencedor,
siendo el defecto mayor
en un hombre la mudanza?
¿De qué os admirais? yo fui,
yo fui la que os he llamado,
viendo que con tal cuidado
andais buyendo de mí,
para saber la ocasion
que os he dado, ó vos tomais.

para que así me rompais
tan preciosa obligacion,
y de vuestros mismos lábios,
antes que os la preguntara,
quiso el cielo que escuchara,
la ocasion de mis agravios.

Marqués.

Blanca, no te desenfrenes,
escucha atenta primero
mi disculpa, y despues quiero,
que si es razon me condenes.
Cuando empezó mi deseo
á mostrar, que en tí vivia,
ni aun la esperanza tenia
del estado que hoy poseo.
Entonces tú, como á pobre,
te mostraste siempre dura,
que el oro de tu hermosura
no se dignaba del cobre.
Heredé por suerte; y luego,
ó fuese ambicion, ó amor,
mostraste á mi ciego ardor
correspondencias de fuego;
mas la herencia, que la gloria
me dió de tu vengimiento,
fue tambien impedimento
para gozar la victoria;
porque estoy, Blanca, obligado
á dar la mano á muger
de mi linage, ó perder
la posesion del estado.
Esta ocasion me desvia,
de tí, pues segun arguyo,
ni rico puedo ser tuyo,
ni pobre quieres ser mia.

Perdida, pues tu esperanza,
 si otra doy en celebrar,
 es divertirme, no amar;
 es remedio, no mudanza.
 Así, que á no poder mas,
 mudo intento; si pudieres
 haz lo mismo, que si quieres,
 muger eres; y podrás. *caso.*

Doña Blanca.

Oye.

Clavela.

Viento son sus pies.

Ochaco.

¡Cielos, haced que algun día
 pueda yo hacer con Mencía
 lo que con Blanca el Marqués!

ESCENA XVI.

Blanca y Clavela.

Desesperada esperanza,
 el loco intento mudad,
 y de ofendida apelad
 del amor á la venganza.
 ¡Por los cielos, inconstante,
 ya que tu agravio me obliga,
 que has de llorarme enemiga,
 pues no me estimas amante!
 A tus gustos, tus intentos,
 tus fines me he de oponer;
 seré verdugo al nacer
 de tus mismos pensamientos.

Clavela.

De cólera estás perdida;
 loca te tiene el despecho.

Doña Blanca.

Sierpes apacienta el pecho
de una muger ofendida.

ESCENA XVII.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

El Conde don Juan, y después el Conde Carlos.

Don Juan.

De tus ojos salgo ciego,
y abrasado, Inés hermosa,
cual la inocua mariposa
busca luz, y encuentra fuego.

Conde.

¿Aquí está el Conde don Juan? *ap.*
¿Todo el infierno arde en mí!
¿Conde, de hallaros aquí,
ciertas sospechas me dan
de que pretendéis entrar
en el examen!

Don Juan.

¿Pues quién
no aspira á tan alto bien,
si méritos lo han de dar?

Conde.

Quien supiere, que á la bella
Inés, ha un siglo que quiere
Carlos.

Don Juan.

Si quien lo supiere,
Conde, no ha de pretendella;
de esa obligacion me hallo
con justa causa esculido,
porque nunca la he sabido.

Conde.

¿No basta, pues, escuchallo
aquí de mí, si hasta ahora
la he servido con secreto,
justo y forzoso respeto
del que estima á la que adora?

Don Juan.

¿No basta á quien se ha empeñado
sin saberlo: á no empezar,
podeis con esto obligar,
mas no á dejar lo empezado.

Conde.

Esta espada sabrá hacer
que sobre decirlo yo,
para dejarlo.

Don Juan.

¿Y que no
esta sabrá defender?
y esto en el campo, no aquí,
que es sagrado este lugar.

Conde.

Allá os espero mostrar
el valor que vive en mí.

ESCENA XVIII.*Díaz y doña Inés.**Doña Inés.*

¿Qué es esto, Conde don Juan?
¿Conde Carlos, dónde vais?

Conde.

Solamente á que entendaís
los excesos; á que dan
ocasion vuestros antojos.
Venid.

Don Juan.

Vamos.

Doña Inés.

Deteneos,

que mal logrará deseos,
quien obliga con enojos;
sabiendo que es lo primero
que he advertido en este examen,
que no ha de entrar en certamen
quien por mí saque el acero.
¿Cómo aquí con ofenderme
quereis los dos obligarme?
¿pues que pretendéis ganarme
con el medio de perderme?
¿El fin de esta pretensión
consiste en vuestro alvedrío?
¿Es vuestro gusto, ó el mío,
quién ha de hacer la elección?
Sufra, pues, quien alcanzarme
procure, la competencia,
ó confíese en mi presencia
que no pretende obligarme.

Don Juan.

No háy mas ley que vuestro gusto
para mi abrasado pecho.

Conde.

Yo, Inés, aunque á despecho
de un agravio tan injusto
como recibo de vos,
me dispogo á obediéceos.

Doña Inés.

De no sacar los áceros
me dad palabra los dos.

Conde.

Yo por servirlos, la doy.

Don Juan.

Yo la doy por obligaros , 7
que á morir por no enojaros ;
dispuesto , señora , estoy.

ESCENA XIX.

Doña Inés y el Conde Carlos.

Conde.

¡ Ah , Marquesa , á Dios pluguiera ;
pues os cansa el amor mio ,
fuese mio mi alvedrío
para que no os ofendiera !
Pluguiera á Dios que pudiera
poner freno á mis pasiones ,
al ver vuestras sin razones ;
que cuando el amor es furia ,
los golpes que dá la injuria
rematan mas las prisiones.
Apaga el cierzo violento
llama que empieza á nacer ,
mas en llegando á crecer
le aumenta fuerzas el viento.
Ya estaba en mi pensamiento
apoderado el furor
de vuestro amoroso ardor ;
y á quien llega á estar tan ciego ,
cada agravió dá mas fuego ,
cada desden mas amor.

Doña Inés.

Basta , Conde , que llenáis
de vanas quejas el viento ;
si de vuestro sentimiento
la ocasion no declarais ,
¿ de qué agravios me acusais ?

El preguntarlo es mayor
 ofensa, y nuevo rigor; ¿olvidas
 pues para, que os disculpais
 de vuestro error; os haceis
 ignorante de mi amor.
 ¿Podréisme negar acaso,
 que dos veces cubrió el suelo
 tierna flor, y duro yelo,
 despues que por vos me abrasos?
 ¿El fuego dolor que paso
 por vuestros ricos despojos,
 aunque á enochar mis ojos
 el recato me ha obligado,
 no os lo ha dicho mi cuidado,
 con la lengua de mis ojos?
 ¿No han visto mi claro oriente
 en vuestros balcones, y han visto
 que ha de ser el que conquistó
 al yelo con fuego ardiente?
 Si os amáis, ¿cómo os
 que apenas habéis sabido
 vos misma, que es de querido,
 esa es la causa mayor,
 pues muriendo, vuestro honor
 á mi vida he preferido,
 pues cuando tras esto dais
 licencia á nuevos cuidados
 para ser examinados
 porque el mas digno elpais
 ¿cómo, decid, preguntais
 á un despreciado y zeloso,
 de qué se muestra quejoso?
 Cuando por amante no
 ¿por qué lo querreis?

ser con vos mas venturoso?

Doña Inés.

Negarlo fuera ofenderos,
pero vos me disculpais,
y con lo que me acusais
pienso yo satisfaceros:
si entre tantos caballeros
como al examen se ofrecen,
vuestras prendas os parecen
dignas de ser preferidas,
ellas serán elegidas,
si mas que todas merecen;
mas si acaso el propio amor
os engaña, y otro amante
aunque menos arrogante,
en prendas es superior,
ni es ofensa, ni es error
si en mi provecho me agrada,
de vuestro daño olvidada;
que el que es mas digno me venza;
que de sí mismo comienza
la caridad ordenada.

Conde.

¿Y de amar vuestra beldad
cuáles los méritos son?

Doña Inés.

Amar por inclinacion
es propia comodidad,
si presa la voluntad
del despo se fatiga,
porque el deleite conalga,
del bien que pretende nece,
y quien su negocio hace
á nadie con el obliga.
Demas, que si amamos, fuera

conmigo merecimiento,
 no solo vuestro tormento
 obligada me tuviera,
 que no tantos en la esfera
 leyes átomos se miran,
 ni en cuanto los rayos giran
 del sol claro arenas doran,
 cuantos mas que vos me adoran,
 si menos que vos suspiran.
 Pero supuesta que amarme
 no me obliga, imaginad
 que cumplen mi voluntad
 es el modo de obligarme;
 el mas digno ha de alcanzarme;
 si vuestros méritos claros
 esperan aventajaros,
 en obligacion me estais,
 pues por una que intentais
 dos victorias quiero daros.
 Corta hazaña es por amor
 conquistar una muger;
 ilustre victoria es ser
 por méritos vencedor:
 de mí patria de hacer señor
 la eleccion, no la ventura,
 si no os parece cordura
 el nuevo intento que veis,
 al menos no negareis
 que es de honrada esta locura.

Conde.

¿En fin, que en vano porfio
 disuadiros de ese intento?

Doña Inés.

Antes que mi pensamiento
 se mudara, y Norja fuese.

Conde.

Pues yo de todos confío:
 ser por-prendas vencedor;
 mas ved que en tan ciego amor,
 mis sentidos abrasáis,
 que si en la elección errais,
 no he de sufrir el error.
 Mirad como os resolvéis,
 y advertid bien, ni á mí no,
 que merezca mas que yo,
 á quien vuestra mano deis;
 pues como vos proponéis,
 que vencer para venceros
 tantos nobles caballeros,
 son dos tan altas victorias,
 son dos afrentas notorias,
 las que recibo en perderos.
 Yo enfrenaré mi pasión;
 si es mas digno el mas dichoso,
 obediente al imperioso
 dictamen de la razón;
 pero siendo en la elección
 vos errada, y yo ofendido,
 vive Dios, que al prefario
 ha de hacer mi furia ardiente
 teatro de delincuente
 del tálamo de marido.

Doña Inés.

Pensad que si no venceis
 no habéis de quedar quejoso,
 que será tal el dichoso,
 que vos mismo lo oспébeis.

Conde.

Cumplid lo que prometteis.

Doña Inés.

Tal examen he de hacer,
que á todos dé, al escoger,
que envidiar, no que culpar.

Conde.

Pues Inés á examinar.

Doña Inés.

Pues Carlos á merecer,

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

Blanca y Clavela con mantos.

Doña Blanca.

Yo la he de ver, y estorbar
cuanto pueda su esperanza,
que el amor pide venganza
si llega á desesperar;
y pues no me vió jamas
la Marquesa, cierta voy
de que no sabrá quién soy.

Clavela.

Resuelta, señora, estás,
y no quiero aconsejarte.

Doña Blanca.

Ella sale.

Clavela.

Hermosa es:

con razon la luz que vés
puede en zelos abrasarte.

Doña Blanca

Cúbrete el rostro, y advierte,
que los enredos que emprendo
van perdidos, en pudiendo
este viejo conocerte.

ESCENA II.

Dichos, doña Inés y Beltran.

Beltran.

Ya del Marqués don Fadrique
el memorial he pasado ;
y si verdad ha informado,
no dudo que se publique
por su parte la victoria.

Doña Inés.

Pues, Beltran, con brevedad
de lo cierto os informad,
porque es ventaja notoria
la que en sus méritos veo,
y si verdaderos son,
mi sangre, ó mi inclinacion
facilitan su deseo.

Beltran.

El es tu deudo ; y por Dios
que fuera bien que se unieran
vuestras dos casas, é hicieran
un rico estado los dos.

Doña Blanca.

Primero el fin de tus años, *ap:*
caduco enemigo, veas.

Clavela.

La ocasion es que deseas.

Doña Blanca.

Comiencen pues mis engaños,
y advierte bien el rodeo
con que mi industria la obliga
á rogarme que la diga
lo que decirla deseo.

No vengo á mala ocasion.

¿ Inés

cuando de bodas tratais,
pues feliz anuncio dais
con eso á mi pretension.

Doña Inés.

¿Quién sois, y qué pretendéis?

Doña Blanca.

Soy, señora, una criada
de una muger desdichada;
que por dicha conocéis.

Lo que pretendo es mostraros
joyas de hechura y valor,
con que pueda el resplandor
del mismo sol envidiaros.

Tratado su casamiento,
las previno mi señora;
y habiendo perdido ahora
con esta esperanza el intento
de ese estado, determino
tomar el de religión;

y viendo que la ocasión
de casaros se avieja,
según publica la fama,
me mandó que os las tragese,
porque si entre ellas hubiese
alguna, que de tal dama

mereciese por ventura
ser para suya estimada,
por el valor apreciada,
aunque pierda de la hechura
mucha parte, la comprareis.

Doña Inés.

Las joyas, pues, me mostrad.

Doña Blanca.

Su curiosa novedad
pienso que codiciareis.

De diamantes jaquelados
es esta."

Doña Inés.

No he visto yo
mejor cosa.

Doña Blanca.

Esa costó
mil y quinientos ducados;
pero ved estos diamantes
al tope.

Doña Inés.

La joya es bella,
el cielo no tiene estrella
que dé rayos más brillantes.

Doña Blanca.

Con mas razon esta rosa,
esmaltada en limpio acero,
comparareis al lucero.

Doña Inés.

Venus es menos hermosa;
quien tales joyas alcanza
muy rica debe de ser.

Doña Blanca.

Tanto, que por no perder
de una mano la esperanza,
las diera en albricias todas,
y sé que le parediera
por el exceso, á quien supiera
con quien trataba sus bodas:
mas son pláticas perdidas;
de lo que importa tratemos.

Clavela.

¡Porqué sutiles estrémos
busca el medio á sus heridas!

ap.

Doña Inés.

Ya de curiosa me incito
á saber quién fué el ingrato;
que vuestro mismo recato
me despierta el apetito.

Clacela.

Ya estan conformes las dos.

Doña Blanca.

Si el saberlo os importára,
Marquesa hermosa, fiara
mas graves cosas de vos.

Doña Inés.

A quien trata de casarse,
y á quien, como ya sabeis,
hace el examen que veis,
temerosa de emplearse
en quien, como el escarmiento
lo ha mostrado, si se arroja,
á la vuelta de la hoja
halle el arrepensimiento;
¿no importa saber con quien
quiso esa dama casarse,
y para no efectuarse
la causa que hubo tambien?
Si como me certifica
vuestra misma lengua ahora,
la que teneis por señora
es tan principal y rica,
¿presumis que entre los buenos,
que opuestos ahora estan
á mi mano, ese galan
que ella quiso, valga menos?
¿Quién duda, sino que está
á este mi examen propuesto
él tambien? Pue segun esto.

no poco me importará
saber quién fué, y cuál ha sido
tan poderosa ocasion,
que el efecto a la aficion
de esa dama haya impedido:
decídmelo por mi vida,
y fiad, que me tendreis,
si esta lisonja me haceis,
mientras viva, agradecida.

Doña Blanca.

Si he de hacerlo, habeis de dar
la palabra del secreto.

Doña Inés.

Como quien soy lo prometo.

Doña Blanca.

Solas hemos de quedar.

Doña Inés.

Dejadnos solas.

Beltran.

Quien fia

ap.

secretos á una muger,
con red intenta prender
las aguas que el Nilo envia.

Doña Blanca.

La industria verás ahora
conque la obligo á querer
al conde, y aborrecer
al Marqués, si ya le adora.

á Clavela.

Beltran.

Pues nada encubre de mi,
los secretos, que despues
me ha de cotar doña Inés,
quiere escuchar desde aquí:

ESCENA III.

Dichas y Beltrán al paño.

Doña Inés.

Ya estamos solas.

Doña Blanca.

Marquesa.

¿quien haga mas dichosa
el cielo, que á la infeliz
de quien refiero la historia;
sabed, que ese Conde Carlos,
ese, cuya fama asombra
con los rayos de su espada
las regiones mas remotas;
ese Narciso en la paz,
que por sus prendas hermosas
es de todos envidiado,
como adorado de todas,
en esta dama, de quien
oculta el nombre mi boca,
por obedecerla á ella,
y porque á vos no es importa;
puso mas ha de tres años
la dulce vista cegadora;
(pues á sus mudas palabras
no corresponden las obras)
miró, sirvió, y obligó,
porque son muy poderosas
diligencias sobre prendas,
que solas por sí enamoran.
Al fin, en amor iguales,
y en méritos se confirman,
que si él es galán adonis,
es ella Venus hermosa,

y porque á penas ardientes
dichoso término pongan,
declarados sus intentos,
alegres tratan sus bodas.
Entonces ella previno
estas, y otras ricas joyas,
como hermosas desdichadas,
malquistas como curiosas;
y cuando ya de himeneo
el nupcial coturno adorna
el pie, y en el mano Júpiter
muestra la encendida antorcha;
cuando ya, ya el dulce efecto
falta la palabra sola,
que eternas obligaciones
en breve sílaba otorga;
al Conde le sobrevino
una fiebre, si engañosa
su mudanza lo publica,
su gratitud lo pregonar;
pues desde entonces fingiendo
ocasiones dilatorias,
descuidadas remisiones,
y tibiezas cuidadosas,
vino por claros indicios
á conocerse, que sola
su mudada voluntad
los desposorios esterba.
Ella, del desden sentida,
y de la afrenta sabida,
pues hechos ya dos cuencios,
quien se retira, deshonra;
llegó por tantas espietas
á saber, que el Conde adora
otra mas dichosa dama,

me sé yo el mar hermosa;
 porque con tanto secreto
 su nuevo dueño enamora,
 que viendo todos la flecha,
 no hay quien la aljaba comen-
 Con esto su cuerdo padre,
 por consolar sus congojas,
 á las bodas del Marqués
 don Fadrique la conhorta;
 mas cuando de su nobleza,
 y de sus prendas heróicas
 iban nuevas impresiones
 borrando antiguas memorias;
 vino á saber del Marqués
 ciertas faltas mi señora,
 para en marido, insufribles,
 para en galan fastidiosas;
 y aunque parraga indecente
 el referirlas mi boca,
 y esté, de que han de ofenderos
 los oídos, temerosa,
 el secreto, y el deseo
 de servirlos, y estar solas
 aquí las tres, dá disculpa
 á mi lengua licenciosa.
 Tiene el Marqués una fuente,
 remedio que necios toman,
 pues para sanar enferman,
 y curan una con otra:
 tras esto es fama también
 que su mal aliento enoja,
 y fastidia mas de cenca,
 que él de lejos enamora;
 y afirman los que le tratan,
 que es libre y es jactancioso.

en lengua, y jamas se ha visto
 una verdad en su boca.
 Pues como en el verde abril
 marchita el helado bóreas
 las flores recién nacidas,
 las recién formadas hojas,
 así así dueño al instante
 que de estas faltas la informan,
 del amor en embrión
 el nuevo concepto aborta;
 y con la misma violencia
 que el arco la cuerda toma,
 cuando desmembrado el brazo,
 disparada el viento azota,
 de su Conde Carlos vuelve
 á abrazarse en las memorias,
 sus perfecciones estima,
 y sus desdenes adora:
 mas viendo al fin su deseo
 imposible la victoria,
 pues son, cuando amor declina,
 las diligencias dañosas,
 desechada muda intento,
 y la desecada gloria,
 que no ha merecido, deja
 á otra mano mas dichosa;
 pues podrá, quien goza al Conde,
 alabarse de que goza
 el marido mas bizarro
 que ha celebrado la Europa.

Doña Inés.

Cuanto puedo os agradezco
 la relacion de la historia;
 y á fe que me ha enternecido
 la tragedia lastimosa,

que en sus aménos descomulgó
ha tenido esa señora.

Doña Blanca.

Teneis al fin sangre noble;
¿mas qué decís de las joyas?

Doña Inés.

Que me agradan; mas quisiera
para tratar de la compra,
que un oficial las aprecie.

Doña Blanca.

No pueda aguardar ahora;
si gustais, volveré á veros.

Doña Inés.

Será para mi lisonja;
que vos no me enseñarais
menos que a ellas: me aficionan á

Doña Blanca.

A veros vendré mil veces,
por ser mil veces dichosa.

Clavela.

Bien do ardennas te engañan

Doña Blanca.

Ya he sembrado la discordia; y
pues soy despreciada Juno,
muera París, y arda Troya.

Clavela.

ESCENA IV.

Doña Inés y Beltrán.

Doña Inés.

Beltrán.

Doña Inés.

Ola, Beltrán,

Beltrán.

Beltrán.

¿Qué me quieres,
señora?

Doña Inés.

Al punto partid,
y con recato seguid,
Beltrán, esas dos mugeres,
sabed, en casa; y de suerte
el seguir las, no de ser,
que ellas no lo han de entender.

Beltrán.

Voy, señora, á obedecerte,
y fia de mi cuidado,
que lo que se han referido
atendiendo, que escondido
su relación he escuchado.

ESCENA V.

Doña Inés.

Hasta ahora, ciego amor,
libre estendi que vió,
ni tus prisiones sentía,
ni me inquietaba tu ardor,
pero, ya viste presumo,
que la libertad perdí,
que el fuego escondido, en mí,
se conoce por el humo.
Causóme pena escuchar
los defectos del Marqués,
y amar, sin duda, es
claro indicio este pesar.
Cierto está, que es de querrela
este efecto, pues sentí
las faltas que de él os
como ocasión de perderle.
Presto he pagado el delito
de seguir una inclinación.

y ya os empieza á alabaros. Mirad, que no es de prudentes la propia satisfaccion, y mas donde tantos son de mi mano pretendientes, y quien con tal osadia presume, ó es muy perfecto, ó si tiene algun defecto, en que es oculto se fia, y es accion poco discreta, estar en eso fiado, que á la envidia y al acuidado, Marqués, no hay esa secreta.

Marqués.

Bien me puede haber meritado mi propio amor, lisongeró, pero yo mismo primeramente que fuese tan atrevido, me examiné con rigor de amigo de enemigo, y he juzgado, que puede estar confiado, mas que el de todos, mi amor. De mi sangre no podeis negarme, Inés, que confía con causa, pues es la mia, con la misma que vos, teneis. De mi persona y mi edad, si pesa á mis enemigos, vuestros ojos son testigos, no mendigaré la verdad. En la hacienda, y el estado, ilustre, en que he sucedido, de ninguno soy vencido, si soy de algunos igualado.

Mis costumbres yo mandigo
 que son santas; mas al menos
 son tales, que los mas buenos
 me procuran por amigo.
 De mi ingenio no publica
 mi lengua la estimacion,
 dígalo la emulation,
 que ofendiendo califica;
 pues en gracias naturales,
 y adquiridas, decir puedo,
 que los pocos que no escodo,
 se jectan de serme iguales.
 En las armas sabe el mundo
 mi destreza, y mi pujanza;
 hable el segundo Carranza,
 el Darbaes sin segundo.
 Si canto, suspende el viento;
 si danzo, cada medicina
 hace, para su alabanza;
 corto el encarcamiento.
 Nadie es mas airado á pié;
 que puesto, que del danzando
 es contrapunto al danzar,
 por consecuençia servé,
 si en contrapunto soy diestro,
 que lo seré en canto llano:
 pues á caballo, eno en vamo,
 me conocen por maestro,
 de ambas sillas los mas sabios;
 pues al mas saine animal
 trueco en sujecion real
 los indómitos reatinos.
 En los toros ¿quién ha sido
 á esperar mas reportado?
 ¿quién á herir mas acertado,

y á embestir mas atrevido.
 ¡A cuántos, ya que el rejon
 rompió, y empuñé la espada,
 partí de una cuchillada
 por la cruz el corazon?
 Tras esto, de que la fama,
 como sabéis, es testigo,
 sé callar al mas amigo
 mis secretos, y mi dama;
 y soy (que esto es lo mas nuevo
 en los de mi calidad)
 amigo de la verdad,
 y de pagar lo que debo.
 Ved, pues, señora, si puedo,
 con segura presuncion,
 perder en mi pretension
 á mis contrarios el miedo.

Doña Inés.

¡Que altivo, y presuntuoso
 ¡qué confiado, y lozano
 os mostráis, Marqués! no en vano
 dicen, que sois jactancioso.

Bien fundan sus esperanzas
 vuestros nobles pensamientos

en tantos mercedimientos;
 mas á vuestras alabanzas,
 y á las prendas que alegais,
 hallo una falta, Marqués,
 que no negareis.

Marqués.

¿Cuál es?

Doña Inés.
 Ser vos quien lo publicais.

Marqués.

Regla es, que en la propia boca

la alabanza se envilece;
 mas aquí excepcion padece,
 pues á quien se opone, toca
 sus méritos publicar,
 por costumbre permitida;
 que mal, si sois pretendida
 de tantos, puedo esperar
 que los mismos, que atrevidos,
 á vuestra gloria se oponen,
 mis calidades pregonen,
 si está en esto ser vencidos:
 decírlas yo, es proponer,
 es relacion, no alabanza,
 alegacion, no probanza,
 que esa vos la habeis de hacer.
 Hacedla; y si fuese ageno
 un punto de la verdad,
 á perder vuestra beldad.
 desde ahora me condeno.

Doña Inés.

Mucho os habeis arrojado.

Marqués.

La verdad es quien me alienta.

Doña Inés.

¿Cómo puede ser que mienta ap.

quien habla tan confiado?

¿Cielos santos, es posible

que tales faltas esconda

tal talle, y no correspondá

lo secreto á lo visible?

Tales los méritos son,

que alegais vos, y yo veo,

que si como ya desoy

y espero la relacion,

verifica la probanza

que rigurosa, he de hacer ;
 desde aquí os doy de vencer
 seguridad, no esperadla ;
 porque inclinada me siento
 si os digo verdad. Marqués,
 á vuestra persona.

Marqués.

Ese es mi mayor merecimiento ;
 ¿ Qué mas plena información
 de méritos puedo hacer, señora,
 que merecer tan divina inclinación ?
 Si en ese que tú me das,
 Marquesa, á todos escudo,
 está cierta, qué no puedo
 ser vencido en los demás.

ESCENA VII.

Dichos y Beltran.

Beltran.
 Llegada es ya la ocasión,
 en que es forzoso probarlos.

Marqués.

¿ Beltran, cómo ?

Beltran.

El Conde Carlos
 con la misma pretensión
 ha publicado en servicio
 de la Marquesa un cartel,
 y desafia por él
 á todo ilustre ejercicio
 de letras y armas, á cuantos
 al examen se han opuesto.

Marqués.
 ¿ El Conde ? ¿ Cielos , que es este ?
 El Conde solo , entre tantos
 amantes , hasta conmigo
 á obligarme á desistir ,
 que no es justo competir
 con tan verdadero amigo ;
 mas ya por opositor
 al examen me he ofrecido ,
 y nadie creerá que ha sido
 la amistad , sino el temor
 el que muda mi intención ;
 pues , amigo , perdonad
 si prefiero á la amistad
 las aras de la opinion .

Doña Inés.

Marqués , parece que os pesa ,
 y que os han arrepentido
 las nuevas que habeis oído .

Marqués.

Lo dicho dicho , Marquesa .
 La suspension que habeis visto ,
 nació de que amigo soy
 del Conde ; mas ya que estoy
 declarado , si desisto ,
 lo podrá la emulacion
 á temor atribuir ,
 y es forzoso preferir
 á la amistad la opinion ,
 demas , que vuestra beldad
 es mi disculpa mayor ,
 si por las leyes de amor
 quebrando las de amistad .

Doña Inés.

Pues bien es que contenta

¿vencer, yo á examinar,
aunque no pienso buscar,
si al Conde Carlos venceis,
otra probanza mayor.

Marqués.

Si vos estais de mi parte,
ni temo en la guerra á Marte,
ni en la paz al Dios de amor.

Doña Inés.

¿Habeis sabido, Beltran,
la casa?

Beltran.

Ya la he sabido.

Doña Inés.

¡Oh cielos! hayan mentido
nuevas, que tan mal me están,
que las señales desmienten
defectos tan desiguales.

Beltran.

No dés crédito á señales,
si las del Marqués te mienten.

ESCENA VIII.

El Marqués.

¿De una vista, niño ciego,
dejas una alma rendida?
¿de una flecha tanta herida?
¿y de un rayo tanto fuego?
Loco estoy, ni resistir,
ni desistir puedo ya,
todo mi remedio está
solo en vencer, ó morir.

ESCENA IX.

*El Marqués y el Conde Carlos.**Conde.*

¿ Marqués amigo , sabéis
 el cartel que he publicado ?

Marqués.
 Y me cuesta mas cuidado
 del que imaginar, podía.

Conde.

¿ Por qué ?

Conde Marqués.

En vuestro desafío
 tenéis por opositor
 á vuestro amigo el mayor.

Conde.
 El mayor amigo mio
 sois vos , Marqués.

Marqués.

Pues yo soy.

Conde.

¿ Qué decís ?

Marqués.

Cuánto me pesa
 sabe Dios : con la Marquesa
 declarado ; Conde , estoy ;
 despues de estarlo , he tenido
 nuevas de vuestra intencion ;
 y salvando mi opinion ,
 y sin que entienda que ha sido
 el desistir cobardía ,
 puedo hacerle vos el modo
 trazad , pues siempre es en todo
 vuestra voluntad la mia ;

que pues por vos he olvidado, tras de dos años de amor, á doña Blanca, mejor de este tan nuevo cuidado se librará el alma mía, aunque si el pecho os confiesa lo que siente, de Marquesa ha encendido en solo un día mas fuego en mi corazón, que doña Blanca en dos años; mas libradme de los daños que amenazan mi opinión, si desisto de este intento, y vereis si mi amistad tropieza en dificultad, ó repara en sentimiento.

Conde.

Culpados somos los dos, Marqués, igualmente aquí, que el recataros de mí, y el recatarme de vos en esto, nos ha traído á lance tan apretado, que uno y otro está obligado á acabar lo que ha emprendido.

Marqués.

Yo no soy culpado en eso, que no quise publicar mi intento, por no quedar corrido del mal suceso; y con esta prevención, que pienso que fue prudente, á doña Inés solamente declararé mi pretensión; y sabe Dios, que mi intento así

fué, quererme divertir
 de doña Blanca, y cumplir
 vuestro justo mandamiento.
 Y el cielo, Conde es testigo,
 que aunque en el punto que vi
 á la Marquesa, perdí
 la libertad, fué conmigo
 de tanto efecto el oír,
 que érades también su amante,
 que de mi intento al instante
 determiné desistir;
 mas ella, que no confía
 tanto de humana amistad,
 lo que fue fidelidad,
 atribuyó á cobardía;
 y esta es precisa ocasión
 de proseguir, que sí es justo,
 Conde, preferir al gusto
 la amistad, no la opinion.

Conde.

Con lo que os ha disculpado,
 me disculpo: yo ignorante
 de que fuédeses su amante,
 el cartel he publicado:
 no puedo con opinion
 de este empeño desistir,
 que no lo ha de atribuir
 á amistad la emulacion.

Marqués.

Eso supuesto, mirad,
 Conde, lo que hemos de hacer.

Conde.

Competir, sin ofender
 las leyes de la amistad.

Marqués.

Tened de mí confianza,
que siempre seré el que fui.

Conde.

Y fad que no haga en mí
la competencia mudanza.

ESCENA X.

El Conde Carlos.

¿Cuándo, ingrata, doña Inés,
ha de cesar tu crueldad?
¿cuando ya, por mi amistad,
hubo intentado al Marqués,
le obligaste al desafío,
por darme pena mayor?
¿qué le queda á ta rigor
que emprender en daño mio?

ESCENA XI.

El Conde y Beltran.

Beltran.

¿Famoso Conde?

Conde.

¿Beltran,
qué hay del examen?

Beltran.

Señor,
hoy de todo pretensor
los méritos se verán.

Conde.

¿Qué ha sentido la Marquesa
del cartel que he publicado?

Beltrán.

La gentileza ha estimado,
con que vuestro amor no cesa
de obligarla.

*Conde.**Su rigor*

á lo menos no lo muestra.

Beltrán.

No os quejeis, que culpa es vuestra
conquistar ageno amor,
ingrato, á quien os adora,
y por vos vive muriendo.

Conde.

¿Qué decís, que no os entiende?

Beltrán.

La Marquesa mi Señora
lo sabe ya todo, en vano
os hacéis desentendido.

Conde.

¿Decid, por Dios, qué ha sabido?
del secreto os doy la mano:
si es, que os recatais por eso,
solos estamos los dos.

Beltrán.

Ha sabido, que por vos
pierde doña Blanca el seso.

Conde.

¿Qué doña Blanca?

Beltrán.

De Herrera,
la hija de don Fernando.

Conde.

Lo que os estoy escuchando,
es esta la vez primera,
que á mi noticia llegó.

Beltrán. Bien, por Dios.

Conde. El es testigo,
de que la verdad os digo.

Beltrán. Pues que lo sepais, é no
por vos vivo en tal tormento,
en tanto fuego abrasada,
Blanca, que desesperada,
quiere entrarse en un convento.

Conde. ¿Por mí?

Beltrán. Por vos.

Conde. Mirad bien
que os engañais.

Beltrán.

Ni yo dudo
quien sois, ni engañarse pude
quien lo dijo.

Conde.

¿Pues de quién
lo sabeis, que no podía
engañarse?

Beltrán.

Hélo sabido
de una criada, que ha sido
de quien ella mas se fia.

Conde.

Otra vez vuelvo á juraros
que he estado ignorante de ello.

Beltrán.

Bien puede, sin entendello

vos, doña Blanca adoraros,
 que esas prendas fortaleza,
 mayor pueden sugetar,
 y ella de honesta callar,
 ciega de amor, su flaqueza;
 yo solo os puedo decir,
 que quien me lo dijo, fué
 con circunstancias, que sé
 que no me puede mentir.

Conde.

¿Puede ser esta verdad,
 cielo santo! Puede ser,
 que en antojos de muger,
 no es esta gran novedad.
 Pero no, el Marqués, ha sido
 su amante, mentira es;
 pero bien pudo el Marqués
 amarla sin ser querido.
 ¿Cómo me pudo tener
 tanta afición sin mostralla?
 pero como honesta calla,
 si adora como muger.
 ¿Cómo mi amor la conquista
 sin comunicar con ella?
 pero la honrada doncella
 tiene la fuerza en la vista.
 Marquesa, si esto es verdad,
 al cielo tu sinrazon
 ofende, y me dá ocasion
 de castigar tu crueldad.
 Será de mí celebrada
 Blanca, principal y hermosa,
 quizá pagarás zelosa
 lo que niegas confiada.
 ¿Mas que haré, que el desafío

me tiene empujado ya?
 el mismo ocasion me dá
 para el desagravio mio:
 yo haré que en tu confianza,
 si el cielo me da victoria,
 donde espera mayor gloria,
 me dé á mi mayor venganza.
 A Dios Beltran.

Beltran.

Conde á Dios.

Conde.

Mi pretension ayudad.

Beltran.

Ya sabeis mi voluntad.

Conde.

Confiado estoy de vos.

ESCENA XII.

Beltran.

Lo que manda la Marquesa
 comencemos á ordenar. (1)
 ¿Cielos, en qué ha de parar
 tan dificultosa empresa?

ESCENA XIII.

Beltran y Clavela con manto.

Clavela.

Dicen que un loco hace ciento,
 y ya por la ceguedad
 de Blanca, en mí la verdad

(1) *Pone papeles sobre un bufete, recado de escribir y un libro.*

del refran, ~~experimentado~~
obligame á acreditar
su enredo con otro enredo :
este es Beltran, aquí poded
su intencion egecular,
Suplicoos, que me digais
donde hallaré un gentil hombre
de esta casa, cuyo nombre
es Beltran ?

Beltran.

Con él estais.

Clavela.

¿ Vos sois ?

Beltran.

Yo soy.

Clavela.

Buen agüero,
del dichoso efecto ha dado,
haberos luego encontrado,
á lo que peditos quüero.

Beltran.

¿ En qué os pueda yo servir ?

Clavela.

Es público que se casa

la señora de esta casa :

dicen que ha de recibir

mas criadas, y quisiera,

pues tanto podeis, que fuese,

para que me recibiate

vuestra piedad mi ternura,

que ni por padre honrada,

ni por buena fama, o sea,

que desprecie mi deseo :

en labores y bordados

hay en la corte muy pocas

que me puedan igualar;
 si me pongo á aderezar
 balonas, vueltas y tocas,
 no distingue, aunque lo intente
 la vista mas atrevida,
 si son de gasa bruñida,
 ó de cristal transparente;
 y si de lo referido.
 pretendéis certificaros,
 será fácil informaros
 de la casa en que he servido;
 que la madre del Marqués
 don Fadrique es buen testigo
 de las verdades que digo.

Beltran.

Esta ocasion, Cielos, es, *ap.*
 la que buscar he podido,
 para informarme de todo
 lo que pretendo. ¿De modo,
 que habeis, señora, servido
 á la Marquesa?

Claoela.

Diez años.

Beltran.

¿Por qué causa os despidió
 de su servicio?

Claoela.

Cayó

ap.

en la red de mis engaños.

Si os he de decir verdad,
 me habeis de guardar secreto;

Beltran.

Decid, que yo os lo prometo.

Claoela.

Conquistó mi honestidad

su hijo el Marqués de suerte,
que me despedí por él,
y por eximirme ~~del~~ ^{del}
tuviera en poco la muerte.

Beltran.

¿Por qué, decid?

Clavela.

Yo me entiendo.

Beltran.

¿No lo fiaréis de mí?

La verdad descubro aquí.

ap.

Clavela.

En el lazo va cayendo.

ap.

No es oro todo, Beltran,

lo que reluce, secretos

padece algunos defectos,

aunque le veis tan galan,

que dá vergüenza el contarlos,

mirad que será el tenerlos.

Beltran.

¿Y no puedo yo saberlos,

supuesto que he de callarlos?

Clavela.

Pues os he dicho lo mas,

y pues pretendo obligaros,

tengo de lisonjearos,

diciendoos lo que jamas

mis labios han confesado.

Tiene el Marqués una fuente,

y el mayor inconveniente

no es este de ser amado.

Beltran.

¿Pues, cuál?

Clavela.

En una ocasion

que me halló sola, en los lazos
 me prendió de sus dos brazos,
 y en la amorosa cuestion,
 á mis labios atrevido,
 con su aliento me ofendió
 tanto, que me mareó
 el mal olor el sentido.
 Por esto, y por la opinion
 que tiene de mentiroso,
 hablador y jactancioso,
 tomé al fin resolucion
 de resistir y de huir
 el ciego amor que se abrasa
 por mí; y así, de su casa
 me fué forzoso salir.

Beltran.

¿Decidme, como os llamais?

Clavela.

Es mi nombre Ana María.

Beltran.

¿Dónde vivís?

Clavela.

Una tia

me alberga; mas pues tomáis
 mi cuidado á cargo vos,
 al mio queda el buscaros.

Beltran.

Importa no descuidaros.

Clavela.

Dios os guarde.

Beltran.

Guárdeos Dios.

Clavela.

Fuerra es que al fin se declare
 la verdad, mas haga el daño.

que hacer pudiese el engaño
y dure lo que durare. *vase.*

Beltrán

Con tan clara informacion,
las faltas son ciertas, ya
del Marqués, y perderá
por ellas su pretension:

ESCENA XIV.

Beltrán y doña Inés.

Doña Inés.

¿Teneis, Beltrán, prevenidos
los memoriales?

Beltrán.

Dispuestos
están, como has ordenado

Doña Inés

Pues llegad; llegad asientos;
sentaos, Beltrán. El examen
en nombre de Dios comienza. (1)

Beltrán.

Este billete, señora,
es de don Juan de Vivero.

Doña Inés.

Breve escribe, dice así:

Lee. Si os mueven *vase.* No muero.

Esto de *vase* es vulgar,
mas por lo breve es discreto.

Beltrán.

Hecha tengo la consulta.

Doña Inés.

Decid.

Lee en el libro.

(1) Siéntase al bufete con un libro y memoriales.

Beltran.

Don Juan de Vivero,
mozo, galán, gentilhombre,
y en sus acciones compuesto,
seis mil ducados de renta,
Galiciano caballero:
es modesto de costumbres,
aunque dicen, que fue un tiempo
á jugar tan inclinado,
que perdió hasta los arreos
de su casa, y su persona;
pero ya vive muy quieto.

Doña Inés.

El que jugó, jugará,
que la inclination al juego
se aplaca, mas no se apaga.
Borradle.

Beltran.

Ya te obedezco.

Doña Inés.

Proseguid. *Lec en el libro.*

Beltran.

Este es don Juan
de Góngora, noble marcebo. (1)

Doña Inés.

¿No es este el que ayer trajo
una banda verde al cuello?

Beltran.

Ese mismo.

Doña Inés.

Pues yo dado
que escape de loco, ó necio;
que preciarle de dichoso,

(1) Dale un papel á Inés.

nunca ha sido acción de cuerdo.

*Lee. En tanta que el máximo Planeta en giro a-
los ilustre el Orbe, y sus piramidales rayos iluminen
mis vitreos ojos....*

¡O que fino mentecato!

Beltran.

¡Y qué puro majadero!

Doña Inés.

¡A una mujer circunloquios
y no usados epítetos!

Beltran.

¡Quiéres oír su consulta?

Doña Inés.

No, Beltran, borradle presto,
y al margen poned así: (1)

Este se borra por necio,
no se consulte otra vez,
porque es falta sin remedio.

Beltran.

Ya está puesto. El que se sigue
es don Gomez de Toledo,
que la Cruz de Calatrava,
ostenta en el noble pecho;
hombre que anda á lo ministro,
capa larga, y corto cuello,
levantado por detras
el cuello del ferreruelo,
el paso compuesto y corto,
siempre el sombrero derecho,
y un papel en la pretina,
maduro en años y en seso.

Doña Inés.

Apruebo el seso maduro,

(1) *Escribe Beltran en el libro.*

maduros años no apruebo
para un marido, Beltrán.

Beltrán.

Es maduro mas no es viejo.

Doña Inés.

¿Va la consulta?

Beltrán.

Es Hurtado
de Mendoza.

Doña Inés.

¿De los buenos?

Beltrán.

De los buenos.

Doña Inés.

Será vano.

Beltrán.

Es pobre,

Doña Inés.

Serálo menos.

Beltrán.

Tiene esperanza de ser
de una gran casa heredero.

Doña Inés.

No contéis por caudal propio
el que está en poder ajeno;
y mas donde el morir antes,
ó despues es tan incierto.

Beltrán.

Pretende oficios.

Doña Inés.

¿Pretende?

triste de él: ¿teneis por bueno
para mi marido á quien
ha de andar siempre pidiendo?

Beltrán.
Un Virreynato pretender.

Doña Inés.

¿Virreynato cuando menos?
¡Mirad si digno que es vano!

Beltrán.

Tiene, para merecerlo,
impunexables servicios.

Doña Inés.

A maravedí, los truco,
que méritos no premiados,
son litigiosos derechos.

Beltrán.

Solo entre sus buenas prendas,
se le conoce un defecto.

Doña Inés.

¿Cuál?

Beltrán.

Colérico y adusto.

Doña Inés.

¡Peligroso, so apañero!

Beltrán.

Mas dicen, que aquella furia
se le pasa en un momento,
y queda apacible, y manso.

Doña Inés.

Si con el ardor primero
me arroja por un balcon,
decidme, ¿de qué provecho
despues de haber hecho el daño,
será el arrepentimiento?

Beltrán.

¿Borrarlo?

Doña Inés.

¡Sí, Beltrán!

que elegir esposo quiero
á quien tenga siempre amor, ;
no á quien siempre tenga miedo.

Beltran.

Ya está borrado, Consulta
de don Alonso.

Doña Inés.

Ya entiendo. ;

Beltran.

Este tiene nota al márgen,
que dice: "Merced le han hecho
de un Hábito, y no ha salido. I
consúltese en saliendo."

Doña Inés.

¿Ha salido?

Beltran.

No señora.

Doña Inés.

Harta lástima le tengo :
Beltran, el que hábito pide,
mas pretende, según pienso,
dar muestra de que es bien quisto,
que no de que es caballero.
Adelante.

Beltran.

Don Guillén
de Aragón se sigue luego,
de buen talle, y gentil brio :
sobre un condado trae pleyto.

Doña Inés.

¿Pleito tiene el desdichado?

Beltran.

Y dicen, que son derecho ;
que sus litigados lo afirman.

Doña Inés.

¿Ellos cuándo dicen menos?

Beltran.

Gran poeta.

Doña Inés.

Buena prenda,
cuando no se toma el serlo
por oficio.

Beltran

Canta bien.

Doña Inés.

Buena gracia en un soltero,
si canta sin ser rogado,
pero sin rogar con ello.

Beltran.

En latin y en griego es docto.

Doña Inés.

Apruebo el latin y el griego,
aunque el griego, mas que sabios,
engendrar suele soberbios.

Beltran.

¿Qué mandas?

Doña Inés.

Que se consulte,
si saliere con el pleito.

Beltran.

El que se sigue es don Marcos
de Herrera.

Doña Inés.

Borradle luego,
que don Marcos, y don Pablo,
don Pascual y don Tadeo,
don Simon, don Gil, don Lucas,
que solo oírlos da miedo,
¿cómo serán, si los nombres

se parecen á sus dueños?

Beltran.

Ya está borrado. Consulta
del Conde don Juan.

Doña Inés.

Ya entiendo.

Beltran.

Es andaluz, y su estado
es muy rico, y sin empeño,
y crece mas cada dia,
que trata y contrata.

Doña Inés.

Eso

en un caballero es falta;
que ha de ser el caballero,
ni pródigo de perdido,
ni de guardoso avariento.

Beltran.

Dicen que es dado á mugeres.

Doña Inés.

Condicion que muda el tiempo:
casará, y amansará
al yugo del casamiento.

Beltran.

No es puntual.

Doña Inés.

Es señor.

Beltran.

Mal pagador.

Doña Inés.

Caballero.

Beltran.

Avalentado.

Doña Inés.

Andaluz.

Beltran.

Es viudo.

Doña Inés.

Boradle presto,
que quien dos veces se casa,
ó sabe envuudar ó es necio.

Beltran.

El Conde Carlos se sigue.
Este tiene gran derecho,
que es noble, rico, y galan,
y de muchas gracias lleno.

Doña Inés.

Si, mas tiene una gran falta.

Beltran.

¿Y cuál es?

Doña Inés.

Que no le quiero.

Beltran.

¿Borrarélo?

Doña Inés.

No, Beltran,
ni le borro, ni le apruebo.

Beltran.

Solo el Marqués don Fadrique
resta ya, sus prendas leo.

Doña Inés.

Decidme ¿qué información
hallasteis de los defectos
que aquella mujer me dijo?

Beltran.

Que son todos verdaderos.

Doña Inés.

¿Qué! ¿son ciertos?

Beltran.

Ciertos son.

Doña Inés.

Pues borradle.... Mas teneos,
no le borreis, que es en vano,
entre tanto que no puedo,
como su nombre en el libro,
borrar su amor en mi pecho.

(1)

vase.

Beltran.

Con las tablas de la ley,
diste, señora, en el suelo:
no hallarás perfecto esposo;
que caballo sin defecto,
quien lo busca, desconfie
de andar jamás caballero.

(1) *Levántase derribando el bufete.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE. (1)

Hernando por una parte y Ochovo por otra.

Hernando.

¡Vitor el Conde Carlos! ¡vitor!

Ochovo.

Cola.

El Marqués don Fadrique, vitor

Hernando.

Mientes:

Ochovo.

¡Lacayo vil, tu lengua niega sola
lo que afirman conformes tantas gentes!

Hernando.

Tú, como infame, mientes por la gola,
que no han sido los votos diferentes
en dar al Conde Carlos la victoria.

Ochovo.

El premio nos dirá cuya es la gloria.

Hernando.

Mas entiendes de vinos, que de lanzas;
¡Llevóse el Conde Carlos la sortija
dos veces, y te quedan esperanzas
de que á tú dueño la Marquesa elija?

(1) *Dentro ruido de cascabeles y timbales.*

Ochoa.
Triste, que ni el primero punto alcanzas
de vinos, ni de lanzas; no coja
tu pecho de ese el lauro que te ofrece, ni
que el Marqués la ha llevado otras dos veces.

Hernando.
¿El Conde, por ventura, en el torneo
en todo no ha quedado ventajoso?

Ochoa.
O estás loco, o te miente tu desatino.
¿El premio no llevó de mas airoso
el Marqués ante señores?

Hernando.
Al Conde ve,
que el premio dan.

Ochoa.
No estás presuntuoso,
que otros dan al Marqués.

Hernando.
¿Hay tal sentencia?

¿qué igualen tan notoria diferencia!

Ochoa.
Juzgólo el Almirante, y corresponde
á quien es.

Hernando.
Será un necio quien replique.

Ochoa.
Su premio guardó en la urna blanca el Conde.

Hernando.
Y el suyo le presenta don Fadrique
á la Marquesa.

Ochoa.
Con misterio oculta
y rabio por saber, qué significa
en balcon blanco, que el delfín

blanca urna en que los Premios deposita.

A su tiempo dirá, La finca baldada

fin; la Marquesa deja la ventana.

Y ya nuestros dos duques han dejado

sus dos caballos.

Hoy el Conde gana

la victoria del bien que ha deseado.

Hoy goza de su prenda soberana

el Marqués.

Ellos vienen.

Rues veamos,

como se hablan ahora nuestros amos.

HECENA II.

Dichos, el Conde Carlos y el Marqués aderezados de

sortija: el Conde de blanco, y el Marqués de verde.

Conde.

Marqués, mil noventa y cuatro quiero daros

del arpa que la gala y la bina.

con que corrido habéis, pudo envidiaros

el Conde.

Marqués.

El alabar el Conde, es alabaros;

lisonja es vuestra la lisonja.

que si á vos solo me alabaré,

que si á vos solo me alabaré.

Que si á vos solo me alabaré,

que si á vos solo me alabaré.

Que si á vos solo me alabaré,

que si á vos solo me alabaré.

Que si á vos solo me alabaré,

que si á vos solo me alabaré.

Conde.

Fué la sentencia
como de tal señor.

Marqués.

El Almirante
honra como quien es.

Ochoa.

¿Quién competencia
tan noble ha visto en uno y otro amante?

Conde.

Marqués, pidiros quiero una licencia.

Marqués.

Si soy vuestro, y no tiene semejante
la amistad que profeso yo teneros,
solo os puedo negar el concederos.
¿licencia puedo dar a quien de todo
es dueño? ¿a quien gobierna mi alvedrío?
tomadla; Conde, vos, que de ese modo
os puedo dar lo que tenéis por mío;
y para daros a entender del todo
cuanto soy vuestro, y cuanto en vos confío,
si sin pedirla no queréis tomarla,
yo sin saberla tengo de otorgarla.

Conde.

Solo quiero saber.

(1)

Marqués.

No digais nada

ó mi amistad de vos será ofendida.

Conde.

¿Amais á la Marquesa?

Marqués.

No es amada

en su comparacion de mí la vida.

Conde.

¿Y Blanca?

*

Marqués.

Es ya de mí tan olvidada,
que aun haberla querido se me olvida.

Conde.

Con eso tomo la licencia, amigo;
hago lo que mandais, y no os lo digo.

ESCENA III.

El Marqués y Ochoa.

Ochoa.

Por Dios, señor, que has andado
tan gallardo, y tan lucido,
que la envidia ha enmudecido,
la soberbia te ha envidiado.
Bien puede el Conde alabarte
de ser vencido.

Marqués.

Eso no
ni pude vencerle, yo
ni quien lo juzgó engañarse.

Ochoa.

Eso sí, que es señal clara
de los nobles corazones,
igualar en las razones
las espaldas con la cara. (1)

Marqués.

Al cuarto de doña Inés
hemos llegado.

Ochoa.

Ella viene.

(1) Se entran por un lado, se muda la escena en la de doña Inés, y salen los dos.

ESCENA IV.

Dichos, *doña Inés, Beltrán, y Mencía.*

Doña Inés.

¡ Ah, cielo; qué impetuoso viene
en mi alvedro el Marqués,
que en un momento mi desdén
pone al instante en olvido
las faltas, que de él he oído;
por las prendas que en él veo.

Marqués.

Huélgome, hermosa señora,
que abreviaré la elección;
pues dos solamente son
los que os compiten ahora;
porque a los demás vencidos
la suerte los excluyó.

El Conde Carlos, y yo
quedamos para elegidos;
iguales nos han juzgado
en la Sortija y Torneo.

No sé yo si su deseo
igual a mi cuidado
sé, que si me venee a mí
en la gloria que pretendo,
tengo de mostrar muriendo
lo que amando merecí.

Doña Inés.

No importa, Marqués, que vos,
y el Conde, solo quedeis,
para abreviar cuando veis,
que el ser iguales los dos,
me pone en más confusión;
porque en muchos desiguales,

mas facil que en dos iguales
se resuelve la eleccion:
pero ya prevengo un medio
con que me he de resolver:
Dilaciones son, por ver
si el tiempo me dá remedio.

Ochavo.

¿Cuándo, enemiga Mencia,
tu dureza he de ablandar?
¿Que no te quieras casar
solo, en mi daño podio,
tan gran novedad hallarse;
pues para darme querrola,
eres la primer doncella,
que no rabia por casarse.

Mencia.

Si quiero; mas no te quiero.

Ochavo.

Pues si por mí no lo acabo,
puédalo el llamarme Ochavo,
que eres muger, y es dinero.

Mencia.

¿Que no pueda ya librarme
de este amante porfiado!
mas si puedo, de su enfado
una burla ha de vengarme.
¿Diré, Ochavo, la verdad?

Ochavo.

Dila, si es en mi favor.

Mencia.

Tu amor pago con amor.

Ochavo.

¿De verás?

Mencia.

Mi voluntad.

esta noche ha de dard fin: sup al
 á tu firme pretension. O no sup
 alidad *Ochoavo* Ochoavo la nos it

¡Mas que tenemos Balcon,
 á puerta dada por jardín! in y A;

No tanto, lo que debes: no sup
 mi ciego amor, disculpa; in slov
 ese tafeta por esta, in slov
 Ochoavo, una zafiro; in slov
 escóndete en ella, y ahora in slov
 que en plática están los tres in slov
 divertidos, que después in slov
 que se acueste in slov

yo, que soy su camarera in Q;
 saldré á esta enadra, y tendrás, al
 de lo que oyéndome estás, in slov
 información verdadera: in slov
 Ochoavo, in slov

Al paso, que se desea in slov
 se duda, y se desconfía; in slov
 obedécote, Mencía,
 y voyme á la chimenea. in slov

ESCENA V.

El Marqués, Inés y Beltrán.

Marqués.

¡ Los ingenios intentáis
 examinarnos ?

Doña Inés.

Si iguales

los méritos corporales
 á los del alma juzgáis,
 erráislo; y se precipita

la que así no se trata,
que con el alma se trata,
si con el cuerpo se habita.

Marqués.
¡Ay mi bien! que no lo siento,
porque me causa temor,
que en las alas de mi amor
volará mi entendimiento:
síntolo, Inés, porque ves,
que son todas dilaciones,
solicitando ocasiones
de no premiar mi deseo:
mirad, que muero de amor.

Doña Inés.
¡Qué mal, Marqués, lo entendéis!
las dilaciones que veis
son solo en vuestro favor;
que nadie en mi pensamiento
os hace á vos competencia;
solo está de mi sentencia
en vos el impedimento.

Marqués.
Declárate; ¿no te vas?

Doña Inés.
Basta, Marqués; declararos,
que ni puedo mas amaros,
ni puedo decirós mas.

ESCENA VI.

El Marqués y Beltran.

Marqués.
¡Cielos, que es esto? Sacad,
Beltran, de esta confusión
mi afligido corazón.

Beltrán.

Sabe Dios mi valentía;
mas háme puesto precepto
del silencio doña Inés,
y no querrais vos, Marqués,
que os revele su secreto;
De la vil emulation
sin duda nace este engaño,
y puede más en mi pecho
la envidia que la razón;
¡Mas, por qué, enemigo ingrato,
me matas con envenenarlo!
matárame con decirlo,
pues al callarlo me mata.

ESCENA VII.

Beltrán y doña Inés.

Beltrán.
Saquennos con bien los cielos
de intento tan peligroso.

Doña Inés.
¿Fuese?

Beltrán.
Corrido, y quejoso,
ardiendo en cólera y celos;
y tiene, por Dios, razón,
si atenta le consideras,
que declarar le pudieras
de su daño la ocasión.

ESCENA VII

Dichos, y Ochoa al paño escuchando.

Doña Inés.
 Bien lo quisieran mis males;
 pero nadie, más discreto,
 dice al otro su defecto,
 y los del Marqués son tales,
 que la vergüenza no deja
 referirlos; y es más sabio
 intento causar su agravio,
 que satisfacer su queja.

Ochoa.
 ¿Qué serán estos defectos?

Doña Inés.
 ¿Decid, quién, si en la opinion
 del Marqués, al mundo son
 sus defectos tan secretos,
 que eso le da confianza,
 le dirá faltas tan feas?

Betixon.
 Yo, señora, si desee
 no dar causa á su venganza;
 porque tener una fuente,
 es enfermedad, no error;
 de la boca el mal olor,
 es natural accidente;
 el mentir es liviandad
 de mozo, no es maravilla;
 y vendrán á corregilla
 la obligacion, y la edad:
 estos sus defectos son;
 pues él los pregunta, deja
 que yo mitigue su queja.

y aclarar su confusion.

Ochoan.

¡Hay tal cosa!

Doña Inés.

Mal sabeis

cuánto amarga un desengaño:
aunque remedieis su daño,
con eso le ofenderéis;
que aun los públicos defectos
hace quien los dice ofensa:
¿qué hará el Marqués, cuando piensa
que los suyos son secretos?
Si son ciertos, la razon
con que le dejo verá,
ó el tiempo descubrirá
la verdad, si no lo son;
que á esto solo mi cuidado,
con la dilacion, aspira.

Beltran.

Señora, si ella es mentira,
¡lindamente la han trazado!

Doña Inés.

¿Qué ocasion á la criada
de Blanca pudo mover
á mentir?

Beltran.

Toda muger
es á engañar inclinada. *vanse.*

Ochoan.

¿Esto pasa? ¿que escondido
tanto mal tenga el Marqués?
¿que lo sepa doña Inés;
y yo no lo haya salido?
¿quién puede haber que lo crea?
¿Qué de mentiroso tiene

opinión !.. Mas gente viene,
vuélvome á la chimenea.

ESCENA IX.

Decoracion de salón.

Doña Blanca y Clavela á la ventana.

Clavela.

¿Qué querrá tratar contigo
el Conde Carlos?

Doña Blanca.

El es,
como sabes, del Marqués.
don Fadrique fiel amigo,
y decirme de su parte
alguna cosa querrá.

Clavela.

¿Si está arrepentido ya
de mudarse, y agraviarte?

Doña Blanca.

No vuelva con tanto aliento
mi esperanza.

Clavela.

Pues, señora,
¿quieres saber lo que ahora
me ha dictado el pensamiento?

Doña Blanca.

Dilo.

Clavela.

El Conde te ha mirado
en la Sortija y Torneo
tanto, que de algun dexo
me dá indicio su cuidado,

Doña Blanca.

¿Eso dices, cuando ves,
que es doña Inés su esperanza?

Clacela.

¿No hay en el amor mudanza?

Doña Blanca.

¿Siendo amigo del Marqués,
he de creer que pretende
las prendas que él adora?

Clacela.

¿Si ya el Marqués te olvidó,
con amarte, qué te ofende?
supuesto que es tan usado
en la corte a suceder
el amigo en laonger,
que el otro amigo ha dejado,
sin que esta omisión lo sea
para poder dividillos;
que dicen que esos puntillos
son para hidalgas de aldea.

Doña Blanca.

Presto el misterio que esconde
su venida, y su intencion,
conoceré; háceme el balcon,
viene un hombre.

Clacela.

Será el Conde.

ESCENA X.

Dichas y el Conde Carlos de noche.

Conde.

Ah, como son divinas
son tus intentos secretos,
puedo apenas tus celos

por tan ocultos caminos.
 ¿Quién pensará que la fama
 de que á Blanca doy cuidado,
 hubiera en mí despertado
 tan nueva amorosa flama;
 que funde ya mi esperanza
 en ella su dulce empleo,
 y prosiga mi deseo
 lo que empezó mi venganza?
 De amar es fuerte incentivo
 ser amado; que el rigor
 mata el mas valiente amor,
 y apaga el ardor mas vivo.
 Mas ya Blanca en su balcon
 me espera; que puntual
 es fuego el amor, y mal
 se encubre en el corazon.

¿Es Blanca?

Doña Blanca.

¿Es Carlos?

Conde.

Soy, señora mia,
 el hombre mas dichoso
 de cuantos ven la luz del claro dia;
 si bien estoy quejoso
 del tiempo que el recato me ha tenido
 oculto el alto bien que he merecido.

Doña Blanca.

No os entiendo.

Conde.

Señora,

baste el silencio, baste el sufrimiento:
 de años basten ya, que el pensamiento,
 sin producir acciones, nos
 ardiendo reprime nuestras pasiones.

Doña Blanca.

Hablad, que me nos os entiendo ahora.

Conde.

¿Qué es, Blanca, ya vuestro recato, y declarados podeis, no soy ingrato.

Doña Blanca.

Vos, Conde, os declarad.

Conde.

Quando la fama publica ya parlera,

que el sol ha iluminado

dos veces, y los signos de la esfera,

después que arde en mi amor vuestro cuidado

y que os obliga la desconfianza

de ser mi dulce esposa, á la mudanza

del secular al religioso estado.

¿Os precia de secreta, y recatada,

por qué tal gloria goza y penada?

Doña Blanca.

Este daño resulta de mi engaño.

Clasela.

Clasela.

No es, ingenua al Conde, mucho el daño.

Conde.

¿Por ventura, teméis que el pecho mío,

no os corresponda, Blanca, por ventura,

demás, que esa beldad os asegura

la victoria del mal libre albedrío.

¿No os han dicho mis ojos,

mis colores, divinos y liberos,

mis ardientes enojos,

¿En lo blanco, y lo verde, quién me alcatra,

queréis entender, quies Blanca mi esperanza?

¿No advertís en la cortina y el torero

de blanco una ventana, y puesta en ella

la vista de una brava, el albrico.

émula de la nieve, y no sé

mostrando por insignias mi desseo, y la B
poniendo en ella del marcial trofeo

los premios que gané, con qué mostraba
que á esa blanca doncella los dedicaba?

¿En las cañas mi adarga en campo verde
no llevaba una blanca, y en ella
cuya letra en el círculo decía:

Tanto á una blanca la esperanza mia?

¿Tras esto, yo no vengo ya rendido?

¿Pues, mi bien, qué te impide, ó qué te esfuerza
de sacarme, y salir de tanta pena?

obediente oír... *Clavala.*

Goza de la ocasión, señora mia, y no sup
que rabio ya por esta gloria.

Doña Blanca.

¿Qué recelo? ¿qué duda?

¿Con qué medio mejor la suerte podrá
disponer mi remedio y mi venganza?

Señaló el Marqués un graviloch y en media

Conde, ya llegó el tiempo que mi pecho
de las verdades vuestras satisface, y
descanse de sus penales

que me llegaba el fuego á las almohadas,
antes de ser pagado,

¿qué será cuando vea, Lind
que el vuestro correspondará mi desseo?

Conde.

¿Qué alcanzo tanta gloria?

Doña Blanca.

¿Maravilla que gozéis esta victoria?

¿Amor Conde, conde viene, y es muy tarde,
tratadle con más piedad, y Dios os guarde

allí no os vea y *Conde.*

A Dios, querida Blanca. Amor y victoria?

¿qué gracias te daré por tanta gloria?
 pues en un punto alcanza
 mi amor de Blanca amor, de Inés venganza.

ESCENA XI.

El Conde y el Marqués, de noche.

Marqués.

¿Es el Conde?

Conde.

¿Es el Marqués?

Marqués.

¿Vos tan tarde, Conde, aquí?

Conde.

Sí, que os solicito así
 la dicha de doña Inés.

Marqués.

¿Cómo?

Conde.

La mano le doy,
 si vos licencia me dais,
 á Blanca.

Marqués.

Al cuello me echais,

Conde, nuevos lazos hoy;
 pues aunque el amor cesó,
 la obligacion del deseo
 de su merecido empleo,
 viva en el alma quedó.
 Pues en tan noble marido
 mejorada suerte alcanza,
 no se queje su esperanza
 de que mi mano ha perdido.

Conde.

Esto es bueno, para haber

dos años que á mí me adora
doña Blanca. Nada ahora
os queda ya que temer.

Marqués.

¡ Ay de mi, Conde, que es vano
vuestro cuidado y el mio ,
cuando alcanzar desconfío
de la Marquesa la mano !
que de sus labios oí ,
(ved si con causa lo siento)
que estaba el impedimento
de alcanzarla solo en mí :
no dijo mas la cruel.
Conde, solo estais conmigo ,
mi amigo sois , y el amigo
es un espejo fiel ;
en vos á mirarme vengo :
sepa yo , Carlos , de vos ,
por vuestra amistad , por Dios ,
¿ qué secreta falta tengo ,
que cuando á mí se me esconde
la sabe Inés ? ¿ Por ventura
de mi sangre se murmura
alguna desdicha , Conde ?
Habládme claro , mirad ,
que he de tener , vive Dios ,
si esto no alcanzo de vos ,
por falsa vuestra amistad.

Conde.

Estad , Marqués , satisfecho
que á saberlo , os la digera ;
y si no es la envidia fiera
la que tal daño os ha hecho ,
el ingenio singular
de Inés me obliga á que arguya ,

que esa es toda industria suya,
 con que intentando no errar
 la eleccion, os obligó
 á que os mireis, y enmendeis,
 si algun defecto teneis,
 que vos sepais, y ella no.
 Mas si de vuestra esperanza
 marchita el verdor lozano
 la envidia infame, esta mano,
 y este pecho á la venganza
 tan airado se previene,
 que el mundo todo ha de ver,
 que nadie se ha de atrever
 á quien tal amigo tiene.

Marqués.

Bien sabeis vos, que os merece
 mi amistad esa fineza.

Conde.

Ya la purpúrea belleza
 del alba, en perlas ofrece
 por los horizontes claros
 el humor que al suelo envia.

Marqués.

Aquí me ha de hallar el día.

Conde.

Fuerza será acompañaros.

Marqués.

No, Conde, que estos balcones
 de Inés quiero que me vean
 solo, y que testigos sean
 de que en mis tristes pasiones
 aguardo aquí solo el día,
 solo por mas sentimiento;
 que la pena, y el tormento
 alivia la compañía.

Vos es bien que os recojaís ;
descansad , pues sois dichoso.

Conde.

Mal puedo ser venturoso ,
mientras vos no lo seais.

ESCENA XII.

*El Marqués y Ochoan en lo mas alto del corredor,
tiznado.*

Ochoan.

Gracias á Dios que he salido
ya de esta baina de olin.
¡ Ah vil Mencia , tu fin
burlarme en efecto ha sido !
Al tejado menos alto
de uno en otro bajaré ,
porque de él al suelo dé
menos peligroso salto.

Marqués.

Parece que sobre el techo
de lues anda un hombre. ¿ Cielos,
que será ; Ah , bastardos celos ,
que asaltos dais á mi pecho !
¿ De lues puede ser manchada
tan vilmente la opinion ?
No es posible. Algun ladrón
será , o de alguna criada
será el apante ; verelo,
que parece que procura,
disminuyendo la altura ,
bajar de uno en otro suelo.

Ochoan.

De aquí he de arrojarme al fin ,
que es el postrer escalón ;

¡valgame en esta ocasión
algun santo volatin!

(1)

Marqués.

Hombre tente, y dí quien eres.

Ochavo.

Hombre, tente tú, que á mí,
si me ves tendido aquí,
¿qué mas tenido me quieres?

Marqués.

¿Es Ochavo?

Ochavo.

¿Es mi señor?

Marqués.

¿Dime qué es esto?

Ochavo.

No es nada,
burla ha sido, aunque pesada;
mas son percances de amor.

Marqués.

¿Cómo?

Ochavo.

Esa cruel Mencía

esta noche me ha tenido
entre el olin escondido,
y vino al romper del día
diciendo, que su señora
su intento habia sospechado,
y que con ese cuidado
se estaba vistiendo ahora
con su gente, para ver
la casa: yo que me ví
en tal peligro, salí

(1) Salta al teatro y tiéndese, y el Marqués le
pone la espada al pecho.

como bala , por poder
librarme , por el cañon
de esa ahumada chimenea.

Marqués.

Por Dios , que estoy porque vea
tu atrevida pretension
la pena de tu locura.
¿ De casa que me ha de honrar
te atreviste á quebrantar
la opinion , y la clausura ?

Ochoa.

El amor me ha disculpado ;
y basta , señor , por pena ,
haber perdido la cena ,
toda una noche espetado ,
y haber el refran cumplido
de si pegare , y sino
tizné , pues que no pegó ,
y tan tiznado he salido.

Marqués.

Necio , no estoy para oir
tus gracias.

Ochoa.

Yo sí , Marqués ,
para decir las , despues
que sin cenar , ni dormir
toda la noche he velado ;
mas siempre los males son
por bien , pues por el cañon
no cupiera , á haber cenado ;
y el descuento está bien llano ,
que de este trabajo tuve ,
pues de no cenar , estuve
para saltar mas liviano :
demas , que lo que he sabido

esta noche me ha obligado
á dar por bien empleado
cuanto mal me ha sucedido.

Marqués.

¿Cómo?

Ochavo.

¿Lo que algun contrario
tuyo ha sabido de tí,
encubres, Marqués, de mí,
tu amigo, y tu secretario?
¿Fuente tienes, y la cura
otro que yo?

Marqués.

¿Fuente yo?

Ochavo.

¿Doña Inés lo sabe, y no
Ochavo?

Marqués.

¿Hay tal desventura!
¿Eso han dicho á doña Inés?

Ochavo.

Ten paciencia, que otras cosas
mas ocultas y afrentosas
le han dicho de tí, Marqués.

Marqués.

Acaba, dilas.

Ochavo.

A enfado
dice, señor, que provoca
el aliento de tu boca;
mira tú á quién has besado
sobre abito, y en ayunas,
ó despues de comer olla,
ajós, morcilla, cebolla,
abas verdés, ó áceytuñas.

Marqués.

¡ Hay tal maldad! cosas son,
que trazan envidias fieras.

Ochoa.

Dichoso tú, si pudieras
dar de ellas informacion
de lo contrario & tu ingrata;
mas esto es nada, señor,
lo que falta es lo peor,
y lo que mas la recata.

Marqués.

El veneno riguroso
me da de una vez.

Ochoa.

¿ Pues quieres
saberlo? Hánle dicho, que eres
hablador y mentiroso.

Marqués.

¿ Cielos, qué injurias son estas,
que en mi ejecutan sus iras?
¿ qué traiciones, qué mentiras
con tal ingenio compuestas?
que es imposible que de ellas
darla desengaño intente.

Ochoa.

¿ En fin, tú no tienes fuente?

Marqués.

¿Quieres que en vivas centellas
te abraze mi furia?

Ochoa.

No;

mas, señor, si son mentiras,
efectos son de las iras,
que en doña Blanca encendió
el ser de ti desdeñada;

porque, segun entendí,
quien ésto dijo de tí
fue de ella alguna criada.

Marqués.

La vida me has dado ahora,
que el remedio trazaré
facilmente, pues ya sé
de estos engaños la autora.

Ochavo.

Pues vámonos á acostar,
en pago de tales nuevas.

Marques.

Por mas máquinas que nuevas, *ap.*
Blanca, no te has de vengar.

ESCENA XIII.

SALA EN CASA DE DOÑA INÉS.

Doña Ines, Beltran y Mencía.

Doña Inés.

Oye, Beltran, ya es forzoso
dar fin á mis dilaciones.

Beltran,

No te venzan tus pasiones,
haz al Conde venturoso,
pues en prendas ha escedido
á todos.

Doña Inés.

Hoy mi sentencia
así es que en la competencia
de ingenios quede vencido,
le dá el laurel victorioso.

Mencía.

Yo pienso que ha de venir

toda la corte á asistir
al certámen ingenioso.

Doña Inés.

Así tendrá la verdad
mas testigos; y el deseo,
con que acertar en mi empleo
y cumplir la voluntad
de mi padre he pretendido,
notorio al mundo será.

ESCENA XIV.

*Dichos, el Conde don Juan, don Guillén, don Juan
Guzman y el Conde Alberto.*

Alberto.

Aunque del examen ya
doña Inés nos ha escludido,
no es bien que nos avergüence:
la fiesta podemos ver
que en eleccion de muger,
el peor es el que vence.

Don Guillén.

Yo, á lo menos, no he tenido
á infamia el ser reprobado.

Don Juan.

Yo, por no verme casado,
no siento el haber perdido.

ESCENA XV.

*Dichos, el Marqués, y el Conde Carlos y Ochoa por
otra parte.*

Conde.

¿Qué tal quiso acreditar
la envidia?

Marqués.

Pues ha de ser *ap.*

doña Blanca su muger ,
decoro la he de guardar
en callarle , que ella ha sido
quien con zelosa pasion
se valió de esta invencion.
Una muger me ha querido ,
con las faltas que escuchais ,
desacreditar.

Conde.

Marqués ,
daros pienso á doña Inés ,
pues vos á Blanca me dais.

Marqués.

Tracémoslo , pues.

Conde.

Dejad
ese cargo á mi cuidado ,
que al efecto se ha obligado.

Marqués.

Ejemplo sois de amistad.

ESCENA XVI.

*Dichos , y por otra parte , doña Blanca con manto y
don Fernando.*

Don Fernando.

¿ No sabré á que fin pretende
que nos hallemos aquí
el Conde?

Doña Blanca.

El lo ordena así ,
déjale hacer , que él se entiende :
de su palabra confia.

Don Fernando.

De tu esposo me la ha dado.

Doña Blanca.

Pues piensa, que esto ha trazado
para mayor honra mia.

Marqués.

Ya están en vuestra presencia
los dos, de quien vuestro examen,
al ingenioso certamen,
remite, Inés, la sentencia.

Conde.

Solo falta proponer
la materia, ó la cuestion,
en que igual ostentacion
de ingenios hemos de hacer.

Doña Inés.

Generosos caballeros,
en cuyas nobles personas
piden iguales coronas
las letras que los aceros;
den objeto á la cuestion
vuestras mismas pretensiones,
porque con vuestras razones
justifique mi eleccion.

Marqués.

Proponed, pues.

Doña Inés.

Escuchad.

Uno de los dos (no digo
cual, que no es justo) conmigo
tiene mas conformidad;
mas este, á quien me he inclinado,
padece algunos defectos
tan graves, aunque secretos,
que acobarda mi cuidado;

y por el contrario hallo
 al otro perfecto en todo,
 pero yo no me acomodo
 con mi inclinacion á amallo:
 y así ha de ser la cuestion,
 en que os habeis de mostrar,
 si la mano debo dar
 al que tengo inclinacion,
 aunque defectos padezca;
 ó si me estará mas bien,
 que el que no los tiene, á quien
 no me inclino, me merezca.
 Cada qual, pues, ta opinion
 defienda que mas quisiere,
 y la parte que venciere,
 merecerá mi eleccion;
 juzgando la diferencia
 cuantos presentes están;
 pues con esto no podrán
 quejarse de la sentencia.

Conde.

Al Marqués se inclina Inés; *ap.*
 yo soy el aborrecido:
 ya el ingenio me ha ofrecido
 el modo con que al Marqués
 la palabra que le he dado
 le cumpla. Yo, con licencia
 vuestra, en esta diferencia
 defiendiendo, que el que es amado
 debe ser el escogido.

Marqués.

; Cielos! mi causa defiende *ap.*
 el Conde, mas él se entiende;
 la mano me ha prometido
 de Inés, confiado estoy.

que es mi amigo verdadero:
con su pensamiento quiero
conformarme. Pues yo soy
de contrario parecer,
y defendiendo, que es mas justo
no seguir el propio gusto,
y al mas perfecto escoger.

Doña Inés.

Entrambos se han engañado,
que el Conde sin duda entiende
que le quiero, pues defiende
la parte del que es amado,
y el Marqués, pues la otra parte
defiende, piensa tambien
que es aborrecido. ¡Oh, quién
pudiera desengañarle!

Conde.

Los fundamentos espero,
que en favor vuestro alegais,
Marqués.

Marqués.

Digo, pues gustais
de que hable yo primero.
El matrimonio es union
de por vida; y quien es cuerdo
aunque atienda á lo presente,
previene lo venidero.
El amor es quien conserva
el gusto del casamiento;
amor nace de hermosura,
y es hermoso lo perfecto:
luego debe la Marquesa
dar la mano á aquel, que siendo
mas perfecto, es mas hermoso,
pues haberle amado es cierto.

De aquí se prueba tambien,
 que aborrecer lo perfecto,
 y amar lo imperfecto, es
 accidental y violento;
 lo violento, no es durable:
 luego es mas sabio consejo
 al que es perfecto. escoger,
 pues dentro de breve tiempo
 trocará en amor constante
 su injusto aborrecimiento,
 que al imperfecto querido,
 si luego ha de aborrecerlo.
 Semejantes á las causas
 se producen los efectos,
 ni obra el bueno como malo,
 ni obra el malo como bueno:
 luego un imperfecto esposo
 un martirio será eterno,
 que al paso de sus erradas
 acciones, irá creciendo;
 y no importa, que el amor
 venza los impedimentos,
 quite los inconvenientes,
 y perdone los defectos;
 pues nos dice el castellano
 refran, que es breve evangelio,
 que quien por amores casa,
 vive siempre descontento.
 El gusto cede al honor
 siempre en los ilustres pechos;
 y las mugeres se estiman
 segun sus maridos: luego
 su gusto debe olvidar.
 Inés, pues tendrá, escogiendo
 al perfecto, estimacion.

y al imperfecto, desprecio.
 Indicios dá de locura,
 quien pone eficaces medios
 para algun fin, y despues
 no lo egecuta, pudiendo.
 La Marquesa doña Inés
 este examen ha propuesto
 para escoger al mas digno,
 sin que tenga parte en ello
 el amor: luego si ahora
 no eligiese al mas perfecto,
 demas de qué no cumpliera
 el paternal testamento,
 inducios diera de loca,
 nota de liviana al pueblo,
 que murmurar á los malos,
 y que sentir á los buenos.

Alberto.

Bien por su parte ha alegado:

Don Juan.

Fuertes son los argumentos.

Don Guillen.

Oigamos ahora al Conde,
 que tiene divino ingenio.

Conde.

Difícil empresa sigo,
 pues lo imperfecto desfiendo;
 pero si el amor me ayuda,
 la victoria me prometo.
 Si el amor es quien conserva
 el gusto del casamiento,
 como propuso el Marqués,
 con eso mismo lo pruebo,
 que amor para la eleccion
 ha de ser el conserjero;

pues del buen principio nace
 el buen fin de los intentos:
 y no importa que el querido
 padezca algunos defectos,
 pues nos adierte el refrán
 castellano, que lo feo
 amado parece hermoso;
 y es bastante parecello,
 pues nunca amor se aconseja
 sino con su gusto mismo.
 Aristóteles, lo afirma:
 Séneca y Platon, digeron:
 que el amor no es racional,
 que halla en el daño provecho;
 y halla dulzura en lo amargo.
 San Agustín, según este
 si en el matrimonio tiene
 el amor todo el imperio,
 su locura es su razón,
 y es ley suya su deseo:
 lo que él quiere, es lo acertado;
 lo que él ama, es lo perfecto;
 lo hermoso, lo que él desea;
 lo que él aprueba, lo bueno.
 El temor de que después
 venga Inés á aborrecello,
 no importa, que eso es dudoso,
 y el apalle agora es cierto:
 para amor, no hay medicina
 sino gozar de su objeto;
 dícelo en su carta Ovidio,
 y en su epígrama Propercio:
 Crece con la resistencia,
 según Quintiliano; luego
 si Inés no elige al que adora

no tendrá su mal remedio,
 antes irá cada día
 con la privacion creciendo.
 Pensar que el aborrecido
 vendrá á ser, por ser perfecto
 despues amado, es engaño;
 que no llega en ningún tiempo;
 segun Curtio, á amar de veras
 quien comenzó aborreciendo.
 El amor, dice Heliodoro,
 que no repara en defectos;
 la antigüedad nos lo muestra,
 con portentosos exemplos.
 Rignoneon, Rodio, Alcides,
 aun dás estatuas quisieron;
 Pasifae á un Toro, y á un pez
 el sabio orador Hortensio;
 Semíramis á un Caballo;
 á un Arbol Jerges, y vemos
 al que dió nombre al Cypres
 de amor de una Cerva, muerto;
 ¿Rues qué defectos mayores
 que estos, por quien los sujetos
 son incapaces de amor,
 pues no puede hallarse en ellos
 correspondencia, por ser
 en especie tan diversos,
 que el mismo amor que intentó
 mostrar en estos portentos
 su poder, quedó corrido,
 mas qué glotioso de hacerlos?
 Luego amando la Marquesa
 al que padece defectos,
 y mas sabiéndolos ya,
 no se mudará por ellos.

Si ignorándolos le amara ;
 en tal caso , fuera cierto
 que el descubrillo despues
 le obligara á aborrecello ;
 y por esto mismo arguye ,
 que no solo aborreciendo
 agora al perfecto , Inés ,
 no podrá despues quererlo ;
 mas antes , si le quisiera
 agora , fuera muy cierto
 aborrecello despues ,
 y de esta suerte lo pruebo.
 Ovidio , dice que amor
 se hiele y muda , si aquello
 no halla en la posesion
 que le prometió el deseo ;
 pues hombre perfecto en todo
 no es posible hallarse , luego
 aunque Inés amase agora
 al que tiene por perfecto ,
 lo aborreciera , despues
 que con el trato y el tiempo
 sus defectos descubriera ,
 pues , nadie vive sin ellos.
 Quien ama un defectuoso ,
 ama tambien sus defectos
 tanto , que aun le agraden cuantos
 le semejan en tenerlos ;
 luego es en vano temer
 que se mude , Inés , por ellos.
 Que amar lo imperfecto , es
 violento , y lo que es violento
 no dura , el Marqués arguye ;
 lo segundo le concedo ,
 lo primero no , que solo

es amor violento, aquello
 que no quiere, y natural
 lo que pide su derecho.
 Que el malo obra como malo,
 y obra el bueno como bueno;
 y de las malas acciones
 nace el aborrecimiento,
 dice el Marqués: es verdad;
 pero como el amor ciego
 aprueba la causa injusta,
 aprueba el injusto efecto.
 Que las mugeres se estimen
 por sus maridos, concedo;
 pero en eso, por mi parte,
 fundo el mayor argumento.
 A quien con muger se casa
 que confiesa amor ageno,
 estima en poco su honor;
 luego amando al imperfecto,
 Inés, fuera infame el otro,
 si quisiera ser su dueño;
 luego ni él puede admitirlo,
 ni la Marquesa lo cogello.
 Que quien por amores casa,
 vive siempre descontento,
 segun lo afirma el refran,
 dice el Marqués, y es muy cierto,
 cuando por amor se hacen
 desiguales casamientos;
 pero cuando son en todo
 iguales los dos sujetos,
 no hay; si el amor los conforma,
 mas Paraíso en el budo.
 Decir que no cumple así
 el paternal testamento,

es engaño, que su padre
 solo le puso precepto,
 de que mire lo que hace:
 ya lo ha mirado, y con eso
 su voluntad ha cumplido.
 Que no consigue el intento
 del examen; sino escoge
 al de mas mesecimientos,
 sin atender al amor,
 según Inés ha propuesto,
 es verdad; pero se debe
 entender del amor nuestro,
 no del suyo, que con ella
 es la parte de mas precio.
 Ser de ella amado, y no ser
 amado es mayor defecto;
 luego, si elige al que quiere,
 ni dará nota en el pueblo,
 ni que decir á los malos,
 ni que sentir á los buenos.

Alberto.

Victor.

Don Juan.

Victor.

Don Guillen.

Venció el Conde.

Alberto.

Sus valientes argumentos
 vencieron en agudeza,
 en erudicion, y ejemplos.

Beltran.

Todos declaran al Conde
 por vencedor.

Doña Inés.

Segun eso.

ya es forzosa resolverme,
aunque me pese, á escogerlo.
Venciste, Conde, mi mano
es vuestra.

Doña Blanca.

¡Qué escucho, cielos!

Don Fernando.

¡Esto hemos venido á ver,
Blanca?

Conde.

Ahora que ya puedo *ap.*
ser su esposo, ha de vengarme,
y ha de ser un acto mismo
finexa para el Marqués;
y para ella, desprecio.
Marquesa, engañada estais;
porque vos habeis propuesto
que la parte que venciere
ha de ser esposo vuestro;
pues si mi parte ha vencido,
y es la parte que definiendo
la del imperfecto amado,
él ha de de ser vuestro dueño.
Yo sé bien que no soy yo
el querido, y sé que ha puesto
la envidia vil al Marqués
tres engañosos defectos;
y porque os satisfagais,
escuchadme aparte. *Hablan en secreto.*

Marqués.

¡Cielos!

no hay mas tesoro en el mundo
que un amigo verdadero.

Doña Blanca.

Yo soy perdida, si aquí *ap.*

se declaran mis enredos.

Doña Inés ap. al Conde.

Esas tres las faltas son
que me han dicho.

Conde ap. á la Marquesa.

Pues mi ingenio
las inventó, (esta fineza ap.
debe el Marqués á mi pecho.)
por vencerle, y por vengarme
de vos, y ya que mi intento
consegui, pues que la mano
me ofreceis, y no la quiero
como noble, restituyo
al Marqués, lo que le debo,
y para que á mis palabras
deis crédito verdadero,
baste por señas deciros
las tres faltas que le han puesto,
y que ha sido una muger
la que tales fingimientos
os dijo por orden mia.

Doña Inés.

Es verdad, la vida os debo.

Conde.

Pues dad al Marqués la mano.
Ya, Marqués, se ha satisfecho.
doña Inés, de que la envidia
os puso falsos defectos:
yo defendi vuestra parte,
y fui vencido, venciendo.
Dalde la mano, que ya
bien he mostrado que tengo
puesta en Blanca mi esperanza,
con los colores, y versos,
y divisas de las cañas,

de la sortija y torneo

Doña Blanca.

Yo me confieso dichosa.

Marqués.

Sois mi amigo verdadero,

y vos mi esposa querida.

Doña Inés.

Cuando os miro sin defectos

¿cómo, Marqués, os querré,

si os adoraba con ellas?

Ochoa.

El Examen de maridos

tiene con tal casamiento

dichoso fin, si el senado

perdona al autor sus yerros.

El Examen de maridos.

Con el nombre de tres autores diferentes se ha publicado en distintas épocas esta comedia del licenciado don Juan Ruiz de Alarcon. Los impresores y mercaderes de libros, que ya se apoderaban en su tiempo de los originales que llegaban á sus manos, se apresuraban á imprimirlos, no para perpetuar el nombre de los ingenios españoles, ni para gloria de nuestra literatura, sino para aumentar las ganancias de su comercio por este medio ilícito y vergonzoso. Así es, que no cuidando de la correccion, como hubieran hecho los autores mismos, llenaron los originales de erratas torpes y groseras, y los mutilaron muchas veces, ya por ignorancia, ó acaso por limitar la estension de la pieza á la que querian dar á la impresion. Algunos en tiempo del autor dieron á luz esta comedia con el nombre de Lope de Vega, y otros con el de Perez de Montalvan, segun la reputacion que gozaba el poeta á quien la atribuian, y la mayor venta que esperaban de su nombre. Ruiz de Alarcon se queja justamente de semejante abuso en el prólogo que estampó en la segunda parte publicada en 1634. "Sabe (dice al lector) que las ocho comedias de mi primera parte y la doce de esta segunda son todas mías, aunque algunas han sido plumas de otras cornejas, como son el tejedor de Segovia, la Verdad sospechosa, Examen de maridos y otras que andan impresas por de otros dueños; culpa de los impresores que les dan las que les parece, no de los autores á quien las han atribuido, cuyo mayor descuido luce mas que mi mayor cuidado; y así he querido declarar esto, mas por su honra que por la

»mia; que no es justo que padezca su fama notas de
»ignorancia, &c.

A pesar de esta reclamacion, no han restituido al autor en las reimpressiones posteriores el hurto que le hicieron en las primeras, y aun en el dia corre con el nombre de Lope esta comedia, que es una de las mejores de Ruiz de Alarcón.

Ella acredita el talento cómico de este poeta. El pensamiento es original, la combinacion de la fábula está bien dispuesta y perfectamente conducida; los caracteres son variados y están desayunados con el acierto que sabia el autor. El de doña Inés, el del Conde Carlos, y el del Marqués don Fadrique, tienen una bondad moral que no puede menos de interesar vivamente á los lectores, y merecen estudiarse con atencion.

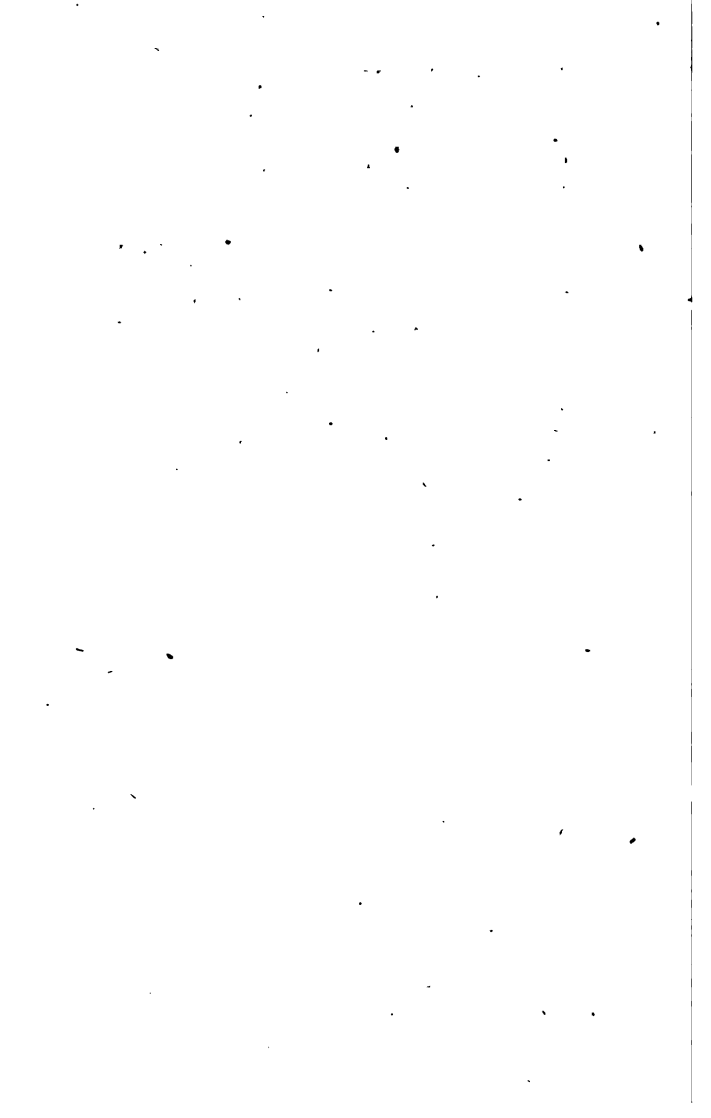
¡Qué generosidad resplandece en estos últimos! Puede darse una amistad mas noble y desinteresada! ¡Qué juicio, qué pundonor, que firmeza manifiesta doña Inés!

El Conde la ama perdidamente, el Marqués la adora desde el punto que la vé, y ella se prenda de su mérito; pero no por eso deja de seguir con el mayor rigor, hasta el desenlace mismo de la fábula, el fin que se ha propuesto. La passion que se apodera de su alma es vemente, aunque procura encubrirla. El poeta la pone con mucha destreza en la situacion de manifestarla con los fingidos defectos que atribuye á su amante la venganza zelosa de doña Blanca. Doña Inés duda, teme, y lucha largo tiempo en la incertidumbre; pero al saber que son ciertos por los informes que ha tomado Beltran, ya no puede resistir ni contenerse; descubre su amor y su desprecio, derriba el busto en que escribe Beltran, y le dice, llena de pasion:

**Pues borradle.... Mas teneos ;
no le borrejs , que es en vano ,
entre tanto que no puedo ,
como su nombré en el libro ,
borrar su amor en mi pecho.**

Esta escena es una de las mejores de la comedia , y produce muy buen efecto en el teatro. Tambien son muy bellas é interesantes todas las que pasan entre el Conde y el Marqués. La delicadeza y el desinterés que brilla en estos dos personajes es un modelo de buena moral y virtudes sociales que muestran el carácter , la rectitud y los sentimientos del autor. En casi todas sus comedias hay , no uno solo , sino varios personajes dignos de imitacion.

Por lo demás tiene esta comedia el mérito indispensable de interesar á los espectadores , el de la elegancia del estilo , la propiedad y pureza del lenguaje , y las demás prendas que caracterizan generalmente todas las producciones de este ilustre poeta.



LAS PAREDES OYEN.

PERSONAS.

Don Mendo , galan.

Don Juan , galan.

El Duque , galan.

El Conde , galan.

Leonardo , criado.

Beltran , gracioso.

Doña Ana , dama viuda.

Doña Lucrecia , dama.

Celia , criada.

Ortiz , escudero.

Fabio. } criados del Duque.
Marcelo. }

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Don Juan vestido llanamente, y Beltran.

Don Juan.

Tiéneme desesperado,
Beltran, la desigualdad,
sino de mi calidad,
de mis partes, y mi estado.
La hermosura de doña Ana,
el cuerpo airoso y gentil,
bella emulación de abril,
dulce envidia de Diana,
¡mira tú cómo podrán
dar esperanza al deseo
de un hombre tan pobre y feo,
y de mal tallo, Beltran!

Beltran.

A un Narciso cortesano
un humano Serafin
resistió un siglo, y al fin
la halló en brazos de un enano.
Y si las historias creo,
y ejemplos de autores graves,
(pues; aunque sirviente, sabes
qué ratos escribo y leo)
me dicen que es ciego amor,
y sin consejo se inclina;
que la Emperatriz Faustina

quiso un feo esgrimidor ;
 que mil injustos deseos ,
 puestos locamente en ella ,
 cumplió Hípiá noble y bella
 de hombres humildes y feos.

Don Juan.

¿ Beltran , para qué refieres
 comparaciones tan vanas ?
 ¿ no ves que eran mas livianas ,
 que bellas esas mugeres ,
 Y qué en doña Ana es locura
 esperar igual error ,
 en quien escede el honor ,
 al milagro de hermosura ?

Beltran.

¿ No eres don Juan de Mendoza ?
 ¿ pues doña Ana qué perdiera
 cuando la mano te diera ?

Don Juan.

Tan alta fortuna goza ,
 que nos hace desiguales
 la humilde en que yo me veo.

Beltran.

Que diste en el punto , creo ,
 de que proceden tus males.
 Si fortuna en tu humildad
 con un soplo te ayudára ,
 á fe que te aprovechara
 la misma desigualdad.
 Fortuna acompaña al Dios
 que amorosas flechas tira ,
 que en un templo los de Égira
 adoraban á los dos.
 Sin riqueza su hermosura
 pudieras lograr tu intento

siglos de merecimiento
trueco á puntos de ventura.

Don Juan.

Eso mismo me acobarda;
¡soi desdichado, Beltran!

Beltran.

Trocar las manos podrán
fortuna y amor: aguarda.

Don Juan.

¿Si á don Mendo hace favor,
qué esperanza he de tener?

Beltran.

En ese echarás de ver,
que es todo fortuna amor.
A competencia lo quieren
doña Ana y doña Teodora,
doña Lucrecia lo adora,
todas al fin por él mueren.
Jamás el desden gustó.

Don Juan.

Es bello, rico, y mancebo.

Beltran.

¿Cuánto mejor era Febo,
y Dafne lo desdeñó?
Y cuando no conociera
otro en perfeccion igual,
¿aquesto de decir mal
es defecto como quiera?

Don Juan.

¿Y no es eso murmurar?

Beltran.

Esto es decir lo que siento.

Don Juan.

Lo que siente el pensamiento
no siempre se ha de explicar.

Beltran.

¿Decid?.....

Don Juan.

Que calles te digo,
y ten por cosa segura,
que tiene aquel que murmura,
en su lengua su enemigo.

Beltran.

Entre tus desconfianzas
en tu casa entrar te veo,
sin duda que el gran deseo
engaña tus esperanzas.
Véste en desierto lugar,
y no cesas de dar voces,
y aunque tu muerte conoces,
nadas en medio del mar.

Don Juan.

Lo que en gran tiempo no ha hecho
hace amor en solo un día,
venciendo en fin la porfia.

Beltran

Que te sucede, sospecho,
lo que al tahir, que en perdiendo,
solamente con decir:
¿que no sépa yo gruñir?
está sin cesar gruñendo:
Tú dices que desesperas,
y entre el mismo no esperar
nunca dejas de intentar:
¿qué mas haces cuando esperas?
¿Tú piensas que el esperar,
es alguna confección
venida allá del Japon?
El esperar, es pensar
que puede al fin suceder

aquello que se desea ,
y quién hace porque sea
bien piensa que puede ser.

Don Juan.

Pues si con esta invencion (1)
en su desden no hay mudanza ,
aunque viva mi esperanza ,
morirá mi pretension.

Beltran.

El mercader marinero
con la codicia avarienta ,
cada viage que intenta ,
dice , que será el postrero.
Así tú , cuando imagino ,
que desengañado estás ,
ya con nuevo intento vas
en la mitad del camino.
Mas , dime ; ¿ qué te ha obligado
á trazar esta invencion
para mostrar tu aficion ,
pudiendo con un triado
de su casa negociar
lo que tú vienes á hacer ?

Don Juan.

No he de arriesgarme á ofender
á quien pretendo obligar ;
que como es tan delicada
la honra , suele perderse
solamente con saberse
que ha sido solicitada.
Y así del murmurador
pretendo que esté segura
mi desdicha ó mi ventura ;

su flaqueza , ó su valor.
Que aun á tí mismo callado
estos intentos hubiera ,
si en tí , Beltran , no tuviera
mas amigo , que criado.

Beltran.

¿ Toda esta casa , don Juan ,
á una muger aposenta ?

Don Juan.

¿ Seis mil ducados de renta ,
que alcazar no ocuparán ?

Beltran.

Celia es esta.

ESCENA II.

Dichos y Celia.

Celia.

¿ Qué mandais ,
señor don Juan ?

Don Juan.

Celia mia ,
besar las manos queria ,
si licencia me alcanzáis ,
á mi señora doña Ana.

Celia.

Que será imposible , entiendo ;
porque se está previniendo
para partirse mañana.
á una novena á Alcalá.

Don Juan.

¿ De la corte se desvia ,
cuando el celebrado dia ,
de san Juan tan cerca está ?

Celia.

Para los tristes no hay fiesta.

Don Juan.

Pues, Celia, verla me importa;
la visita será oorta;
solo la quiero dar esta
que le ha venido en un pliego,
y me dice, quien la envia,
que solo de mí confia
el darla.

Celia.

Yo salgo luego.

ESCENA III.

Don Juan y Beltran.

Beltran.

No hay pobre con calidad:
si un villano rico fueras,
á fe que nunca tuvieras
en verla dificultad.

Don Juan.

Si ella está tan de camino,
qué es justa la causa creo.

Beltran.

Lo que con los ojos veo.....

Don Juan.

Malicioso desatino.

Beltran.

¿Cuanto va que no la ves?

Don Juan.

De no alcanzar no se ofende
quien lo difícil emprende;
mas doña Ana es muy cortés.

Beltran.

¿Y agora qué hemos de hacer,
que ella se parte á Alcalá?

Don Juan.

En tanto que ausente está,
aguardar y padecer.

Beltran.

Bueno fuera acompañarla.

Don Juan.

Si como quien soy, pudiera,
forzoso el hacerlo fuera
si así entendiese obligalla.
Mas ni me ayuda el poder,
ni ella lo agradecería,
por la nota que daría
si se llegase á entender.

Beltran.

Ella sale.

Don Juan.

Di, Beltran,
que la aurora bella y clara.

ESCENA IV.

Dichos, y doña Ana hablando á parte á Celia.

Doña Ana.

¡Ay Celia, y que mala cara,
y mal talle de don Juan!

Don Juan.

Aunque me dijo, señora,
Celia vuestra ocupacion,
conque fuera mas razon
el no estorbaros agora.

La importancia contenida *dale la carta.*
en esta carta, que os doy,

me disculpa.

Doña Ana.

Nunca estoy,
señor don Juan, impedida
para recibir merced
de tan noble caballero.

Don Juan.

Vuestro soy; respuesta espero,
si sois servida, leed.

Doña Ana.

Ser descortés me mandais.

Don Juan.

Leed, que importa una vida,
que cerca está de perdida,
si remedio no le dais.

Doña Ana.

Si está su defensa en mí,
la pena y temor dejad.

Don Juan.

El caso es grave, mandad
que estemos solos aquí;
que tenemos que tratar,
y el secreto es importante.

Doña Ana.

Dejadnos solos.

Beltran.

Amante

fue el inventor de engañar.

ESCENA V.

Doña Ana y don Juan.

Don Juan.

Pues contigo solo estoy,
porque mi recato veas,

oye , señora ; no leas , (1)
 que la carta viva soy .
 Que me atreva no te altere ,
 pues estoy solo contigo ,
 y un agravio sin testigo
 al punto que nace muere .
 Desde que la vez primera
 vi la luz de tu arrebol ,
 dos veces la ha dado el sol
 á los signos de su esfera ;
 como al que el rayo tocó
 de Júpiter vengativo ,
 por gran tiempo muerto vivo
 en un instante quedó ;
 como aquel , que la cabeza
 de la Górgona miraba ,
 por un peñasco trocaba
 la humana naturaleza ;
 tal en viéndote , me veo ,
 tan absorto y admirado ,
 que en admirarte ocupado ,
 no doy lugar al deseo ;
 que esos divinos despojos
 tanta gloria me mostraron ,
 que al punto me arrebataron
 toda el alma por los ojos .

Doña Ana.

Tened , don Juan , ¿ esto para
 todo en que amor me teneis ?

Don Juan.

No , porque ya lo sabéis ;
 y en vano el tiempo gastara .

(1) *Va á leer doña Ana , y detiénela.*

Doña Ana.

¿En qué os morís ?

Don Juan.

No señora ;

pues ni en morir parará ,
que en el alma vivirá ,
el amor que os tengo agora.

Doña Ana.

¿Para en pedirme que os quiera ?

Don Juan.

Ni llega , señora , ahí ,
que no hay méritos en mi
para que á tal me atreviera.

Doña Ana.

Pues decid lo que que queréis.

Don Juan.

Quiero... Solo sé que os quiero ,
y que remedio no espero ,
viendo lo que mereceis.
Como el mísero doliente
que en el lecho fatigado ,
á cualquier parte inclinado
los mismos dolores siente ;
y por huir del tormento ,
que en cada lado es mayor ,
busca alivio á su dolor
en el mismo movimiento ;
así yo con mi cuidado
vengo á vos , dueño querido ,
no de esperanza inducido ,
sino de dolor forzado ;
por no morir con callallo ,
no por sanar con decillo ,
que es imposible el sufrillo ,
como lo es el remediallo .

Y así no os ha de ofender
que me atreva á declarar,
pues vá junto el confesar,
que no os puede merecer.

Doña Ana.

¿Quereis mas?

Don Juan.

¿Que mas que vos?

Si entender quereis mi estado,
en que os quiero está cifrado.

Doña Ana.

Pues, señor don Juan, á Dios.

Don Juan.

Tened, ¿no me respondeis?
¿de esta suerte me dejais?

Doña Ana.

¿No habeis dicho que me amais?

Don Juan.

Yo lo he dicho, y vos lo veis.

Doña Ana.

¿No decís que vuestro intento
no es pedirme que yo os quiera;
porque atrevimiento fuera?

Don Juan.

Así lo he dicho y lo siento.

Doña Ana.

¿No decís que no teneis
esperanzas de ablandarme?

Don Juan.

Yo lo he dicho.

Doña Ana.

¿Y qué igualarme
en méritos no podeis,
vuestra lengua no afirmó?

Don Juan.

Yo lo he dicho de este modo.

Doña Ana.

Pues si vos lo decís todo ,
¿ qué quereis que os diga yo ?

ESCENA VI.

Don Juan.

¡ Oh venga la muerte , acabe
con vida tan desdichada ,
que solo puede su espada
remediar pena tan grave !

¿ Qué delito cometí
en quererte , ingrata fiera ?
Quiera Dios... pero no quiera ,
que te quiero mas que á mí.

ESCENA VII.

Don Juan , Celia y Beltran.

Celia.

¡ Ah desdichado don Juan !

Beltran.

Ayudale.

Celia.

¡ A Dios pluguiera
que mi voluntad valiera.

ESCENA VIII.

Don Juan y Beltran.

Beltran.

¿ Pues qué tenemos ?

Don Juan.

Beltran ;

La verdad huye, á la esperanza pido
 Engaños que alimenten mi deseo,
 Eternos contra mí imposibles veo,
 Nado en un golfo, ni de un leño asido:

Con el vuelo de amor mas atrevido
 No subo un paso, y aunque mas peleo,
 Al fin vencido soy de lo que creo,
 Vencedor solo en lo que soy vencido.

Asi desesperado victorioso
 Niego al deseo engaños, y á la gloria
 Mas vivo anhelo, si su muerte sigo.

¡ Triste donde es el no esperar forzoso,
 Donde el desesperar es la victoria,
 Donde el vencer dá fuerza al enemigo!

Eltran.

¡ Triste donde es forzoso andar contigo,
 donde hallar que comer es gran victoria,
 donde el cenar es siempre de memoria!

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE DON MENDO.

El Conde, don Mendo y Ortiz.

Conde.

A mi señora Lucrecia,
 dad, Ortiz, ese papel.

Dale un papel.

Ortiz.

Guardeos Dios.

Vase.

Don Mendo.

Cosa cruel,
 Conde, es una muger necia.

Conde.

¿Cómo?

Don Mendo.

Con zelos y amor
sale Lucrecia de sí.

Conde.

¿Con causa, don Mendo?

Don Mendo.

Si;

mas tanto el yerro es mayor.
¿Si por doña Ana estoy ciego,
ella que ha de remediar
con reñir, y con celar,
sino añadir fuerza al fuego?

Conde.

¿Quieran, Lucrecia, los cielos,
que te mude esta mudanza,
y á mi perdida esperanza
abran la puerta tus zelos.
¿Y vos qué le respondeis?

ap.

Don Mendo.

Nunca el negar hizo daño.

Conde.

Mejor fuera el desengaño
si en otra parte quereis.

Don Mendo.

Dañarme, Conde, podría,
que su amor causó en mi pecho
terrible incendio, y sospecho
que hay centellas todavía.
Y quien antiguo cuidado
arraigado al alma tiene,
ha de obligar el que viene,
sin despedir el pasado;
que mil veces se agradó
de la novedad Cupido,
y vuelve á buscar rendido

lo que arrogante dejó.

Conde.

Avariento sois de amor.

Don Mendo.

Mas el de doña Ana estimo.

Conde.

¿Y ella os quiere?

Don Mendo.

Pienso, primo,
que merezco su favor.

Conde.

¿Qué hay de Teodora?

Don Mendo.

Queria

que yo fuese su marido,
como si hubieran nacido
mis abuelos en Turquía.

Conde.

Sin ser loca ~~yo~~ no créo
que ninguna muger pida
la esclavitud de una vida
por la muerte de un deseo.

Don Mendo.

Pues ya despues que mi amor
sacó pies amedrentado,
en ella crece el cuidado,
y al paso de él mi rigor.
Ya sin esa condicion
estimára mis favores.

Conde.

Dichoso sois en amores.

Don Mendo.

En el signo del Leon
Marte y Venus concurrieron
de mi nacimiento el día,

y si hay cierta astrología
ellos amable me hicieron....
Mas á Dios, primo, que es tarde,
y á doña Ana quiero ver,
que hoy su sol se vá á poner
en Alcalá.

Conde.

Dios os guarde.

ESCENA X.

Don Mendo y Leonardo.

Leonardo.

El coche á la puerta está:
que ya se pára imagino.

Don Mendo.

Tenme el coche de camino
á la puerta de Alcalá.
Parta al punto el repostero,
y encárgales, por mi vida,
que esté á punto la comida
en la venta de Vivero.
Haz como doña Ana vea
en mi prevencion mi amor.

Leonardo.

Todá tu gente, señor,
su vida en tu gusto emplea,

ESCENA XI.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Doña Ana de camino y Celia.

Doña Ana.

¿De qué vas triste? ¿de qué

lo van todas mis doncellas ?
Habla , díme sus querellas.

Celia.

Señora , verdad diré ,
pues obligacion me pones :
tienen tus criadas todas
en la esperanza sus bodas
y en la corte sus pasiones ;
y como de aquí seis dias
es la noche de san Juan ,
cuando los amantes dán
indicios de sus porfias ,
sienten el ver que esa noche
en la corte no han de estar.

Doña Ana.

Pues pierdan , Celia , el pesar ,
que por la posta en un coche
conmigo entonces vendrán ;
porque se alegre mi gente ,
gozaré secretamente
de la noche de San Juan ,
y volveréme á la aurora
á proseguir mis novenas.

Celia.

Alivie el cielo tus penas ;
¿ mas no era mejor , señora ,
dilatar esta partida ?

Doña Ana.

Si sabes que estoy muriendo
por dar la mano á don Mendo ,
y no hay cosa que lo impida ,
sino el cumplir las novenas ,
que á San Diego prometí ,
¿ dilataré , estando así ,
el remedio de mis penas ?

Con ésta trata que doy para que
ninguna queda quejosa;
Celia.

Hágate el cielo dichosa;
é dallee la nueva voz.

Doña Ana.

Encárgale por mi vida

el secreto

Celia.

Así lo haré.

Don Mendo viene.

Doña Ana.

Tendré

buen agüero en la partida.

Doña Ana.

ESCENA VII.

Doña Ana y don Mendo.

Don Mendo.

Los campos de Alcalá, bella señora,

desdeñan las favores del verano

y de la fértil flora

no solicitan ya la diestra mano;

después que primavera les reparte

la dichosa esperanza de mirante.

Los arroyos, que esperan ser espejos,

en quien de esos dos soles celestiales

se miren los reflejos,

transforman sus corrientes en crisoles,

y el agua en cambio de besallos, grata

hace á tus blancos pies puente de plata.

Al nuevo sol que nace, agradecidas

en verdes ramos las cantoras aves

á cores divididas,

dando á los vientos músicas suaves.

Doña Ana.

26

para explicar la gloria de este día
articular intentos en armonía; oiga

Parte, ó feliz, que el zéfiro suave
lisonjear pretende, doliéndose lo que
la voladora nave avisa al zéfiro
de nueva Europa. Júpiter dichoso,
por quien en Indias, courts Manzanares,
España de sus glorias hace honorar.

Parte, ó primera, ó il adorado,
de quien siguiendo, soy el movimiento,
si bien arrebatado, soy obediencia
pues tras mi centro parto no violento;
que yo, si lo merezco, gloria mia,
voy á ser el centro de este día.

Doña Ana.

Los campos de la pradera matizados,
la consonancia dulce de las aves
los cristales cuajados,
las lisonjas del néctar de las flores,
en nada me hallo, y el alma se desmaya
llevar por mí, tú eres la misma. Apolo
Mas cuando el corazón le solicita,
forzosa acción de amor correspondiente,
ni el honor me da, ni el estado
ni el estado que tengo lo constante.

Don Menéndez.

Es imán de mis ojos tu presencia.

Doña Ana.

Justo desiro de amoriza el corazón.

Don Menéndez.

¿Si me quieres de amor?

Doña Ana.

Doña Ana.

Doña Ana.

Doña Ana.

Doña Ana.

Doña Ana.

Doña Ana.

Doña Ana.

Don Mendo.

¡Qué mucho? Vas helada,
cuando yo quedo ardiendo.

Doña Ana.

Segura fuese yo, como abrasada.

Don Mendo.

No me apartes de tí, si desconfías.

Doña Ana.

Vive el recato entre las ansias mías.

Don Mendo.

¿No me llamas tu dueño?

Doña Ana.

Y de mis ojos,
cierta lengua del alma, lo has sabido.

Don Mendo.

¿De quién temes enojos,
cuando te adoro yo de tí querido?

Doña Ana.

Hasta el sí conyugal temo mudanza,
que no hay dentro del mar cierta bonanza;
En tanto que á mis deudos comunico
la dichosa elección de vuestra mano,
y devota suplico
en Alcalá á su dueño soberano,
que lleve á fin feliz mi intento nuevo,
y las novenas pago, que le debo;
puede mudarse vuestro amor ardiente,
y quedar mi opinion en opiniones
del vulgo maldiciente,
que á lo peor aplica las acciones.

Don Mendo.

¿Mudarme yo?

Doña Ana.

Temores son de amante.

Don Mendo.

Mas parecen cautelas de inconstante.
 ¿Si ya nuevo cuidado te fatiga y os abasa,
 el fingido recato qué pretende?
 Declárate, enemiga;
 no el desengaño la mudanza ofende;
 vete segura, ocuparé entre tanto,
 el alma en celos, y la vida en llanto.

Doña Ana.
 Ofendes mi lealtad, si desconfías;
 mas porque de tú error te desengañas,
 pon secretas espías,
 prueba mi fé; como mi honor no dañes.

Don Mendo.
 Confianza tendré, mas no paciencia,
 contra el rigor, señora, de tu ausencia.

ESCENA XIII.

*Dichos y Celia.**Celia.*

Doña Lucrecia, señora,
viene á visitarte.

*Doña Ana.**¿Quién?**Celia.**Tu prima.**Don Mendo.*

A impedir mi bien ap.
la trae mi desdicha agora.

ESCENA XIV.

*Dichos, doña Lucrecia con manto y Ortis.**Doña Lucrecia.**Na quise, prima, dejar*

de verte en está partida.

Doña Ana.

Ni yo, Lucrecia querida,
me partiera sin pasar
por tu casa; porque el ver
al pasar tu rostro hermoso,
fuese presagio dichoso
del viage que he de hacer.

Doña Lucrecia.

Niégame agora, traidor,
las verdades que estoy viendo. (1)

Doña Ana.

¿Qué le dices á don Mendo?

(1) *Doña Lucrecia.*

Del vestido de color
le pregunto la ocasion;
porque de irte á acompañar
lo indica el tiempo y lugar,
(2) y fuera galante accion.

Doña Ana.

Tan alto merecimiento
con mi humildad no conviene;
y mas que lisonja, tiene
malicia ese pensamiento.
Mas si conmigo partiera,
de parecer, prima, soy,
que pues yo de negro voy,
de color no se vistiera.

Celia.

Ya bien te puedes partir,
que los coches han venido.

Doña Ana.

Que no me olvides, te pido.

(1) *Aparte d don Mendo.*

Doña Lucrecia.

Por puntos te he de escribir.

Doña Ana.

A Dios, don Mendo.

Don Mendo.

Señora,

en el coche os dejaré.

Doña Ana.

Si alguno en la calle os vé,

(1) sospechará lo que ahora
ha sospechado mi prima.

Quedaos y salid despues.

Don Mendo.

Yo obedezco, y vuestrós pica (1)
sigue el alma que os estima.

ESCENA XV.

Doña Lucrecia, don Mendo y Ortiz.

Doña Lucrecia.

(2)

¿Conoces este papel?

Don Mendo.

Yo, Lucrecia, lo escribí.

Doña Lucrecia.

Junta lo que has hecho aquí
con lo que dices en él.

Traidor, fingido, embustero,
engañoso, ¿á tí te dan

apellido de Guzman,

y nombre de caballero?

¿Qué sangre puede tener

quién tiene pecho traidor?

¿Es hazaña de valor.

(1) *Aparte de Lucrecia.*

(2) *Saca un papel, y muéstralo á don Mendo.*

engañar una mujer? ¿cómo es y

Don Mendo. ¿cómo es?

Oye, señora, ¿cómo es?

Doña Inés. ¿cómo es?

Don Mendo. ¿cómo es?

esos fementidos liberos, ¿cómo es?

que intentas nuevos agravios, no

con satisfacción nuevas.

Don Mendo. ¿cómo es?

¿Pues qué quisieras condenarme,

sin oír satisfacción, ¿cómo es?

por sola una presunción, ¿cómo es?

Doña Inés. ¿cómo es?

¿Qué disculpa puedes darme?

¿Presunción llamas, traidor, ¿cómo es?

esta tan clara, ¿cómo es?

de mi agravio y tu mudanza?

Don Mendo.

En lo que fundas mi error,

fundo la satisfacción.

¿no te dije del mi parte, ¿cómo es?

tu escudeba, ¿cómo es?

deseaba una ocasión, ¿cómo es?

donde el descargo sabrías

del recelo, ¿cómo es?

Tuve aviso de tu casa,

que á ver tu prima salías,

y vine á esperarte aquí,

y adelanté en llegar, ¿cómo es?

¿por qué das que sospechar, ¿cómo es?

viéndome venir tras ti.

Mira por qué me condenas, ¿cómo es?

Doña Inés. ¿cómo es?

¿De modo que te disculpas, ¿cómo es?

multiplicando tus culpas, ¿cómo es?

y acrecentando mis penas,
 ¿Causa doña Ana mi daño,
 y con hallarte con ella
 das remedio á mi queñilla?

Don Mendo,

Porque fuese el desengaño
 en su presencia mas fuerte.

Doña Lucrecia,

¿Qué desengaño me diste?

Don Mendo,

Como tu pena enenbraste,
 no quise hablando ofenderte,
 mas ten cierta confianza,
 para asegurar tus celos,
 que en el orden de los cielos,
 antes, que en mí, habrá mudanza.
 Tuya soy.

Doña Lucrecia,

Las obras creo.

Don Mendo,

Presto, con la voluntad
 de tus padres, su verdad
 te mostraré mi desamor.

ESCENA XVI.

Dichos y el Conde.

Conde,

¿Donde he y con celos cordura?
 ¿Lucrecia hermosa? ¿Don Mendo?

Don Mendo,

Conde, que venía entiendo
 traído de mi ventura,
 Que Lucrecia ha de saber
 de vos, lo que hablamos hoy.

de su amor.

Conde.

Testigo soy.

Don Mendo.

Eso á solas ha de ser,
que pensará que os obligo
con mi presencia á abonarme.

ESCENA XVII.

Dichos menos don Mendo.

Doña Lucrecia.

¡Tú dejas para informarme *ap.*
en tu favor buen testigo!

Conde.

¿He de decir la verdad?

Doña Lucrecia.

Para eso quedas aquí.

Conde.

Pues escúchala de mí,
pagues, ó no, mi lealtad;
y por prevenir el daño,
si acaso no me creyeres,
ten secreto lo que oyes,
y averigua si es engaño:
que pues me dijo don Mendo,
que cuente lo que hoy pasó,
cumpliendo lo que el mandó,
nadie dirá que le ofendo;
que aunque su intento haya sido,
que use contigo de engaño,
no debo para mí darme
darme yo por entendido.
Dando hoy para ti un papel
don Mendo á Ortiz tu criado,

desdeñoso y enfadado,
me dijo : ¡ cosa cruel
Conde , es una muger necia !
Despues que á doña Ana di
en servir , sale de sí
de amor y celos Lucrecia.
Yo le dije : ¿ No es mejor
no engañarla ? Y respondió :
Mil veces lo que dejó
coloió á desear amor ;
y está caso previniendo,
nada piensa en casarecalla.

Doña Lucrecia.

¿ Qué enredos inventas ? Calla ;
¿ tal pudo decir don Mendo ?
Que tu afición agradezca
quieres así disponer ;
¿ piensas que te he de querer ,
aunque á don Mendo aborrezca ?

Conde.

Oye.

Doña Lucrecia.

No me digas nada.

Conde.

Averigüalo advertida ,
y dame pena , ofendida ,
ó premio desengañada .
Y si por amarte yo
duda en mi verdad has puesta ,
árvate de indicio a questo ,
ya que de probanza no .
El va tras ella á Alcalá ,
y no es este mal testigo
del desengaño que digo .
despacha tú , quíen allá

con cuidado y sin pasión
secretamente. lo digo,
y si mi verdad te obliga,
presta un leal cobardía;
que será culpable error
que prefiera en tu cuidado,
un engaño averiguado
á un averiguado amor.

Doña Lucrecia.

La verdad diciendo estás,
que si negándola estoy,
no es que crédito no doy,
sino que pena me das,
¡ Ah falso! ¡ ah mal caballero! no
¡plegue á Dios que en igual grado
amante y desengañado
pruebes el mal de que me oíste.
¡Pluguiera á Dios, Conde mío,
pudiera en esta ocasión
mudarte la inclinación
al paso que el alvedrío:
mas vive cierto, señor,
que si me has dicho verdad,
te dará mi voluntad,
lo que te niega mi amor.

Conde.

Yo lo estimo de esa suerte.

Doña Lucrecia.

Tanto mas me deberás
cuanto me forjas mas,
Conde, por corresponderte.

ESGENA XVIII.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan y Beltran de noche.

Beltran.

El duque Usbino esta noche
bien pudiera perdonarte.

Don Juan.

¿Qué puedes hacer?

Beltran.

¡Elevarte
querrá consigueme el coche
amarrado al duro banco
sin poderte entretener,
cuidando el decir y el hacer
andando por las calles franco.
¿Qué noche de san Juan hallo,
si un peon sabe embastir
que suele solo rendir
mas que treinta de á caballo
que hay mujer, quemen el engaño
que en esta noche previene;
librados los gustos tiene
de los deseos de un año;
cual llega al poblado coche
de angélica gerarquía,
y siendo pagado de día,
pasa por las calles de noche,
cual sin pensar se acomoda
con la vinda disfrazada,
que entre galas de casada
hurta los gustos de boda;
cual encuentra y desbarata

una sarta de doncellas; la de la
de quien son las manos bellas y
engarzaduras de plata; y la de la
cual se llega á las que van
brindando los retrozones
y truaca á mil refregones,
un pellico, queda de la

Don Juan.

Quien los encuentros enseña,
encuentro con un azar.

Beltrán.

¿Es el azar encontras
una muger pedigrifea?

Si ese tienes, en supida
en poblado vivirás;

porque ¿dónde encontrarás
hombre ó muger que no pida?

Cuando dar gritos oyerás
diciendo: *Lienzo, tú eres liencero,*

te dicen: *dame dinero*
si de mí lienzo quieres.

El mercader claramente
diciendo: *está y sin hablar:*

dame, dinero y lienzo
podrás lo que te contiene.

Todos, según yo oigo,
pidehan que para vivirás

es fuerza dar y pedir
cada uno por su camino;

con la cruz el sacerdote,
con los responses el cura,

el monstruo con su figura,
con su cuerpo el ganapan;

el alguacil con la vara,
con la pluma el escribano,

el oficial con la mano, y la mujer con la cara
 y esta, que á todos escude,
 con mas razon pedirá,
 pues que mas que todos áya,
 y menos que todos pueda,
 y el miserable que el dar
 tuviere por pesadumbre,
 ellas piden por costumbre,
 haga costumbre el negar,
 que tanto, desde que hacen,
 el pedir usado está,
 que pienso que piden ya
 sin saberlo que se hacen
 y así es facil el negar pidiendo
 porque se pueda inferir,
 que quien pide sus sentir
 no sentirá ni alcanzar

Don Juan.
 Aunque mas razones halles
 no has de quitarme el temor.
 Beltran, que el amor mayor
 es el no tener que dallas:
 y mas si la quito adorada,
 se dignase de más donas

Beltran.
 ¿Aun te duran tus pasiones?

Don Juan.
 Ardo mas, mas deseado

Beltran.
 Este es el Duque

Este es el Duque
 Este es el Duque
 Este es el Duque
 Este es el Duque

ESCENA XIX.

Dichos, el Duque y don Mendo, de noche.

Duque.

¿Don Juan?

Don Juan.

Deme los pies vuélcelencia.

Duque.

Ya acusaba vuestra ausencia.

Don Juan.

Si don Mendo de Guzman,

Apelo de discrecion,

acompañando os está,

¿señor, qué falta os hará

el que en su comparacion

luz de una estrella no envia?

Don Mendo.

Morred recibo de vos.

Duque.

La amistad de entre los dos

extraña le cortará.

Don Juan.

Decidme pues si intento

con que letania sido llamado.

Don Mendo.

Aquí tenéis el sermón.

Duque.

Dadme pues oído atento.

Hombre que de la corte viene

recien heredado y viloso,

pájaro, que vuela el viento y la

nave que se arroja al golfo, al az

que á los ojos de los reyes

y á los populares ojos,

ni debe mostrar flaqueza ,
 ni puede ~~responder~~ ob. nostro ;
 ha de regir sus acciones
 por los espertos ~~plottos~~,
 obligados , por parientes ,
 por amigos , cuidadosos.
 Con esta ley os obligo
 y con esta ~~fé~~ os escijo
 capitanes veteranos
 de este soldado ~~vicio~~.
 Acompañadme los dos ,
 advertidme lo que ignora ,
 decidme el nombre , el estado ,
 y la calidad de todos ;
 y en lo de las cortesías
 principal cuidado os pongo ,
 advirtiéndome que con nadie
 pretendo pecar de corto ;
 que el señor siempre es señor ,
 como Apolo siempre Apolo ,
 aunque en lugares indignos
 entren sus rayos ~~harmos~~.
 Lengua honrosa , noble pecho ,
 fácil gorra , humano ~~gesto~~.
 son voluntarios Argelinos
 de la libertad de todos.
 Enseñadme los bajos
 en que tocar ~~males~~ otros ,
 cual es Aentes ~~del~~
 y cual ~~Sinem~~ ~~caute~~ ~~bas~~
 ya del dulce ~~lisonj~~
 el ~~venno~~ en ~~raso~~ de ~~orp~~ ,
 ya la ~~canora~~ ~~sistema~~ ,
 porque ~~me~~ ~~de~~ ~~fenda~~ ~~agordo~~ ~~de~~ ~~orp~~
 Al fin , los ~~de~~ ~~an~~ ~~el~~ ~~pilo~~ ~~sol~~ . y

la corte el cutense monstruo ,
por mí corren mis haciertos ,
y mis hierres por vosotros.

Don Mendo

() Yo confieso que es muy débil ,
para ese cielo este polo ;
mas suplirán mis deseos
el defecto de mis hombros.

Don Juan.

De no ser un quinto Fabio
hoy con mi suerte me enojo ;
mas el que soy, obediente
á serviros me dispongo.

Duque.

Con eso en nombre de Dios ,
seguro á la mar me arrojo ;
vamos andando las calles ,
mientras pregunto y me informo.

Don Mendo.

Esta es la calle Mayor

Don Juan.

Las Indias de nuestro polo.

Don Mendo.

Si hay Indias de empobrecer
yo tambien Indias la nombro.

Don Juan.

Es gran tercera de gustos,

Don Mendo.

Y gran corsaria de tontos.

Don Juan

Aquí compran las mugeres.

Don Mendo.

Y nos venden á nosotros.

Duque.

¿Quién habita en estas casas ?

Don Juan.

Don Lope de Lara, un mozo
muy rico, pero mas noble.

Don Mendo.

Y menos noble, que tonto.

(1)

Duque.

Tened, que bailan allí.

Don Juan.

San Juan es fiesta de todos.

Don Mendo.

Yo aseguro que van estos
mas alegres que devotos.

Duque.

¿Quién vive aquí?

Don Juan.

Una viuda,
muy honrada y de buen rostro.

Don Mendo.

Casta es la que no es rogada;
alegres tiene los ojos.

Beltran.

¡Bien haya tan buena lengua!
¡Vive Cristo que es un Momo!

ap.

Don Juan.

Esta imágen puso aquí
un extranjero devoto.

Don Mendo.

Y entre aquestas devociones
no le sabe mal un logro.

Don Juan.

Un regidor de esta villa
hizo este hospital famoso.

(2) *Hacen dentro ruido de baile.*

Don Mendo.

Y primero hizo los pobres.

Beltran.

Por Dios que lo arrasa todo. *ap.*

ESCENA XX.

Dichos, doña Ana y Celia á la ventana.

Doña Ana.

Hoy hace, Celia, tres años
que mi esposo con sus dias
dió fin á mis alegrías,
y dió principio á mis daños.

Celia.

Si de Alcalá te veniste,
solo á gozar la alegría
que Madrid hace este dia,
¿por qué quieres estar triste?
¿Por qué con esta memoria
tan injusta guerra mueves
contra el contento que debes
á noche de tanta gloria?

Ya que tu luto funesto
te impide el salir de casa
hoy, que los límites pasa
el estado mas honesto,
y estar quieres encerrada
noche, que el uso permite,
que los altares visite
la doncella mas honrada,
con quien pasa tus enojos
divierte, señora mia,
y niegue esta celosía
lo que conceden tus ojos.
Las doce han dado, señora;

*

oye del segundo esposo
el pronóstico dichoso.

Doña Ana.

A don Mendo el alma adora.

Don Mendo.

Don Juan de Mendoza.

Doña Ana.

¡Ay Dios!

¿Don Mendo no es el que habló?

Celia.

Si, mas á don Juan nombró.

Doña Ana.

¿Quién duda que de los dos
es don Mendo de Guzman
pronóstico para mí,
pues antes su voz oí,
que no el nombre de don Juan?

Celia.

¡Mas qué fuerza que ordenára
el destino soberano,
que tu blanca hermosa mano
para don Juan se guardára!

Doña Ana.

Calla, necia; ¿quién pensó
tan notable desatino?

¿qué importará que el destino
quiera, sino quiero yo?

Del cielo es la inclinacion,
el sí, ó el no todo es mío;

que el hado en el alvedrío
no tiene jurisdiccion.

¿Como puedo yo querer
hombre cuya cara, y talle
me enfada solo en miralle?

Celia.

El amor lo puede hacer.

Doña Ana.

Solo quitará el morirme,
Celia, á don Mendo mi mano;
que está el plazo muy cercano,
y mi voluntad muy firme.

Duque.

¿Cuyos son estos balcones?

Don Juan.

De doña Ana de Contreras;
el sol por sus vidrieras
suele abrasar corazones.

Doña Ana.

Escucha, que hablan de mí.

Duque.

¿Es la viuda de Siqueo?

Don Juan.

La misma.

Duque.

Verla deseo.

Don Mendo.

Pues agora no está aquí.

Ni yo en mí que estoy sin ella.

ap.

Duque.

¿Dónde fué?

Don Mendo.

Velando está

á san Diego en Alcalá.

Duque.

La fama dice que es bella.

Don Juan.

Pues por imposible siento
que en algo la haya igualado
el dibujo, que ha formado

la fama en tu pensamiento ;
que en belleza y bizarría ,
en virtud y discrecion
vence á la imaginacion ,
si vence á la noche el dia.

Don Mendo.

¡ Plegue á Dios que esta alabanza , *ap.*
no engendre en el Duque amor ,
que con tal competidor
mal vivirá mi esperanza !
Yo quiero decir mal de ella ,
por quitar la fuerza al fuego.
Ciego sois , ó yo soy ciego ,
ó la viuda no es tan bella :
Ella tiene el cerca seo
si el lejos os ha agradado ,
que yo estoy desengañado ,
porque en su casa la veo.

Duque.

¿ Visitáisla ?

Don Mendo.

Por pariente
alguna vez la visito ,
que si no , fuera delito ,
segun es de impertinente.

Doña Ana.

¡ Ah traidor !

Don Mendo.

Si el labio mueve
su mediano entendimiento ,
helado queda su aliento
entre palabras de nieve.

Beltran.

¡ Ya escampa ! *ap.*

Don Juan.

¿Que trate así
un caballero á quien ama?

ap. á Bel.

Beltran.

Esto dice de su dama,
¡mira que dirá de ti!

Don Mendo.

Pues la edad no sufre engaños
aunque la tez resplandece.

Doña Ana.

¡Ah falso! ¿que te parece?
aun no perdona mis años.

Don Mendo.

Mil botes son el Jordán,
con que se remoza y lava.

Duque.

¿Pues como don Juan la alaba? (1)

Don Mendo.

Para entre los dos, don Juan
es un buen hombre; y si digo,
que tiene poco de sabio,
puedo sin hacerle agravio;
vuestro deudo es, y mi amigo:
mas esto no es murmurar.

Don Juan.

¿Que querais poner defeto
en tan hermoso sugeto!

Don Mendo.

En la rosa suele estar
oculta la aguda espina.

Don Juan.

Ellos son gustos, y al mio,
ó del todo desvarío,

ó esta muger es divina.

Don Mendo.

Poco sabeis de mugerès.

Don Juan.

Veréisla, Duque, algún dia,
y acabará esta porfia
de encontrados pareceres.

Don Mendo.

Don Juan me quiere matar,
y aquello mismo que he hecho
para sosegar el pecho
del Duque, me ha de dañar.

Celia.

¿Qué te parece?

Doña Ana.

Estoy loca.

Celia.

¿A este hombre tienes amor?

Doña Ana.

¡El pecho abrasa el furor!
¡Fuego arrojo por la boca!
¡Posible es que tal oi!
¡Yil, á quien te quiere infamas!
¡Asi tratas á quien amas!

Celia.

No ama, quien habla así;
él te engaña.

Doña Ana.

Claro está:

di que me traigan un coche;
volvamos, Celia, esta noche
á amanecer á Alcalá,
que lo que ahora escuché
castigo del cielo ha sido,
por haber interrumpido

las novenas que empecé.

Celia.

Antes este desengaño
le debes á esta venida.

Doña Ana.

Si con él pierdo la vida,
mejor me estaba el engaño.

ESCENA XXI.

Dichos, menos doña Ana y Celia.

Don Mendo.

Allí suenan cuchilladas. (1)

Duque.

Estas damas de mi voto, *vase.*
sigamos.

Don Mendo.

Es mas devoto *aparte con don Juan.*
de mugeres, que de espadas. *vase.*

Don Juan.

Y así el mas amigo abona
para que advertido estés.

Beltran.

Su lengua en efecto es,
la que á nadie no perdona.

(1) *Hacen dentro ruido de cuchilladas.*

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DEL DUQUE.

El Duque, don Juan, y Beltran; todos de color.

Duque.

¿Cómo los toros dejais?

Don Juan.

Viéndome sin vos en ellos,
estaba de los cabellos.....

¿Del jingo como quedais?
que era robado el partido.

Duque.

Cogieronme de picado:
he perdido, y me he cansado.

Don Juan.

Mil cosas habeis perdido;
el descanso, y el dinero,
y los toros.

Beltran.

¡Que haya juicio,
que del cansancio haga vicio,
y tras un hinchado cuero,
que el mundo llama pelota,
corra ansioso y afanado!
¿Cuánto mejor es sentado
buscar los pies á una sota,
que moler piernas y brazos?
Si el cuero fuera de vino,
aun no fuera desatino

sacarle el alma á porrazos.
 ¿Pero perder el aliento
 con una y otra mudanza;
 y alcanzar, cuando se alcanza,
 un cuero lleno de viento,
 y cuando una pierna rota,
 brama un pobre jugador,
 ver al compás del dolor
 ir brincando la pelota?

Don Juan.

El brazo queda gustoso,
 si bien la pelota dió.

Beltran.

Séneca la comparó
 al vano presuntuoso,
 y esa semejanza ha dado
 sin duda al juego sabor;
 porque no hay gusto mayor,
 que apalear á un hinchado.
 Mas si miras el contento
 de un jugador de pelota,
 y un cazador, que alborota
 con halcon la cuerda al viento;
 ¿por dicha, tendrás la risa,
 viendo que á presa tan corta
 que vencida nada importa,
 corre un hombre tan deprisa,
 que apenas tocan la yerba
 los cabállos voladores?
 Valga os Dios por cazadores;
 ¿qué os hizo esa pobre cierva?

Duque.

De la guerra has de pensar
 que es la caza semejanza,
 y así el ardid, la asechanza,

el seguir , y el alcanzar ,
es gustoso pasatiempo.

Beltran.

¿Mil contra una cierva? Si ,
bien dices que son así
las pendencias de este tiempo.

Don Juan.

¡Beltran , satírico estás!

Beltran.

¿En qué discreto, señor ,
no predomina ese humor?

Don Juan.

Como matas morirás.

Beltran.

En Madrid estuve yo
en corro de tal tijera ,
que la pegaba cualquiera
al padre que lo engendró ;
y si alguno se partia
del corro , los que quedaban
mucho peor de él hablaban ,
que él de otros hablado habia :
yo que conocí sus modos ,
á sus lenguas tuve miedo ,
¿y qué hago? estoyme quedo
hasta que se fueron todos.
Pero no me valió el arte ,
que ausentándose de allí ,
sólo á murmurar de mí
hicieron un corro aparte.
Si el maldiciente mirara
este solo inconveniente ,
¿hallárase un maldiciente
por un ojo de la cara?

Don Juan.

¿Fuera por eso peor?

Beltran.

Espántome que eso ignores;
mas que cien predicadores
importa un murmurador.
Yo sé quien ni con sermones,
ni enauresmas, ni consejos
de amigos sábios y viejos,
puso freno á sus pasiones;
ni sus costumbres redujo
en gran tiempo, y solamente
de temor de un maldiciente,
vive ya como un cartujo.

Duque.

Digo que tencis, don Juan,
entretenido criado.

Don Juan.

Es agudo, y ha estudiado
algunos años Beltran:

Duque.

¿Qué hay de doña Ana?

Don Juan.

Esta noche
parté sin duda á Madrid.

Duque.

Nuestra invencion prevenid.

Don Juan.

Ella, Duque, vá en su coche,
su gente en uno alquilado.

Duque.

Bien nos viene.

Don Juan.

Así lo espero.

Duque.

¿Apercibióse el cochero?

Don Juan.

Ya, señor, lo he concertado.

Duque.

¿Y está en los toros doña Ana?

Don Juan.

No la he visto; pero sé
que cuando en ellos esté,
ni en andamio; ni en ventana
de suerte estará que pueda
ser de nadie conocida;
que no por fiestas olvida
obligaciones que hereda.

Duque.

¿Cuántos toros vistes?

Don Juan.

Tres,

y entró don Mendo al tercero,
despreciando en un overo
al amor y al interes.
Salió con verde librea
robando así corazones,
que aun el toro á sus rejones
con su muerte lisongea.

Duque.

¿Tan bueno anduvo el Guzman?

Don Juan.

En todo es hombre excelente
don Mendo.

Duque.

¿Cuán diferente
suele hablar él de don Juan!
Cansado estoy.

Don Juan.

Reposar

podeis, señor, entretanto
que dá Tetis con su manto
á nuestra invencion lugar.

Duque.

Que á su tiempo me despiertes,
te encargo.

Don Juan.

Tendré cuidado.

ESCENA II.

Don Juan y Beltran.

Beltran.

¿ Por qué, señor, no has pintado
caballos, toros y suertes ?
que con eso, y con tratar
mal á los calvos, hicieras
comedias con que pudieras
tu pobreza remediar.

A que te cuenten, me obligo,
seiscientos por cada una.

Don Juan.

Pues supongamos que en una
eso que me adviertes digo,
¿ en otra qué he de decir ?
que á un poeta le está mal
no variar, que el caudal
se muestra en no repetir.

Beltran.

Para dar desconocidos
estos platos duplicados,
dar aquí calvos asados,
y acullá calvos cocidos.

Pero, señor, á das veras
 vuelva la conversacion :
 ¿ no me dirás la intencion
 que llevan estas quimeras ?
 ¿ para qué se han prevenido
 los dos capotes groseros ?
 ¿ Qué es esto de los cocheros ?

Don Juan.

Escucha, irás advertido.
 Desde aquella alegre noche,
 que al gran Precursor el suelo
 celebra por alba hermosa
 del Sol de Justicia eterno,
 de la encontrada porfia
 en que me puso don Mendo
 á mil gracias que conté
 de doña Ana, mil defectos ;
 en el corazon del Duque
 nació un curioso deseo
 de cometer á sus ojos
 la definicion del pleito.
 A don Mendo le explicó
 el Duque este pensamiento,
 y para ver á doña Ana
 quiso que él fuese el tercero.
 El se escusó, procurando
 divertirlo de este intento,
 ó temiendo mi vitoria
 ó anticipando sus celos.
 Creció en el mancebo Duque
 el apetito con esto,
 que sospechando su amor,
 hizo tema del deseo.
 Declaróme su intencion,
 y yo en su ayuda me ofrezco ;

dándome esperanza á mí
 lo que temor á don Mendo,
 y como doña Ana estaba
 aquí velando á San Diego,
 venimos hoy á los toros
 mas por verla que por verlos.
 Y sabiendo que esta noche
 se parte mi dulce dueño,
 por quien ya comienza Henares
 el lloroso sentimiento,
 por poder gozar mejor
 de su cara y de su ingenio;
 porque las gracias del alma
 son alma de las del cuerpo,
 trazamos acompañarla,
 sirviéndole de cocheros,
 nuevos faetontes del sol,
 si atrevidos, no soberbios.
 Con los cocheros ha sido
 para este fin el concierto,
 para esto la prevencion
 de los capotes groseros;
 que á tales trazas obliga
 en ella el recato honesto,
 en el Duque sus antojos,
 y en mí, Beltran, mis deseos.

Beltran.

Todo lo demas alcanzo,
 y eso postrero no entiendo.
 ¿Cómo en el amor del Duque
 funda el tuyo su remedio?

Don Juan.

Mientras sin contrario fuerte
 ame doña Ana á don Mendo,
 ella está en su amor muy firme,

y á mudalla no me atrevó.
 Y como el Duque es persona,
 á cuyas fuerzas y ruegos
 puede mudarse doña Ana,
 que la conquiste pretendo,
 para que andando mudable
 entre los fuertes opuestos,
 no estando firme en su amor,
 esté flaca á mi desto.

Beltran.

Esa es cautela, que enseña
 el diestro don Luis Pacheco,
 que dice que está la espada
 mas flaca en el movimiento.

Don Juan.

Mejor se sujeta entonces:
 de esa lición me aprovecho.

Beltran.

¿Y dime por vida tuya,
 agora sales con esto?
 ¿No eres tú quien me dijiste:
 si de esta vez no la muevo,
 morirá mi pretension,
 aunque vivan mis destos?

Don Juan.

Imita mi amor al hijo
 de la tierra, aquel Anteo,
 que derribado cobraba
 nueva fuerza y valor nuevo;

Beltran.

Pensé que desesperado
 lo curabas como á muerto,
 que aunque la traza es aguda,
 pongo gran duda en su efecto;
 que el Duque es muy poderoso:

llevarala.

Don Juan.

Per lo menos,

si vence, alivio será,
que por un Duque la pierdo;
y sino, consolarame
ver que lo que yo no puedo,
tampoco ha podido un Duque.

Beltrán.

En fé de aquellos consuetos
has cortado la cabeza
totalmente á tus intentos,
y estando tu mal dudoso,
has querido hacerlo cierto.
Quieres que el Duque la lleve
por quitársela á don Mendo,
y del daño el daño mismo
has tomado por remedio.
El epígrama que á Fanio
hizo Marcial, viene á pelo.

Don Juan.

¿Cómo dice?

Beltrán.

Traducido,
dice así en lenguaje nuestro.
"Queriendo Fanio burlar
sus contrarios, se mató."
¿No es futor, pregunto yo,
para no morir, morir?

Don Juan.

El epígrama es agudo,
mas la aplicación te niego,
que no es, como tu imaginas,
que vetra el Duque tan cierto;
que si el es grande de España,

es el querido don Mendo,
y esto es ser grande tambien
en la presencia de Venus.

Beltran.

Grandes son los dos contrarios,
y tú, señor, muy pequeño;
mas si fortuna te ayuda,
juzgo posible tu intento.
Dos valientes salteadores
por un hurto que habian hecho,
riñeron, que cada cual
lo quiso llevar entero;
y mientras ellos reñian,
un ladroncillo ratero
cogió la presa.

Don Juan.

Dios quiera
que me suceda lo mismo.

ESCENA III.

IMITACION DE DOÑA ANA.

Doña Ana y doña Lucrecia de camino.

Doña Ana.

¿Cómo en los toros te ha ido?

Doña Lucrecia.

Jamás hicieron provecho
en las dolencias del pecho
los remedios del sentido.
Que en un rabioso cuidado,
tanto con el alma asisto,
que aunque los toros he visto,
prima, no los he mirado.

Doña Ana.

Yo apostaré que hay amor.

Doña Lucrecia.

Forzoso es ya que te cuente,
porque el daño no se aumente,
la causa de mi dolor.

Doce veces ha vestido

Febo de luz á su hermana,

despues, hermosa doña Ana,

que me sujetó Cupido:

mas no fácil en mi amor.

llevó el que adoro la palma,

que al postrer precio del alma

le rendí el primer favor.

Hasta aquí te lo he callado,

porque muestra liviandad

la que sin necesidad

manifiesta su cuidado.

Mas ya que teme el amor,

si callo, no agravio injusto,

viendo que se anega el gusto,

se arroja á nada el honor.

Don Mendo es pues el sugeto,

por quien quiso amor que muera,

que menor causa no hiciera

en mí tan tirano efeto.

Supe que daba en mirar

tu belleza soberana,

que solo por tí, doña Ana,

me pudiera á mi olvidar.

A mi zelosa querella

satisfacer intentó,

mas aunque el fuego aplacó,

quedó viva la centella.

Supe que á Henares venia

hoy con galas y librea;
 ¿por quién quieros tú que sea,
 si á mí en Madrid me tenia?
 Pedí á mi padre licencia
 para venir á Alcalá,
 y porque estabas tú acá
 me ha permitido esta ausencia.
 No vine á los toros, no,
 mas á impedir nuestro daño,
 con que sepas tú tu engaño
 y mi desengaño yo.
 Y porque probar pretendo
 mi verdad, este papel
 mira y confirma con él
 las traiciones de don Mendo.
 A los celos satisfago
 de que yo cargo le hice;
 mira de tí lo que dice,
 y contigo lo que hace.

(1)

Doña Ana leyendo,
Tu sentimiento encareces,
sin escuchar mis disculpas,
cuanto sin razon me culpás,
tanto con razon pedaces.
Si miras lo que mereces
verás como la pasión
te obliga á que sin razon
agravies en tu locura,
con las dudas la hermosura,
con los celos la eleccion.
Lucrecia, de tí á doña Ana
ventaja hay mas conocida,
que de la muerte á la vida,

(1) *Dá un papel á doña Ana.*

*de la noche á la mañana ,
 ¿quién á la hermosa Diana
 trocará por una estrella?
 deja la injusta querella ,
 desengaña tus enojos ,
 que tengo una alma , y dos ojos
 para escoger la mas bella.*

Doña Lucrecia.

¿Qué dices de ese papel ?

Doña Ana.

¿Si estás viendo , prima , aquí ,
 lo que él ha dicho de mí ,
 qué quieres que diga de él?
 Pierde el cuidado cruel ,
 que te obliga á rezelar ,
 cuando así me ves tratar ,
 si es cosa cierta el nacer
 la injuria de aborrecer ,
 y la alabanza de amar.
 Mas cansada te imagino ,
 entra á reposar un rato ,
 que para hablar de tu ingrato ,
 será tercero el camino.

Doña Lucrecia.

Mi zeloso desatino
 el sueño me ha de impedir.

Doña Ana.

A las doce es el partir
 forzoso.

Doña Lucrecia.

¿Y tú, no reposas ?

Doña Ana.

No, Lucrecia , que mil cosas
 me faltan por prevenir.

Doña Eucrecia.

¿Puedo ayudarte?

Doña Ana.

Ayudarme,

dejarme sola será.

Doña Lucrecia.

El obedecerte es ya

forzoso.

Fase.

Doña Ana.

Como el matarme. *opi*

Celia, ven, ven á ayudarme
á lamentar mi tormento,
presta tu voz á mi aliento,
que en desventura tan grave,
por una boca no cabe
á salir el sentimiento.

ESCENA IV.

Doña Ana y Celia.

Celia.

¿Qué ha sido?

Doña Ana.

Nuevos agravios
del vil don Mendo, que en suma
firma también con la pluma
lo que afirmó con los labios.

Celia.

Mudar consejo es de sabios:
hasta aquí nada has perdido;
tu misma vista y oído
te han avisado tu daño:
agradece el desengaño
que á tan buen tiempo ha venido.
Quien así te injuria ausente,

y presente lisongea
 ó engañoso te desea,
 ó deseoso te miente;
 y cuando cumplir intente
 lo que ofrece, y ser tu esposo,
 si ordinario, y aun forzoso
 es el cansarse un marido,
 ¿cómo hablará arrepentido,
 quien habla así deseoso?

Doña Ana.

No es, Celia, mi corazón
 ángel en el aprender,
 que nunca pueda perder
 la primera aprehension;
 no es bronce mi corazón
 en quien viven inmortales
 las esculpidas señales:
 mudarse puede mi amor;
 si puede, ¿cuándo mejor,
 que con ocasiones tales?
 No pienses que está ya en mí
 tan poderoso y entero
 el gigante amor primero,
 á quien tanto me rendí;
 desde la noche que oí
 mis agravios, la memoria
 en tan afrentosa historia
 tan rabiosamente piensa,
 que entre el amor, y la ofensa
 dudaba ya la victoria.
 Pero con tan gran pujanza
 la nueva injuria ha venido,
 que del todo se ha rendido
 el amor á la venganza.

Celia.

¿Serás firme en la mudanza?

Doña Ana.

O el cielo mi mal aumente.

Celia.

Tus venturas acreciente,
como contento me ha dado
tu pensamiento mudado,
de un hombre tan maldiciente.
Que desde que estando un día
viéndote por una reja,
la cerré, y me llamó vieja,
sin pensar que yo lo oía,
tal cual soy, no lo querría;
si él fuese del mundo Adam.

Doña Ana.

Que eran votos mi Jordon,
dijo de mí; ¿qué te altera,
que á tus años te atreviera?

Celia.

¿Cuán diferente es don Juan!
Ofendido y despreciado
es honrar su condicion,
cuanto el lengua de escorpion
ofende, siendo estimado.
Una vez desesperado,
don Juan se quejaba así:
“¿qué delito cometí
en quererte, ingrata fiera?
Quiera Dios...; pero no quiera,
que te quiero mas, que á mí.”
¿Si vieras la cortesía
y humildad, con que me habló
cuando licencia pidió
para verte el otro día!

¿Si vieras lo que decia
 en mi defensa á un criado,
 que porfiaba arrojado,
 que si yo dificultaba
 la visita, lo cansaba
 ser él pobre y desdichado!
 ¿Si vieras !..... ¿pero qué vieras,
 que igualase á lo que viste,
 cuando del traidor le oiste,
 defenderte tan deveras?
 Ya te ablandáras, si fueras
 formada de pedernal.

Doña Ana.

¿Qué te obliga á que tan mal
 te parezca mi desden?

Conde.

Tener á quien habla bien
 inclinacion natural;
 y sin ella me obligara
 la razon á que lo hiciera.

Doña Ana.

¿Celia, si don Juan tuviera
 mejor tallo, y mejor cara !.....

Celia.

¿Pues cómo! ¿en eso repara
 una tan cuerda muger?
 En el hombre no has de ver
 la hermosura, ó gentileza;
 su hermosura es la nobleza,
 su gentileza el saber:
 lo visible es el tesoro
 de mozas faltas de seso,
 y las mas veces por eso
 topan con un asno de oro;
 por eso no tiene el Mero

ventanas , y es cosa clara ;
que aunque al principio repara
la vista , con la costumbre
pierde el gusto ó pesadumbre
de la buena , ó mala cara.

Doña Ana.

No niego que desde el día ,
que defenderme le oí ,
tiene ya don Juan en mi
mejor lugar , que solia ;
porque el beneficio cria
obligacion natural ;
y pues el rigor mortal
aplacó ya mi desden ,
principio es de querer bien ,
el dejar de querer mal.

Pero no facil se olvida
amor que costumbre ha hecho ,
por mas que se valga el pecho
de la ofensa recibida ;
y una forma corrompida
á otra forma hace lugar :
mas bien puedes confiar ,
que el tiempo ira introduciendo
á don Juan , pues á don Mendoza
he comenzado á olvidar.

Celia.

¿ Podré yo ver el papel ?

Doña Ana.

Pide luces , que la oscura
noche impedirte procura
ver mis agravios en él.

Celia.

Ya están las luces aquí.

Doña Ana.

Ten el papel. *Dale el papel á Celia.*

ESCENA V.

Dichos y un Escudero.

Escudero.

Dos cocheros,
piden licencia de veros.

Doña Ana.

Entren.

Escudero.

Entrad.

ESCENA VI.

Dichos, el Duque y don Juan, de cocheros.

Don Juan.

Pues á tí

nunca te ha visto, seguro
habla de ser conocido
mientras yo callo escondido
en manto de sombra oscuro.

Duque.

El cielo os guarde, señora.

Doña Ana.

Bien venido.

Duque.

Acá me envia

el cochero que os servia,
y no puede hacerlo agora,
rendido á un dolor cruel.
¿A qué hora habeis de partir?
que os tengo yo de servir
esta jornada por él.

Doña Ana.

¿Tanto es su mal?

Don Juan.

Por lo menós
no podrá serviros hoy.

Doña Ana.

Pésame.

Duque.

Persona soy,
con quien no lo echareis menós.

Doña Ana.

A media noche esté el coche
prevenido á la carrera.

Duque.

Y será la vez primera;
que el sol sale á media noche.

Doña Ana.

¿Como es eso?

Duque.

¿Cómo es esto?

Doña Ana.

¿Tierno sois?

Duque.

¿Es contra ley?

alma, tengo; como el Rey,
aunque este oficio profeso.

No huyo de amor los males,
que si por ellos no fuera,
yo os juro que no estuviera
cubierto de estos sayales.

Doña Ana.

¿Pues qué? ¿son disfras de amor
por infanta pretendida?

Duque.

Puede ser.

Doña Ana.

Bien por mi vida.

El cochero tiene humor.

Celia.

Don Mendo viene.

Doña Ana.

Id con Dios,

y á media noche os espero.

Duque.

Tengo por mi compañero
tambien que tratar con vos;
que es suyo el coche en que vá
vuestra gente, y esta noche
ya veis cuánto vale un coche,
y concertado no está.^a

La visita recibid,
que los dos esperaremos.

Doña Ana.

Por eso no reñiremos,
si con bien llego á Madrid.

Duque.

Señora, entre padres y hijos
parece bien el concierto. (1)

ESCENA VII.

Dichos, don Mendo y Leonardo.

Don Mendo.

¡Gloria á Dios que llego al puerto
de combates tan prolijos!

Duque.

Escuchar pretendo así,
si á don Mendo favorece
doña Ana.

(1) *Se aparta el Duque.*

Don Juan:

¿Pues qué os parece?

Duque.

Que por mi daño la ví.

ESCENA VIII.

Dichos, doña Lucrecia y Ortiz al paño.

Doña Lucrecia.

¿Don Mendo con ella, cielos!

Ortiz.

¿Si sabe que estás acá?

Doña Lucrecia.

Cerca el desengaño está.

(1)

Ortiz.

Hoy averigüas tus celos.

Don Mendo.

¿Qué es esto, doña Ana hermosa?

¿no me respondes? ¿qué es esto?

¿quien ha mudado tan presto
mi fortuna venturosa?

¿Tú, señora, estás así

grave y callada conmigo?

¿quién me ha puesto mal contigo?

¿quién te ha dicho mal de mí?

Habla, dime tu querella.

Doña Ana.

¿Tú puedes causarme enojos,

teniendo una alma y dos ojos

para escoger la mas bella?

Don Mendo.

Palabras son que escribí

ap.

á la engañada Lucrecia:

(1) *Pónese á escuchar.*

esperado habrá la necia
 Lucrecia tener de mí
 favor con hacerme daño;
 mas no pienso que le importe;
 vamos, señora, á la corte
 verás si la desengaña.

Doña Lucrecia.

¡Ah falso!

ap.

Don Mendo.

Que su favor
 no estimo, porque concluya,
 lo que una palabra tuya
 aunque la engendre el rigor.

Doña Ana:

¿Cómo, pues si el lábio mueve
 mi mediano entendimiento
 helado queda mi aliento
 entre palabras de nieve?

Don Mendo.

Don Juan le debió de dar *ap.*
 cuenta de nuestra porfia:
 mas aquí la industria mia
 las suertes ha de trocar;
 que si la verdad confieso,
 y que el amor y el poder
 temí del Duque, es muger,
 y despertará con eso.
 Vuelve ese rostro en que veo
 cifrado el cielo de amor.

Doña Ana.

Don Mendo, así está mejor
 quien tiene el cerca tan feo,

Don Mendo.

Ya colijo que don Juan
 de Mendoza, mal mirado,

la contienda te ha contado
de la noche de San Juan ;
que conozco esas razones ,
que el necio dijo de tí ,
porque yo le defendí
tus divinas perfecciones.

Don Juan.

¡ Ah traidor !

Duque.

Disimulad.

Don Mendo.

Pero don Juan bien podía
callar , pues que yo quería
perdonar su necedad.

Mas ya que estás de esa suerte
de mi , señora , ofendida ,
porque le dejé la vida ,
á quien se atrevió á ofenderte ,
no me culpes , que el estar
el Duque Urbino presente ,
pudo de mi furia ardiente
el impetu refrenar.

Celia.

¡ Qué embustero !

Doña Ana.

¡ Qué engañoso !

Celia.

Mira con quien te casabas.

Don Mendo.

Si por eso me privabas
de ver ese cielo hermoso ,
vuelve , que presto por mi
cortada verás la lengua ,
que en tus gracias puso mengua.

Doña Ana.

Pues guárdate tú de tí.

Don Mendo.

¿Yo de mí! ¿Luego yo he sido,
quien te ofendió?

Doña Ana.

Claro está:

¿quién sino tú?

Don Mendo.

¿Cuánto vá,
que ese falso fementido,
lisongero universal,
con capa de bien hablado,
por adularle ha contado
que él dijo bien y yo mal?
Mas brevemente verán
esos ojos, dueño hermoso,
castigado al malicioso.

Doña Ana.

Para entre los dos; don Juan
es un buen hombre, y sí digo
que tiene poco de sábio,
puedo sin hacerle agravio;
vuestro deudó es mi amigo:
mas esto no es murmurar.

Don Mendo.

Eso dije á solas yo
al Duque; que se admiró
de verle vituperar
lo que yo tanto alabé.

Doña Ana.

Dilo al revés.

Don Mendo.

Segun esto,
quien contigo mal me ha puesto

el Duque sin duda fué.
 ¡Aun no ha llegado á la corte;
 y ya en enredos se emplea!
 ¡O piensa que está en su aldea,
 para que nada le importe
 su grandeza, ó calidad
 al necio rapaz conmigo,
 para no darle el castigo!

Duque.

¡Ah traidor!

Don Juan.

Disimulad.

Dña Ana.

¿Qué sirven falsas excusas,
 qué quimeras, qué invenciones,
 donde la misma verdad
 acusa tu lengua torpe?
 ¿Hablas tu tan mal de mí,
 sin que contigo te enojés,
 y enójaste con quien pudo
 contarme tus sinrazones?
 Quien te daña es la verdad
 de las culpas que te ponen;
 si pecaste, y yo lo supe,
 ¿qué importa saber de donde?
 Pues nadie me ha referido
 lo que hablaste aquella noche;
 verdad te digo, ó la muerte
 en agraz mis años corte.
 Y siendo así, sabes tú
 que son las mismas razones
 las que aquí me has escuchado,
 que las que dijiste entonces.
 Y pues la sé, bien te puedes
 despedir de mis favores,

y á toda ley hablar bien,
porque las paredes oyen:

ESCENA IX.

Dichos, menos doña Ana y despues los demas.

Don Mendo.

Vuelve, escucha, dueño hermoso,
lo que mi fe te responde;
y pues oyen las paredes,
oye tú mis tristes voces.

Doña Lucrecia.

Mas que de tristeza mueras. *Vase.*

Celia.

Mas que eternamente llores.

Duqué.

¿De donde pudo doña Ana
saber lo que aquella noche
hablamos?

Don Juan.

Yo no lo he dicho.

Duque.

Ni yo.

Don Juan.

Las paredes oyen.

Vanse.

Don Mendo.

Oyeme tú, Celia, así
tus floridos años logres.

Celia.

Las que ya llamaste canas,
¿cómo agora llamas flores?

Don Mendo.

¿Quién te ha dicho tal de mí,
Celia?

Celia.

Las paredes oyen.

ESCENA X.

DECORACION DE CALLE;

Don Mendo y Leonardo.

Don Mendo.

¿Qué es esto , suerte enemiga ?
 ¿Por tan falsas ocasiones
 tan verdadera mudanza
 en voluntad tan conforme !
 ¿Qué pueda ser , quien me ha dañado
 los mas estrechos favores ,
 A mi acusacion de cera ,
 y á mi descargo de bronce !
 ¿A mis contrarios escuchas ?
 ¿á malos terceros oyes ?
 ¿á mi el oido me niegas ?
 ¿á mi la cara me escondes ?

Leonardo.

Con la pasion no discorres ;
 ¿ posible es que no conoces ,
 que tan estraños efectos
 á mayor causa responden ?
 No por las culpas que dice
 hay mudanza en sus amores ,
 antes por haber mudanza
 aquestas culpas te pone.
 Que si el enojo que vés
 causaran tus sinrazones ,
 no tan resuelta negara
 los oidos á tus voces ;
 que á quien obligan ofensas
 de quien ama , que se enoje ,
 la satisfaccion desea ,
 cuando la culpa propone .

Doña Ana no quiso oírte,
 y así me espanta que ignores,
 que culpas ha menester,
 pues huye satisfacciones:
 y el que anda á caza de culpas
 intencion resuelta esconde,
 y pretende dar color
 de castigo á sus errores.

Don Mendo.

Bien imaginas.

Leonardo.

Señor,

ciego estás, pues no conoces
 su desamor en su ausencia,
 su engaño en sus dilaciones.
 Dilató por las novenas
 el matrimonio, engañóte;
 que no hay muger que al amor
 prefiera las devociones.
 Con secreto caminaba
 á otro fin su trato doble,
 y por si no lo alcanzase,
 entretuvo tus amores.
 Ya lo alcanzó, y te despide,
 sin que en descargo le informes,
 que ha menester que tus culpas
 su injusta mudanza abonen.

Don Mendo.

Agudamente discurre;
 mas por los celestes orbes
 juro que me he de vengar
 de su rigor esta noche.

Leonardo.

Poderoso eres, señor.

Don Mendo.

De allá han salido dos hombres.

Leonardo.

Cocheros son de doña Ana.

Don Mendo.

La fortuna me socorre.

ESCENA XI.

Dichas , el Duque y don Juan,

Duque.

No ví hermosura mayor ,
ni tal discrecion oí.

Don Juan.

¿ Luego á don Mendo venci ?

Duque.

Preguntaselo á mi amor.
Vive el cielo que estoy loco.

Don Juan.

Mi invencion es ya dichosa. *ap.*

Duque.

Será mi esposa.

Don Juan.

¿ Tu esposa !

Duque.

Si.

Don Juan.

Ni tanto ni tan poco. *ap.*

Don Mendo.

Dios os guarde , buena gente.

Duque.

¿ Quién va allá ?

Don Mendo.

Don Mendo soy
de Guzman.

Duque.

Por darle estoy
el castigo aquí.

Don Juan.

Detente ,
que es de doña Ana esta puerta.

Duque.

¿Qué mandais ?

Don Mendo.

Qué me digais ,
() pues á doña Ana llevais ,
¿ á que hora se concierta
la partida ?

Duque.

A media noche.

Don Mendo.

Una cosa habeis de hacer ,
que me obligo á agradecer.

Duque.

Decídlas.

Don Mendo.

Apartar el coche ,
en que fuere vuestro dueño ,
del camino un trecho largo ,
haciendo del yerro cargo
á la oscuridad ó al sueño.

Duque.

¿ Para qué fin ?

Don Mendo.

Solamente
hablarla pretendo , amigos ,
con espacio y sin testigos ,

Duque.

Cosa que algun hecho intente
que nos cueste.

Don Mendo.

No os dé pena ,
cuando yo os amparò , el miedo ;
la obligacion en que os quedo
publique aquesta cadena ,
que podeis los dos partir.

Duque.

No señor.

Don Mendo.

Esto ha de ser. (1)

Duque.

Una cosa habeis de hacer ,
si os habemos de servir.

Dos Mendo.

Hablad pues.

Duque.

Que á la ocasion
no vais mas de dos amigos ;
porque quantos son testigos ,
tantos enemigos son.

Don Mendo.

Solos iremos los dos ;
de esto la palabra os doy.

Duque.

Con eso á serviros voy.

Don Mendo.

Y yo á seguiros.

Duque.

A Dios ,
que es hora ya de partir.

Don Juan.

¿ Dónde con tu intento vas ?

(1) *Dále una cadena, y tómalala el Duque.*

Duque.

Presto, don Juan lo verás,

ESCENA XII.

Don Mendo y Leonardo.

Don Mendo.

Manda luego apercibir ,
Leonardo , los dos rocines
de campo , para alcanzar
esta fiera. Hoy he de dar
á esta caza dulces fines.

Leonardo.

No lo dudes , pues está
tan de tu parte el cocheró.

Don Mendo.

Como eso puede el dinero.

Leonardo.

Contra su dueño será,
si de su favor te ayudas.

Don Mendo.

El primer cocheró agora
no será que á su señora
haya servido de Judas.

ESCENA XIII.

DECORACION DE CAMPO.

Cantan dentro.

*Venta de Viveros ,
dichoso sitio ,
si el ventero es cristiano ,
y es thoro el vino.
Sitio dichoso ,*

*si el oentero es cristiano,
y el vino es moro.*

Otro.

*Con mi albarda y mi burro
no envidio nada,
que son coches de pobres
burros; y albardas.*

Una muger.

*Tan gustosa yo oengo
de ver los toros,
que nunca se me quitan
de entre los ojos.*

Tercero.

*Unos ojos que udoro
llevo á las ancas:
¿quien ha visto los ojos
á las espaldas?*

Dentro un arriero.

¿Gruñes, ó gritas, ó cantas?

Cuarto.

Mis males espanto así.

Arriero.

*¿Somos tus males aquí?
porque tambien nos espantas.*

Cuarto.

*Calla y toma mi consejo,
que no es la miel para tí.*

Arriero.

¿Fuiste á ver los toros?

Cuarto.

Si.

Arriero.

¿Pues no hay en tu casa espejos?

Arriero segundo.

¡Ah del coche! ¿dónde bueno?

Del camino se han salido:

Primero.

O el cochero se ha dormido ,
ó han de hacer noche al sereno.

Segundo.

¡ Ah Faeton de los cocheros ,
que te pierdes ! Por acá.

Primero.

Por esos trigos se va.

Segundo.

Y tras él dos caballeros.

Primero.

De malas lenguas se quita
quien vá al desierto á morar.

Segundo.

No van ellos á rezar ,
que por allí no hay hermita.

Primero.

Arre , mula de Mahoma ;
ella hace burla de mí :
dale , Francisco.

Segundo.

Echa aquí.

Primero.

Arre , ¿ qué diablo te toma ?

Dentro don Mendo.

Pára , cochero.

Doña Ana.

¿ Quién es ?

Don Mendo.

Don Mendo soy.

Doña Ana.

Anda.

Don Mendo.

Pára.

ESCENA XIV.

Don Mendo, doña Ana, doña Lucrecia y Leonardo.

Doña Ana.

¿Quién sino tú se mostrara
conmigo tan descortés?

Don Mendo.

Mi esceso y atrevimiento
disculpo con tu mudanza.

Doña Ana

Llámala justa venganza,
y cuerdo arrepentimiento.

Don Mendo.

¿Quién lo causó?

Doña Ana.

Tus traiciones.

Don Mendo.

¡Ah falsa! ¿engañarme piensas?

¿acreditas mis ofensas,

por abonar tus acciones?

Pues no lograrás tu intento.

Doña Ana.

¿Qué es esto! (1)

Don Mendo.

Justo castigo

de tu mudanza.

Doña Ana.

¿Conmigo

tan grosero atrevimiento?

Doña Lucrecia.

¡Justicia de Dios!

(1) *Llega don Mendo á pelear con doña Ana, doña Lucrecia á ayudarla y Leonardo á tener á doña Lucrecia.*

Leonardo.

Teneos.

Doña Ana.

¡ Hay escesos mas estraños !

Don Mendo.

A pesar de tus engaños
he de lograr mis deseos.

ESCENA XV.

Dichos , el Duque y don Juan de cocheros que sacan las espadas y dan sobre ellos.

Duque.

La venganza nos convida.

Doña Ana.

¿ Dónde están mis escuderos ?
Vendido me han los cocheros.

Duque.

Por vos , señora , la vida
vuestros cocheros darán.

Don Mendo.

¿ A don Mendo os atreveis,
viles ?

Leonardo.

¿ Cocheros qué haceis ,
que es Don Mendo de Guzman ?
A vuestro coche os volved.

Don Mendo.

Furias del infierno son.

Doña Lucrecia.

¡ Qué pena !

Doña Ana.

¡Qué confusion! (1)
cocheros, tened, tened.

(1) *Retirase don Mendo y Leonardo, y el Duque
y don Juan van tras ellos.*

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Doña Ana, Celia, el Duque y don Juan. (1)

Doña Ana.

¿No advertís lo que habeis hecho?
¿cómo tan despacio estais?

(1)

Duque.

Por nosotros no temais,
quietad el hermoso pecho;
pues con probar la violencia
que intentó aquel caballero,
(2) en nuestro favor espero
que tendremos la sentencia.
Y por su reputacion
le estará mas bien callar;
no penseis que ha de tratar
de tomar satisfaccion
por justicia un caballero.
(3) ¿No veis lo mal que sonara,
que herido se confesara
del brazo vil de un cochero
(4) un tan ilustre señor,
dueño de tantos vasallos?
De estos casos el callallos
es el remedio mejor.

Doña Ana.

Siéntome tan obligada

(1) Todos como acabaron el segundo acto.

de vuestro valor extraño,
¡que el temor de vuestro daño
toda me tiene turbada!

Duque.

No temais.

Doña Ana.

El pecho fiel
el daño está previniendo.

Duque.

Quien pudo herir á don Mendo,
podrá defenderse de él.

Celia.

(1)

En hablar tan cortesanos,
tan valientes en obrar,
mucho dan que sospechar
estos cocheros.

Doña Ana.

(2)

Las manos

les mira, que la verdad
nos dirán.

Celia.

Es gran razon

pagalles la obligacion,
que tienes á su lealtad,
pues por estas manos queda
tu honestidad defendida.

(3)

¡Ay señora de mi vida!
blandas son como una seda,
y en llegando cerca son

(4)

(1) *A doña Ana al oído.*

(2) *A Celia al oído.*

(3) *Toma las manos al Duque y vuélvese á hablar aparte á doña Ana.*

(4) *Aparte las dos.*

sus olores soberanos.

Doña Ana.

¿Buen olor y buenas manos?

clara está la información.

Disimula.

Celia.

El otro está

siempre cubierto y callado, (1)

cogeréio escondido,

pues la aurora alumbra ya,

lo que basta á conócello. (2)

Doña Ana.

Amigos, puesto que así

os arriesgasteis por mí,

sin obligacion de hacello,

de esta casa y de mi hacienda

os valed,

Duque.

Los pies ós beso ;

mas yo no paso por eso,

que no es razon que se entienda,

que fué sin obligacion

el serviros ; pues de un modo

se la pone al mundo toda

vuestra rara perfection.

Porque á quien os llega á ver

daís gloria tan sin medida,

que aunque os pague con la vida,

os queda mucho á deber,

(1) *Don Juan se está escondido detrás del Duque.*

(2) *Va Celia por detrás de todos á cogerle de cara á don Juan.*

Celia.

¿Y vos sois mudo, coquero? *d. d. Juan.*
 ¿de qué estais triste? Volved;
 alzar el rostro, aprended
 ánimo del compañero.
 ¿El que riñó sin temer,
 teme sin reñir agora?

Duque.

En vano os cansais, señora,
 que es mudo.

Celia.

Bien puede ser.
 Mas yo don Juan de Mendoza *ap.*
 pienso que es; él es; ¿qué dudo?
 El triste se finge mudo
 por no perder lo que goza
 mientras encubierto está;
 ¿Quién dirá, señora, que es
 el callado?

Doña Ana.

Dilo pues.

Celia.

¿Quién piensaas tú que será?

Doña Ana.

No lo sé.

Celia.

¿Quién puede ser,
 quien siendo gran caballero,
 quisiera ser tu coquero,
 solo por poderte ver?
 ¿Quién el que con tal valor
 en un lance tan estrecho,
 pusiese á la espada el pecho
 por asegurar tu honor?
 ¿Quién el que en penar se goza

pór tu amor, y tu desden
 sigue enamorado! ¿quién,
 sino don Juan de Mendoza!

Doña Ana.

Bien dices, solo el haria
 finezas tan estremadas.

Celia.

Bien merecen ser premiadas.

Doña Ana.

Que no las pierdes confía.

Duque.

El sol sale, porque vos,
 que sol al mundo habeis sido
 en tanto que él ha dormido,
 reposeis agora; á Dios.

Y así los cielos, que os dan
 belleza, os den larga vida,
 que no os inquiete la herida
 de don Mendo de Guzman.

ESCENA II.

Dichos menos el Duque.

Doña Ana.

Tras la ofensa que ha intentado,
 no hay porque inquietarme pueda,
 que ni aun la ceniza queda
 en mí del amor pasado.

Detén á don Juan, que quiero
 hablalle.

Celia.

A servirte voy.

Doña Ana.

Y mientras con él estoy,
 entreten al compañero.

Celia.

¿Y vos sois mudo, cothero? *d. d. Juan.*
 ¿de qué estais triste? Volved;
 alzar el rostro, aprended
 ánimo del compañero.
 ¿El que riñó sin temer,
 teme sin reñir agora?

Duque.

En vano os cansais, señora,
 que es mudo.

Celia.

Bien puede ser.
 Mas yo don Juan de Mendoza *ap.*
 pienso que es; él es; ¿qué dudo?
 El triste se finge mudo
 por no perder lo que goza
 mientras encubierto está.
 ¿Quién dirá, señora, que es
 el callado?

Doña Ana.

Dilo pues.

Celia.
 ¿Quién piensaas tú que será?

Doña Ana.

No lo sé.

Celia.

¿Quién puede ser,
 quien siendo gran caballero,
 quisiera ser tu cothero,
 solo por poderte ver!
 ¿Quién el que con tal valor
 en un lance tan estrecho,
 pusiese á la espada el pecho
 por asegurar tu honor!
 ¿Quién el que en penar se goza

pór tu amor, y tu desden
sigue enamorado! ¿quién,
sino don Juan de Mendoza!

Doña Ana.

Bien dices, solo el haria
finezas tan estremadas.

Celia.

Bien merecen ser premiadas.

Doña Ana.

Que no las pierde confía.

Duque.

El sol sale, porque vos,
que sol al mundo habeis sido
en tanto que él ha dormido,
reposeis agora; á Dios.

Y así los cielos, que os dan
belleza, os den larga vida,
que no os inquiete la herida
de don Mendo de Guzman.

ESCENA II.

Dichos menos el Duque.

Doña Ana.

Tras la ofensa que ha intentado,
no hay porque inquietarme pueda,
que ni aun la ceniza queda
en mí del amor pasado.

Detén á don Juan, que quiero
hablalle.

Celia.

A servirte voy.

Doña Ana.

Y mientras con él estoy,
entreten al compañero.

Celia.

Señor cochero fingido,
mi dueño os llama; esperad.

Don Juan.

Un.

Celia.

No hay *Un*, volved y hablad,
que ya os hemos conocido.

ESCENA III.

Doña Ana y don Juan.

Don Juan.

¡Eso debo á mi ventura!

Doña Ana.

¿Qué es esto, don Juan?

Don Juan.

Amor.

Doña Ana.

Locura, dirás mejor.

Don Juan.

¿Cuándo amor no fué locura?

Doña Ana.

Si; mas los fines ignora
de estos disfraces que veo.

Don Juan.

Así miro, á quien deace;
así sirvo, á quien adoro.

Doña Ana.

No; traidoras intenciones.
encubren estos disfraces.

Don Juan.

Falsas conjeturas haces,
por negar obligaciones.

Doña Ana.

El probarte lo que digo,
no es difícil.

Don Juan.

Ya lo espero.

Doña Ana.

¿Quién es ese caballero?

¿y á qué fin viene contigo?

Traer quien me diga amores,

y escuchallos escondido,

¿podrás decir que no ha sido

con pensamientos traidores?

Don Juan.

¡Cuán lejos del blanco das,

pues sí traidores los llamas,

la mayor fineza infamas

que la hecho el amor jamás!

Doña Ana.

Dila pues, que á agradecella,

sino á pagalla, me obligo.

Don Juan.

Por obedecer, la digo,

no por obligar con ella.

Como mi mucha aficion,

y poco merecimiento

engendró en mi pensamiento

justa desesperacion;

vino amor, á dar un medio

en desventura tan fiera,

que á mi mal consuelo fuera,

ya que no fuera remedio.

Y fué, que te alcance quien

te merezca; tu bien quiero,

que el efecto verdadero

es este de querer bien.

A este fin, tus partes bellas
 al Duque Urbino conté,
 si contar posible fué
 en el cielo las estrellas:
 él de tu fama movido,
 de tu recato obligado,
 este disfraz ha ordenado,
 con que te ha visto y oído.
 Y ojalá, que conociendo
 tu sugeto soberano,
 dé, con pretender tu mano,
 efecto á lo que pretendo;
 que yo, con verte en estado
 igual al merecimiento,
 al fin quedaré contento,
 ya que no quede pagado.
 Esta ha sido mi intencion,
 y si escuchaba escondido,
 fué porque el ser conocido
 no estorvase la invención.
 Que juzgues agora quiero,
 si he merecido, ó pecado,
 pues de puro enamorado
 vengo á servir de tercero.

Doña Ana.

Tu voluntad agradezco,
 pero condeno tu engaño,
 que presumes por mi daño
 mas de mí, que yo merezco.
 Porque no es á la excelencia
 del Duque igual mi valor,
 que no engaña el propio amor,
 donde hay tanta diferencia.
 Fué mi padre un caballero
 ilustre, mas yo imagino,
 que pensara honrarle Urbino.

si lo hiciera su escudero,
Y así á tan locos intentos
tus lisonjas no me incitan,
que afrentosos precipitan
los soberbios pensamientos.

Don Juan.

Mucho, señora, te ofendes,
porque sin tu calidad,
digna es por sí tu baldad
de mas bien que en esto emprendes.
No te merece gozar
el Duque, ni el Rey, ni...

Doña Ana.

Tente;

la fiebre de amor ardiente
te obliga á desatinar.
Tu amoroso pensamiento
encarece tu valor,
diérasle al Duque tu amor,
que yo le diera tu intento.

Don Juan.

¿Quién podrá quererte menos,
en viendo tu perfeccion?

Doña Ana.

Al fin, por tu corazón
quieres juzgar los ajenos;
y es engaño conocido,
que si el tuyo por mí muere,
no con una flecha hiere
todos los pechos Cupido;
y aunque el Duque tenga amor,
galán querrá ser, don Juan,
y honra mas, que un Rey galán,
un marido labrador.
Y aunque en el Duque es forzosa

la ventaja que te doy,
grande para dama soy,
si pequeña para esposa.

Don Juan.
Nadie con tal pensamiento
ofende tu calidad.

Doña Ana.
De mi consejo, dejad
de terciar en este intento;
porque mayor esperanza
puede al fin tener de mí,
quien pretende para sí,
que quien para otro alcanza.

ESCENA IV.
Don Juan, y después Beltrán.

Don Juan.
¿Posible es que tan favor
merecieron mis bidos?
¡dichosos males sufridos!
¡dulces victorias de amor!
Que tendrá mas esperanza,
dijo, si bien lo entendí,
quien pretende para sí,
que quien para otro alcanza.
Que la pretenda mi amor
me aconseja claramente,
y la mnger, que constante
ser amada, hace favor.

Beltrán.
Mira que el Duque te espera,
y no el padre de Faeton,
que á publicar tu invencion,
apresura su carrera.

Don Juan.
En cas de mi amada bella
son los años, puntos breves:

Beltran.

En la taberna no bebes,
pero te huelgas en ella!

Don Juan.

Bien lo entiendes.

Beltran.

Alegria

vierten tus ojos, señor.

Don Juan.

Hacen fiestas á un favor.

Beltran.

Mucho alcanza la porfia.

ESCENA V.

Dichos y Celia.

Don Juan!

Celia, amiga, Dios te guarde.

Celia.

Y te dé el bien que desas.

Don Juan.

Como de mi parte seas,
no hay ventura que no aguarde.

Celia.

Si en mi mano hubiera sido,
tu dicha fuera la mia;
mas, don Juan, sirve y porfia,
que no vá tu amor perdido.

ESCENA VI.

Celia y Beltran.

Beltran.

¿Y á mí me aprovecharia,

el servir como á mí amo?

Celia.

¿Pues amas tambien?

Beltran.

Yo amo

por solo hacer compañía.

ESCENA VII.

Dichos y doña Ana.

Doña Ana.

Celia está con el criado
de don Juan, y no sosiego
hasta hablalle; ya está el fuego
en mi pecho declarado.

Celia.

Mi señora.

Beltran.

Voyme.

Doña Ana.

Hidalgo

volved. ¿Quién sois?

Beltran.

Soy Beltran,

un criado de don Juan
de Mendoza.

Doña Ana.

¿Queréis algo?

Beltran.

Servirte solo quisiera:

aquí á Celia, le decía,
que amo por compañía.

Doña Ana.

No es conclusión verdadera.

¿Satinizas?

Beltrán.

No conviene,
que eso puede solo hacer,
quien no tiene que perder,
ó que le digan no tiene.
¿Pero yo, como querías
que predique, sin ser santo?
¿qué faltas diré, si hay tanto
que remediar en las mías?

Doña Ana.

Tu gusto desacreditas
con esa cuerda intencion;
porque á la conversacion
la mejor salsa le quitas.

Beltrán.

Si ella es salsa, es muy costosa,
señora, que bien mirado,
ni hay mas inútil pecado,
ni salsa mas peligrosa.
¿Después que uno ha dicho mal,
saca de hacerlo algún bien?
Los que le escuchan mas bien,
esos los quieren mas mal;
que cada cual entre sí
dice, oyendo al maldiciente:
este, cuando yo me ausente,
lo mismo dirá de mí.
Pues si aquel, de quien murmura,
lo sabe, que es facil cosa,
¿qué mesa tiene gustosa?
¿qué cama tiene segura?
Viciosos hay de mil modos,
que no aborrecen la gente,
y solo del maldiciente
huyen con cuidado todos.

Del malo mas pertinaz
lastima la desventura,
solamente al que murmura
lleva el diablo en haz y en paz.
En la corte hay un señor,
que muchas veces oí,
(esto encaja bien aquí *ap.*
para quitarle el amor)
que está mal quisto de modo,
por vicioso en murmurar,
que si lo viesan quemar
diera leña el pueblo todo.
¿No conoces á don Mendo
de Guzman?

Doña Ana.

Beltran detente,
¿el vicio del maldiciente
has estado maldiciendo,
y con tal desenvoltura
de don Mendo has murmurado?

Beltran.

Pienso que es escusado
murmurar del que murmura:
dicen que el que hurta al ladrón
gana perdones, señora.

Doña Ana.

Dicen mal; véte en buen hora,

Beltran.

Da á mi ignorancia perdón,
si acaso te he disgustado.

Mal disimula quien ama. *ap.*

Libro del castigo
ESCENA. VII.

Doña Ana y Celia.

Celia.

Apagado se há, la llama,
 mas mucha brasa ha quedado,
 pues su ofensa, te ofendio.

Sin duda que en tu memoria
 ha borrado amor la historia,
 que esta noche te pasó.

Doña Ana.

Celia, ten cerrada los labios,
 mira que mi honor usienes,
 cuando de mi pecho entientes
 que olvida así sus agravios.

No los males he olvidado,
 que ha dicho de mí don Mendo,
 la infame baxada estoy viendo,
 que hoy en el campo ha intentado,

en que claramente hebo,
 pues tampoco me quitaba,
 que pagados le pusecaba,
 solo cumplir, se desbo.

Conque ya en mi pensamiento
 no solo el fuego apagué,
 pero cuanto el amor fué,
 es el aborrecimiento.

Mas esto, no da licencia

para que me baje, cebido,
 de hombre tan calificado,

hable mal en mi presencia,

que no por la enemistad,

que entre dos agiles empieza,

pierden ellos la nobleza.

ni el villano la humildad.
 Esto, Celia, me ha obligado
 á indignarme con Beltran,
 que no porque ya don Juan
 no esté solo en mi cuidado.

Celia.

¿Al fin su fe te ha vencido?

Doña Ana.

Con lo que anoche pasó,
 cuanto don Mendo bajó,
 él en mi rueda ha subido.

Celia.

¿Declarástele tu amor?

Doña Ana.

¿Tan liviana me has hallado?
 ¿no basta haberle mostrado
 resplandores de favor?

Celia.

! Liviana dices, después
 de dos años que por tí
 ha andado fuera de mí!
 Bien parece que no ves
 lo que en las comedias hacen
 las infantas de Leon.

Doña Ana.

¿Cómo?

Celia.

Con tal condicion,
 ó con tal dándicha nacen,
 que en viendo un hombre, al momento
 le ruegan, y mudan trage,
 y sirviéndole de paje,
 van con las piernas al viento.
 Pues tú, que obligada estás
 de tanto tiempo, y se tanta,

si bien señora , no infanta ,
honestamente podrás
decirle tu voluntad
con prevenciones discretas ,
sin temer que á los poetas
les parezca impropiedad.

Doña Ana.

¿ Poco á poco no es mejor ?

Celia.

¿ Tú qué reslo ?

Doña Ana.

Celia , sí.

Celia.

¿ Sabes que él muere por tí ?

Doña Ana.

Bien cierta estoy de su amor.

Celia.

Pues cuando de esa verdad
hay certidumbre , yo hallo
mas crueldad en dilatallo ,
que en decillo liviandad ;
que el tiempo sirve de dar
del amor informacion ,
y es necia la dilacion ,
sino queda que probar.

Doña Ana.

El sugetarme es forzoso ,
Celia , á tu agudeza estraña:

Celia.

Es verdad que es poca hazaña
persuadir á un descoso.

ESCENA IX.

SALA EN CASA DE DON MENDO.

Don Mendo con banda, sin espada, y el Conde.

Don Mendo.

Mis cocheros me han vendido,
dijo mi enemiga apenas,
cuando en espadas y dagas
truecan azotes y riendas,
y como animosos, mudos,
indicio de su fiera,
que dá el valor á los pechos,
lo que les quita á las lenguas.
Embistieron dos á dos
con tal ímpetu y violencia,
que pensé, viendo el exceso
de su valor y sus fuerzas,
que transformado en cochero,
Jove por mi ingrata bella
vibraba rayos ardientes
para vengar sus ofensas;
porque sus valientes golpes
eran tantos, que no suenan
en la fragua de Vulcano
los martillos tan aprieta.
Al fin, primo, (que á vos solo
puedo confesar mi afrenta)
la espada de un hombre humilde
pudo herirme en la cabeza,
y tanta sangre corria,
con ser la herida pequeña,
que cegándome los ojos
puso fin á la pendencia.

Volví á curarme á Alcalá,
 que estaba un cuarto de legua,
 mas con rabia de la causa,
 que del efecto con pena.
 Esto ha podido en doña Ana
 una mál fundada queja,
 y este es el premio que traigo
 de celebrarla en las fiestas.

Conde.

¡ Hay suceso mas extraño !
 ¿ Y habeis sabido quién eran
 cocheros tan valerosos ?

Don Mendo.

Como se vá con cautela
 procurando por mi honor,
 que el suceso no se sepa,
 no es averiguarlo fácil;
 mas yo tengo una sospecha,
 que siempre estas viudas mozas,
 hipócritas y santeras,
 tienen galanes humildes,
 para que nadie lo entienda.
 Tal valor en un cochero
 los zelos no mas lo engendran,
 que nunca así por leales
 los hombres bajos se arriesgan.
 Esto se viene rodado,
 que si no, no lo digera,
 que ya sabeis que no suelo
 meterme en vidas ajenas.

Conde.

¡ Así tengas la salud ! *ap.*
 No vengo en esa sospecha;
 el enojo os precipita
 contra tan honradas prendas ;

y no es justo hablar así
de quien puede ser que sea
vuestra esposa.

Don Mendo.

Ya he perdido
la esperanza y la paciencia.

Conde.

¿Tan presto?

Don Mendo.

Volverme quiero
á mi constante Lucrecia.

Conde.

¡Malas nuevas te dé Dios! *ap.*
Indicios dais de flaqueza:
si doña Ana está engañada
procurad satisfacerla.

Don Mendo.

Niega á mi voz los oídos.

Conde.

Entrad y habladla por fuerza;
porque quien el dueño ha sido,
siempre tiene esa licencia,
mientras no se satisface
de que es la mudanza cierta.
Quizá enojada os castiga,
y no os despide resuelta;
ó decid vuestras disculpas
en un papel

Don Mendo:

Yo lo hiciera,
si hubiera de recibillo.

Conde.

Yo me obligo á que lo lea.

Don Mendo.

¿Cómo?

Conde.

Dádmele, que yo
lo pondré en sus manos mismas.

Don Mendo.

Al punto voy á escribir.

ESCENA X.

El Conde.

Y yo á pedir á Lucrecia
que me cumpla su palabra,
pues ha visto sus ofensas;
que pues con doña Ana vino
de Alcalá en un coche, es fuerza
que viera lo que ha contado,
y su desengaño viera;
y este papel ha de ver,
para que negar no pueda;
qué modo habrá de escusarme,
cuando don Mendo lo sepa:
y consiga yo mi intento,
suceda lo que suceda,
que no mira inconvenientes
el que ciega amor deveras.

ESCENA XI.

Don Juan y Beltran.

Beltran.

¿Que llegó el tiempo?

Don Juan.

Llegó

el fin de las ansias mías.

Beltran.

¡Gracias á Dios, que en mis días

un milagro sucedió!

¿Qué á Doña Ana le das pena?

¿qué olvida al Guzman Narciso?

este es el tiempo, que quiso

ver el Marqués de Villena.

Es verdad, que de cada año

lo mismo decir he oído,

pero viene aquí nacido

con suceso tan extraño.

¿Qué te quiere bien?

Don Juan.

Sin duda;

ya lo dijo claramente,

y un ángel, Beltran, no miente.

Beltran.

Todo en efecto se muda,

pues algún tiempo averiguo,

que fue ya la calva hermosa;

jamás el tiempo reposa;

¿no dice un romance antiguo,

por mayo era por mayo,

cuando los grandes calores,

cuando los enamorados

á sus damas llevan flores?

Pues ves aquí se ha pasado

á setiembre ya el calor;

pero sospecho, señor,

que tú también te has mudado.

¿De qué tal melancolía

te ha cargado en un instante?

taur parece el amante,

pues no dura su alegría;

pero advierte que es flaqueza.

Don Juan.

Déjame con mi aflicción.

Beltran.

¿Ello importa á la invencion ,
señor ? pues va de tristeza.

Don Juan.

Beltran la mudanza mia ,
en mudarse todo está ,
que tambien se mudará
la causa de mi alegria.

Que adora así su beldad
el Duque Urbino , que creo ,
que por lograr su deseo ,
perderá la libertad.

Beltran.

¿ Que se case temes ?

Don Juan.

Si.

Beltran.

Pues si tu querida alcanza
de vista aquea esperanza ,
bien pueden doblar por tí.
¿ Qué por llamarse escelencia ,
que no hará una muger ?

Don Juan.

Eso me obliga á perder
la esperanza y la paciencia.

Beltran.

Pues al remedio , señor.

Don Juan.

Dilo tú , si alguno ves.

Beltran.

Si él ama así , no lo es
el declaralle tu amor.
Mas porque tu amada bella
contigo esté declarada ,
antes que él la persuada ,

cásate, señor, con ella.

Don Juan.

¿Cómo la podré obligar
tan brevemente?

Beltran.

Fingiendo

que la herida de don Mendo
se ha sabido en el lugar;
y con esto el vulgo toca
en la opinion de doña Ana,
que tengo por cosa llana,
que por taparle la boca,
si se ha de determinar
tarde, que quiera temprano
darte de esposa la mano:
con esto puedes mostrar
un desconfiado pecho
con recelos de su fé,
porque la mano te dó
para verte satisfecho.
Que pues dice claramente
que te quiere y tú la quíeres,
ó ha de hacer lo que quisieres,
ó ha de confesar que miento.

Don Juan.

Al jardin irá esta tarde;
allí la tengo de ver,
y seguir tu parecer.

Beltran.

Nunca ha vencido el cobarde.
El Duque es este.

ESCENA XIII.

Dichos, el Duque y Fabio.

Don Juan.

¿ Señor ?

Duque.

Don Juan, amigo, yo muero.

Don Juan.

¿ Cómo ?

Duque.

En un combate fiero
de zelos, desden y amor.
Al ingrato, como bello
ángel que adoro, escribí
hoy un papel.

Don Juan.

¡ Ay de mí ! *ap.*

Duque.

Y no ha querido leello.

Don Juan.

El alma al cuerpo me ha vuelto. *ap.*

¿ Pues como tanto rigor ?

Duque.

Nacido es de ageno amor
un disfavor tan resuelto.

Don Juan.

Yo á ser amada atribuyo
el mostrarse tan ingrata.

Duque.

Cuando el efecto me mata
sobre la causa no arguyo.
Lo que es cierto es que yo muero ;
vós, don Juan, me aconsejad.

Don Juan.

De tan resuelta crueldad

la mudanza desespero.
 Dejallo es mi parecer ,
 antes que crezca el amor.

Duque.

Ya no puede ser mayor.

Don Juan.

Pues amar y padecer.

ESCENA XIII.

Dichos y Marcelo.

Marcelo.

¿ Puedo hablarte ?

Duque.

Si, Marcelo.

Marcelo.

Dáme albricias.

Duque.

Tu tardanza

me mata.

Marcelo.

Ya tu esperanza
 ha ballado puerta en tu cielo.
 Hoy vá tu dueño cruel
 al jardin, y un escudero
 (que esto ha podido el dinero)
 quiere darte entrada en él.

Duque.

Abrazame.

Beltran.

¿ Qué doblones !

Duque.

¿ No ireis conmigo , don Juan ?

Don Juan.

Señor , los que solos van ,

gozan bien las ocasiones.

Duque.

Bien decís ; vedme despues
que se esconda el sol dorado ,
sabreis lo que me ha pasado.

Vase.

Don Juan.

¡Mal haya el vil interés,
por quien ni honor , ni opinion
podemos asegurar!

Beltran.

Lo que importa es madrugar
y hurtalle la bendicion.

ESCENA XIV.

DECORACION DE JARDIN.

El Conde y doña Lucrecia.

Conde.

¿ Negarás , señora mia ,
la palabra que me diste?

Doña Lucrecia.

Yo no la niego.

Conde.

¿ Y qué viste
cuando doña Ana venia
de Alcalá , tu desengaño ?

Doña Lucrecia.

Eso tampoco te niego ;
mas aunque se apagó el fuego
quedan reliquias del daño.

Conde.

Pues porque arrojes del pecho
las cenizas que han quedado ,
mira el papel que me ha dado

don Mendo, de amor deshecho,
para aplacar el rigor
de doña Ana de Contreras;
si mas agravios esperas
será bajeza, y no amor.

(1)

Doña Lucrecia.

*El que sin oír condena,
oyendo ha de condenar,
esto me obliga á pensar
que es sin remedio mi pena.
Ya que el cielo así lo ordena,
dadme solo un rato oído,
que si culpado lo pido,
para mas pena ha de ser
sino que os dañe saber
que jamos os he ofendido.*

Conde.

¿Conoces la letra?

Doña Lucrecia.

Si.

Conde.

¿Ves tu engaño?

Doña Lucrecia.

Ya lo veo.

Conde, y pagarte deseo
lo que padeces por mí;
que demas de que premiar te
es justo tan firme fé,
gusto á mi padre daré
que es en esto de tu parte.
Hazme gusto de esconderte
por el jardín, no te vea
mi prima.

(1) *Dale un papel y lee Lucrecia.*

Conde.

El alma desea
por gloria el obedecerte.

ESCENA XV.

Doña Lucrecia, doña Ana y Celia.

Celia.

¿Qué de esa manera estás?

Doña Ana.

Despues que estoy declarada,
quanto mas resistí helada,
tanto voy ardiendo mas.

¿Quién detras de este arrayan
súbitamente lo hallára!

Celia.

¡Ay Celia, y qué mala cara,
y mal talle de don Juan!
¿Ves lo que en un hombre vale
el buen trato y condicion?

Doña Ana.

Tanto, que ya en mi opinion
no hay Narciso que le iguale.
¿Prima, qué es eso que lees?

Doña Lucrecia.

Un billete de don Mendo,
y mostrártelo pretendo,
por si sus promesas crees.

Doña Ana.

Ni le escucho, ni le creo,
bien puedes vivir segura.

Doña Lucrecia.

¡No le dé Dios mas ventura, (1)

(1) *Da el papel á doña Ana, y ella se pone á leerlo.*

de la que yo le deseo!
Solo pretendo que del
entiendas lo que te quiere:
Harele el mal que pudiese *ap.*
pues dá ocasion el papel.

ESCENA XVI.

Dichos y don Juan.

Celia.

Llega atrevido y dichoso. (1)

Don Juan.

Un papel está leyendo, *ap.*
y la letra es de don Mendo.
¿Tendrá licencia un zeloso,
á quien tú dueño has llamado
para ver ese papel?

Doña Ana.

Don Juan, si ha nacido de él
ese celoso cuidado,
pide licencia primero
á mi prima, y lo verás.

Don Juan.

¿Luego licencia me dás
de decille que te quiero?

Doña Ana.

Si, que este es lance forzoso,
puesto que el alma te adora.

Don Juan.

Dadme licencia, señora,
por amante, ó por zeloso,
para ver este papel

(1) *A don Juan que se llega por un lado á doña Ana.*

Doña Lucrecia.

Mi gusto en doña Ana vive.

Doña Ana.

Agora sabe que escribe
don Mendo á Lucrecia en él.

Don Juan

¿Don Mendo á Lucrecia?

Doña Ana.

Si;

decirlo puede mi prima.

Don Juan.

Si tanto tu gusto estima,
mas que eso dirá por tí.
Pero aquí el mismo papel
es bien que el testigo sea.

Doña Lucrecia,

Satisfacerme desea,
y audiencia me pide en él.

(1)

Don Juan leyendo.

*El que sin oír condena ,
oyendo ha de condenar ,
y esto me obliga á pensar ,
que es sin remedio mi pena :
ya que el cielo así lo ordena ,
dadme solo un rato oído ,
que si culpado lo pido ,
para mas pena ha de ser ,
sino que os dañe saber
que jamás os he ofendido.
¿ Doña Ana , qué te ha obligado
á pretenderme engañar ?
¿ qué te puedo yo importar
no querido , y engañado ?*

(1) Toma el papel y lee.

A tí vienen dirigidas
las razones que he leído;
que sobre lo sucedido
son palabras conocidas.

Doña Ana.

Cuando á mi venga el papel
¿ dá gracias de algun favor,
ó quejas de mi rigor ?
luego te obligo con él.

Don Juan.

Mejor modo de obligar
fuera no haberlo leído;
que quien escucha ofendido,
no huye de perdonar.
¿ Ageno papel recibes
cuando mia te has nombrado ?
ó poco me has estimado,
ó livianamente vives.
De donde hé ya conocido,
que vivir me está mas bien
desdichado en tu desden,
que en tu favor ofendido.
Yo me iré donde jamás
pueda otra vez engañarme
tu favor.

Doña Ana.

¿ Quieres matarme,
señor ?

Don Juan.

Suelta.

Doña Ana.

No te irás
sin oirme ; prima mia
ayúdamele á tener.

Don Juan.

Soltad.

Doña Lucrecia.

Ya es esto perder
la debida cortesía.

Celia.

Don Mendo está en el jardín.

Doña Ana.

¿Don Mendo?

Celia.

Por fuerza ha entrado

Doña Ana.

A coyuntura ha llegado
que daré á tus zelos fin.
Los dos tras,ese arrayan
os entrad, donde escondidos
los ojos y los oidos
satisfaccion os darán.

Don Juan.

Sola tu mano ha de ser
quien me tenga satisfecho.

Doña Ana.

Señor eres ya del pecho,
poco te queda que hacer. (1)

ESCENA XVII.

Dichos y don Mendo.

Don Mendo.

Ni quiero que me perdones,
ni volver quiero á tu gracia,
y si tal pidiere, cierra
el oído á mis palabras.

(1) *Escondense don Juan y doña Lucrecia.*

Mis des cargos solamente
 quiero que escuches, doña Ana,
 por volver por mi opinion,
 no por culpar tu mudanza.
 Si al Duque Urbino, de ti
 dije una noche mil faltas,
 fue temor de que en su pecho
 engendrarse amor tu fama;
 porque don Juan de Mendoza
 contaba tus alabanzas,
 y á la pólvora de un mozo
 lo menor centella basta.

A tu prima le escribí
 mil agravios por tu causa,
 desengañando su amor,
 y encareciendo tus gracias.
 Si ella te ha dicho otra cosa,
 presto verás que te engaña,
 que el traslado traigo aquí;
 oye sus mismas palabras.

Lee.

*Tu sentimiento encareces
 sin escuchar mis disculpas
 cuanto sin razon me culpas
 tanto con razon padeces:
 si miras lo que mereces,
 verás como la passion
 te obliga á que sin razon
 agrabies en tu locura,
 con las dudas, la hermosura,
 con los zelos, la elección.
 Lúscula, de ti á doña Ana
 ventaja hay mas conocida,
 que de la muerte á la vida,
 de la noche á la mañana.
 ¿Quien á la hermosa Diana*

*trocara por una estrella?
 deja la injusta querella
 desengaña tus enojos,
 que tengo una alma y dos ojos
 para escoger la mas bella.*

*Mira si mas claramente
 pude yo desengañarla,
 si ella lo entendió al reves
 en mi no estuvo la falta,
 que quisí en el campo usar
 de fuerza, dirás. ¡Ah ingrata!
 como á esposa lo intenté,
 si te ofendí como á extraña;
 y delinquir en el campo
 no fue mucho, si llevaba
 anticipado el castigo
 con mil flechas en el alma.
 Tus quejas, y mis disculpas
 estas son, la furia amansa,
 huya de tu hermoso cielo
 la nube de mi desgracia;
 que el cielo, el aire, la tierra
 son testigos de mis ansias:
 no hay quien dude mis verdades
 sino tú, que eres la causa.*

*Esta es mi mano de esposo,
 y con disculpa tan clara,
 ó no niegues mi firmeza,
 ó confiesa tu mudanza,*

Doña Lucrecia.

Aquí se casan sin duda.

Don Juan.

*Aquí sin duda se casan.
 ¿Saldré, Celia?*

Celia.

Nó la enojas
cuando te importa obligalla.

ESCENA XVIII.

Dichos, el Duque con un escudero y quedáse al paño.

Escudero:

Aquí podeis aguardar
á que don Mendo se vaya.

Doña Ana.

Don Mendo, yo te confieso,
que tu descargo es muy llano,
y que con darme la mano
puede cerrarse el proceso;
pero tu intento no tiene
remedio, ya me has perdido,
y resuelto el ofendido,
tarda la disculpa viene.

Digo, que fué la intencion
con que hablaste mal de mi
al Duque, querer así
librarme de su oficion;
mas fué público el hablar,
la intencion oculta fué,
si por lo escrito juzgúe;
no te me puedes quejar,
y agora te desengaña
de cuan malo es hablar mal;
pues con ser la causa tal,
y el fin tan bueno, te daña.
Por el mal medio, condeno
el buen fin; todo lo igualo,
en que veras que lo malo
aun para buen fin no es bueno.

- (1) Tu lengua te condenó, *Don Mendo*
sin remedio, á mi desden;
á toda ley, hablar bien,
que á nadie jamás dañó.
Con esto si eres discreto,
mudar intento podrás.

Don Mendo.

¿Resuelta en efecto estás?

Doña Ana.

Resuelta estoy en efecto.

Don Mendo.

Mira lo que dices.

Doña Ana.

Digo
que es vana tu presuncion,
porque esta, resolucion
es, don Mendo, no castigo.

Don Mendo.

Ya lo que dice de tí
la fama creer es justo,
que informa de tu mal gusto
el aborrecerme á mí.
Del cochero que me burió,
se habla mal, y mal sospecho,
que tal brio en bajo pecho
de tus favores nació.

Doña Ana.

(2) Tente, no me digas mas,
yo estorbaré mis afrentas;

por donde obligarme intentas

del todo me perderás.

El cochero que te burió,
don Mendo, mostrarte quiero.

Bien podeis salir, cochero, (1)

Don Juan.

Yo soy el cochero.

Duque.

Y yo.

Doña Ana.

Caballeros, deteneos,
que á mi ese daño me haceis,

Duque.

Basta que vos lo mandeis.

Don Juan.

Serviros son mis deseos.

Doña Ana.

Estos los cocheros son,
por quien mi opinion se infama;
y por quitar á la fama
de mi afrenta la ocasion,
le doy la mano de esposa
á don Juan. (2)

Don Juan.

Y yo os la doy.

Celia.

¡Buena pascua!

Beltran.

¡Loco estoy!

Duque.

Vuestra amistad engañosa (3)
castigaré.

(1) Salen al teatro, y empuñan todos las espadas

(2) Dánse las manos.

(3) Empuñó el Duque contra don Juan.

Don Juan.

Deteneos,

que yo nunca os engañé;
recato y no engaño fué
encubriros mis deseos;
que si os quereis acordar,
solo os tercié para vella,
y en empezando á querella,
os dejé de acompañar.

Doña Ana.

Y en fin, si bien lo mirais,
el dueño fui de mi mano,
y sobre mi gusto en vano
sin mi gusto disputais.
A don Juan la mano di,
porque me obligó diciendo
bien de mí, lo que don Mendo
perdió hablando mal de mí.
Este es mi gusto, si bien
misterio del cielo ha sido,
con que mostrar ha querido
cuanto vale el hablar bien.

Don Mendo.

Antes sospecho que fué
pena del loco rigor,
con que por tí el firme amor
de tu prima despreció:
mas con llorar mi mudanza
y gozar su mano bella
estorbaré su querella,
y mi engaño, y tu venganza.

Doña Lucretia.

¿Quién os dijo que sustenta
hasta agora el alma mia
vuestra memoria?

Beltran.

El hacia
sin la huésped a la cuenta.

Doña Lucrecia.

Vos hablastes , pretendiendo
á doña Ana , mal de mí.

Don Mendo.

¡Yo á doña Ana mal de tí!

Doña Lucrecia.

Las paredes oyen , Mendo.
Mas puesto que en vos es tal
la imprudencia , que quereis
ser mi esposo , cuando habeis
hablado de mí tan mal ;
yo no pienso ser tan necia ,
que esposa pretenda ser ,
de quien quiere por muger
á la misma que desprecia ;
y porque con la esperanza
el castigo no alivieis ,
lo que por falso perdeis ,
el Conde por firme alcanza.
Vuestra soy. (1)

Don Mendo.

¡ Todo lo pierdo !
¿ para que quiero la vida ?

Conde.

Júzgala tambien perdida ,
si en hablar no eres mas cuerdo,

(1) *Da la mano al Conde.*

Beltran.

**Y pues este ejemplo ven;
suplico á vuestras mercedes
miren , que oyen las paredes ;
y á toda ley hablar bien.**

Las Paredes Oyen.

Parece que don Juan Ruiz de Alarcon tomó el asunto de esta comedia, de la que hemos insertado en el primer tomo de Lope de Vega, titulada *El Premio del bien hablar*; pero aunque así sea el modo de desempeñarle, es tan diferente, que no admite comparacion. Lope compuso una comedia de intriga bien combinada, agradable é interesante; cuando Alarcon se propuso directamente en la suya un fin moral: quiso probar que el maldiciente es odioso en la sociedad, y digno de aprecio y estimacion el hombre tolerante y comedido. Estos dos caractéres contrastan maravillosamente. Don Mendo es caballero, galan, discreto y rico; pero tan mordaz que no perdona la opinion mas respetable; murmura de sus amigos, de sus parientes, de sus amantes: no perdona á la misma á quien ama y solicita para desposarse con ella. Don Juan, al contrario, no ha debido á la naturaleza ninguna gracia personal, es pobre; pero tiene una alma noble y generosa, elogia el mérito ageno, desfiende las prendas y la nobleza de la que adora, aunque no tiene esperanza de poseerla, y pondera el valor y la destreza de su mismo rival. Estos dos personajes puestos en accion y obrando cada uno conforme á su carácter, producen un efecto admirable, y un interés tan sostenido, que prueban el juicio y la inteligencia del poeta. Luce mas todavía su talento en el papel de doña Ana. Ama esta perdidamente á don Mendo y desprecia á don Juan; pero cuando en la escena XX del acto primero, que es una de las mas bien imaginadas y mas teatrales que pueden presentarse en la escena, oye la maledicencia de su amante

y los elogios del que aborrece, no puede contener su indignacion.

Doña Ana.

Estoy loca,

Celia.

¿A este hombre tienes amor?

Doña Ana.

¡El pecho abrasa el furor!

¡Fuego arrojo por la boca!

¡Posible es que tal oí!

¡Vil, á quien te quiere infamas!

¡Así tratas á quien amas!

Por la declaracion de Lucrecia en la escena III del segundo acto, acaba doña Ana de conocer el carácter de don Mendo, y la pintura que hace Celia de don Juan en la escena IV, la inclinan á estimarle.

Doña Ana.

No niego que desde el día,
que defenderme le oí,

tiene ya don Juan'en mí
mejor lugar, que solia;

porque el beneficio cria
obligacion natural;

y pues el rigor mortal
aplacó ya mi desden,

principio es de querer bien,
el dejar de querer mal.

Esta escena es muy agradable, porque el espectador está ya interesado á favor de don Juan, y desea que logre la mano de doña Ana. Oye complacido los elogios de Celia, y quisiera que esforzase tanto su par-

masion que quedase rendida inmediatamente. Este sentimiento que se experimenta al leer la comedia, prueba la bondad del carácter de don Juan. El de Celia es tambien digno de elogio, porque no la mueve el interés á favorecerle.

Doña Ana.

¿Qué te obliga á que tan mal
te parezca mi desden?

Celia.

Tener á quien habla bien
inclinacion natural;
y sin ella me obligára
la razon á que lo hiciera.

Doña Ana.

¡Celia, si don Juan tuviera
mejor talle, y mejor cara !.....

Celia.

¡Pues cómo! ¿en eso repara
una tan cuerda muger?
En el hombre no has de ver
la hermosura, ó gentileza;
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber: &c.

Las escenas I, II, III y VII del acto tercero, son de las mas bellas de la comedia, y en las que manifiesta el autor su talento y su conocimiento del arte. En fin, el desenlace nada deja que desear, pues el maldiciente recibe el castigo de su maledicencia. Vé que don Juan se casa con doña Ana; y cuando acude para despicarse á doña Lucrecia y le desdena, queda completamente satisfecho el espectador.

Nada diremos de la demasiada estension de tiempo y de lugar que se tomó el autor. A nuestros lec-

tores les habrá tal vez sucedido al leerla, lo que nos ha sucedido á nosotros, que olvidados de estos defectos, hemos seguido al poeta hasta el fin de la comedia, con el mayor interés y complacencia.

...

.....

.....

.....

.....

.....

.....

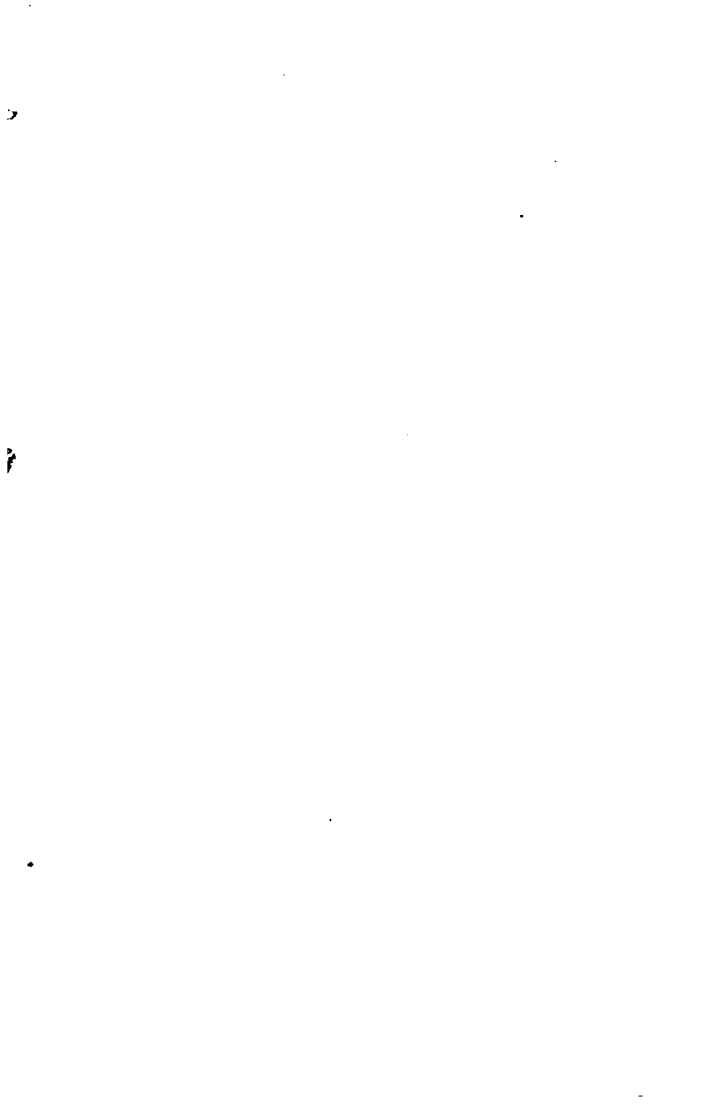
.....

.....

ÍNDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

	Página.
<i>Ganar amigos.</i>	3
<i>Examen.</i>	119
<i>La verdad sospechosa.</i>	123
<i>Examen.</i>	251
<i>El examen de Maridos. . . .</i>	257
<i>Examen.</i>	377
<i>Las Paredes oyen.</i>	381
<i>Examen.</i>	506



APR 1 - 1960



